

DISTINTAS MIRADAS Y ACTITUDES, DISTINTOS RIESGOS.

ELLAS Y ELLOS FRENTE A LOS CONSUMOS DE DROGAS

Elena Rodríguez San Julián

Ignacio Megías Quirós

Patricia Martínez Redondo

Introducción: Anna Sanmartín Ortí

Centro
Reina Sofía
sobre adolescencia
y juventud

fad

En colaboración con:

 Santander *Telefonica*



© FAD, 2019

Edita:

Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud
Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD)
Avda. de Burgos, 1 y 3
28036 Madrid
Teléfono: 91 383 83 48
fad@fad.es

Coordinación del estudio:

Anna Sanmartín Ortí (Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud)

Autoría:

Elena Rodríguez San Julián
Ignacio Megías Quirós
Patricia Martínez Redondo

Introducción: Anna Sanmartín Ortí

Maquetación:

Ediciones Digitales 64

ISBN:

978-84-17027-16-2

PRESENTACIÓN

La apuesta de Fad por la perspectiva de género

A estas alturas de la Sociología, es innegable que los conceptos de masculinidad hegemónica y de heteronormatividad determinan las conductas sociales, incluidos los consumos de drogas en contextos de ocio/fiesta. Por eso, hoy más que nunca, es una necesidad impostergable ofrecer datos desagregados entre hombres y mujeres. Datos que nos ofrezcan miradas diferenciadas, percepciones complementarias de cómo viven los consumos de drogas ellas y ellos.

Este conocimiento se convierte en la piedra de toque sobre la que construir actuaciones diferenciadas basadas en esas diversas miradas. Es preciso, por tanto, prevenir con chicos y chicas de distinta forma, casi personal, en función del peso que la representación social de género ejerce en cada uno de ellos/en cada una de ellas. Es la apuesta de Fad en tanto que organización que trabaja en prevención de los consumos de drogas como conductas de riesgo. Y para ello ha contado con el apoyo de la Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, a quien me gustaría agradecer su colaboración sin la que esta investigación no hubiera sido posible.

En este sentido, según el estudio, la familia es uno de los espacios básicos de reproducción de representaciones sociales asociadas a lo que debe ser un comportamiento "propiaamente masculino" y "propiaamente femenino" en cuanto a los consumos de sustancias. Por eso es necesario actuar también con progenitores, padres y madres, conscientes de este peso del sistema de los mandatos de género.

Por último, me gustaría resaltar una de las conclusiones que me parecen más reseñables y uno de los argumentos que mejor justifican la necesidad de analizar y actuar de forma diferente según el género en cuestiones de drogas: la investigación nos confirma, una vez más, que consumir drogas sigue sin ser "cosa de chicas", lo que provoca una doble penalización cuando son ellas las que consumen. El miedo o la precaución interiorizados frente a esa doble penalización, sumada al contexto de consumo, determina la vulnerabilidad de cada individuo joven frente a los consumos. Y ellas, también en este ámbito, siguen siendo más vulnerables.

Esta mayor vulnerabilidad por razón de género debe ser atendida. Este es el compromiso de Fad, que se hace visible en cada una de sus actividades, donde el género es una perspectiva central y directriz. Sólo implementando esta mirada diferenciada podremos actuar adecuadamente y de la forma más eficaz posible, como es nuestra responsabilidad.

Beatriz Martín Padura
Directora General de la Fad

Presentación. La apuesta de Fad por la perspectiva de género	4
1. Introducción	7
1.1. Hipótesis y objetivos	9
1.2. Metodología	11
2. Hablando de género y usos de drogas	14
2.1. Definiendo el género	14
2.2. La teoría del sistema sexo-género. Más allá de la lectura sociocultural del sexo	19
2.3. Androcentrismo y opacidad de género	22
2.4. Pactos intra e intergénero	22
2.5. Apuntes sobre la perspectiva de género	23
2.6. El fenómeno de la doble penalización social	24
2.7. La construcción de la subjetividad, también la masculina... ..	30
2.8. Masculinidad, género y usos de drogas	34
2.9. Algunas nociones sobre la heterosexualidad como sistema	39
2.10. A modo de cierre	41
3. El discurso general: referentes y contexto	44
3.1. Componentes generales del discurso	44
3.2. ¿Dónde se establecen los límites de lo problemático?	49
3.3. Madurez y experiencia: el buen y el mal uso	53
3.4. Un discurso estable sin apenas novedades	60
4. Motivaciones	66
4.1. Diversión y desinhibición	66
4.2. Acercamiento sexual	70
4.3. Otras motivaciones	80

5. Diferencias de género ante el consumo	84
5.1. Iguales, pero muy diferentes	84
5.2. Características diferentes, consumos diferentes	85
5.3. Empatía y culpabilidad	100
5.4. La madurez como límite	108
6. Influencia del grupo y presión grupal	110
7. Visibilidad de los consumos e imagen proyectada	135
7.1. Exhibición frente a ocultación	135
7.2. Los componentes de la imagen proyectada	144
8. Educación desde la familia: estrategias diferenciales y roles asumidos	167
8.1. Mensajes, presencias y ausencias: De qué hablamos cuando hablamos de drogas (en casa)	167
8.2. Capacidad de actuación y ejemplaridad de padres y madres	180
8.3. El trato con los padres y las madres: Roles encarnados y diferencias de género	194
8.4. Roles familiares y género	203
9. Distintos riesgos, distintas actitudes, distintos miedos	224
10. Conclusiones	238
Bibliografía de referencia	243

1. INTRODUCCIÓN

La FAD tiene una larga trayectoria en el análisis de la percepción social de los problemas de drogas en España, así como en el estudio de la socialización juvenil, su población diana, desde diferentes prismas, atendiendo a sus espacios y prácticas de ocio y *marcha* nocturna, a las nociones que manejan de términos como “el exceso” o “los riesgos y beneficios” de los consumos de sustancias, y estudiando cómo se configuran las relaciones interpersonales a esas edades. Todo ello ha ido iluminando esferas necesarias para la comprensión de la realidad, para la elaboración de diagnósticos ajustados y para el diseño de programas de prevención.

Entre las investigaciones ya realizadas, se pueden citar: estudios sobre la lectura juvenil de los riesgos de las drogas —*Lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad* (Rodríguez et al., 2008)—, sobre el tiempo de ocio y los riesgos asociados —*Ocio (y riesgos) de los jóvenes madrileños* (Ballesteros et al., 2009) y *Sudar material. Cuerpos, afectos, juventud y drogas* (Cañedo, 2017)—, las prácticas y comportamientos de perfiles de jóvenes con altos niveles de consumo —*Mismas drogas, distintos riesgos. Un ensayo de tipología de jóvenes consumidores* (Megías y Ballesteros, 2013), así como tres cortes sobre *La percepción social de los problemas de drogas en España* (Megías, 2000; Megías, 2004 y Megías, 2014)—, estudios específicos sobre el cannabis —*Análisis de las tendencias de cambio en la representación social del cannabis en jóvenes y adultos-jóvenes* (Megías y Rodríguez, 2015) y *Análisis de factores y perfiles de adolescentes españoles y su relación con el consumo de cannabis y otras drogas* (Moriano et al., 2017)— y abordajes más genéricos sobre la socialización de la población juvenil (*Jóvenes, valores, drogas*, de Megías et al., 2006).

Pero la complejidad del fenómeno obliga a seguir profundizando y matizando las diferentes maneras en que se concretan las percepciones sociales y, en consecuencia, a atender a la diversidad de problemáticas derivadas de la pluralidad de actores y sus interacciones, espacio donde el género juega un papel fundamental en la construcción socio-cultural que afecta a la subjetividad de las personas y a su lugar en el mundo (véase *¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia*, Rodríguez y Megías, 2015). De hecho, el enfoque de género es uno de los principios rectores de la Estrategia

Nacional sobre Drogas y, más allá de contemplar esa variable como un elemento central en los estudios anteriormente citados, se hace necesario incidir en la pertinencia de un abordaje específico.

La perspectiva de género permite hacer un mejor diagnóstico de la realidad y diseñar intervenciones clave que contemplen este factor, que tengan en cuenta cómo afecta el ser mujer y el ser hombre en los motivos de la persona para el consumo, para mantenerlo o abandonarlo, para decidir qué sustancia se consume y cuál no, en qué cantidad, en qué contextos, y un largo etcétera.

Los datos estadísticos oficiales de las encuestas que periódicamente publica el Plan Nacional sobre Drogas (PNSD) dan cuenta de algunas diferencias significativas en la lectura de los datos por género, es decir, reflejan rasgos específicos y diferenciales entre las chicas y los chicos; pero es necesario dotar de contenido y densidad de significado esa información a través de la investigación cualitativa, pues describir la realidad desagregando los datos por género no es suficiente, hay que poder explicar el porqué de esa diferencia.

La Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España 2016 (ESTUDES) señala que el alcohol y el tabaco, seguidos del cannabis, continúan siendo las drogas más consumidas por los estudiantes de 14 a 18 años, consumiendo los chicos drogas ilegales en mayor proporción que las chicas. Entre ellas está más extendido el uso de drogas legales, como el alcohol, el tabaco o los hipnosedantes. Existen pues patrones de consumo diferenciales y una socialización diferencial que hace a las mujeres además más cautas, pues, tal y como indica el PNSD, las mujeres perciben mayores riesgos en los consumos de drogas que los hombres (salvo en el caso de los hipnosedantes).

Contamos con precedentes de estudios y publicaciones que dan cuenta de los consumos y las drogodependencias desde un punto de vista del género, pero la población analizada suele referirse a las mujeres adultas con problemas de drogodependencia, o a temas que tienen que ver con los vínculos entre esa drogodependencia y la violencia de género, las prisiones o la prostitución. Es menos conocida la realidad de las chicas jóvenes que conviven de forma más normalizada con ciertos consumos, no necesariamente problemáticos en el sentido de existir una adicción, sino de consumos recreativos más esporádicos, en momentos de ocio; aunque sí podemos citar algunos estudios de caso locales, que aportan pistas sobre las que poder trabajar el análisis, como *Drogas de ocio y perspectiva de género en la CAPV* (Rekalde y Vilches, 2005), *Riesgo y legalidad. Factores socio-culturales que facilitan el uso de drogas entre las mujeres adolescentes* (Romo Avilés, 2007), *Género y vulnerabilidad en el consumo de alcohol*

en menores (Romo Avilés, 2015) y *Perspectiva de género en la intervención en drogodependencias* (Aróstegui y González de Audikana, 2016).

Los estudios previos han puesto de relieve diferencias en los consumos entre hombres y mujeres, metabólicas pero también sociales y culturales, que señalan la importancia de atender a cómo afectan esas diferencias a la libertad de consumo, a la intolerancia social respecto al consumo femenino, a la percepción diferencial de la embriaguez de hombres y mujeres en espacios públicos, a la representación de la promiscuidad en contextos de ocio o a la valoración de los riesgos. Y subrayan algunas tendencias: cómo las mujeres están redefiniendo sus identidades de género en relación a los varones a través del consumo de alcohol (Romo Avilés *et al.*, 2015), o cómo la prevalencia más elevada la encontramos en mujeres entre los 15 y los 24 años, prevalencia que va disminuyendo a medida que aumenta la edad, algo que no ocurre en el caso de los hombres.

Por todo lo mencionado, esta investigación quiere profundizar en los efectos que las identidades de género en la población juvenil tienen en sus múltiples formas de afrontar los consumos de sustancias. A través de una metodología cualitativa queremos atender a las percepciones y la influencia del grupo de iguales y del núcleo familiar para analizar los discursos y estereotipos imperantes, la influencia de todos estos factores y el peso de los roles familiares, diferenciando entre los modelos que la imagen de lo femenino y lo masculino tienen en las concepciones y expectativas sociales sobre los comportamientos.

1.1. HIPÓTESIS Y OBJETIVOS

Sabemos que los tipos de consumo hablan de una representación social y, en consecuencia, de una valoración particular sobre las sustancias, sus peligros y beneficios, o sobre el tipo de restricciones y regulaciones a las que tendrían que estar sujetas. Y, como ya hemos señalado en anteriores investigaciones, los problemas de drogas son, en una parte importante, lo que las personas creen que son, y es esta representación la que influye de forma decisiva en las respuestas colectivas y la que modula el impacto de los problemas y las estrategias de intervención.

Los datos nos dicen que los chicos y las chicas se enfrentan a los consumos de forma diferente en ciertos aspectos relevantes; otros parecen más comunes y vinculados al tipo de ocio y a las expectativas ligadas a la edad y el estilo de vida. Por ejemplo, entre los motivos para consumir drogas, los varones señalan más las razones relacionadas con la búsqueda de diversión, de sensaciones nuevas,

etc., mientras las mujeres se identifican en mayor medida con motivos relativos a la presencia de problemas familiares, sociales o laborales (Megías, 2014).

Además, cuando hay conductas de abuso de drogas, las mujeres suelen vivirlo de forma individualizada y muy cuestionada, sin referentes en el imaginario social colectivo, muy ligado a lo masculino (Martínez Redondo, 2019). Y, entre las chicas, se identifican pautas específicas de relación, como mecanismos de control y estrategias protectoras ante el riesgo moral de poner en peligro la reputación o ante riesgos asociados a la sexualidad (embarazos no deseados, violencia o abuso).

Las evidencias destacan, así mismo, el peso que las familias tienen en cómo sus hijos e hijas se enfrentan a los consumos de sustancias. En este sentido, la investigación financiada por el PNSD en la convocatoria 2016 puso de relieve cómo el comportamiento familiar favorable está relacionado con un menor consumo (jóvenes que cenan en familia más de cinco veces por semana y lo valoran como algo positivo), y cómo la comunicación con la madre en concreto, se valora como fundamental en el bienestar personal (Moriano *et al.*, 2017). De hecho, sabemos que el aumento en la preocupación por las drogas cuando se tienen hijos es superior entre las madres que entre los padres (un 71% frente a un 57%) (Megías, 2014).

Esta investigación, por tanto, tiene como objetivo central el análisis de las percepciones diferenciadas por género en población comprendida entre los 15 y los 24 años. Se trata de analizar qué piensan unos y otras sobre los consumos y la *marcha* nocturna —abordando los estereotipos, los conceptos relacionados con los excesos, los límites, las censuras y los tabúes— y atender específicamente a cómo esas imágenes varían en función de quiénes valoran (los chicos o las chicas) y a quiénes valoran (a las chicas o a los chicos).

Como segundo objetivo, el estudio atenderá a las percepciones de esos consumos juveniles entre los padres y las madres respecto a los hijos e hijas: comportamientos esperados y permitidos cuando se trata de un hijo o de una hija, límites establecidos, temores, pautas, etc.

Se trata, en definitiva, de atender a algunas hipótesis de partida:

- 1.** Existen imágenes y expectativas diferenciales de cómo son los chicos y las chicas ante los consumos, imágenes que además presentan matices distintos en función de quién valore la realidad y sobre qué grupo lo haga: de las chicas sobre las chicas, de los chicos sobre otros chicos, y de unos y otras sobre el sexo opuesto.

2. Los datos muestran ciertas particularidades entre las chicas que tienen que ver con los imperativos y expectativas de género, que influyen en las motivaciones para el consumo:

- Las formas de consumir alcohol en espacios públicos de las chicas más jóvenes suponen un acto de ruptura con los códigos tradicionales de feminidad y masculinidad, aproximando sus comportamientos a los identificados tradicionalmente en los chicos.
- A medida que cumplen años, ellas consumen en menor medida que ellos, tanto en lo que se refiere a la intensidad, como a la frecuencia y a la cantidad de sustancias.
- Los discursos e imágenes sobre la preservación del cuerpo tienen un peso central en los comportamientos de las chicas.

3. Los modelos de masculinidad imperantes, por su parte, asociados a la transgresión, el riesgo o la agresividad y el desafío, marcan muchas de las pautas de comportamiento de los chicos.

4. La visión y relación familiar de los hijos y de las hijas influye en los consumos, y es importante atender de forma diferencial a cómo se da dicha relación entre padres e hijos, padres e hijas, madres e hijos y madres e hijas.

Para analizar estas cuestiones, el estudio se realiza a partir de un abordaje cualitativo que permita atender a las percepciones de jóvenes y progenitores, con chicos y chicas entre 16 y 24 años, analizando los resultados por tramos de edad (16-18 y 21-24 años) y género, y complementando el enfoque con grupos de padres y madres con hijos/as de esas edades.

1.2. METODOLOGÍA

El estudio se plantea mediante un abordaje cualitativo, a través de la realización de grupos de discusión con jóvenes entre los 16 y los 24 años, y con padres y madres. La intención es poder atender a los significados profundos de los consumos desde el discurso y las percepciones de la población juvenil y de padres y madres con hijos e hijas de edades comprendidas entre la franja que se estudia.

El texto aporta, además, una revisión teórica inicial que ubica el estado de la cuestión y enmarca los datos propios y originales obtenidos en el trabajo de campo.

Concretamente, se han tenido en cuenta los siguientes criterios para la conformación de los grupos y la selección de los participantes:

POBLACIÓN	ÁMBITO DE LOCALIZACIÓN	CRITERIOS DE SELECCIÓN
Jóvenes entre 16 y 24 años	Supracomunitario (Madrid, Sevilla, Valencia y Valladolid)	Dos tramos de edad (16-19 y 20-24 años)
Padres/madres con hijos/as entre 15 y 18 años	Supracomunitario (Madrid, Sevilla)	Dos grupos: con hijos/hijas y sólo con hijas

La población estudiada a través de los grupos de discusión se ha estructurado teniendo en cuenta el sexo/género, la edad y la diversidad geográfica, con la intención de detectar, si las hubiera, particularidades locales.

Se han realizado 6 grupos formados por jóvenes y 2 por progenitores, atendiendo a la siguiente distribución:

POBLACIÓN	CHICOS	CHICAS	MIXTO
Jóvenes 16-18 años	Valladolid	Sevilla Valencia	
Jóvenes 21-24 años	Valencia	Valladolid	Madrid

POBLACIÓN	PADRES	MADRES
Padres/madres con hijos/hijas de 15-18 años	Madrid	Sevilla

Las condiciones para la realización y análisis de los grupos son las siguientes:

- Compuestos por ocho personas (en el grupo mixto 50% de hombres y 50% de mujeres).
- Personas que no se conocen previamente.
- Los padres y madres que participan deben tener, al menos, una hija en esa franja de edad (con independencia de que también puedan tener hijos varones).

Los grupos se realizaron en febrero de 2018; fueron grabados en audio y posteriormente transcritos.

Las guías para los grupos incluyen cuestiones opináticas, actitudinales, conductuales, valorativas y de percepción sobre los consumos y expectativas diferenciales entre chicos y chicas, atendiendo a los consumos de alcohol y otras sustancias en los momentos de ocio nocturno juvenil, a las relaciones y opiniones que se establecen y comparten en el grupo de pares y en el núcleo familiar.

2. HABLANDO DE GÉNERO Y USOS DE DROGAS

Ante el presente estudio, y concretamente ante los discursos y percepciones detectados en la población juvenil y en padres y madres, sobre el consumo de drogas de adolescentes y jóvenes, se hace necesario exponer un marco teórico acerca del género y la perspectiva de género que pueda contextualizar dichos discursos y percepciones. Así, aunque podríamos extendernos ampliamente hablando de las teorías del género, hemos hecho una selección de aspectos teóricos que se ven reflejados en la práctica de lo detectado por el estudio, y que entendemos pueden ofrecer una primera aproximación a lo que éste ha puesto de relieve.

2.1. DEFINIENDO EL GÉNERO

El género es una categoría compleja, multidimensional, que configura el comportamiento humano (conductas, emociones, ideas, imaginario simbólico, etc.) a partir de una dicotomía que se entiende como natural: hombre y mujer. Existe suficiente bibliografía en la que se explica el concepto de "género" y qué significa (Benería, 1987; Fausto-Sterling, 2001; Lamas *et al.*, 1996; Maquieira *et al.*, 2001; Scott *et al.*, 1987), sin embargo: sigue siendo un concepto, teorías y perspectivas de análisis que no se han incorporado efectivamente en los medios profesionalizados de prevención e intervención en las drogodependencias y otras adicciones.

En espacios no especializados se suele definir el género como el conjunto de lecturas socioculturales a partir de un dato entendido como "biológico"¹: el sexo; lo entendido como "masculino" y lo entendido como "femenino" (género) vienen a designar normas, valores, formas de comportamiento, de vestir, de expresarse,

1. La bióloga y doctora en Filosofía, Anne Fausto-Sterling, plantea en su libro *Cuerpos sexuados* (2001) la categoría "sexo" como una realidad dicotómica, no deja de ser una categoría social derivada del sistema de género que necesita esa dualidad. Examina la realidad de la intersexualidad y explora un paradigma científico que incorpore la posibilidad del cuerpo humano en múltiples categorías más allá de sólo dos, en tanto que la realidad biológica del ser humano, científicamente hablando, no puede reducirse a sólo dos sexos/estados sexuales.

de sentir, etc. para los dos sexos definidos-designados: hombre y mujer (o incluso aún más simplificado: se entiende el género como la diferencia de roles y mandatos entre "hombres" y "mujeres"). Sin embargo, no podemos quedarnos en esa definición básica, ya que el elemento central que nos desvela este concepto es el de la desigualdad estructural entre hombres y mujeres, la cual es consecuencia de la minusvaloración de un género (el femenino) frente al otro (el masculino): el sistema sexo/género (Rubin, 1975) nos revela el género como un principio de organización social con un marcado carácter jerárquico. Además, plantea que esa construcción no es innata sino construida, y por tanto: modificable (importante cuestión para nuestra labor de intervención). Sin embargo, el sistema de género se reproduce en las esferas más íntimas de la vida y la subjetividad de las personas, de forma que se naturaliza y se toma como realidad dada, invisibilizándose los mecanismos por los cuales se crea y *performa* (Butler, 1990; De Lauretis, 1989) y dificultando, por tanto, su modificación efectiva.

Así pues: el género se inscribe en la subjetividad, genera identidad, mediante complejos mecanismos cotidianos en la vida de las personas a través de todos los agentes sociales que intervienen en su proceso de socialización (familia, grupo de iguales, medios de comunicación, productos culturales de todo tipo, organización escolar, estado, etc.). De esta forma, se produce un universo simbólico prevaleciente (esto es: el conjunto de significantes y significados que componen el lenguaje, la cultura, en una sociedad) que configura nuestra subjetividad y forma de entender el mundo. Es previo a nuestra existencia y nos moldea como tales: hombres y mujeres, masculino y femenino, asignando a cada uno/a un itinerario vital marcado por esta dicotomía, y generando expectativas sociales y de relación al respecto.

"El concepto de género puede definirse como el conjunto de creencias, rasgos personales, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian a hombres y mujeres a través de un proceso de construcción social que tiene varias características. En primer lugar, es un proceso histórico que se desarrolla a diferentes niveles tales como el estado, el mercado de trabajo, las escuelas, los medios de comunicación, la ley, la familia y a través de las relaciones interpersonales. En segundo lugar, este proceso supone la jerarquización de estos rasgos y actividades de tal modo que a los que se definen como masculinos se les atribuye mayor valor." (Benería, 1987: 46)

El antecedente a lo que sería el concepto de género lo encontramos en Simone de Beauvoir, cuando en 1949 afirmó en su obra *El segundo sexo*, que "una mujer

no nace sino que se hace". En esta obra argumentó que el comportamiento humano, y aquellas características consideradas como *femeninas*, no derivaban de una supuesta naturaleza biológica, sino que eran adquiridas por el proceso de socialización por el que una persona se convierte en persona. De Beauvoir no empleaba la palabra "género", pero sí exponía las bases que luego se concretarían en este concepto. Con ello pretendía acabar con las "omnipresentes teorías deterministas biológicas que interpretaban el lugar de hombres y mujeres en la estructura social como consecuencia de características biológicas" (Maquieira y Beltrán Pedreira, 2001: 159). La autora, además, exponía cómo el lugar de las mujeres era un espacio de subordinación y de no sujeto: las mujeres como "las otras/lo otro" de los hombres, pero sin la reciprocidad que habitualmente sí se da en otras relaciones "nosotros/los otros" (ambos grupos de individuos perciben al otro como tal). Así, en su propuesta teórico-filosófica, el varón, como explicaremos más adelante, se construye como sujeto, centro y medida de todas las cosas, en una supuesta neutralidad. De esta forma, las mujeres serían construidas como no suficientes en sí mismas, y ligadas al ámbito de la naturaleza y lo privado, derivado de su "rol natural de maternidad".

Paralelamente, en los años cincuenta, en el ámbito del estudio de la sexualidad humana (Psiquiatría, Psicología Social) en EEUU, se acuña el término "género" para diferenciarlo del de "sexo". Sexo serían una serie de características biológicas "dadas por naturaleza"², y el género serían las elaboraciones socioculturales que se realizaban sobre el sexo, estableciendo un conjunto de características humanas consideradas masculinas y femeninas. El género constituía además la identidad de los sujetos. En estos contextos se puso la atención en la construcción de la identidad de género, que no siempre tenía por qué coincidir con el sexo/género asignado al nacer (como les ocurre a las personas "trans"), y no contemplaban el elemento de desequivalencia estructural que, sin embargo, sí ponían de relieve las feministas en el mismo seno de la categoría género³.

Siguiendo la definición de Lourdes Benería, el contenido de lo asociado a lo masculino y lo femenino se ve afectado por el momento histórico y cultural: no es lo mismo el mensaje dirigido a las mujeres y hombres de 1930, que a las personas nacidas en la década de los ochenta, por ejemplo. Pero este cambio se ha dado sobre todo en los mensajes dirigidos a las mujeres, que sí han incorporado de forma masiva algunas tareas de lo considerado masculino, como por ejemplo el

2. Ver nota anterior.

3. Actualmente esto explica algunos debates en torno al género, que lo ubican como categoría que explica la subordinación de las mujeres y lo femenino, o como categoría en términos exclusivamente de identidad.

empleo y el acceso a la educación (que son fuente de derechos y de mejora de condiciones materiales de vida)⁴.

Sin embargo, el trasvase de roles y tareas no se ha producido de forma equiparable: el ámbito reproductivo y de cuidados sigue siendo un espacio de tareas consideradas *femeninas*, que los hombres no han incorporado de forma global: tanto en el ámbito de las relaciones interpersonales y familiares (asunción de corresponsabilidad), como en el ámbito del mercado laboral (segregación horizontal y vertical de los yacimientos de empleo⁵), como en el ámbito de lo social o comunitario (voluntariado y acción social).

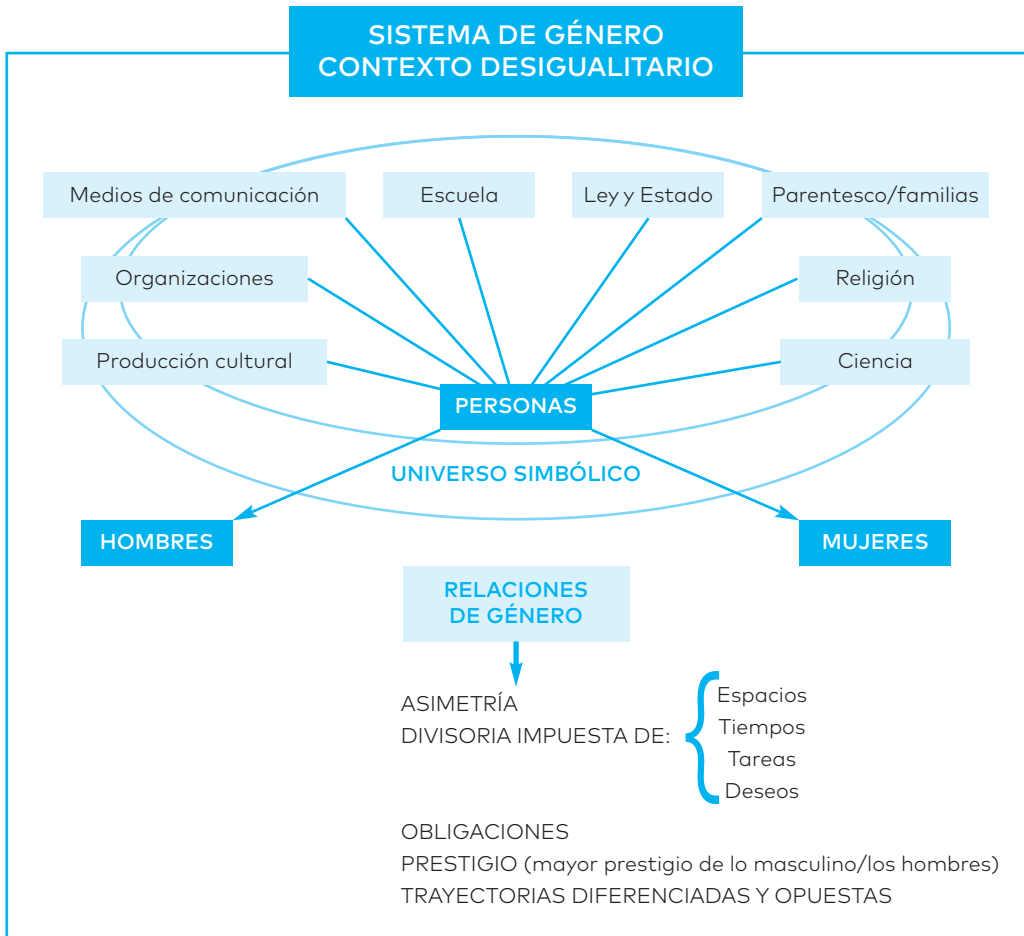
De esta forma, las mujeres siguen haciéndose cargo de las tareas de cuidados y empleos vinculados al mismo, y la mayoría de profesiones feminizadas en nuestra sociedad son derivadas de estas tareas. El género articula la división sexual del trabajo que, lejos de ser un mero reparto de tareas, implica condiciones de vida concretas para hombres y mujeres.

El género es, por tanto, una categoría de análisis social y psicológico aportada por las teorías feministas acerca del comportamiento humano, la identidad de las personas, las relaciones que establecen, el lugar que ocupan en el mundo, la organización social que se genera/se reproduce a partir de ello, etc. Como veremos en el informe que aquí presentamos, el género está absolutamente *normalizado e interiorizado*, de forma que no es de "machismo" de lo que estamos hablando, sino de una compleja realidad que divide de forma rígida y normativa a las personas en dos posibles⁶: hombres y mujeres, chicos y chicas, y que tanto unos como otras interiorizan y reproducen (desde posiciones diferentes y con consecuencias diferentes).

4. Un apunte: no podemos obviar el componente de clase social, puesto que las mujeres obreras y campesinas siempre han estado en el ámbito del empleo —aunque invisibilizadas por razón de género—, y ha sido una conquista de la Educación Pública que "todo el mundo" tuviera derecho a la educación, pero durante mucho tiempo, en las familias lo que se priorizaba era que estudiaran los varones, no las mujeres.

5. Es significativo que cuando las tareas de cuidados asociadas a lo femenino dan el salto al ámbito de lo público en forma de empleo, lo hacen en las escalas más bajas de salario.

6. Cuando se pregunta qué lugar tiene la intersexualidad, o la transexualidad y/o transgénero dentro de esta dicotomía, en una argumentación de que hay más de dos géneros, es necesario señalar que precisamente esas realidades forman parte de la ruptura de la dicotomía binaria y/o cisexista, pero el "sistema de género" se ha encargado de señalarlos como "alteraciones", "enfermedades" y/o "trastornos", o socialmente negándoles su identidad. Así, precisamente al no darles cabida en el estatus de "lo normal", los coloca en un sistema de discriminación, de nuevo, en base al género, que sigue dicotomizado en una supuesta realidad "natural biológica". El binarismo se produce de forma especialmente violenta sobre personas intersexuales, o sobre personas de identidades no binarias, y el cisexismo sobre las personas trans.



Fuente: adaptado de Maquieira, Virginia (2006). Máster en Estudios Interdisciplinarios de Género.

Para finalizar la definición del género, no podemos dejar de lado el hecho de la realidad trans y la existencia de personas "no binarias". En base a esa asignación inicial de sexo/género que se da nada más nacer, sometemos a las personas a todo un proceso de identidad asignada, con la que conforme van creciendo pueden experimentar que es acorde a lo que sienten, o no. No se trata de una cuestión de roles (muchísimas mujeres y hombres cis⁷ no cumplen con ellos) sino

7. Cis es un término que se empezó a emplear en entornos activistas y académicos trans en los años noventa y principios de los 2000 (cisgénero, cissexual). Designa a aquellas personas que han sido asignadas hombre o mujer al nacer, y que crecen acordes a ese sexo/género asignado en cuanto a identidad. Cis es un prefijo de origen latino que significa "de este lado", mientras que "trans" significa "del otro lado". Se emplea por tanto para nombrar a hombres y mujeres que no son trans. El uso de este término redonda en la construcción sociocultural de las categorías humanas.

de *identidad*, de procesos de identificación: te identificas como hombre o como mujer. Esta realidad inevitablemente afecta al proceso de socialización de esa persona, y produce impactos directamente relacionados con el conflicto entre un sistema binario y normativo, y la vivencia subjetiva de que no se encaja en lo asignado y marcado a nivel de *identidad*.

Actualmente también se están visibilizando en nuestra sociedad personas "no binarias", esto es: que no sienten que pertenezcan a nivel de identidad a ninguna de las dos categorías. Es lo que en algunos otros Estados se ha visibilizado como género neutro, pero en el Estado español goza de una larga trayectoria activista que insiste en no catalogarlo como un "tercer género", sino enmarcarlo en una ruptura del género binario que ya propugnara Judith Butler en los años noventa.

2.2. LA TEORÍA DEL SISTEMA SEXO-GÉNERO. MÁS ALLÁ DE LA LECTURA SOCIOCULTURAL DEL SEXO

Como ya hemos señalado, en 1975, Gayle Rubin acuña la teoría del sistema sexo/género que, aparte de articular lo que hemos expuesto en los párrafos anteriores, expone otro elemento crucial para explicar por qué a día de hoy, en un supuesto espacio social de igualdad ante la ley (igualdad formal) y prohibición de la discriminación directa, las mujeres sin embargo la sufren en función del género mediante mecanismos de discriminación indirecta y estructural.

Rubin expondría que lo que obtiene la sobrevaloración son el conjunto de tareas y contenidos asociados a lo masculino (el ámbito denominado de lo público: el empleo, la economía, la política; y cualidades como la fuerza, la inteligencia, la autoridad, la proactividad, la asunción de riesgos...), y lo que obtiene la minusvaloración son el conjunto de tareas y contenidos asociado a lo femenino (el ámbito denominado de lo privado: los cuidados, la limpieza, el hogar; y cualidades como la debilidad, la intuición, la pasividad, la inteligencia manipulativa, la prudencia...).

Sostiene la autora, y todas las teóricas del género, que hombres y mujeres pueden encargarse de ambos espacios y tareas, y desarrollar cualidades de ambos modelos⁸.

8. Aparte de que algunas de las cualidades y de los adjetivos que se atribuyen a las mujeres son elementos negativos en sí (*histéricas, brujas, malas entre ellas, complicadas...*), con lo que configuran una minusvaloración intrínseca del género femenino, que a día de hoy tiene asociadas cualidades valorables o positivas precisamente en aspectos personales como la empatía, ser cuidadoras, ser cuidadoras, ser más pacientes, etc. que se centran en la relación y el vínculo con las demás personas.

Pero:

El *género masculino* como idea, como concepto, está indisolublemente unido a "los hombres" como categoría, mientras que el *género femenino* lo está a "las mujeres". Por ello, se da una traslación de esa desigual valoración a las personas, y son los sujetos de carne y hueso con condiciones de vida concretas, quienes reciben la sobrevaloración (ellos) o minusvaloración (ellas) asociadas a su género (aunque estén realizando tareas o actividades *del otro género*).

Como resultado:

Cuando las mujeres quieren acceder a espacios masculinizados, recae sobre ellas el sesgo de género: "no pueden, no saben, porque son mujeres"; y si quieren permanecer en ese espacio, tendrán que demostrar que son muy buenas en ello (una fontanera, una conductora de camión, una política, etc.). Sin embargo, cuando es la inversa, ellos reciben una valoración derivada de su género aunque estén realizando tareas tradicionalmente femeninas: no se revaloriza el sector completo o esas tareas, sino que se crea un nicho específico de valoración de las tareas que ellos hacen, donde de nuevo a las mujeres les es costoso acceder (cocineras frente a chefs; peluqueras frente a estilistas; modistas y costureras frente a diseñadores de moda, etc.).

Cuando las mujeres ocupan un puesto de autoridad, o de toma de decisiones, el sesgo de género cae igualmente sobre ellas. De algún modo, habrán de adaptarse a cierto proceso de "masculinización" si quieren permanecer en ese espacio: adoptar los códigos de conducta predominantes, adaptarse a las normas de relación, pero siempre *sin ser un igual*.

Como veremos en el estudio, los escenarios de consumo de sustancias⁹ siguen sin ser *espacios de las chicas* en este sentido del imaginario de género que venimos describiendo. Pueden estar, pero no es percibido como un espacio *que sea suyo por naturaleza*, sino, como veremos más adelante, que ocupan *por imitación de la conducta masculina*.

Sobre los hombres también pueden recaer estereotipos relacionados con estos contenidos asociados al género ("no saben cuidar, no saben limpiar..."). La diferencia es que eso no les coloca en una posición de desventaja social en cuanto a derechos o condiciones materiales de vida, y de hecho son estereotipos que

9. Con la excepción de los hipnosedantes y el tabaco, que como sustancia se escapa a muchos de los análisis efectuados en este informe.

contribuyen a que sigan sin hacerse cargo de esas tareas ("como no saben..."). Distinto es cuando un hombre también recibe sanciones por ser asimilado a lo femenino, esto es: "más débil", o "no suficientemente hombre". Porque el género establece la predominancia de los hombres sobre las mujeres, y de unos hombres sobre otros hombres.

En cualquier caso, el género:

"Es un sistema de organización social que designa dos modelos de socialización dicotómicos y naturalizados en que las personas nos movemos en función del cuerpo que habitamos: se convierte en una especie de exigencia tanto social como interna (genera identidad), y toda persona que se sale del marco normativo genérico, recibe de una u otra forma sanciones o presiones." (Martínez Redondo, 2010: 96)

Pero las mujeres son sancionadas en sí mismas por efectos del género¹⁰.

El género es un principio de organización social que genera/se inscribe en la subjetividad e identidad. Es un concepto relacional, procesual y dinámico, estando su contenido —de lo que se entiende como "masculino" y "femenino"— en continua transformación¹¹. Sin embargo, sus bases son: la dicotomía "hombre-mujer" —estableciéndola como algo *natural* y con la heterosexualidad¹² como sistema también *naturalizado* de organización del deseo— y que conlleva la subordinación y minusvaloración de lo asociado al género femenino-las mujeres (los cuerpos leídos mujeres¹³).

10. El género actúa como fuerza de exclusión de las mujeres y lo asimilado a "lo femenino" frente a los hombres, tanto a nivel estructural como a nivel interpersonal directo. Sin embargo, no podemos, o no deberíamos, hablar de género sin tener en cuenta lo que se ha denominado "interseccionalidad" (Crenshaw, 1989): diversos ejes de opresión en coexistencia, y sus correspondientes sistemas de privilegios, que nos atraviesan a todas las personas, como por ejemplo la clase socioeconómica, el color de piel-procedencia-"raza", la discapacidad/diversidad funcional, la orientación sexual, si se es cis o trans, etc. No podemos obviar que las mujeres no son un grupo homogéneo, y están a su vez atravesadas por esas otras categorías de estratificación social que, aparte de producir jerarquías entre las mujeres, también pueden colocar a algunas en clara situación de ventaja social (entendida como oportunidades, acceso a recursos, derechos, etc.) frente a algunos hombres (véase, por ejemplo, la clase o el color de piel). La interseccionalidad tendría en cuenta cómo actúan todas estas categorías en la construcción de la subjetividad, y su interacción en la situación y condiciones particulares de cada persona.

11. Como ya se ha señalado: en nuestra cultura no es lo mismo el contenido de género asociado a nuestras abuelas y abuelos, por ejemplo, que el asociado actualmente a hombres y mujeres chicos y chicas, o cómo eso cambia de entornos rurales a urbanos, etc.

12. Abordaremos esta cuestión más adelante.

13. Nos referimos al proceso sociosubjetivo/construcción de lo que se entiende/lee socialmente como "mujer", muy ligado a lo cis y que produce la exclusión de las personas trans, ya que hay cuerpos no leídos socialmente como "mujeres", pero que en términos de identidad de género, lo son.

2.3. ANDROCENTRISMO Y OPACIDAD DE GÉNERO

Objetividad es el nombre que se le da en la sociedad patriarcal a la subjetividad masculina

Adrienne Rich (1979)

Otra cuestión imprescindible para hablar del género en nuestra sociedad es que pone de relieve la invisibilidad de las mujeres y lo asociado a lo femenino. Las personas estamos inmersas en el saber androcéntrico, que presupone la experiencia masculina como la universal y deja de lado o minusvalora los saberes y aportaciones de la experiencia femenina. Las mujeres, las "otras", aparecen así definidas por la negatividad, esto es, por la exclusión comparativa con el elemento supuestamente neutral, no marcado. Así "lo femenino" se entiende como lo específico, lo particular, frente al pretendido universal que es "lo masculino". En la prevención, atención e investigación sobre las adicciones, como en otros ámbitos, estamos en un proceso en el que se ha pasado de la invisibilización de las mujeres a su esencialización: las mujeres y sus experiencias son presentadas como "lo otro" ("tienen necesidades específicas"), y los hombres y sus experiencias son la referencia de "la norma(lidad)".

El androcentrismo produce así el fenómeno de la opacidad de género (Fernández de Vega, 2016) en el análisis de la realidad, proyectos, etc. Este fenómeno omite la influencia estructural y subjetiva del género, y se fundamenta en la creencia de que un análisis o intervención puede ser neutral y/o universal, cuando en realidad está tomando como referencia la pauta cultural y estadística masculina.

El mismo hecho de que se afirme que las chicas están imitando el comportamiento masculino en el consumo de sustancias pone de relieve que el androcentrismo invisibiliza que no es tanto que imiten el comportamiento de los chicos como que, en un avance por la desaparición de las desigualdades de género, las mujeres se han incorporado al comportamiento validado socialmente. Y este comportamiento validado socialmente resulta que está (como ya hemos dicho, de forma invisibilizada) del lado de lo masculino y, por tanto, los chicos. Sin embargo, el sistema relacional de género se encarga, como veremos más adelante, de sancionar estos comportamientos en las chicas, sobre todo conforme van avanzando en edad y salen de la adolescencia.

2.4. PACTOS INTRA E INTERGÉNERO

Para la comprensión de muchas de las dinámicas de relación entre mujeres, entre hombres y entre hombres y mujeres, es necesario explicitar las teorías de los pactos intra e intergénero descritas por Elena Simón Rodríguez (1999).

Esta autora expuso que no existe un pacto intragénero en las mujeres: no se reconocen como iguales, y son educadas como competidoras, por la mirada de reconocimiento masculina. Esto explica muchas dinámicas de relación grupal (donde se observa cierta rivalidad que hay que poder trabajar), así como comportamientos relacionados con destacar y ser "especiales", o juzgarse unas a otras con más dureza que a los hombres (incluso cuando ejercen violencias de género graves). Como veremos en el estudio, esto se detecta en los discursos de las chicas, que también reproducen los discursos de control y emisiones de juicio sobre ellas mismas y sobre otras mujeres.

Sin embargo, sí existe un pacto intragénero en los hombres, que sí se reconocen como iguales frente a eso otro que no son: mujeres. Como veremos más adelante cuando expongamos la masculinidad desde perspectiva de género, también buscan la mirada de reconocimiento masculina, pero como iguales, y en todo caso bajo amenaza de ser asimilados a lo femenino/las mujeres. Esto explica muchas de las relaciones que establecen los chicos entre sí, y algunas de las dinámicas en relación al consumo y la presión del grupo de iguales.

Así mismo, esta autora describe que no existe un pacto intergénero: hombres y mujeres no se conciben como la mismidad, no son lo mismo, a la par que se les educa en que son opuestos (versión hostil) o complementarios (versión romántica).

2.5. APUNTES SOBRE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

A pesar de todo lo expuesto, en nuestro ámbito se emplea de forma extendida el término "género" como sinónimo de "sexo"¹⁴, y se abordan como características dadas las diferencias percibidas en el consumo de sustancias en hombres y mujeres. Y con eso se interpreta que se está aplicando la perspectiva de género y que se tiene ya integrada, cuando en realidad "tan sólo"¹⁵ se están ofreciendo datos desagregados entre hombres y mujeres, chicos y chicas. Ofrecer datos desagregados es el paso básico para poder realizar lecturas desde el género, pero hablar de mujeres (y de hombres) no garantiza que se aplique la perspectiva de género. Hablar en clave de perspectiva de género es acceder a un marco *analítico* y *comprehensivo*, más allá de la "descripción" de la "realidad", ya que la perspectiva

14. En su acepción tradicional, no en la propuesta por Anne Fausto-Sterling (2001).

15. Ofrecer datos desagregados permite que se puedan investigar las realidades detectadas estadísticamente, y establecer explicaciones o interpretaciones a las diferencias desde perspectiva de género. Esto a su vez permite diseñar y planificar acciones y objetivos desde perspectiva de género.

de género ofrece todo un cuerpo teórico y metodologías para poder examinar los usos de drogas, las drogodependencias y las adicciones sin sustancias, introduciendo cuestiones que pueden ofrecer un referente para al análisis de esas diferencias *percibidas*.

En el caso que nos ocupa, básicamente se trata de identificar qué afecta a los chicos y a las chicas precisamente por el hecho de "ser" hombres o "ser" mujeres (como categoría social y cultural que genera identidad y subjetividad, y fundamentada en una desequivalencia y subordinación de las mujeres) en esta sociedad, entendiendo cómo afecta en su día a día, en su motivación, toma de decisiones, elecciones vitales efectuadas, relaciones, etc. De esta forma, estaremos teniendo en cuenta los efectos de las *normas de género* en los usos de drogas que efectúan chicos y chicas.

LA PERSPECTIVA O ENFOQUE DE GÉNERO

- Permite identificar la situación de las mujeres y los hombres, así como las relaciones intra e intergéneros.
- Visibiliza el acceso y control de recursos/beneficios.
- Visibiliza a las mujeres/la experiencia femenina (vs. androcentrismo).
- Permite interpretar los efectos de la socialización diferencial y dicotómica.
- Pone el acento en la desigualdad/desequivalencia estructural.
- Es una herramienta para el cambio (de esa desequivalencia).
- No reproduce/no perpetúa estereotipos y violencias de género.

Y por último: la perspectiva de género no es un punto aparte o un apartado concreto en los proyectos. Debe estar integrada de forma transversal (*mainstreaming* de género) a la par que contar con presupuesto suficiente para su desarrollo a través de acciones concretas. Es lo que se denomina "estrategia dual".

2.6. EL FENÓMENO DE LA DOBLE PENALIZACIÓN SOCIAL

Ya en el año 2009 se venía observando un aumento en el consumo de las sustancias legalizadas por parte de las mujeres, llegando incluso a superar a los hombres en algunas franjas de edad¹⁶ también en las prácticas consideradas de

16. Históricamente, el porcentaje de población femenina siempre ha sido superior al de población masculina en el consumo de hipnosedantes.

riesgo. En la *Encuesta sobre uso de drogas en Enseñanzas Secundarias en España* (ESTUDES) 2016¹⁷ (con datos referidos a 2014-2015), se confirma esta tendencia:

**CONSUMO DE DROGAS ÚLTIMOS 12 MESES ENTRE
ESTUDIANTES DE ENSEÑANZAS SECUNDARIAS (14-18 AÑOS)
SEGÚN EDAD Y SEXO (%). ESPAÑA, 2016**

	TOTAL			14 AÑOS			15 AÑOS			16 AÑOS			17 AÑOS			18 AÑOS		
	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M
Tabaco	34,7	32,6	36,9	19,8	17,5	22,2	33,8	32,1	35,6	36,7	34,7	38,7	44,5	42,2	46,7	55,6	52,3	59,4
Alcohol	75,6	74,3	76,9	55,3	53,8	56,8	73,9	71,4	76,6	82,1	81,0	83,2	88,7	88,4	88,9	90,6	90,6	90,7
Borracheras	42,4	40,1	44,8	18,8	15,3	22,3	36,1	33,0	39,3	49,3	47,4	51,2	61,5	60,6	62,3	65,4	64,7	66,1
Botellón	52,0	50,3	53,8	28,0	24,8	31,3	47,7	45,2	50,4	61,1	59,4	62,8	68,9	68,3	69,4	68,1	71,3	64,5
Hipnosedantes con o sin receta	11,6	8,8	14,4	9,0	7,9	10,2	10,7	8,0	13,6	12,1	8,9	15,1	13,6	9,8	17,3	16,2	11,5	21,5
Hipnosedantes sin receta	5,4	4,1	6,7	3,5	2,8	4,3	4,9	3,5	6,3	5,9	4,4	7,3	6,5	5,0	7,9	8,2	6,0	10,8
Cannabis	26,3	28,1	24,4	11,1	11,8	10,5	23,1	24,5	21,6	29,2	31,8	26,7	38,1	40,7	35,6	45,0	47,9	41,8
Cocaína polvo y/o base	2,5	3,3	1,6	1,3	1,9	0,8	2,3	2,8	1,9	2,3	2,8	1,8	2,9	4,4	1,4	6,1	8,7	3,2
Éxtasis	1,6	2,0	1,1	0,6	0,7	0,6	1,4	1,6	1,2	1,6	1,9	1,3	2,4	3,4	1,4	3,1	4,3	1,8
Anfetaminas/speed	1,2	1,6	0,7	0,5	0,7	0,3	1,1	1,3	0,9	1,0	1,2	0,8	1,7	2,7	0,7	2,8	4,3	1,2
Alucinógenos	1,0	1,4	0,6	0,4	0,6	0,3	1,0	1,3	0,7	0,9	1,2	0,6	1,4	2,1	0,6	2,1	3,2	1,0
Heroína	0,6	0,8	0,3	0,5	0,7	0,2	0,7	0,9	0,5	0,5	0,6	0,4	0,5	0,8	0,2	0,9	1,7	0,0
Inhalables volátiles	0,6	0,8	0,4	0,5	0,6	0,3	0,6	0,9	0,4	0,6	0,7	0,4	0,5	0,7	0,2	1,4	1,9	0,8
GHB	0,4	0,6	0,2	0,2	0,3	0,2	0,3	0,5	0,2	0,4	0,6	0,2	0,4	0,7	0,1	0,8	1,3	0,2
Metanfetamina	1,0	1,3	0,7	0,4	0,7	0,2	0,7	0,8	0,6	1,1	1,4	0,9	1,3	1,9	0,8	2,4	3,5	1,2
Setas mágicas	0,9	1,3	0,5	0,4	0,8	0,1	1,0	1,4	0,6	0,8	1,0	0,5	1,3	1,7	0,8	1,9	3,2	0,4
E. anabolizantes	0,3	0,5	0,1	0,2	0,4	0,0	0,3	0,4	0,1	0,3	0,4	0,2	0,3	0,5	0,0	0,7	1,3	0,0
Nuevas sustancias	3,1	3,4	2,9	2,0	2,4	1,7	3,4	3,4	3,5	3,7	3,8	3,6	3,3	3,6	3,0	3,7	4,4	3,0
Ketamina	0,3	0,4	0,2	0,2	0,3	0,1	0,4	0,4	0,4	0,3	0,5	0,2	0,3	0,6	0,1	0,4	0,6	0,1
Spice	0,7	0,9	0,4	0,4	0,6	0,2	0,7	0,9	0,5	0,8	1,0	0,6	0,7	1,1	0,3	0,9	1,2	0,5
Mefedrona	0,4	0,5	0,2	0,3	0,4	0,2	0,4	0,6	0,2	0,4	0,6	0,2	0,3	0,5	0,1	0,3	0,5	0,1
Salvia	0,4	0,4	0,3	0,2	0,3	0,2	0,4	0,4	0,3	0,5	0,6	0,5	0,3	0,4	0,2	0,3	0,5	0,0

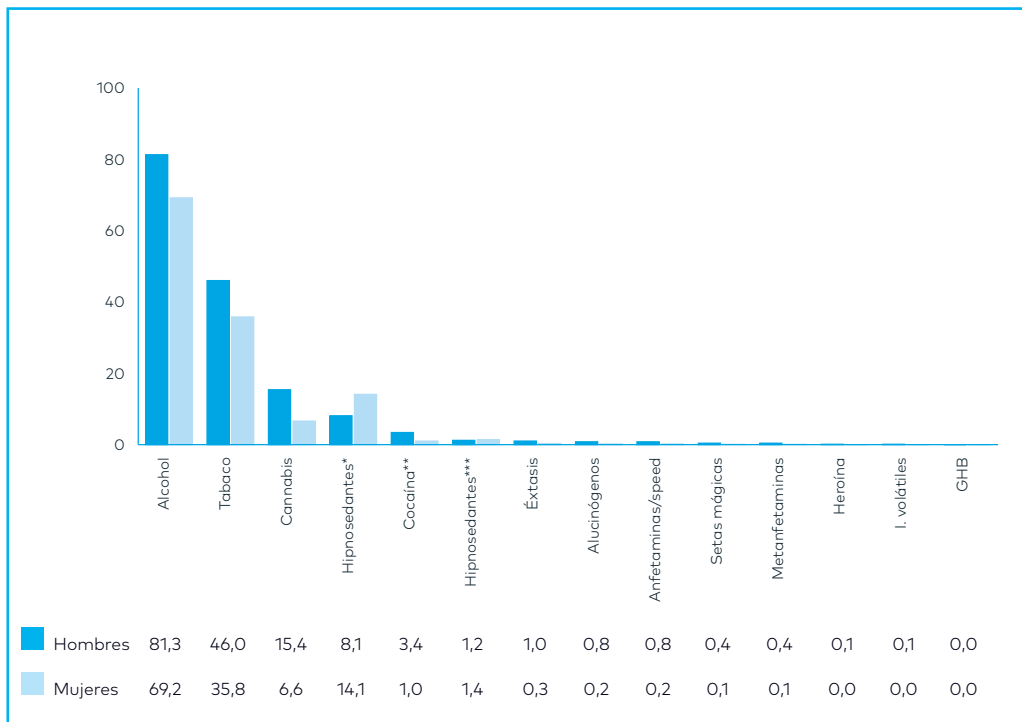
T = Total; H = Hombres; M = Mujeres.

Fuente: OEDA. Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España (ESTUDES).

17. La *Encuesta sobre uso de drogas en Enseñanzas Secundarias en España* se lleva a cabo de forma bienal, desde 1994, en estudiantes de Enseñanzas Secundarias de 14 a 18 años.

No obstante, a pesar del incremento del consumo de las sustancias legalizadas (alcohol, tabaco, psicofármacos/hipnosedantes por parte de mujeres), e incluso existiendo una mayor proporción de consumo femenino de estas sustancias en las franjas de edad de la adolescencia, la *Encuesta sobre alcohol y drogas en España* (EDADES) 2017¹⁸ confirma también que a edades más avanzadas, la prevalencia del consumo de todas las sustancias es menor en las mujeres que en los hombres, salvo en los hipnosedantes.

CONSUMO DE DROGAS ÚLTIMOS 12 MESES EN POBLACIÓN GENERAL (15-64 AÑOS), SEGÚN SEXO. ESPAÑA, 2017



* Hipnosedantes con o sin receta. ** Cocaína polvo y/o base. *** Hipnosedantes sin receta.

Fuente: OEDA. Encuesta sobre alcohol y drogas en España (EDADES).

Además, lo que también se observa en estas encuestas, es que la cantidad y la frecuencia de consumo asociadas a prácticas de riesgo (*binge drinking*, *borracheras*, etc.) también es menor entre las mujeres.

18. La *Encuesta sobre alcohol y drogas en España* (EDADES) se lleva a cabo de forma bienal, desde 1995, en población general de 15 a 64 años, residente en hogares.

Dados los datos ofrecidos por estas estadísticas, es frecuente que en nuestro ámbito profesional se mantengan afirmaciones acerca de que el género perjudica a los hombres y beneficia a las mujeres en los consumos de drogas, o que el rol tradicional resulta un elemento de protección para las mujeres, que se ponen en riesgo al imitar las conductas masculinas en el consumo de sustancias. Este tipo de ideas derivan de un profundo desconocimiento de la categoría "género", y además la reducen a una visión parcial en su manifestación como roles y mandatos.

Desde perspectiva de género, la explicación de los patrones de consumo que muestran estas estadísticas, y que está en correlación con lo hallado en nuestro estudio, relaciona los efectos del género en la salud de las personas, y responden al siguiente funcionamiento:

- Para las mujeres, el género es un eje de vulneración y subordinación. Esto da como resultado múltiples interacciones relacionadas con procesos de depresión, así como de sobrecarga emocional y física que redundan en un peor estado de salud percibida en general de las mujeres. Mención aparte necesitarían además los efectos de las violencias sufridas, tanto en etapa infantil y juvenil como adulta. Pero paradójicamente: "el modelo hegemónico de feminidad, describe a las mujeres y sus cuerpos como débiles, vulnerables y susceptibles de ser cuidados, potenciando en ellas actitudes de evitación o reducción del riesgo y/o hábitos de cuidado de su salud" (Cantos, 2016: 56). Esto redundaría en la elección de un tipo de sustancias y no otras, así como en una mayor percepción del riesgo en el uso de drogas en general.
- Para los hombres, el género conlleva sin embargo una serie de mandatos y roles interiorizados (esto es: forman parte del contenido de lo que se entiende como "masculinidad") que frecuentemente los sitúa en riesgo frente a la realización de prácticas que ponen al límite sus capacidades y resistencias físicas: "No parece un hecho fortuito que la mayor parte de las personas con problemas de consumo de drogas sean hombres. Tampoco que las víctimas de accidentes de tráfico sean, en su mayoría, varones o que exista una mayor mortalidad y siniestralidad en el caso de los hombres. Sin duda, todas estas cuestiones están estrechamente relacionadas con el mandato dirigido a ellos que les invita a asumir riesgos como algo natural y propio de la identidad masculina." (*Ibid.*)

Un efecto directo del sistema sexo/género como estructura de subordinación de las mujeres y de lo femenino, es que las mujeres que consumen drogas reciben una mayor sanción —tanto social como subjetiva— ante ese hecho. Con excepción

de los psicofármacos, consumir drogas de forma abusiva y/o tener un problema de adicción¹⁹, supone una reprobación extra de la persona por el *hecho de ser mujer*. Es lo que venimos llamando el fenómeno de la "doble penalización social".

Una breve aproximación para entender este fenómeno es que cuando una mujer tiene consumos abusivos o desarrolla problemas de adicción, se produce un claro fallo a los roles normativos de género para las mujeres centrados en la relación interpersonal y/o intrafamiliar y el cuidado de las demás personas: la "buena madre", la "buena esposa", la "buena hija"²⁰. Los hombres no reciben este contenido en su rol de género, y además en el simbólico prevaeciente, que los hombres transgredan la norma social tiene una lectura más normalizada que en el caso de las mujeres. Esto no quiere decir que no reciban reprobación social, pero al tratarse de comportamientos "esperables" para ellos, no recae el peso extra que sí reciben ellas.

Esto se traduce en dos consecuencias directas:

- Por un lado, un mayor rechazo por parte del entorno social inmediato cuando se dan estas conductas.
- Y, por el otro, una ocultación del consumo, derivada de la interiorización subjetiva de los valores de género dominantes y su reproducción: las mujeres también se sancionan más duramente, a sí mismas y a otras.

Como veremos en el informe que sigue a estas páginas, a raíz de lo que venimos describiendo se dan muchas más estrategias de control y autocontrol relacionadas con el consumo en las chicas que en los chicos.

Un ejemplo claro de las sanciones que reciben las mujeres en el consumo de sustancias es la diferente lectura que se realiza del consumo masculino y el femenino en situaciones de agresión sexual de un chico a una chica. En el caso de que el chico fuera bajo los efectos de sustancias (normalmente alcohol) en el momento de cometer la agresión, el consumo funciona como elemento exculpatorio: "No sabía lo que hacía". Por el contrario, en las chicas el mismo consumo funciona como elemento culpabilizador: "¿Cómo es que bebiste tanto?". Y en esta enorme complejidad que es el género encontraremos que la acción culpabilizadora no sólo opera a nivel social sino también subjetivo: las mujeres que han sufrido una agresión sexual estando ebrias o bajo el efecto de alguna

19. Como ya hemos señalado: el consumo de tabaco y la dependencia del mismo a día de hoy, no responderían estrictamente a estos análisis desde perspectiva de género.

20. Se exponen tres arquetipos de rol normativo, pero los mandatos que contienen son comunes en cuanto al cuidado y la relación interpersonal, derivándose de estos tres arquetipos otros como "la buena" novia, hermana, etc. Siempre en relación a otros/as.

sustancia suelen presentar elevados niveles de culpa y/o de sentimiento de responsabilidad en lo sucedido. Es crucial identificar la violencia simbólica interiorizada y sus efectos sobre las mujeres, así como desarrollar espacios donde poder visibilizarla, comprenderla como un elemento estructural del sistema de sexo-género, y trabajar las consecuencias de esa interiorización.

En el *Informe 2017* del Observatorio Noctámbul@s, proyecto que explora la realidad de las violencias sexuales en contextos de ocio nocturno y consumo de sustancias desde 2013, se concluye que (página 103):

“En el imaginario colectivo sigue persistiendo la idea de que las agresiones sexuales se dan en un callejón oscuro y solitario, por parte de un desconocido que acecha de forma premeditada a la víctima. Los relatos mediáticos contribuyen, así, a la construcción de este prototipo de ‘hombre malo’ que actúa en la sombra pero que, sin embargo, está bastante alejado de la realidad. Las violencias en el ocio nocturno se ejercen, en la mayoría de los casos, por parte de conocidos (personas con las que previamente se ha interactuado en una fiesta, chicos con los que se han mantenido relaciones sexuales consentidas previamente, pareja, etc.).

También pareciera, como ya introducíamos en el anterior Informe Noctámbul@s, que ‘las mujeres son más víctimas cuando han sido intoxicadas contra su voluntad’, lo cual jerarquiza erróneamente el grado de sufrimiento de las violencias y vuelve a responsabilizar a las mujeres de las violencias que sufren, al sugerir que quienes han sufrido violencias habiendo consumido voluntariamente no son tan víctimas como el resto. El hecho de restarles credibilidad a las mujeres y culpabilizarlas vuelve a entrar en juego con estos discursos.”

Esta idea subyace en las percepciones e ideas que veremos reflejadas en el estudio, donde encontramos que las mujeres (tanto las jóvenes como las madres) saben que corren riesgo (ellas mismas o sus hijas) de verse agredidas si están bajo efecto del alcohol u otras drogas, y donde se distingue entre que se droguen voluntariamente o las droguen sin que ellas lo sepan. Este discurso se encuentra también entre los chicos jóvenes y los padres en relación a las mujeres.

Existe un imaginario simbólico (reproducido en todas las esferas sociales: familia, profesionales, agredidas, agresores..) que culpabiliza y/o responsabiliza a las mujeres de la violencia sexual recibida, sobre todo a aquéllas que se alejan de la idea de la *buena víctima* (“qué hacías así vestida”; “por qué estabas ahí a esas horas”; “cómo es que te fuiste con ellos”; “por qué estabas tan borracha...”), y una

mujer bajo los efectos de sustancias, o drogodependiente, o con conductas adictivas, *definitivamente no lo es*. Se acude además a elementos relacionados con la *moralidad*, donde las chicas que consumen *excesivamente* son vistas como unas "frescas", desviadas, o incluso viciosas, y por lo tanto, es *normal y justificable* que sean agredidas.

Siguiendo los resultados de los informes del Observatorio Noctámbul@s, en los espacios nocturnos de ocio y consumo de sustancias se dan múltiples agresiones sexuales (en distintos grados) a mujeres, y se constata que ante episodios más graves o extremos de violencia, se producen como consecuencia consumos más abusivos en las mujeres agredidas. Este aumento de los consumos no se relaciona conscientemente con el trauma vivido, que además tiende a ocultarse y/o a minimizarse. El problema es que ante esta realidad, en los ámbitos de prevención de conductas de riesgo, en general y con pocas excepciones, se siguen enfocando las violencias sexuales como un riesgo del consumo, en lugar de situarlo en su contexto específico: la violencia de género. Tanto en campañas oficiales (Ministerio de Sanidad, campañas adolescencia y alcohol 2007, 2011 y 2017) como en programas de prevención selectiva se alude directamente al riesgo de mantener relaciones sexuales para las chicas bajo efectos de sustancias, en relación a la posibilidad de la agresión sexual. Lo sitúan así como una consecuencia del consumo, cuando para los chicos esa posibilidad no es ni se enfoca como un riesgo (más allá de embarazos no deseados, o transmisión de ETS, etc.) luego: ¿qué tiene que ver con el consumo? Evidentemente el consumo afecta a los mecanismos de control, reacción, etc. pero no es la causa de la posibilidad de agresión sexual para las chicas, que sucede estén o no bajo efecto de sustancias. La violencia sexual es una expresión de la violencia de género, y es por tanto estructural e intrínseca al sistema de sexo/género.

Si queremos prevenir e intervenir en esta realidad, tendremos que desvelar que existe esta doble penalización social por razón de género de las mujeres que consumen drogas o tienen problemas de drogodependencia, y entre otras consecuencias, esto provoca que se den situaciones de mayor vulnerabilidad para que se produzca la violencia estructural contra las mujeres en forma de agresión sexual.

2.7. LA CONSTRUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD, TAMBIÉN LA MASCULINA...

Como hemos visto en los datos recogidos en ESTUDES y en EDADES, en general todas las sustancias son consumidas mayoritariamente por los chicos, tanto en cantidad como en frecuencia de uso, con excepción de los psicofármacos. Así mismo, la percepción del riesgo es menor en los hombres que en las mujeres. Sin

embargo, en el estudio y abordaje de los usos de drogas y las drogodependencias desde perspectiva de género, son pocas las investigaciones y publicaciones que se centren directamente en relacionar qué tiene que ver la construcción de la masculinidad con el consumo de sustancias y el desarrollo de las adicciones²¹.

También hemos visto que la perspectiva de género ayuda a entender un sistema de subordinación específico de las mujeres/lo femenino²² frente a los hombres/lo masculino. Este sistema se sustenta en, y ha provocado, la invisibilización de las mujeres y de sus experiencias, en aras de un androcentrismo que sitúa a los hombres y lo masculino como referencia neutral de comportamiento. Por ello, muchos de los abordajes desde perspectiva de género se centran en visibilizar esas experiencias de las mujeres, así como en abordar los efectos de la subordinación de género. Pero paradójicamente, esto ha contribuido a que se haya dado como natural el proceso por el cual los hombres *son lo que son*, quedando invisibilizado el proceso relacionado con el género como categoría que genera identidad y subjetividad *también en ellos*.

Si los problemas de las mujeres cuando se salen de la norma son distorsionados, magnificados, y abordados desde la sanción (doble penalización social, falta de moralidad, etc.), los problemas de los hombres quedan *naturalizados* en tanto que son "normales", integrados socialmente, y entendidos como "acorde a su sexo". Es necesario "desnaturalizar" los contenidos de lo masculino y señalar el proceso social por el cual en el imaginario simbólico prevaleciente, se asocia "ser un hombre" principalmente con demostrar fuerza, tener comportamientos de riesgo, emplear la violencia como mecanismo de resolución de conflictos, así como ejercer la autoridad y el poder.

Parafraseando a Simone de Beauvoir: "El hombre no nace, se hace"²³. Desde esta premisa, el contenido de lo asociado a lo masculino puede y debe ser analizado desde perspectiva de género, también en los usos de drogas y las adicciones.

21. En el Estado español: Del Moral, 2008; Jiménez Sánchez y Martínez Redondo, 2009; Cantos, 2016 y en otros países: Wong *et al.*, 2017.

22. También provoca procesos de exclusión de las personas asimiladas a lo femenino, así como de aquellas personas que se salen de la norma binaria y cis-sexista del género.

23. Como ya vimos, una de las principales tesis de Simone de Beauvoir en su libro *El segundo sexo* (1949) es que la mujer no nace, sino que se hace. Es decir: el concepto e identidad de mujer es tan cultural como lo es el del hombre. La filósofa venía así a "sacar" a las mujeres del ámbito de la naturaleza, a la par que señalaba que la inferioridad de las mujeres era una construcción de las relaciones y los contenidos asociados a uno y otro género (aunque ella no hablase aún de la noción de "género"). A partir de esta tesis se desarrolla todo el movimiento cultural, político y social por cambiar lo asociado al género femenino como algo minusvalorado, pero ¿dónde quedaba cambiar específicamente lo asociado a lo masculino/los hombres? Habría que esperar casi medio siglo para que esto comenzara a abordarse de forma específica.

A principios de la década de los ochenta el concepto de "masculinidad hegemónica" fue introducido en las propuestas teóricas de la sociología de la educación australiana. Fue en 1995 cuando el concepto fue formalizado por Raewyn Connell en su libro *Masculinities* y a partir del cual se han ido produciendo diferentes actualizaciones. En términos generales, el concepto de "masculinidad hegemónica" es empleado para referirse a una práctica de género encarnada por el sujeto masculino que en cada momento histórico representa la respuesta aceptada dentro del sistema de género. Es, en otras palabras, la forma de masculinidad prevaleciente en un determinado contexto histórico que garantiza, o es empleada para garantizar, la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres (Connell, 2005).

Así, comúnmente se emplea el término "masculinidad hegemónica" para referirse a la forma de masculinidad prevalente, más alabada, idealizada y valorada en un determinado contexto histórico y social. En nuestra sociedad no existe un único modelo de masculinidad, pero sí existen una serie de atribuciones, ideas, emociones, comportamientos, etc. respecto a lo que un hombre es o *debe ser*. Actualmente estas ideas y atribuciones siguen girando en torno a una serie de características, descritas en Jiménez Sánchez *et al.* (2009):

1. El ejercicio del poder-dominación sobre las mujeres y sobre otros hombres²⁴.
2. La necesidad de demostrar la "hombría".
3. El recurso de la violencia como forma de resolver conflictos.
4. La fuerza física (se ha de tener y se ha de emplear).
5. La no expresión de las emociones asociadas a la debilidad: "un hombre no llora".
6. El endurecimiento como forma de afirmación masculina.
7. Pasar por "rituales" que le convierten a uno en "hombre".
8. La agresividad.
9. La competitividad.
10. El mito del ganador: hacer, lograr, actuar...
11. El control (de las situaciones, de las emociones, etc.).
12. Ser el proveedor de la familia.

24. Con la contradicción precisamente por ello de que muchos chicos y hombres no experimentan que sean poderosos, antes al contrario; lo explicaremos en los párrafos que siguen, tomado como referencia de análisis el funcionamiento de los grupos de hombres que describe D. Welzer-Lang (2002).

Una forma interesante de seguir indagando en la construcción de la masculinidad es a partir de los análisis de Daniel Welzer-Lang (2002) y su propuesta de “la casa de los hombres”. Para este autor, el abordaje de la dominación masculina no sólo debe plantearse en referencia a las relaciones sociales entre mujeres y hombres, sino también en referencia a las relaciones entre hombres, porque ambos tipos de relaciones están estructuradas de forma análoga a los procesos de género. Así, el concepto “homosociabilidad” —definido por el autor como las relaciones sociales entre personas de un mismo sexo— juega en la propuesta de Welzer-Lang un papel crucial en la construcción subjetiva de la identidad de género. En el caso de la identidad masculina:

“Esa ‘casa de los hombres’, en cada edad de la vida, en cada etapa de la construcción de lo masculino, está relacionada con un lugar, una habitación, un bar, un estadio de fútbol. Es decir, un lugar propio en el que la homosociabilidad puede vivirse y experimentarse en el grupo de iguales. En esos grupos, los mayores, los que ya han sido iniciados por los adultos, muestran, corrigen y modelizan a los aspirantes a la virilidad” (*Ibid.*: 58).

Welzer-Lang explica que cuando los chicos abandonan el mundo de las mujeres es cuando comienzan esa etapa de homosociabilidad que el autor ejemplifica en multitud de situaciones presentes en la socialización de los chicos, como los juegos, los deportes, las prácticas comunes de exploración de la sexualidad, etc. En estas primeras etapas de la socialización, los niños reciben el mensaje de que deben aprender a estar con los hombres, sus iguales, lo que implica necesariamente dissociarse del mundo femenino, el mundo *de la otra, la otredad femenina*²⁵, al que se refería Simone de Beauvoir. Esta disociación no es una mera separación, ya que su contenido principal es el rechazo esencial de lo femenino²⁶.

En este rito de iniciación, los niños además deben ser sumisos al modelo hegemónico para conseguir unos privilegios y entrar en el círculo de hombres: “para ser un hombre, hay que aprender a sufrir”.

El término “masculinidad hegemónica” se ha ido asentando como categoría útil y opuesta a los nuevos modelos de masculinidades que permiten el acercamiento a un modelo más igualitario en las relaciones entre hombres y mujeres, así como el

25. Este aspecto ya fue definido por Elisabeth Badinter (1992), que argumentó que la identidad masculina se adquiere por oposición.

26. Nancy Chodorow (1994), en una revisión de las tesis de Freud, describiría el proceso de construcción de la subjetividad masculina centrándose en los efectos que producía en los hombres la obligada separación y diferenciación con lo femenino (la madre).

desarrollo personal y social masculino más allá de los patrones descritos. Sin embargo, no debemos perder de vista lo que Luis Bonino (2002) definió como “la retórica de las nuevas masculinidades”: la aparición de nuevos modelos de varón, que lejos de cambiar el sistema desigual de relaciones de género, lo enmascaran bajo una aparente igualdad y abandono de ese modelo hegemónico de masculinidad en sus relaciones con las mujeres. Como veremos en el siguiente apartado, muchos de los valores y funcionamientos asociados a la masculinidad hegemónica siguen presentes en las dinámicas de consumo de chicos y hombres, y a veces es difícil detectarlos como tal, cuando la realidad se complejiza ante la ruptura de roles, sobre todo por parte de las mujeres, y se diversifican las experiencias de las personas.

2.8. MASCULINIDAD, GÉNERO Y USOS DE DROGAS

Como señala Beatriz del Moral (2008), el contexto en el cual se consume la sustancia, moldea la experiencia subjetiva del consumo de esa sustancia específica. Así mismo, ese contexto sociocultural también va a configurar un escenario concreto según la persona que consuma sea hombre o mujer, chico o chica. Siguiendo con las propuestas de análisis de esta autora, encontramos que el consumo de sustancias en los varones entronca directamente con las características que describíamos en el anterior punto acerca de lo que un hombre es o debe ser:

“El consumo de drogas es una actividad que, por muchas razones, podemos considerar de riesgo. Su consumo, en edades tempranas, representa un desafío a la autoridad parental, una forma casi ritualizada de romper con la niñez, una prueba a la que someter al cuerpo. Más tarde también puede representar una medida de resistencia, de capacidad de control, de atreverse a probar sustancias eventualmente peligrosas, de demostrar la despreocupación con respecto a la salud, de demostrar la fortaleza e invulnerabilidad de su cuerpo, de entrar en ambientes delictivos, incluso violentos, con lo que ello supone de entrar en contacto con círculos donde se trafica, eventualmente incorporarse a esos círculos, etc.”

Las sustancias ilegalizadas, que conllevan un riesgo añadido por esta razón en su consumo, son mayoritariamente consumidas por los varones. El uso de la fuerza, la violencia, la capacidad de resultar agresivo, etc. forman parte de la identidad masculina hegemónica descrita en el apartado anterior y que, como pasaremos a describir a continuación, en determinados espacios sociales encuentra facilidades para su desarrollo.

En torno a los años noventa surgen toda una serie de estudios sobre la influencia de la masculinidad en la salud. En esta etapa se adopta un enfoque que adscribe las características de la masculinidad hegemónica al concepto de "masculinidad tradicional", y la establece como un factor de riesgo para la salud de los hombres (Sabo, 2000), y por tanto, como factor de riesgo para el consumo y abuso de sustancias.

Sin embargo, este tipo de enfoques simplifican en exceso el funcionamiento relacional del género, que pondría la atención en desvelar y examinar con los varones los componentes de su masculinidad/su identidad como hombres que tienen que ver con los comportamientos de riesgo, destructivos y/o violentos, enmarcando los mismos en un sistema de sinergias de salud que favorece unas dinámicas y no otras según se trate de una mujer o un hombre.

Siguiendo los trabajos de Rekalde y Vilches (2005), Beatriz del Moral (2008) elaboró las características del consumo masculino, que se deducían en oposición a las características que estos autores describían como propias del consumo en mujeres. Aquéllos no especificaron las de los hombres, pero la autora apuntaba que es necesario señalar específicamente las características de los consumos en hombres si queremos reflexionar sobre ellos en relación al género.

CONSUMO EN LOS HOMBRES

- Las dosis que toman son mayores.
- La frecuencia de salidas y consumo es mayor.
- Realizan más mezclas.
- Siguen itinerarios más largos.
 - Aguantan más.
 - La sociedad sigue protegiendo menos a los chicos que a las chicas.
 - Se sienten a gusto en los lugares de diversión y se retiran más tarde.
 - Existe menos control de padres y madres sobre los hijos que sobre las hijas.
- No evitan la agresividad en sus comportamientos y situaciones.
- Los chicos revelan una menor percepción de riesgos en el consumo de sustancias.
- Son menos prudentes.
- Son menos previsores y no cuidan tanto la organización de la diversión.
- Acuden a la fiesta sin prever cuánto o qué van a consumir.
- Utilizan más drogas ilegales que las chicas, por lo que se pueden ver envueltos en circunstancias problemáticas o indeseables.
- No huyen o les atraen las consecuencias de determinados consumos (como los estimulantes), los conflictos y las situaciones de conflictividad.
- Los chicos alardean de estar colocados.

Fuente: Beatriz del Moral (2008).

Encontramos de nuevo que en los ámbitos de atención a los usos de drogas y las drogodependencias se suele enfocar como riesgos del consumo el hecho de que los chicos terminen metidos en peleas o en conflictos, cuando estas situaciones tienen claramente más que ver con el sistema de género y su expresión en forma de *mandatos de género* para los hombres.

Raquel Cantos (2016: 16-17) propone precisamente los mandatos de género como eje de análisis en su trabajo sobre el consumo en hombres y mujeres desde perspectiva de género:

“Vivimos en una sociedad cuyo modelo de organización social está basado en la jerarquización de unas personas sobre otras en función de diferentes criterios, como el sexo, la clase social, la etnicidad o las capacidades físicas e intelectuales. Los procesos de socialización, en forma de mensajes sociales que recibimos a través de agentes como la escuela, la familia, el grupo de iguales o los medios de comunicación, garantizan el mantenimiento de este sistema. Calan en cada persona de una forma casi 'natural', sin ser apenas percibidos, e influyen en nuestra forma de vivir, sentir y pensar.

Los **mandatos de género**, en concreto, son mensajes sociales que transmiten cómo tiene que ser un hombre y cómo tiene que ser una mujer. Ligan el cumplimiento de los mismos a la masculinidad y la feminidad. Podemos imaginarlo como una especie de *check-list* cuyo cumplimiento demuestra que eres un hombre o que eres una mujer. Describen la forma correcta e incorrecta de estar en el mundo en función del sexo asignado al nacer, por tanto tienen carácter de obligatoriedad y no se eligen.

Son determinantes en la construcción de la identidad, al igual que otros relativos a la etnicidad, el lugar de procedencia, la clase social, la edad o la capacidad intelectual. La identidad de cada persona, es el resultado de estos mandatos sociales y de sus propias vivencias, por lo que la diversidad de personas y en las personas está garantizada. Habrá hombres y mujeres que transgredan estos roles, que los cumplan de forma rígida o, entre ambos polos, todas las posibilidades que seamos capaces de imaginar. Aunque hombres y mujeres no siempre reproducimos los mandatos de género, sí los recibimos, nos atraviesan e influyen en nuestras respuestas y estilos de vida.

Veamos un ejemplo claro de esto que comentamos. Un mensaje social que reciben los hombres es el del ejercicio del poder, especialmente

sobre las mujeres. Se les enseña desde la infancia a entender que tener y ejercer poder es parte de su identidad como hombres, naturalizándolo y generando vergüenza o culpa si esto no ocurre con, por ejemplo, frases despectivas como 'calzonazos' o 'maricón'.

¿Significa esto que todos los hombres buscan y desean ejercer poder sobre las mujeres? Obviamente, no.

¿Significa que la mayoría tenderán a hacerlo, sin ser conscientes muchas veces de ello y que será necesario realizar un trabajo personal para cambiarlo? Obviamente, sí.

Podemos encontrar un ejemplo similar con el cuidado en el caso de las mujeres. Uno de los mandatos de género hacia las mujeres es el de cuidar de las personas que las rodean, atendiendo sus necesidades por encima, incluso, de las propias. El hecho de cuidar de los y las demás se naturaliza, hasta el punto de presentar la maternidad como uno de los elementos de realización personal más fuertes que puede desarrollar una mujer, y generando vergüenza o culpa en el caso de no asumir este rol con mensajes como 'mala mujer' o 'se te pasa el arroz'.

¿Significa esto que todas las mujeres desean cuidar a los demás y que se sienten realizadas ante la maternidad? Obviamente, no.

¿Significa que la mayoría tenderán a hacerlo, sin ser conscientes muchas veces de ello y que será necesario realizar un trabajo personal para cambiarlo? Obviamente, sí.

El género nos atraviesa, siendo estos mensajes sociales el principal medio para hacerlo. Siguiendo la psicología de las emociones, lo manifestamos en forma de diferentes pensamientos (ideas, estereotipos, creencias...), emociones (prejuicios, reacciones, sentimientos...) y acciones (conductas, actitudes, habilidades, destrezas...)."

En el caso de los chicos, los mandatos de género están íntimamente relacionados **con el consumo de sustancias y/o son compatibles con ello**, mientras que no es así con los mandatos de género en las mujeres²⁷.

27. No olvidemos que los mandatos de género femenino conducen a la prudencia, la no exposición a riesgos, etc. Sin embargo, tal como hemos descrito, el sistema de género como eje de subordinación tiene muchas consecuencias negativas en ellas cuando consumen, que no se dan en los hombres precisamente por razón de género.

LOS MANDATOS DE GÉNERO EN LOS HOMBRES

MANDATO	ROL, FUNCIÓN SOCIAL	PRINCIPALES IDEAS
Tienes poder y ejerces control	Proveedor de protección y seguridad	Control sobre sí mismo y las demás personas. Proteccionismo. Mito del ganador: importan sus logros y éxitos. Protagonismo de la capacidad adquisitiva. Consecuencias: dolor, aislamiento y carencia afectiva.
Utilizas la violencia y la agresividad para regular y resolver conflictos	Garante de orden social	Herramienta para regular conflictos. Herramienta para ejercer el poder y el control. Dirigido fundamentalmente hacia otras personas, pero también hacia sí mismos.
Asumes riesgos	Ideal de ser humano	Relacionado con la necesidad de realizar demostraciones continuas de masculinidad. Relacionado con el desprecio por el cuidado al ser considerado algo femenino. Ejemplo claro: consumo y abuso de drogas.
Eres principalmente racional	Sostenedor de la razón y la lógica	Dificultad para detectar e interpretar emociones propias y ajenas. Tendencia a ocultar sentimientos, dependencia emocional. Desconexión del mundo emocional y sexual.

Fuente: R. Cantos (2016: 127).

Además, tal como hemos visto en el apartado sobre masculinidad hegemónica:

- 1) El grupo de los hombres se rige por fuertes dinámicas de aceptación y rechazo en función de que se cumplan o no los mandatos de género → de ahí que los factores como la relación entre iguales o presión grupal sí sean determinantes en el consumo de sustancias de los chicos.

Y paradójicamente:

- 2) El proceso de construcción de la masculinidad se fundamenta en continuos ejercicios de autoafirmación: hacer, lograr, centrarse en el objetivo, egoísmo, agresividad... → el consumo en los chicos puede ser una actividad con sentido en sí misma/para sí mismos, independientemente de que su pareja o sus amigos/as, consuman o no. Además, el sistema de género favorece sinergias en las que pueden alardear del consumo o hacerlo de una forma mucho más pública y normalizada, consuman en grupo o no.

2.9. ALGUNAS NOCIONES SOBRE LA HETEROSEXUALIDAD COMO SISTEMA

Para finalizar, queremos dejar recogidas algunas nociones sobre la heterosexualidad como régimen naturalizado de organización del deseo, en el marco del sistema sexo/género. En este sentido, examinaremos las relaciones que establece entre hombres y mujeres, así como entre los propios hombres.

1) El sistema de género se sustenta en una determinada concepción de la sexualidad. Establece de forma hegemónica dos papeles diferenciados para hombres y mujeres, construyendo todo un sistema de significados y erótica en torno a esa dualidad. Podemos examinar esta cuestión en base a la dicotomía fundamental: "activo/pasiva". Este sistema atribuye a los varones un deseo sexual explícito, entendido además como incontrolable una vez que es "despertado", mientras que a las mujeres las sitúa como receptoras de la demanda sexual, a la par que las convierte en objeto de ese deseo explícito²⁸. Incluso podemos encontrar imaginarios y representaciones sociales en las que se minimiza el interés de las mujeres por el sexo, y se establece la dualidad: *mujer buena* (novia/esposa, recatada, sexo decente, pasiva) – *mujer mala* (prostituta, explícita, sexo sucio, tentadora, manipuladora, seductora). Dependiendo del nivel de interiorización de los mandatos de género encontraremos más o menos diluidos estos arquetipos, pero en el imaginario prevaleciente sigue funcionando la dualidad "estrechas/zorras" para designar el comportamiento sexual y la moralidad de las mujeres.

Vuelve a establecer un sistema "naturalizado" (esto es: invisibilizado), por el que designa lo que es "normal" en un "hombre", y lo que lo es en una "mujer".

2) Además, siguiendo de nuevo los análisis de Daniel Welzer-Lang (2002), encontramos en esta concepción de la heterosexualidad un sistema y marco naturalista²⁹ que mantendría la dominación masculina sobre las mujeres y, a su vez, sobre otros hombres. Este autor explica que la heterosexualidad no sólo divide a hombres y mujeres en tanto que seres fisiológicamente opuestos, sino

28. Es importante señalar que el ser objeto de deseo no es algo malo en sí mismo. Jugar con el deseo, sentirse deseado/a y desear, son hechos consustanciales a la sexualidad y el mantenimiento o no de las relaciones sexuales. El análisis que vamos a efectuar no penaliza ser objeto de deseo en sí mismo, sino el marco de interpretación y simbólico prevaleciente producto del sistema de género, que ubica a las mujeres en subordinación a los hombres, también en el desarrollo del deseo, y que por tanto las cosifica y deshumaniza, convirtiéndolas literalmente en objetos hipersexualizados, no en sujetos deseantes/deseados.

29. Como se explica más adelante: fija como "naturales" los deseos heterosexuales, al aparecer ligados a la reproducción de la especie.

que establece una división también en las relaciones intragénero. Es así que pasamos a hablar de heteronormatividad o heterosexismo:

"Discriminación y opresión basadas en la distinción establecida respecto a la orientación sexual. [...] Promoción continua por parte de las instituciones y/o de los individuos, de la superioridad de la heterosexualidad y de la subordinación simultánea de la homosexualidad. [...] El heterosexismo da por hecho que todo el mundo es heterosexual, salvo que se demuestre lo contrario."

La heteronormatividad hace que esa fisiología que define a los sujetos sea trasladada como categoría social al deseo sexual, que queda fijado hacia la heterosexualidad como "forma natural" inmediatamente ligada a la reproducción humana. En este marco de interpretación, el papel dominante es el del hombre fecundador, penetrante, que le reafirma en su masculinidad y le eleva sobre otros hombres, pudiendo incluso transgredir ciertas normas de la heterosexualidad mientras que mantenga su preeminencia de dominación y de penetrador en el simbolismo de lo masculino.

Según Welzer-Lang (2002) "por muy hombre que uno sea" no deja de estar sometido a las jerarquías masculinas. Los "grandes hombres" serán aquéllos que, dentro de la estructuración funcional de lo masculino, gozan de unos privilegios a costa de las mujeres y de otros hombres. Y esto se logrará mediante la violencia como un recurso más o menos accesible, o mediante otros recursos no al alcance de todos, derivados de la clase social: dinero, propiedades, etc.

Todo hombre tiene, o puede tener, si acepta los códigos de la virilidad, poder sobre las mujeres y sobre otros hombres, y es en torno a este doble poder que se estructuran las jerarquías masculinas.

La concepción de la sexualidad apoyada en las diferencias fisiológicas de las personas y en su clasificación en dos grandes tipos (cuerpos hembra y cuerpos macho), divide a las personas en grupos jerarquizados cuyas relaciones se replican a nivel social. De la misma forma que este paradigma otorga privilegios a los hombres en detrimento de las mujeres, también retira privilegios a los hombres que no deseen reproducir la tendencia masculina hegemónica. Es un sistema de subordinación de otros hombres que muestran sexualidades distintas y que se ven asimilados y tratados "como mujeres". La homofobia aparece como un aspecto que cimienta las fronteras de género para los hombres, y que reafirma los "auténticos valores masculinos". La dominación masculina y la homofobia se aplican y se extienden a toda forma "sospechosa" de sexualidad, y no exclu-

sivamente a la homosexual: también se extiende sobre los hombres que al no poder o no querer entrar en demostrar su masculinidad, experimentan pérdidas de poder, imagen social y estatus frente a otros hombres.

No es baladí que en varios de los discursos reflejados en el estudio, se insta a consumir frente al "si no, eres marica", y el dirigir a los chicos hacia la impulsividad como forma de demostración de *hombría*.

Precisamente poner el punto de atención en las relaciones entre los hombres podrá revelar aspectos relacionados con la pérdida de prestigio en su imagen social, generando emociones relacionadas más directamente con la vergüenza o el miedo al ridículo en el grupo.

Para concluir: en escenarios de consumos de sustancias, encontramos múltiples experiencias en que los varones unen el consumo (sobre todo cocaína y otras sustancias estimulantes, aunque también el alcohol en tanto que uno de los primeros elementos que inhibe son los sistemas de control) con episodios sexuales cargados de prácticas de riesgo, y donde la excitación se fundamenta en un imaginario basado en la concepción del sexo como algo apasionado, explosivo, incontrolable, impulsivo... alejado de toda idea de reproducción. De esta forma, sobre la sustancia recaen las expectativas de "descontrol", "desenfreno", y se convierte en un vehículo para la experiencia fuera de la norma social en torno a la sexualidad "segura", esto es: asimilada a lo aburrido, no excitante, unido a la idea de la "mujer buena novia/esposa", que evidentemente: no consume drogas y mucho menos de forma descontrolada o voluntaria. En el caso de las chicas, y como veremos en el estudio, la idea de descontrol y desinhibición sexual asociada al consumo de sustancias pasa por el filtro de ser considerada una "buscona" o "propiciar" que se de algún tipo de agresión sexual.

2.10. A MODO DE CIERRE

El *espejismo de la igualdad* se materializa en discursos y percepciones acerca de los comportamientos masculinos y femeninos en el consumo de sustancias, que aunque *a priori* pueden parecer *iguales* (las chicas y los chicos consumen y sobre todo consumen las sustancias que gozan de normalización social), se llenan de matices en cuanto aparecen los elementos relacionados con el género como fuerza socializadora y generadora de creencias y disposiciones acerca de los hombres y las mujeres. Así: el entramado discursivo y subjetivo, tanto en población juvenil como en padres y madres, plantea un escenario de consumo sancionador para las chicas, y que sin embargo lo fomenta en los chicos. A la par, esa

normalización en el consumo de sustancias sumada a la progresiva incorporación de las mujeres a los comportamientos y valores validados socialmente (bajo un androcentrismo disfrazado de *neutralidad*), termina de configurar los patrones de consumo que se vienen detectando en las macroencuestas estatales.

Por último, no podemos dejar de señalar la familia (la organización del parentesco) como uno de los espacios básicos de reproducción del sistema de género y los valores imperantes en ese sentido. El sistema familiar heterosexual está profundamente atravesado por el sistema de sexo/género, y su deconstrucción no está extendida a nivel social general. Como se observará en el estudio, lo descrito en estas páginas se relaciona también con las elaboraciones socioculturales para padres y madres: identidad, percepciones del consumo de chicos y chicas, papel que juegan en la educación y socialización de sus hijos e hijas, cómo se relacionan y les perciben, y cómo son percibidos por ellos/as, etc.

—Hay una diferencia entre hombre y mujer muy clara, que es el asumir riesgos. El hombre asumimos más riesgos que la mujer. Por eso hay tanta diferencia en...

—Moderadora: ¿Riesgos de todo tipo, te refieres?

—Sí, y en cuestión de sustancias también. Es decir, nosotros somos más lanzados...

—Impulsivos.

—Impulsivos, por decirlo de alguna manera. ¿Por qué en carreras, aunque haya mujeres, la Villota ésta que desgraciadamente murió hace poco, no llegan? Porque nosotros arriesgamos más. En todo. Y en las sustancias también. Y eso genera la diferencia clara entre hombre y mujer. Es decir, es mucho más fácil que un hombre llegue a meterse de todo que una mujer, desde mi punto de vista.

—Tienen más ventaja por ser chica. Y de alguna forma estoy de acuerdo con quienes decís: son más inteligentes. En ese sentido, ¿vale?, que no asumen tantos riesgos innecesarios.

—Le están dando la vuelta a la tortilla ahora.

—Que valoran mucho más las cosas que nosotros. [...] La mujer cuida más el detalle, tiene más pensamiento...

—Reflexivo.

—Más reflexivo. Es decir, más listas, como decíais.

—Una mujer de 15 años no es igual que un chaval de 15 años.

—Mucho más inteligente [...]

—La mujer es más inteligente.

—Yo creo que entre las chicas, las cosas, siempre y cuando le vas hablando y todo lo que le vas apuntando... Yo creo que piensan más que los chicos. Los chicos yo creo que están más empanados. Los chicos, les dices: "Toma, fúmate unas jaras", y directamente ni lo piensan. Hacen así, tacatá.

—Claro, es lo que digo, que las chicas son más inteligentes.

—Las chicas yo creo que cogen y pun, le pegan un par de botas. Que luego lo acaben haciendo o no, yo creo que ahí sí que le dan una vuelta de cabeza.

—Tú le dices a un amigo: "Toma", pun, y no sabe ni lo que es y coge y dice: "Pues trae".

—La mujer tiene más decisión propia que el hombre. El hombre es más porque como lo hacen los demás... [...]

—Yo creo que el chico a lo mejor no le da tanta vuelta de rosca y la chica sí lo suele pensar.

—[...]

—Es muy diferente un niño de una niña.

—Son más psicológicas. Son más... las veo como más frágiles. Son tus niñas.

(Grupo padres, Madrid)

3. EL DISCURSO GENERAL: REFERENTES Y CONTEXTO

Para poder profundizar en los discursos específicos desde el género es necesario contextualizar el discurso general sobre drogas entre adolescentes y jóvenes.

No deja de resultar llamativo que este discurso esté consolidado de forma bastante estable desde hace años, mostrando unos referentes que no parece que se hayan modificado esencialmente, al menos en la mayoría de sus componentes: la percepción normalizada de los consumos de determinadas sustancias (fundamentalmente cannabis, alcohol y tabaco) cuando se producen en contextos de ocio y fiesta; una relativa preocupación que se manifiesta cuando los consumos trascienden lo recreativo y se desplazan a momentos o espacios de responsabilidad, y la legitimación del consumo en determinadas franjas de edad, con las que se asocia la posibilidad y experiencia de dicho consumo recreativo (jóvenes frente a personas adultas y "menores").

Estos componentes, que ya se definieron como "legitimidad vertical y horizontal" de los consumos desde la percepción (Megías, 2005; Megías, 2008) siguen estructurando una gran parte de las consideraciones sobre los usos y consumos de drogas en el imaginario de la población joven.

3.1. COMPONENTES GENERALES DEL DISCURSO

El desarrollo de los argumentos parte de la premisa de que los consumos son parte consustancial de la diversión, realmente de amplificar la diversión, en los contextos de fiesta. Y esta premisa, casi como evidencia, requiere de la explicitación un espacio problemático —el que refiere al *enganche* que trasciende el espacio puntual o coyuntural de diversión— reservado para quienes afrontan los consumos (incluso los festivos) desde una situación vulnerable. Por tanto, es necesario *tener personalidad, y saber consumir y controlar*.

—[CHICA] entiendo que la gente se haga adicta totalmente, vamos, o sea... Yo fui a un festival y creo que no me lo he pasado

mejor en toda mi vida que cuando iba colocada, o sea, ya está [se ríe]. Entonces, entiendo que si tienes una mala racha, o tienes depresión, o lo acabas de dejar con tu pareja, te enganches perfectamente, vamos, pero perfectamente.

(21-24 años, mixto Madrid)

—Si llevas todo entre semana, entre semana no haces nada, tal... Pues para un día que tienes... Pues intentas disfrutar.

—Un... un ciego concentrado, ¿no?

—Sí, más rápido.

—Como apretar un botoncito y ya... por las nubes.

—Sí, esa yo creo que es la principal. Y después ya va derivando. Porque la principal, por la que entras es esa, pero después ya por costumbre, por adicción...

—Por necesidad. Yo creo que es así.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Fuera de estas connotaciones que permiten reservar un espacio problemático, lo cierto es que cuando se habla de las sustancias más normalizadas (y legitimadas legal o socialmente), y en el contexto de consumo de fin de semana o estacional no se establece marco alguno de preocupación, y no se contempla como comportamiento de riesgo o que pueda implicar otro tipo de problemas (fundamentalmente de dependencia): se acepta como algo extendido y justificado (*normal*).

La experiencia directa o vicaria, y el conocimiento de personas cercanas que consumen los fines de semana y no ven alterada su vida cotidiana, así lo avalan.

Siempre y cuando no se rompan esos marcos espacio-temporales que se consideran legitimados; y siempre y cuando se hable de las sustancias más normalizadas, puesto que si se consideran las *ilegales* es cuando sobrevuela el peligro también potencialmente asociable a los consumos festivos: cuando la diversión puede convertirse en hábito, o lo que es lo mismo, en adicción.

—Sí, yo por ejemplo, un amigo mío, que está en plan, en segundo de Bachiller estudiando y de todo... Y yo qué sé, está toda la semana estudiando y el fin de semana le apetece fumarse un porro. Y se lo fuma porque le apetece, y no está enganchado ni nada. Igual baja con sus amigos y le apetece, se fuma el porro,

pero luego entre semana va a estudiar, juega al fútbol y hace deporte y todo...

—Sí, yo también tengo amigos así.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Y luego también que tengo amigos, que es lo que han dicho por aquí, que te crea dependencia y que cuando salen... por ejemplo tengo un amigo que dice: yo no soy alcohólico, pero es que si cuando salgo no bebo, no me lo paso igual de bien. Y claro, es un chico que tiene diecisiete años como yo y bebe todos los fines de semana y ha fumado unas cuantas veces, y porros también. Pero yo le digo que se controle un poco pero no me hace caso, así que... es su vida.

—No sé qué tiene que ver. Yo por ejemplo todos los fines de semana también bebo y fumo todos los días tabaco y no fumo porros y no tiene nada que ver. Y no soy dependiente.

—Como en verano. Tú en verano estás todo el día de fiesta, por lo menos en mi caso, y ahora mismo puedo estar un mes sin beber nada, perfectamente. Y a lo mejor me metía cada semana pues tres cubos de vino y cuatro botellas de Larios.

(16-18 años, chicos, Valladolid)

—Yo creo que el problema de las drogas, de ese tipo de drogas podrían haber estado el uso en sí mismo. ¿Sabes? O sea... Ahí sí que lo veo un problema, que lo pases bien y lo puedas llegar a controlar, eso es aceptable. Ahora que estés en tu casa un lunes, un martes, un miércoles y sientas la necesidad, pues yo creo que ahí estás...

—Claro, ahí hay un problema.

—Eres dependiente ya.

—Ahí hay un problema, sí.

—Si es para pasártelo bien de fiesta, una Yo qué sé... A mí sinceramente no me parece mal.

—[...] O sea... O sea, yo no critico nada, ¿vale? Porque no soy ni quién para hacerlo. Pero no es lo mismo, yo qué sé, a lo mejor el consumo diario, que a lo mejor salir esta noche con tus colegas y que digas: Mira... esta noche, pues pillas algo. Esta noche "x", ¿sabes?

—Ya.

—Lo mismo eso baja el consumo diario. Y lo mismo el consumo diario que sí que a lo mejor puede ser más problemático...

—Claro.

—...pues lo que hemos dicho, a nivel del entorno familiar, a... Scht, a nivel social ya, ¿sabes? Todo lo que vincula a familia, amigos y demás...

—Claro.

—Porque realmente no es algo bueno. Y eso te puede llevar a... a algún... Shhh, te puede llevar a caminos que no son positivos para tu día a día, pero a lo mejor, de vez en cuando sales de fiesta, pero dices: "Pues mira, esta noche me voy a meter algo". Pues, yo qué sé...

—Ya.

—Quién... Quién no lo ha hecho, también...

—Somos estudiantes, trabajadores normales, también. Por así decirlo...

—Claro.

—Y lo vemos medianamente normal.

—Ya te has acostumbrado.

—Yo lo único que no lo permite...

—Pero lo he dicho: los fines de semana, ¿no?

—Claro.

—Exacto.

—[...] Yo conozco a gente que empezó por eso, por... por sólo por fiesta y ahora actualmente, por cotidiano es eso. Lo que sí que...

—Muchas veces acaba siendo eso, una costumbre. Vamos a venir: pillamos, ¿no? ¿Sabes? Es que acaba siendo costumbre

—Estamos hablando sobre todo de drogas, de... cocaína, pastillas y demás....

(21-24 años, chicos, Valencia)

Desde la óptica del cannabis ("porros") se alude claramente a la normalización, visibilidad y generalización del consumo ("todo el mundo fuma"). Esta percepción de generalización normalizada se interpreta también, como en el caso del alcohol o el tabaco, como un aliciente o "presión" que se induce desde el entorno.

—[CHICA] Yo sí que creo que existe un poco de presión social en el sentido de que con el tiempo se va normalizando más. Es decir,

que si lo vas normalizando también es porque existe una presión en tu entorno. Igual que antes a lo mejor nuestro entorno empezaba, no sé, antes el tabaco no se veía que era nocivo para la salud, y mi padre empezó a fumar con 10 años, y también era por el ritmo social que seguían sus compañeros y sus amigos, que todos a lo mejor fumaban, que toma, que no pasa nada, que esto no es malo, tal...

(21-24 años, mixto, Madrid)

—[...] porque porros... Todo el mundo ha fumado, todos fumamos y... No lo consideramos una droga como tal.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Obviamente existe una clara diferenciación entre las sustancias legales (además del caso particular del cannabis) y las ilegales; distinción que implica un cierto mayor distanciamiento relativo respecto de las ilegales y el reconocimiento de su mayor estigmatización (negativa). Lo cierto es que son los porros la referencia clave para esa dualización entre sustancias claramente aceptables y las que no lo son tanto, mucho más que el tabaco e incluso el alcohol, estableciendo así al cannabis como centro del debate en el discurso sobre las drogas. Es decir, la comparación básica (y la frontera de lo claramente aceptable) se establece entre la normalización y visibilidad del consumo de porros y el resto de sustancias ilegales.

Sin embargo, existen grietas abiertas en las alusiones a lo normalizado respecto a otras sustancias igualmente percibidas como parte de la fiesta. De hecho, en algunos casos se entiende que la normalización también puede incluir algunas sustancias ilegales (más allá de los porros), según cuáles sean los contextos de uso, asumiendo que se trate de situaciones de excepcionalidad o celebración, y entendiendo que se usen, en todo caso, para *desfasar* en determinados momentos.

—Las drogas de hoy en día... han cambiado. Yo creo que ahora mismo se ve... Están muy estigmatizadas. Hoy en día...

—Sí, eso... Esa campaña, una campaña, una... No sé... Se nos cuajó en nuestra generación nos pilló...

—Claro.

—Y todo el mundo tiene ahí cerrado que no.

—En cambio, las otras sí que a lo mejor... ¿No? Por lo menos parece como... No son como las... No son tan malas. ¿Sabes?

—No sé... Sí que se han puesto muy de moda. Muy de moda...

—Porque ahora, casi todo el mundo, a lo mejor... pilla cristal para salir de fiesta, y... y...

—Exacto.

—Moderador: ¿Cómo diríais que ha evolucionado el consumo de la gente de vuestra generación que conocéis?

—Se ha normalizado.

—Exacto, la palabra es normalizarse.

—Normalizar, yo creo.

—Porque yo me acuerdo que antes no lo veía casi.

—No lo veías.

—Y si lo veías era muy a escondidas. Y ahora es que a la gente le da igual.

—Ahora lo hacen alegremente y... públicamente. O sea...

—Claro.

—Han cambiado muchísimo.

—Yo con dieciséis... con diecisiete años, a lo mejor me preguntabas qué era el cristal y no sabía qué era... Decirte lo que era. Ahora tú a un chiquillo de dieciséis años se lo preguntas y te lo dice eso seguro.

—Pero porque lo ves, porque lo está viendo.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—[CHICA] Yo creo que es que cada vez la gente lo ve algo más normal, en plan, sales de fiesta y tengo que hacerlo. Y si no lo hago, no me lo voy a pasar igual de bien. O sea, eso que has dicho de los festivales, por ejemplo, yo he ido a alguno y yo tengo amigos que no asimilan un festival si no se van a meter. O sea, y si ellos saben que no se van a meter, no van a ir. Que también ellos verán, es su vida...

(21-24 años, mixto, Madrid)

3.2. ¿DÓNDE SE ESTABLECEN LOS LÍMITES DE LO PROBLEMÁTICO?

Como es recurrente en los discursos sobre drogas, ante las ideas de consumos normalizados y/o legítimos según contextos, se hace necesario establecer un límite que permita la consideración y delimitación de lo que las drogas suponen de problema o riesgo.

De alguna manera, a pesar de que se asuman las ideas anteriormente expuestas, no parece que trascienda la de que las drogas puedan no ser malas. Y para establecer un límite se mira hacia otros entornos, contextos y personas, fundamentalmente a los más jóvenes (siempre menores que quienes hablan, independientemente de la edad: "los niños y niñas de ahora") en función de la precocidad, un supuesto cambio de valores, menor control al consumir... Y desde esta perspectiva, la situación ahora es peor que antes.

—Intentabas ser la más guapa, la que mejor vestida iba, o si llevabas algo nuevo, o sea, como que también querías la opinión del resto, destacar incluso con la opinión del resto, que alguien te diga "Ah, qué guapa vas, te has hecho algo en el pelo, esa camiseta es nueva, tal", como que intentas ser un poco también, llamar la atención, y que la gente se fije en ti. Pero yo eso también lo veo ahora en las chicas, que a lo mejor salgo y veo a las chicas y digo "¿Yo con esa edad iba así, o hacía eso?" Que a lo mejor sí, pero a lo mejor veo a chicas de 15 años y digo "Madre mía." Si es que yo con esa edad creo que es que ni me maquillaba, que me alisaba un poco el pelo y salía de casa, o me echaba un poco de rímel y raya y ya, y ahora las veo que es que van más maquilladas que yo, y digo "Madre mía."

—Yo creo que se ha adelantado también la edad...

—Sí.

—Sí.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

Este argumento forma parte también de lo consolidado y ratificado en diferentes generaciones. Es la misma idea que manifiestan también los padres y madres actuales, y que han manifestado diferentes grupos jóvenes en los últimos años. Siempre se considera que las generaciones "que vienen detrás" son más irrespetuosas, irresponsables, e incluso violentas, especialmente cuando se habla de los varones.

—Nosotros, yo por lo menos hablo de mi generación, en el grupo de amigos que tenía, traviesos hemos sido todo el mundo. Nunca de coger y hacer algo malo a alguien. Pero la generación de muchachos de ahora es que...

—Hay maldad entre ellos.

—Éramos traviesos pero no éramos... teníamos un respeto.

—Eso, eso, sí, sí, sí, y les estás llamando la atención, algo que lo estamos pagando todos. Y se meten ahí los muchachos, se lían ahí de cigarros, que a mí no me importa que fumen, que beban y demás, pero joé, donde están jugando niños, que ha jugado mi hija ahí, ya evidentemente...

(Grupo padres, Madrid)

Claramente el discurso sobre drogas necesita explicitar que existe algo malo, y que si se analiza desde una perspectiva temporal, la situación ha cambiado y lo ha hecho a peor, fundamentalmente por lo que se entiende es un cambio en las actitudes y los valores que se asocian a los y las menores; pero también a supuestos déficits en el control parental y a la disponibilidad monetaria (muy superior) que es responsabilidad de las familias: los y las menores son "peores" ahora que antes, están menos controlados y controladas y, además, manejan mucho dinero, de lo que son responsables sus padres y madres.

—A ver, es que yo pienso que es de... O sea, las chicas de nuestra edad. En plan, porque aunque sea la misma generación pienso que hay mucha diferencia entre las chicas de catorce años, o de trece años, que la nuestra. O sea, no sé si es porque somos más pequeñas o más maduras, o no... Pero, por ejemplo, las chicas de catorce años, o sea, yo al menos de las que tengo en mi colegio, cada día son más chulas, y cada día le importa menos lo que... lo que le diga un profesor.

—Y que tienen menos educación... y menos respeto.

—Sí.

—Y va... y va con el cigarro, va con el porro, y le da igual...

—Sí.

—En mi... en mi quinta, en plan, de mi edad, de mi... O sea, sí que nos importa más. Chicos y chicas, pero veo que a lo... Pues eso...

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Ha cambiado mucho .

—Y cada vez más jóvenes...

—Sí.

—Eso sí que es verdad, jejejeje.

—Yo saliendo de fiesta por Valencia, y cada vez los niños son más...

Tendrán 15 o 16 años y se ponen

—Se ponen a hacer gilipolleces... [...]

—Y tú dices: "¿Pero bueno? Si van más pasados que yo, quillo, qué te pasa."

—Sí, sí.

—Yo con esa edad se hace lo peor...

—Está más globalizado con mucha gente.

—Yo creo que nosotros a esa edad... Bueno, yo hablo por mi experiencia, con 16 o 17, pues sí que pillabas ciegos, pillabas unos porritos.

—Claro, pero...

—Está bien. [...]

—Tío, ahora vas por ahí y te van ofreciendo porros por donde quieras que vas.

—Claro...

—Pero ha cambiado, ha pegado un cambio.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Yo me acuerdo cuando éramos más jovencicos que fumábamos porros. Y yo fumaba un montón. Eh.... Pues todos los días era pillar el viernes, era cinco a pachas, tal, venga va... Era como costumbre. Era como algo que llegaba el viernes, toca.

—Uhm, sí, pero también lo que ha dicho él. A lo mejor lo del dinero con los críos y eso, ¿sabes? Porque yo antes me costaba más. O sea, yo tenía cinco euros a lo mejor para el fin de semana.

—Ya, claro.

—...y nadie decía: "Ostia, cinco euros, tal... Voy a ir a echar dos y medio cada uno". Y decías: "Bueno, me fumo un porrito a medias y ya... Puff, es lo que tengo." ¿Sabes? Y que no era lo mismo y... Yo qué sé...

—Ahora los niños no se sabe de dónde sacan la pasta.

—De los padres.

—Los padres, jeje.

—...claro.

—Los padres son...

—Claro, porque no tienen otra salida, pero a lo mejor... se lo facilitan más... Entonces... a mí esa facilidad también... Les ayuda a pillar otro tipo de drogas, ¿sabes? Porque hace cinco años... A parte de que no te ibas a poner a pensar en pillar cristal... Vamos, a lo mejor tampoco tenía dinero... Aunque sea barato... tampoco tenía dinero para poder pagarlo.

(21-24 años, chicos, Valencia)

3.3. MADUREZ Y EXPERIENCIA: EL BUEN Y EL MAL USO

Parece claro que el consumo localizado y contextualizado ("de fiesta") se asume como *normal* y no genera preocupación alguna, en principio. Es "lo que hacen todos" y no supone problemas ni preocupación, puesto que se entiende que los consumos de este tipo, normalizados en el entorno propio, son "maduros y controlados".

Pero sí "escandaliza", en contraste, el consumo por parte de menores (menores de cualquier edad inferior a la de quien habla) que son inexpertos, inmaduros, y que no cuentan con las referencias necesarias para controlar (consumen peor, consumen antes y cualquier cosa).

—[CHICO] Bueno, sí, yo las que más tengo presentes son al salir de fiesta y todo eso, porque me gusta la música como el tecno y tal y cada vez se están consumiendo más estas sustancias. Yo por mi parte no las consumo, pero muchos amigos míos sí, y bueno en su justa medida, pero no sé, que te puede tocar el cerebro, ¿sabes?, te puede afectar. Pero bueno, yo pienso que estas sustancias ya están empezando con menos edad y esto ya va a ser un problema a largo plazo, ¿sabes?, para las generaciones que vienen, porque se está viendo en las generaciones nuevas que, ¿sabes?, no tienen mucho futuro, la verdad.

—[CHICA] Yo es que básicamente pienso lo mismo que ellos, o sea, que todo esto se empieza... O sea, yo creo que la primera vez que lo pruebas es eso, en el ámbito de fiesta, amigos o tal...

—[CHICA] No, es eso, lo que han dicho, en plan de que es más en el ámbito de fiesta, sobre todo ahora, lo que ha dicho él, que se empieza en edades muy tempranas y tal, como el típico vídeo este de que fumas para hacerte el chulo pues igual, ¿sabes?, que empiezas fumando y terminas con drogas y cosas así. Y yo creo que empiezas en el ambiente de fiesta y terminas en el día a día que... hay chavales, pues eso, que si todos los fines de semana, todos los fines quedan en el parque y ya todos los días. Y tampoco estoy a favor, o sea...

—[CHICO] O sea, la droga está, lamentablemente, en todos los ámbitos, y lo que habéis dicho, que es evidente que es que cada vez más jóvenes, o sea, yo a mi edad, cuando tenía yo 12 o 13 años apenas he visto gente meterse... o sea, lo máximo era, sí, me he

fumado un cigarro, pero nadie se había metido cosas más. Ahora con niños de 13 o 12 años, pues el que no está fumando porros es raro, y la verdad es que da mucha pena eso.

(21-24 años, mixto, Madrid)

Todo ello implica que existe una idea clara sobre los *usos buenos* y los *usos malos*. Y que es la madurez, básicamente, el valor que se entiende necesario para modular el posible uso adecuado (o bueno), ya que aporta el conocimiento, la educación y la experiencia necesarios para poder afrontar los consumos. Especialmente en lo que respecta a reconocer las posibles consecuencias del uso de las sustancias y, en su caso, resistir lo que se entiende como "presión social".

—[CHICO] Ahora tenemos suficiente madurez como para saber, sin que nos lo diga nadie, qué está bien y qué está mal. Porque como ha dicho la compañera, a mí me dicen ahora que haga esto, y digo que no, pero a los 15 años, quizá sí. Es que yo creo que... De hecho, creo que en el colegio tampoco recibimos una educación de drogas sí, alcohol no, eso ya depende de cada uno en su casa. Pero es que lamentablemente donde pasas más tiempo es en tu colegio. Y donde tienes más relaciones es con la gente de tu colegio. Y nunca... bueno, por lo menos yo no he recibido una educación que te digan, oye, vamos a hacer, qué es esto, y por qué no hay que hacerlo, y por qué sí, y qué pasa si... Nunca, nada, es lo que falta, falta bastante de base con respecto a la educación de los niños, con respecto no sólo al tema de las drogas, sino también tema de alcohol, temas de sexo, etc. Sobre un montón de cosas. Sobre todo cuando son pequeños todavía, entre comillas, "pequeños".

—[CHICO] La presión social no da lo mismo con 15 años como estuvieron diciendo que con 20, 21 que ya tienes más cabeza.

(21-24 años, mixto, Madrid)

Desde la experiencia y la madurez es posible, sin embargo, elaborar juicios de valor propios. La experiencia aporta perspectiva para saber lo que se debe y lo no se debe hacer, para entender lo que supone el consumo (de cualquier tipo de sustancia) y la importancia que tiene. La experiencia, por su parte, implica que nadie está legitimado para darte consejos; de hecho nadie que consuma juzga, en principio, a otra persona que consuma (aunque es evidente que determinados usos y frecuencias, y algunas perspectivas de género, rompen esta norma no

escrita). Cualquier interferencia (consejo) en ese caso se entiende como un discurso preconcebido que no tiene en cuenta la capacidad de la persona para tomar decisiones y suele venir de parte de quienes no tienen la legitimidad suficiente ("yo sé y tú no").

Quienes no consumen, para quienes sí lo hacen, suelen escandalizarse de algo que es *normal* y que, en el contexto grupal, se va normalizando con naturalidad. Y en el entorno propio se alude a las mujeres, a las chicas, como los referentes más habituales de ese desajuste: porque se interpreta que tienden a juzgar más, a escandalizarse más, generalmente desde la atribución de inexperiencia ("no conocen mundo") y pesadez ("dan la chapa"), que realiza quien no quiere dar explicaciones, o enfrentarse a determinadas conversaciones.

—O sea, yo creo que el problema es que ahora mismo la palabra drogas suena a malo, y entonces, el discurso te lo tiene... ya dado, te lo tiene ya preparado. Si lo hablas... Eh... si alguien habla de drogas te van a explicar que son malas, no sé qué... Mucha gente no quiere enfrentarse a ese discurso, porque no le apetece, en plan... Es un discurso que dices: "Jo, para que voy a... Para que otra persona me vuelva a explicar cómo funcionan las drogas. Yo ya sé cómo funcionan las drogas." Y... no...no quien... No sé, hay gente que se piensan que son capaces de dar discursos y tú no quieres recibir discursos de otra persona, y dices: "Mira, pues para evitarlo no le voy a decir a esta persona que me estoy metiendo porque esta persona sabe que me va a sentar mal su discurso.... no vamos a llegar a nada, estamos aquí perdiendo el tiempo." Y me va a tachar como si yo fuera el drogadicto del mundo... Y... Igual le dice a otra persona que yo soy un drogadicto, y un día vienen los dos y me dicen: "Bueno, te vamos a ayudar, porque tú eres un drogadicto, y tal..." Y dices: "Bah... paso de tus movidas, porque yo controlo mi vida y tú piensa que esto es un mundo el cual no conoces." O sea, es una peña que no conoce el mundo, y piensa que el que se mete es un drogadicto, tal... Y ahí llega el problema. Yo, generalizando, y que hay más número de mujeres dentro de ese grupo que de hombres. Entonces coincide que dentro de los grupos en los que nos movemos la mayoría de... que pertenece a los grupos de los... de los que dan la chapa son mujeres.

—Moderador: ¿Y eso por qué?

—[SILENCIO]

—Ni idea...

—Moderador: ¿Estáis de acuerdo con eso?

—Sí.

—Sí, sí que es verdad.

—Sí, yo estoy de acuerdo. Pero tampoco sé por qué.

—Por el número de amigos y amigas que puedo tener... Porque si, a lo mejor, si fuera chica y hablara más con las chicas, sabría que es más normal, y que los chicos pues no sé del todo qué harían. O sea, ¿me entiendes lo que te quiero decir?

—Pero yo creo que las chicas también...

—Yo puedo estar de acuerdo respecto a mi... a mi ámbito en el... A mi... en... en mi grupo de amigos por el que yo me muevo. Porque ninguno va... va a poner el grito en el cielo porque alguien se haga. Y, sin embargo, mi grupo de amigas del colegio de toda la vida sí...

—Yo me acuerdo cuando en mi grupo empezó a meter, el primero que probó la coca... O algo de eso... Fue como: "Eh, salió el otro día e hizo tal." Y tú decías: "Tío, ¿en serio?" Y ahora no, ahora es muy normal. Y ahora lo hacen casi todos, ¿sabes? Entonces en ese momento me hubiera... me hubiera escandalizado, y hubiera dicho: "Tío, no, ahora no. Joder, tú también ya... ya estás metiéndose allí." Y ahora mismo es como: "Pues mira, otro más." ¿Sabes? No le doy la misma importancia. Entonces depende un poco del momento en el que lo preguntes.

—Yo en mi entorno, no. En mi entorno las pastillas y las cosas así de... Se ven como luego ya en plan: "Tío..."

—Sí, pero y ¿la... la primera vez que alguien se mete una pastilla? O, ¿quedasteis todos a la vez y lo decidisteis todos a la vez? Yo...

—No, no [interrumpiendo]. Yo en mi entorno, la peña... O sea, yo creo que en mi grupo de amigos cercanos la peña no se mete...

—...y luego del curso coincide, claro, al final sí que conoces a gente, y sales con gente y te los encuentras. Y cuando se meten tú actúas con normalidad, no le dices nada, y luego otro te dice: "¡Ah, se metió!" Y tú dices: "Hombre, a ver, sí, la peña se mete." Sobre... sobre todo les sorprenden que no han visto a nadie meterse. Y tú dices: "Sí, tal, la peña se mete." O sea,... nosotros lo vemos con normalidad, pero yo personalmente no lo... Yo, a mí no me gusta. Yo no me meto.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Porque hay niños que si ven: "Ah, mira la golfa." Pero sí tú fumas... ¿Qué le vas a decir a la niña?... ¿Porque es una niña?

—Tú lo estás diciendo, es diferente, porque si una persona fuma. Por ejemplo, yo sí fumo, ¿vale?, porros. Y veo una niña fumando porros y digo: "Bueno, es igual que yo. ¿Yo qué le voy a decir?" Un niño igual, si yo fumo porros es que es igual que yo...

—Ahí está.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Como es sabido, los límites entre el buen uso y el mal uso se establecen en función de criterios abstractos que se definen a partir de la consideración personal y subjetiva. Se habla de cantidades, de ejemplaridad, de adicción... que, por supuesto, no tienen una referencia objetiva, sino que están sometidas a la adaptación (y ajuste) del consumo propio.

—Moderador: ¿Fumar porros es no ser responsable?

—Eres responsable si sabes hacer un... un... Dentro de lo que... dentro de lo que cabe, un buen uso...

—Claro.

—Sí, depende...

—Sí

—Claro.

—Es que realmente, ¿qué es un mal uso?, estaba yo pensando ahora.

—Moderador: Eso es lo que quería yo preguntar...

—Hacer mal uso es...

—Adicción...

—Fumar mucho...

—Ensañarte.

—O fumar delante de los niños...

—Tener adicción al tabaco y al alcohol...

—No, en todo, de todo.

—Yo ahora si salgo, me gusta beber.

—Claro, por eso.

—Yo soy realista.

—Es más, o sea, realmente es malo que...

—...yo soy la primera que sale y bebe, ¿sabes?

—Yo también.

—Eso a mí no me pasa.

—A mí también me pasa igual.
 —¿Tú puedes ir de fiesta y no beber?
 —Puedo...
 —Yo sí.
 —Puedo, pero no... pero si me dan a elegir, bebo...
 —Claro...
 —Pues entonces no eres adicta...
 —Uhm.
 —Por ejemplo, hay gente que sale de fiesta y que sí que necesita, sino es...
 —Es como tener una necesidad de...
 —A ver, nadie necesita, o sea, me refiero... A ver, yo no me considero adicta, pero yo es por ejemplo: "Chicas, vamos a la Joy este... este sábado."
 —Y te motivas...
 —Hoy se...
 —Vamos a beber, nos vamos de fiesta.
 —Se bebe.
 —Y ya sin decir: "¿Vamos a beber o no?"
 —Claro.

(16-18 años, chicas, Valencia)

En cuanto al riesgo, el principal referente es siempre la idea de adicción, que resume todos los elementos negativos del discurso problemático sobre las drogas. Obviamente la adicción se asocia a cualquier sustancia, pero no a todos los tipos de consumo: se refiere a lo que está mal visto, a lo que preocupa, y se enmarca y focaliza en los momentos y personas que no tienen capacidad de elección o de decisión. Obviamente es un referente abstracto y teórico y no existe consenso alguno sobre lo que es o no adicción en la práctica, o cuándo puede existir un proceso de adicción en ciernes.

Por ejemplo existe un claro debate respecto a si consumir siempre que se sale (de fiesta) es o no adicción, en base a la distinción entre *elección* y *necesidad*. La posibilidad de elegir es lo que distingue el comportamiento (propio) frente a la adicción, pero se debate sobre si esa elección que no se plantea, o que se materializa siempre, está bien o no... En definitiva si en una conducta repetitiva existe realmente decisión o se transforma en una necesidad.

—Hombre, está claro lo que es la adicción está mal vista. O, sea, si te ve un amigo o una amiga, tú le vas a decir: "No te enganches".

Y ella al revés. Porque las adicciones no están bien vistas. Que tú lo necesites para vivir, pues te van a recomendar ayuda, pero que... que una noche salgas así y hagas, no está mal visto. Al revés. —Pero si lo necesitas todas las noches que sales...

—Claro.

—También puede estar mal visto.

—Pero el problema es saber reconocer las adicciones.

—No es tan fácil a veces.

—Lo más fácil... Lo más difícil es decir que lo haces.

—Claro, es que dices: "No, lo hago sólo cuando salgo de fiesta". Pero salgo de fiesta tres veces a la semana, todas las semanas, todas las épocas del año... O sea, quiero decirte, ¿hasta qué punto eso no es una adicción?

—Ya.

—Claro.

—Y para salir de fiesta necesitas eso... Que si no sales de fiesta con eso no... No es igual, ¿sabes?

—A veces no es tan fácil decir: "Sólo lo hago de fiesta." Vale, pero es que estás de fiesta todo el año, todas las semanas... O sea...

—Claro.

(21-24 años, chicos, Valencia)

En todo caso, en el proceso cotidiano en el que se elige consumir, es donde se supone que se van estableciendo los teóricos límites, a modo de señales o alertas subjetivas para controlar el consumo propio. La fantasía de control, también suficientemente estudiada, implica que cada persona debe saber cuál es su límite respecto del consumo, independientemente de que esos límites y el control no existan, ni resulten suficientemente operativos. De hecho, el límite suele explicitarse en situaciones en las que existe necesidad de asistencia sanitaria o cuando se producen situaciones clara y manifiestamente perjudiciales.

—También depende de la cabeza que tenga cada uno. O sea, siempre sabes tus límites estando por llegar... A mí también me da asco ir por la calle y ver a un tío tirado en su vómito. Pues claro que da asco, ¿a quién no? Pero yo, por ejemplo, nunca he tenido ese problema. Yo, por ejemplo, lo máximo que he hecho ha sido vomitar una noche de fiesta que tal. Pero yo sé hasta dónde puedo llegar. Yo sé que si me paso de ahí voy a acabar en una ambulancia. Entonces yo, cuando me estoy acercando a mi límite

pues paro, aunque te digan: "Eh, tal, no sé qué..."; pues yo paro, ya está. También depende lo que tú te conozcas a ti mismo. O sea, tú sales de fiesta y no pones ningún límite y acabas todos los días en el hospital... pues oye, plantéate lo que estás haciendo. Pero si tú sabes tus límites y puedes parar lo justo y no te trae ningún problema aparte de la resaca y todo lo que pueda acarrear...

(16-18 años, chicos, Valladolid)

3.4. UN DISCURSO ESTABLE SIN APENAS NOVEDADES

Como se puede apreciar, los discursos contextuales sobre los consumos de sustancias no son nuevos. Parece que generación tras generación se repiten los mismos referentes, con argumentaciones conocidas y estables.

Frente al control y la legitimidad que marcan los espacios de la normalización desproblematizada se establecen algunos tópicos que mantienen un cierto grado de preocupación frente a los usos de drogas (y que determinan esa existencia de buenos y malos consumos).

En primer lugar, existe una proyección que tiende a incapacitar a las personas adultas (tanto familias como docentes) para establecer un control del consumo de menores (fundamentalmente adolescentes). Ni desde la familia ni desde la escuela es posible establecer pautas de referencia para materializar o delimitar dicho control o modular el consumo.

—...hablando antes de lo del... de lo del control que tienen los padres. También es cierto que los padres en el colegio no pueden estar. Entonces, ahí...

—Pero están los profesores, ¿no? Si... se supone que en un colegio no se puede fumar.

—Eso no tiene nada que ver...

—En mi colegio... en mi colegio había profesores y te decían: "Bueno, pues vamos a poner, yo qué sé...quince profesores." A lo mejor de treinta profesores ponían quince en el recreo porque ya sabían lo que estaba pasando. Y la gente seguía fumando igual.

—Luego se metían a los cuartos de baño.

—Pero eso huele... En mi instituto, yo pasé por un pasillo, por un cuarto de baño de los niños, y oía a porros. Y todo profesor que pasaba, pasaba de largo. Tío, huele... Tú vas por el pasillo...

—Sí, pero ¿en un patio en el recreo al aire libre?

—Ahí no fuman...

—Ahí sí, vamos.

—No, en mi instituto hay un sitio sólo para que fumen... Y los profesores ni se acercan ni nada.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

En segundo lugar, desde la experiencia propia, tan sólo se dan por válidos los referentes cercanos con capacidad de influencia, y que son reconocidos de forma autónoma entre personas del entorno, siempre que tengan experiencia, que hacen posible una actitud de cierta cautela ante los consumos. Esos referentes no son fijos, sino que dependen de la relación personal que se mantenga con ellos, y de la importancia que puedan suponer los problemas a los que se han enfrentado. En algunos casos pueden ser hermanos o hermanas mayores, pero también amigos o amigas, o personas conocidas.

—Mi hermana siempre intenta cuidar de mí, que no me pase nada, que ella también ha fumado porros... que ella sabe lo que es, que no quiere que te metas... Porque al fin... O sea, a la larga te va a perjudicar a ti y no vas a conseguir nada.

—Hombre, a mí también mi referente positivo es mi hermana mayor, como has dicho tú. Porque ya sí que, a los dieciséis y eso empezó a fumar porros, tal... Hasta que tuvo un problema y se lo dejó... Y cuando ya se enteró de que yo fumaba, nada... Con que me dijera que lo dejara, yo lo dejé por ella más que nada. O sea, más por mí que por ella, pero también por ella. Porque después de lo que me contó, pues la verdad es que no quiero que me pase a mí tampoco.

—Claro, es eso.

—Que te... O sea, te cuentan lo que han vivido ella. O sea, en... Shhh, me... mi... mi hermana me cuenta lo que ha vivido ella, y yo pues cuando ya tengo el porro en la mano, digo: "Pff, mi hermana." Y me acuerdo de ella o de mis padres, de que... qué dirán... O sea, qué harían si me vieran haciendo esto. Y entonces ya dije: "Vale." Y ya ahí dejé de fumar porros.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Entre pares, otros iguales funcionan como referentes espejo de lo que puede suponer un mal consumo, especialmente en el reconocimiento de que sí es posible

“quedarse estancado” en la adicción, e independientemente de que se reconozca esa realidad como una probabilidad cierta para uno o una mismo/a. En general ese espejo se visualiza en personas que “no tienen proyecto de vida”, que no tienen otras actividades o intereses. O lo que es lo mismo, quienes tienen otros tipos de problemas que les hacen trascender los espacios de fiesta (legítimos).

—A lo mejor en mi grupo de amigos, pues todos probamos la droga, pero aun así, pues, aunque es en tu tiempo de ocio, pues tú sigues con tu camino, con tus estudios, con tu trabajo, con lo que sea. Pero éste es que lo probó y se enganchó, y ya no está...

—Ni trabajo, ni...

—Ni nada.

—Como si tuviera 15 años.

—Jugando a la Play todo el día...

—Es que me... es que mi hermano tiene cinco años menos que tú y... y tiene más estudios... Y más trabajo, cabrón. Haz algo...

—Es así...

—Claro... No tienen proyecto.

—No tienen proyecto de vida.

—Ir ahí, sofá-cama, cama-sofá...

—Y se despiertan porque igual os juntáis todos y, yo vengo de la... de clase y otro viene de no sé qué, y él se junta. Pero él viene de no hacer nada. Y dices: “Tío es que tú vienes de no hacer nada. Estamos aquí... Tú piensas que los demás seguimos... Pero no, no los demás hemos hecho algo esta mañana. Hemos estado haciendo cosas.”

—Claro.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Y, por tanto, en la práctica, no existe más referente que la experiencia propia, la dinámica de ensayo y error.

—El aprendizaje eh... por ti mismo. Lo que vas viendo, y lo que vas experimentando. No hay como tal un referente.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Otra de las características contextuales que se resaltan en la actualidad es la presencia de las tecnologías, y la redefinición de los escenarios de fiesta y de los consumos en función de ellas. Las tecnologías de la comunicación implican una

mayor notoriedad y visualización de los consumos, de tal manera que sirven como escaparate y prueba de todo lo que se hace (especialmente en los contextos festivos) y como referente legitimador de los comportamientos. Si "antes" se contaba lo que se había hecho, ahora se "sube" directamente la foto a la espera del reconocimiento colectivo ("me gusta").

—Nosotras era, el lunes, nos contábamos todo lo que había pasado durante todo el fin de semana, nos reíamos muchísimo, decíamos, pues cómo nos hemos puesto, o cómo iba éste, no sé qué, y ya, qué nos vamos a poner el viernes, y ahora es la foto.

—Es ver los "me gusta" que te dan en la foto, y cuantos más "me gusta" tienes más popular eres y...

(21-24 años, chicas, Valladolid)

En una dinámica conocida de buscar responsabilidades ante las situaciones problemáticas, padres y madres también apuntan la importante influencia de las redes sociales como altavoz que distorsiona la información que reciben los y las menores sobre las drogas. Y se asume que esta influencia es mucho más potente que cualquier posible labor educativa que pudiera establecerse desde la familia o la escuela: las redes son una fuente negativa de información que bloquea la capacidad de los agentes educativos.

—Les llega mucho más cualquier tipo de información, nos llega a los padres también, que antes, ¿no? Es decir, ahora ya están... si hablamos de sustancias, están mucho más informados de lo que lo estábamos nosotros.

—Sí.

(Grupo padres, Madrid)

Por otra parte, para padres y madres y en relación con sus hijos e hijas, no existe discurso sobre drogas más allá del alcohol. No visualizan la posibilidad de que en sus familias existan consumos de otras sustancias y, por tanto, el único riesgo reconocible es el que se refiere al consumo de alcohol (además, de forma acentuada) y con los mismos argumentos que utilizan adolescentes y jóvenes: se asume la responsabilidad propia en la normalización y aceptación de un consumo que se comparte entre generaciones, con unos límites y referentes que también se comparten y que, por tanto, sólo son problemáticos cuando aluden a menores "que ahora beben antes y peor..."

—A mí realmente ahora mismo, lo que me da más miedo es el alcohol...

—La verdad es que sí.

—El alcohol es lo que me da más miedo. Yo sé que mi hijo se toma alguna copa. También te digo una cosa, va a cumplir veinte años, y la última vez que salió fue el día de la cabalgata...

—Que se tome una copa es normal, hombre.

—Claro.

(Grupo madres, Sevilla)

—Yo creo que el alcohol es la primera droga que hay, que es legalizada. Las demás... yo creo que, hombre, yo creo que mis hijas... o espero... que no estén tomando nada.

—Y el tabaco.

(Grupo padres, Madrid)

Más allá de los menores (incluidos sus hijos e hijas respecto a los que no se imaginan comportamientos problemáticos) también se reconocen consumos adultos, que valoran como *normales* siempre que se produzcan fuera de los ámbitos y espacios de responsabilidad, es decir, el mismo discurso de la legitimidad, en espacios donde no es apreciable el consumo, donde "no se nota".

—Pues yo trabajo con gente que ha fumado porros, que se meten alguna que otra rayita, que de todo... Y mis hijas conocen a esa gente, y yo les digo: "Mira, ¿tú ves ésta? Puedes hablar con ella perfectamente, tratarla perfectamente..."

—Sí, claro.

—Son normales.

—Pero...

—Que será genial, pero fuera de su trabajo.

—Pero ten cuidado, mírale la boca, mírale esto....

—Exactamente, pero son compañeras de... compañeras de trabajo....

—Compañeras mías de trabajo.

—Vamos que... y se mete una raya de cocaína.

—Y, ¿se mete una raya de cocaína?

—Totalmente.

—Uy, yo no lo veo normal.

—Totalmente. Verás...

—Yo no lo veo normal.

—Cada una hace con su vida lo que le venga en gana. Eso no es problema mío... Yo no me meto cocaína.

—Sí, sí, sí, pero... pero que nadie me va... Pero que nadie me va a convencer de que la cocaína y el porro no deja a las personas tocadas.

—Claro, por eso digo.

—Hombre, porque lo deja el alcohol. Pero entonces qué estás diciendo...

—Claro.

—No sé qué puesto de trabajo tiene tu compañera, pero vamos...

—Eso es lo que yo le digo a mis hijas: "Mírala."

—Hombre, verás, yo supongo que en el trabajo no lo hará ¿no?

(Grupo madres, Sevilla)

4. MOTIVACIONES

4.1. DIVERSIÓN Y DESINHIBICIÓN

Tampoco hay muchas novedades discursivas respecto a los motivos para consumir sustancias (fundamentalmente alcohol, tabaco y también cannabis). El principal motivo del consumo es el mismo que implica salir o ir de fiesta: divertirse, desconectar, romper con las rutinas de la semana... cuestiones todas ellas que se pueden alcanzar sin consumos, pero que se entiende se amplifican y mejoran con las sustancias.

Así, la mera diversión será objetivo esencial, directo y normalizado, destacado frente a otras motivaciones por ser lo que corresponde a la edad: cuando eres adolescente consumes por mera diversión, pues la evasión se busca de mayor o, en todo caso, cuando hay otros problemas.

—Tú vas de fiesta y piensas... si después piensas "Voy a estar con toda la resaca", pues no bebes, pero claro, dices: "Me lo voy a pasar bien, voy a beber y ya está. Y lo otro pues ya vendrá, si viene y si no, no."

—Moderadora: ¿Pero por qué bebiendo alcohol nos lo pasamos mejor?

—No sé, porque... pues de repente te hace más gracia todo, tal... Llegas, te dicen una coña y a lo mejor en vez de sentirte mal porque tal, pues te ríes de la situación y tal. Y si no estás, pues a lo mejor te sienta mal y te jode la noche.

—Yo por ejemplo salgo para pasármelo bien, porque estoy toda la semana yendo a clase, toda la semana estudiando o lo que hagas y es como desconectarte, desconexión, salirte de la rutina un poco. Sales con tus amigos, te vas de fiesta, bebes un poco, te inhibes un poco, no sé. Yo por ejemplo el martes tenía exámenes y mañana voy a salir, y pasado. Y entonces, pues no sé, sales de fiesta cuando puedes, y cuando puedes lo disfrutas al máximo porque estás con tus amigos en un ámbito diferente, o sea, igual

que a mí me gustaría con mis años ir a tomar una caña a un bar, pues a mí también me gusta salir. Son dos ámbitos diferentes en los que me lo paso bien. Pero cuando puedo hacer lo de la fiesta, pues prefiero lo de la fiesta.

(16-18 años, chicos, Valladolid)

—¿Y no creéis también que es como un medio de evadirse de los problemas?

—No. Yo creo que es más diversión, en esas edades. En otras edades sí, en otras edades puede ser también... sobre todo más en gente mayor. O sea, decir, incluso más mayores que nosotros. Yo sí que pienso que puede ser, de hecho lo ves en muchos casos, también habrá depresión, no sé, que una de las salidas es el alcohol, pero...

—El estrés también.

—El estrés, efectivamente. Pero yo creo que sobre todo en gente más pequeña es de intentar pues eso, la diversión...

(21-24 años, chicas, Valladolid)

En el contexto de fiesta, y en los fines de semana, el consumo por diversión se entiende y justifica como contrapunto a las *responsabilidades* que se asumen en el resto de tiempos y contextos.

De hecho, la despreocupación ante los consumos en estos contextos (normalizados) está fundamentada en este argumento que distingue espacios y tiempos de responsabilidad frente a espacios y tiempos en los que no hay responsabilidad (teórica) que asumir: en los tiempos de diversión se puede "desfasar si toca", siempre y cuando se asuman las responsabilidades que también corresponden en el resto de escenarios (estudios, familia, trabajo...). Obviamente esta separación sirve como contrapunto en todas las circunstancias festivas, independientemente de que sean más o menos frecuentes.

—Es que también es eso, pillamos la fiesta, y sobre todo aquí las Fallas y dices: "Bueno, las Fallas son cuatro días, y cuatro días de quemar."

—Eso es. [...]

—Sí, conforme lo has dicho a mí me... me da la sensación de que es evadirte total, ¿sabes?

—He estado todo el año currando, ¿sabes?...

—Claro, pero...

—Bueno, todo el año, no, ¿sabes? Pero he estado trabajando estos días, y...

—Que me lo merezco, ¿sabes?

—Claro.

—Claro. Voy a... voy a explotarlo todo, ¿sabes?

—Lo justificas.

—Exacto. Lo justificas porque en realidad... es falso, porque llegan las Fallas... y después llegan Pascuas y Pascuas, y después llega verano y verano...

—Claro, claro.

—Y al final te tiras más tiempo...

—Claro. Hay veces que estás de resaca y dices: "Es que, me lo merecía, ya hacía tiempo." Y al siguiente fin de semana a lo mejor pasa igual...

—Claro.

—Jejejeje [varias voces ríen].

—Jajaja, ¿sabes? es la excusa.

—Al final es la justificación de todo el mundo.

(21-24 años, chicos, Valencia)

El objetivo que enmarca la diversión mediada por sustancias tiene que ver con facilitar la desinhibición (en general se habla sobre todo de alcohol), que a su vez contribuye a amplificar la capacidad para relacionarse, socializar, ligar... De hecho, en este contexto y sentido, las sustancias ocupan el mismo lugar discursivo que otros elementos que forman parte de las salidas, incluida la ropa, los lugares y recorridos a los que ir y donde se encuentra a todo el mundo...

Por supuesto que estos argumentos se modulan con la edad, de tal manera que la madurez también implica no tener que estar tan pendiente de la opinión de otras personas, no tener tanta necesidad de cumplir con los cánones, es decir, implica ser más independiente y tener un criterio más autónomo y no condicionado por el grupo. Se entiende que incluso el consumo de alcohol también perdería peso —como estrategia— cuando se crece, de tal manera que cuando se es más mayor se consume menos por ligar, por la presión del grupo, y más por esa teórica decisión propia ("más por ti").

—Es como cuando bebemos y ya... O sea, ganas confianza.

—Claro como que te da un poco de menos cosa...

—Por ejemplo, como cuando bebes alcohol que igual te pasa que vas más contento y tienes más confianza, y no te da vergüenza hacer tantas cosas...

(16-18 años, chicas, Valencia)

—También la gente que es tímida y que le cuesta... o sea eres como más sociable. Te cuesta menos socializar si vas borracho porque tu nivel de vergüenza baja. O sea, tú algo que haces yendo borracho, si vas normal pues lo harías pero no en plan... Por ejemplo, hablar con una tía, tú de normal... yo por ejemplo no me atrevería, pero a lo mejor si voy borracho, pues igual me atrevo. Y claro, la gente que es tímida, pues lo aprovecha porque si vas de fiesta, pues para socializar con la gente, y estar ahí que no hablas con nadie... [...]

—También depende de lo borracho que vayas. Si vas muy, muy, muy borracho a lo mejor ni ves lo que estás haciendo. Si vas ahí con el puntillo pues claro, te cuesta menos relacionarte y eso. Y claro, si por ejemplo vas a una chica y la pides... y te dice que no y vas borracho, pues dices: "Vaya", y te piras. A lo mejor si no vas borracho, no.

(16-18 años, chicos, Valladolid)

—Cuanto más borracha vas mejor te lo vas a pasar, porque menos vergüenza te dan las cosas y...

—Yo me acuerdo que cogía y, yo era muy tímida, y claro, decía "Voy a tomarme unas copas para ya ir más contenta y, por lo menos, si me gusta un chico hablarle, porque si no..."

—Yo creo que también, o sea, lo enfocaba mucho a ligar.

—Sí.

—Sí.

—Sí, me emborrachaba, pero era como... Si me lo pasaba bien era porque había conocido a una persona, o me había liado con una persona, o... o sea...

—Y por eso yo creo que también lo enfocabas mucho a qué me voy a poner el viernes, que...

—Sí.

—Que ahora sales y no te digo que no mires lo que te vas a poner, pero que no vas pensando en me voy a poner esta camiseta o me compro esta camiseta para liarme porque... no sé, cambia.

—Ahora es más por ti.

—Sí, tú ahora mismo vas bien...

—Puedes ir cómoda.

—Sí, puedes ir cómoda, con unos vaqueros, y si conoces a alguien así, pues bien, y si no, pues dices "Mira, no me tengo que poner un traje de gala para conocer a nadie, o sea..." Pero antes intentabas, yo creo que era eso también el tema de ligar, pues estaba ahí.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

4.2. ACERCAMIENTO SEXUAL

Como se ha visto en el apartado anterior, dentro de esas estrategias de diversión mediadas por el consumo destaca muy claramente la motivación sexual, que además se establece como el máximo referente de la desinhibición en las relaciones sociales entre adolescentes y jóvenes. Es decir, la motivación más reconocida (que no implica que se asuma como argumento para el comportamiento propio, pero que funciona claramente en la construcción de discurso) es que el consumo (sobre todo de alcohol) facilita los acercamientos y encuentros de carácter sexual. Y que la desinhibición, que se entiende como necesaria para dichos encuentros, facilita "perder la vergüenza", "pensar menos", o lo que es lo mismo, aceptar que se dejan en suspenso las normas que operan en otros contextos, para los que se reserva el ejercicio de responsabilidad.

—[CHICO] A ver, lo bueno es que si tomas alcohol te desinhibes, las relaciones sociales llevan a... a eso, ¿no? Si bebes alcohol pasas a tener más relaciones sociales, que conllevan a sexo. [...]

—[CHICO] Entre dos personas que están drogadas no creo que vayan a hablar mucho antes de tener sexo, sinceramente.

—[CHICA] De hecho, muchas veces, yo creo que esto es algo que hemos oído todos, que sales de fiesta y está el típico amigo que va a salir con... No sé, por ejemplo, en el caso de la universidad, primer año de universidad, salimos todos, tal, y hay dos grupos, un chaval que le gusta una chavala, o al revés, y es como bueno, esta noche me la hago. ¿Por qué esta noche y no en clase? ¿Sabes? O en el descanso o lo que sea. Porque esta noche vas a beber, y lo que ha dicho él, te vas a desinhibir, te vas a soltar, tal, y sabes que esa noche tienes más posibilidades que un día en un descanso o un día que salgas a tomar... yo qué sé...

—[CHICO] *Piensas las cosas menos. O sea, no le das vueltas como cuando estás... me acerco, no, mejor no, mejor otro día... esa noche dices, buah, pues a tomar por culo...*

—[CHICA] *Sí.*

—[CHICO] *Y tenemos que tener en cuenta también el contexto.*

—[CHICA] *Justo te lo iba a decir.*

—[CHICO] *No es lo mismo estar en clase que... en una discoteca.*

—[CHICA] *Que igualmente, te vas de fiesta, y... vamos a ver, como ha dicho él, ¿sabes?*

—[CHICO] *Claro.*

—[CHICA] *Que estás tomando unas cañas y no te lo vas a hacer en ese momento, porque estáis en grupo ahí en una mesa, tal... y de fiesta sabes que la puedes coger en un momento que esté sola, y en un momento ponerte a hablar, te lías a hablar, no sé qué, y ya una cosa lleva a la otra...*

—[CHICO] *Sí.*

—[CHICA] *Terminas hablando de otra cosa y ya... lo que ha dicho. Depende también del momento.*

—[CHICO] *Sí, pero es verdad que con... que es más fácil. Encima, si estás con alcohol, por ejemplo, es mucho más fácil. En una discoteca, aparte del contexto y todo, si las dos personas han consumido alcohol va a ser mucho más fácil que sin alcohol, pero...*

—[CHICA] *Sí, porque está más receptiva la otra persona.*

—[CHICA] *Se te quita la vergüenza.*

(21-24 años, mixto, Madrid)

Entre los argumentos que aluden a la motivación sexual se encuentra claramente una primera y muy marcada diversificación de género, en la que se hacen participar muchos estereotipos que distinguen lo masculino y lo femenino. Desde estos estereotipos los chicos serían mayores consumidores de sustancias porque tienen más presente el objetivo de "pillar", mientras que las chicas salen más para "estar con amigas", y no necesitarían tanto esta "ayuda"; los chicos reconocerían con más facilidad su objetivo sexual, mientras que las chicas tenderían a ocultarlo, porque no está bien visto que las chicas expliciten búsquedas sexuales...

—[CHICA] *Que hay muchas veces también que son las propias chicas las que decimos "Buah, es que me mola este tío y tengo que ir a por él como sea." Tanto para chica como para chico. Yo creo que sí. Yo hablo del alcohol que es lo que yo he consumido y*

lo que yo sé... que luego también te puedo decir lo que he visto en plan de amigos que toman drogas y demás, pero... el alcohol que yo creo que siempre todos hemos consumido o el que conocemos más, vale igual tanto para un lado como para otro...

—[CHICO] Sí, yo creo que se diferencia mucho entre sexos. Es decir, un chico normalmente, sale, no el 100%, pero el 80% piensa en a ver si puedo conseguir alguna... y una chica, en cambio, rara vez, como has dicho, a ver si consigo alguno, ya lo puedes tener muy en mente a ese chico, si tienes a un chico concreto no vas a salir a decir "Bueno, a ver si cojo alguno y tengo sexo esta noche", ¿no? Un chico es más probable que tenga... o que salga con esa intención de buscar sexo que una chica. Una chica, vamos, es mi opinión. Una chica sale a divertirse con las amigas, con quien sea. Un chico, aunque salga a divertirse con los amigos, esa idea, esa intención siempre está.

—[CHICA] A ver yo, con eso estoy de acuerdo y estoy en desacuerdo, porque sí es verdad que está mucho más visto o más... no sé, aceptado por así decirlo, que un chico salga con la idea de tal que una chica. Pero yo conozco muchísimas amigas, muchísima gente, que sale con la idea de... "Bwah, a ver a qué tío..." y te lo dicen así, "A ver a qué tío me follo hoy." A mí me lo dicen y te quedas como... pues nada, ¿sabes?, como que no lo ves normal, que sí que está mucho más visto en un chico.

—[CHICO] Claro, te impresiona más.

(21-24 años, mixto, Madrid)

Tanto ellas como ellos asumen dichos estereotipos, de tal manera que se establece claramente una diferencia en expectativas y comportamientos según el género (el consumo de sustancias para la búsqueda de *ligue* o sexo es "cosa de chicos"). Y también reconocen que el uso de sustancias (fundamentalmente alcohol) les permite tener menos problemas para relacionarse ("perder la vergüenza") por lo que es consustancial con dichos objetivos. Por supuesto que esto significa que se reconoce la existencia de riesgos, y que se asumen porque también se reconocen los beneficios.

—Drogados pierden toda la vergüenza.

—Sí.

—Sí.

—O la poca que tienen.

—...yo, por lo menos... Incluso, a ir ahí a cualquier lado a pedir agua en un bar. Me da vergüenza...

—Sí, sí...

—Y mira que yo estoy en la calle y me da igual hablar con quien sea, y ya... Y ya estando ciega, yo hablo con cualquiera. Vamos, hablo hasta con el camarero... con el portero si hace falta... Me da igual... En plan, la gente cuando bebe y cuando se droga pierde la vergüenza...

—Sí, sí, sí.

—...entonces todo lo que te tengan que decir te lo van a soltar como si fuera... Pfff... lo que sea. Te lo dicen tan normal

—Moderador: Pero, ¿las chicas también? ¿O no?

—Sí [varias voces a la vez].

—Las chicas sí, también.

—Por ejemplo, yo tengo una amiga que le da igual todo. Le da igual, si te pones ciega le da igual lo que te pueda pasar después. Le da igual todo. Y ella me contó que estaba ciega perdida, y estaba por un parque al... por la noche. Que eso ya sí que es una locura, yo por lo menos sí. Venía y se encontró un grupo de niños, y dijo: "Pues venga ya, yo aquí voy a coger cacho." Y es una niña, por decir, que no todos los niños piensan así, que también las mujeres también pensamos. Y fue para allá, y empezó a tontear con todos, y me dijo que lo poco que se acordaba era que se lió con cuatro, y que estuvo a punto de hacerlo con uno... O sea que... que ella también iba buscando. O sea, que hay mujeres así, que habrá pocas, pero hay. Es así...

—O sea, que si hubiese habido niños malos...

—Sí.

—...puede llegar a pasar otra cosa, ¿no?

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Desde el punto de vista del género es muy importante tener en cuenta el equilibrio discursivo de las chicas, que los varones no necesitan elaborar. Para ellos no hay (o no se expresa ni induce) juicio de valor en relación con los comportamientos (tanto los sexuales como los de consumo), y el estereotipo no les penaliza (más bien al contrario); sin embargo, para comportamientos idénticos de las mujeres existe un riesgo de estigmatización muy claramente expresado. Ellas parece que tienen más problemas para poder reconocer que sus motivaciones son las mismas que las de los chicos (no está bien visto, puesto que ellas se situarían

voluntariamente en un papel de riesgo y victimización que más adelante se analizará) y, por tanto, cuando se trata de las chicas, los consumos deben separarse de dicha motivación.

—[CHICA] *Y que en el fondo puede estar visto así, pero en el fondo también las chicas yo creo que están pensando, aunque parezca más como de divertirse y tal, van a la discoteca y están pensando también en... "Ay, pues... qué chico, y no sé qué", ¿sabes?, que en el fondo yo creo que también, que está muy normalizado, y que el contexto de fiesta de una discoteca es el que es. O sea, no creo que ninguna chica en el fondo esté pensando, voy a salir con mis amigas y ya está, a pasármelo bien, me desinhibo, no hay nada alrededor, sino que en el fondo, el chico a lo mejor lo dice, o sea, está como más exteriorizado, pero yo creo que las chicas también van a discotecas y no están pensando sólo en bailar. O sea, no creo que estén pensando tampoco en ir a saco, obviamente, pero sí que también, pues está tal, o mira, lo típico, en plan "Ay, mira, estos chicos me están mirando", pues eso.*

—[CHICA] *De hecho es que muchas veces, o sea, estás bailando y estar... tener a una amiga tuya todo el rato al lado así, y fichando, en plan, y dices "¿No puedes parar?" No sé. Que sí es verdad que luego siempre es el tío, la típica de toda la vida "Que dice mi amigo que si quieres con él, no sé qué" y la otra está ahí fichando. Pues no sé.*

—[CHICO] *Es que tú cuando vas a una discoteca, lo que más ves es un grupo de chicos o un montón de chicos que van a por chicas. Y ese es el estereotipo que hay. Pero es verdad que hay muchísimos chicos también que no lo hacen, porque no quieren, porque no tienen la noche, o porque simplemente les dé vergüenza entrar en una conversación de la nada. Pero como estereotipo, sí, porque lo ves. Todas las noches ves a más de uno haciendo eso, que va con la intención de, va con la intención de ligar, de conocer a alguien, de aunque sea sacar su número o de tener sexo con alguien. Es un estereotipo total. Y de las chicas, pues... pues hombre, es verdad que las chicas como ha dicho la compañera muchas chicas también van a lo que van, es evidente, pero lo que se ve en una discoteca es que es el chico el que va a por la chica.*

(21-24 años, mixto, Madrid)

Desde esta perspectiva también tiene todo el sentido el hecho de que el comportamiento masculino se contextualice grupalmente, como parte del escenario de diversión y relación que es compartido, mientras que el comportamiento femenino que pueda vincularse a las relaciones sexuales se visualizará como algo estrictamente individual. La diferencia fundamental que se apunta es que los chicos desarrollan sus estrategias de ligue desde el grupo (incluso amparándose en la superioridad que reporta dicho grupo) mientras que las chicas actúan de forma más individual: no parece asumible que un grupo de chicas se manifieste colectivamente en actitud de *búsqueda* sexual.

—Pero imagínate un grupo de tías, o sea, la historia al revés: que un grupo de tías se acerque a un tío y se líe a pillar cacho, y lo último que hace es pillar cacho. Va... al menos desde mi punto de vista, vamos...

—Sí.

—...que no sé... A ustedes estáis con vuestras amigas, se acerca un tío todo borracho...

—Y nos reímos de él.

—Sí, vamos.

—Pues yo salgo corriendo, vamos.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Alrededor de estos argumentos y convicciones se moviliza todo un entramado complementario de estereotipos, también vinculados al género, que resultan muy llamativos: los hombres son "simples" y "pasotas", por lo que para una chica que tenga interés en ligar vale con que se adorne para gustar y atraerles ("ponerse guapa"); los chicos van a ligar con "lo que caiga", mientras que las chicas se preparan para encontrar o cuajar una relación en la que están previamente interesadas; los chicos se movilizan en grupo (puesto que no hay un foco o persona concreta, sino cualquier posibilidad que pueda surgir) mientras que las chicas se orientan individualmente, porque siempre tendrán claro previamente a quién quieren gustar...

La explicitación en las conversaciones grupales de este tipo de argumentos implica una valoración y un cuestionamiento por parte de las chicas de lo que implica su rol diferente, y la forma diferente que tienen ellas mismas de analizarlo. Son conscientes de que justifican sin problemas el comportamiento masculino (que consideran "simple"), pero se manifiestan muy críticas hacia ellas mismas.

—A ver si me ve guapa, y oye, si te tomas unas copas pues me ve encima supermaja con él, ¿sabes?, no sé, que no te pones nerviosa

y hablas más con él, cosas así, pero yo creo que ellos tampoco se rallan mucho en pensar qué pensamos nosotras.

—No, que a lo mejor eres una pringada que no bebes porque...

—Claro, sí.

—Yo eso sí que lo he pensado de... bueno, voy a tomarme una copa porque estoy con este chico y a lo mejor se piensa que no... yo qué sé, es la edad, supongo.

—Yo creo que ellos salían también a pasárselo bien, estar con los amigos, pasárselo bien, y si caía alguna, caía, pero su objetivo no era el salir de fiesta para liarse con una. A lo mejor cuando van ya creciendo más y eso, sí, pero al principio es como el vivir, aprovechar, salir con los amigos, me emborracho, bebo un poco, tal, disfruto, y si cae alguna, cae, y si no cae, pues no cae. Pero he estado con mis amigos y me lo he pasado bien y me he emborrachado. Y nosotras lo veíamos, eso, como "¡Ay!, cuanto más guapa me vea yo, más guapa seguramente vaya, más guapa me va a ver él, y a lo mejor...", ¿sabes? Tú ibas buscando y él era como "Bueno, si pasa, pasa; si no pasa, no pasa. Y tú querías que pasase.

—Yo creo que las chicas, que me puedo equivocar, pero bueno, lo llevo a mi terreno, pues eso, como que a lo mejor nos centramos más en ligar, en gustar, y veo a los hombres más simples, ¿no? De decir "Yo salgo con mis colegas a mamarme, pero salgo con mis colegas y me da igual que haya chicas o que no."

—Sobre todo en esas edades.

—Sí.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

Por otra parte, el discurso de padres y madres establece un correlato muy evidente a esta argumentación de las diferencias de género. En primer lugar porque asumen —desde los mismos planteamientos expresados por los y las jóvenes— esa perspectiva de un consumo femenino fundamentado en la necesidad de acercarse a los chicos, pero con estrategia diferente a la que utilizan los chicos; en segundo lugar porque, desde ese presupuesto y en términos de riesgo también vinculado al consumo de sustancias, padres y madres otorgan un gran valor positivo (desde el estereotipo de la protección masculina) al hecho de que sus hijas tengan pareja y salgan con la pareja: no tener pareja se identifica como un riesgo añadido entre sus hijas, más allá de la edad o la madurez.

—En este momento me preocupa más la mayor que la pequeña. La pequeña tiene una pareja estable y tal, y la mayor no. Respondiendo un poquito a la pregunta de por qué lo hacen: ¿por qué yo lo hacía?, por socializar.

—No, yo la he visto alguna vez que ha venido achispada y digo: "¿Por qué lo hace?" Por quitarse muchas veces barreras de relación, no sé qué. Y eso es porque hay una carencia, desde mi punto de vista, de ser capaz de forma natural de libertarte, que es lo que muchas veces buscamos en el alcohol, vamos a desinhibirnos.

(Grupo padres, Madrid)

Ratifican y enfatizan también, especialmente las madres, las características diferenciales entre chicos y chicas, así como en sus motivaciones y formas de manejarse: los chicos serían más gregarios y grupales, lo que hace que se apoyen más entre ellos; las chicas son más individualistas y competitivas, pero a su vez tienen más "personalidad" o criterio para tomar decisiones autónomas.

—Sí, yo digo que el que quiera consumir no tiene sexo, lo mismo puede ser niño o niña...

—Las motivaciones de consumo yo creo que serán las mismas.

—Lo mismo, lo mismo...

—El caer yo creo que puede caer tanto un niño como una niña. Yo creo que los dos.

—Pero vamos, que los niños...

—Yo creo que la generalidad o... o muchas de las cosas así, pero creo que hay algunos temas puntuales que sí van ligados al sexo. Es mi opinión...

—Moderador: ¿En qué sentido?

—Por ejemplo eso, yo según veo, y no tengo niños. Yo no puedo dar la opinión desde dentro con niños, pero yo creo que entre los niños toman decisiones como más grupales y las niñas son más competitivas como decía ella y toman decisiones más independientes. Entonces tienen motivaciones, me puede gustar más, yo puedo ser más fuerte que tú en ese sentido para hacer esto, y se ven como más heroína en algo que no deben de hacer. O sea, que es un error y suelen estar equivocadas completamente, pero se lanzan más los niños, se agrupan más, se... se apoyan más entre ellos. Entonces, a la hora de... de tomar una decisión eh... Vamos a..., pues yo qué sé, vamos a comprar un porro... Si es un grupo de

chicos, la mayoría acabará probando el porro y si hay un grupo de chicas que van al enganche de ellos a lo mejor de la... Si hay seis, a lo mejor lo prueban dos. Son como más... En ese sentido...

—Competitivas entre ellas.

—Entre ellas. Entonces... y como más asegurarte de decir: "Pues si quiero lo hago, y sino..."

(Grupo madres, Sevilla)

Sin embargo, esa idea de la capacidad para tomar decisiones propias también se pone en cuestión desde otros argumentos. Por ejemplo, a las chicas se les atribuye la posibilidad de consumir sustancias no tanto para desinhibirse o acercarse a una posible pareja, sino para adaptarse a los posibles deseos o gustos de la persona deseada: una chica puede fumar, beber... para gustar a alguien que consume, de tal manera que las sustancias no serían más que otro "adorno" de los que una mujer puede ponerse para agradar. Eso sí, desde una posición individual y no necesariamente colectiva (o compartida con otras amigas).

—Una amiga mía empezó a fumar porros, o empezó por el tabaco, porque había un chaval que le gustaba. Y decía "Para que a mí no me viera rara, voy a empezar a fumar..." que un día empezó a fumar. Tonterías.

—Sí.

—No es para que las vea y eso, sino porque...

—Para que la vean como la súper lista, ¿sabes? [...]

—Normalmente las tías que fuman porros... que son más espabiladas que las que no. [...] Entonces, las otras niñas, por ejemplo, las pijas, ¿no? Como quien dice, las niñas de mamá, las tontitas, ¿no? Ven eso y dicen: "Pff, ¿y por qué ese niño se fija en ella que fuma y no se fija en mí que yo no fumo?" Entonces la niña ya empieza a fumar pero porque ve que... que le atrae más al tío. Cuando realmente eso no es así. Lo que pasa que ellas creen que les da una imagen que no es la que tienen.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Me da igual el tipo de droga que tome, el alcohol... Me da igual, todo es igual de malo. Se va a acercar a mí porque yo lo hago igual que él. Sí, en muchas ocasiones, sí es así.

—Consumen para gustar pero de manera más independiente.

—La chica es más adulta, es más capaz de decir no...

—En cambio, la chica que quiere gustar...

—Quiere gustar aunque sea adulta.
—Aunque sea adulta
—Toma una decisión individual...
—Exacto.
—No necesita ayuda, no necesita el apoyo de todos...
—Lo hago, porque es una motivación de gustar, porque si tú no lo quieres hacer me da igual. Yo lo voy a hacer de todas formas...
—Y los chicos, no; los chicos van todos a una. Van todos a lo mismo. Parece como que van... Jajaja, el grupito...
—El respaldo.

(Grupo madres, Sevilla)

En base a estas ideas, encontramos un discurso de mujeres que es hipercrítico con lo femenino, según tres grandes argumentos. Primero, se cree que las mujeres son más individualistas y que este individualismo se basa, en definitiva, en la necesidad de aprobación masculina y no tanto en un mayor desarrollo crítico propio y de la autonomía; en segundo lugar, y derivado de lo anterior, necesariamente se asocia y reconoce que las chicas son, teóricamente, más débiles; en tercer lugar las chicas, desde este individualismo dependiente, se manejarían de una manera más competitiva (entre ellas), lo que convierte sus relaciones en más traicioneras, difíciles y desleales; y en contraposición, las relaciones masculinas serían más "nobles" y "sanas".

—Pues a mí me dan más miedo las niñas... Me dan también miedo las niñas en la calle, porque las niñas son más vulnerables a la hora de cualquier...
—Las niñas necesitan gustar más, y hacer... hacen más cosas que no quieren por gustar más...
—Sí.
—Sí, sí, sí, no veas...
—Sí, yo creo que es más peligroso, sí.
—Sí. [...]
—Moderador: ¿En qué sentido?
—Tienen como más necesidad de aprobación. O sea... los niños hacen como, shhh, pequeños gestos entre ellos y las niñas yo pienso que... que compiten mucho más entre ellas. O sea, en ese sentido, ¿vale?, los niños se apoyan. Cuando hacen algo van como todos, y las niñas "Si haces esto, yo voy a criticar lo que tú haces, y yo lo voy a hacer más que tú para que se fijen más en mí." Es mi opinión personal.

- Moderador: *Pero quieres decir que consumen para buscar la aprobación de alguien...*
- Para gustar, sí.*
- Sí [varias voces].*
- En muchas ocasiones, sí.*
- Moderador: *¿La aprobación de quién?*
- Por ejemplo del grupo de chicas.*
- Del grupo.*
- Sí [dos voces a la par].*

(Grupo madres, Sevilla)

4.3. OTRAS MOTIVACIONES

Por supuesto, desde el discurso general, existen también otros tópicos relativos a las motivaciones para consumir sustancias, compatibles o complementarios con la búsqueda de relaciones sexuales.

■ De forma directa, la atribución de la necesidad de consumir para relacionarse, desde la problematización de los y las menores: se consume cuando se tiene baja autoestima, porque si no hay problemas, no se necesitan apoyos.

- Para ligar más, el consumo de drogas...*
- Las drogas, yo eso no lo veo...*
- Yo eso no lo veo como...*
- Para hacerse la guay, ¿no? Querrá decir...*
- Me hago la guay.*
- O para estar en un grupo...*
- Pero eso yo también lo veo tanto en niños como en niñas. Eso va en el carácter...*
- Va ligado a la autoestima, ¿no?*

(Grupo madres, Sevilla)

■ También para experimentar, en función de la edad y como algo consustancial con la edad.

- Y porque quieres experimentar, también. Te vas haciendo más mayor. Y dices: "Ay, pues vamos a probar de todos los palos..."*

(16-18 años, chicas, Valencia)

- Por rebeldía, y por atracción de lo prohibido, siempre también asociado a la edad y la falta de madurez.

—Sí, yo creo que es un poco también esto como cuando tu madre te dice que no puedes salir y quieres salir, y entonces no te deja salir e intentas salir por todos los medios, no se lo cuentas o tal. Y cuando te deja salir ya dices, bueno, pues ahora que puedes salir no sales tanto. Yo creo que siempre lo prohibido llama.

—Llama.

—Y llama la atención.

—Yo creo que es un poco la edad del cambio, ¿sabes? Como que ves que ya no eres tan niño como eras, pero tampoco eres tan mayor como te crees, entonces como que quieres sentirte mayor porque lo que hace la gente mayor te gusta, pero no puedes hacerlo, entonces quieres de cualquier manera conseguirlo o hacerlo. Y al final te sientes por beber una copa cuando no puedes o tal, te sientes eso, como el ego más alto. Más... [...]

—Yo creo que era también eso, porque era como... lo "prohibido" entre comillas, lo que no te dejaban, ¿no? Yo mis padres, por ejemplo, eran muy antidiscotecas y al principio era "No vas a la discoteca, no vas" y siempre pues yo salí totalmente al revés, a mí me encantaba ir a la discoteca, entonces, yo creo que era, pues era la edad de intentar mentir como pudieras "No, mamá, estoy en el bar de no sé qué" y te estabas yendo a la discoteca, ¿sabes?, y ahora, cuando te han dado la libertad de decir, mira, tus 18, tienes toda la libertad, no tienes ninguna hora de llegada y tal, y es cuando de verdad tú has sido consciente y dices "Bueno, pues ahora pues no, no salgo hasta..." Yo creo que salías más antes, bueno, yo en mi caso salía mucho más antes que ahora, porque, no sé, vamos, creo que es el tema de restricción ahí.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

- Por imitación de los comportamientos adultos, especialmente de jóvenes "mayores", o por presumir ante ellos:

—Yo qué sé, imagínate, acabas de entrar en primero de la ESO. Y siempre vas a ver a los mayores como... como más guais, y que tienen... O sea, que tú dices: "Hostia, estoy deseando tener su

edad para pasármelo igual de bien... No sé qué." Y tú los ves fumando, y no sé qué, y haciendo un montón de cosas y...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Y no sé en verdad por qué beben. Yo creo que es, en plan, para... para ir de chulo.

(16-18 años, chicas, Valencia)

■ Como respuesta a situaciones negativas y también problemáticas, que se consideran minoritarias entre jóvenes, y muy ajenos a la realidad o el entorno propios. Por ejemplo personas que necesitan olvidar o evadirse de sus problemas (problemas familiares, laborales, con los estudios...).

—Si tienes algún problema o algo, pues bebes alcohol y así te puedes olvidar por lo menos ese rato del problema que tengas.

—Ya, pero luego te da más bajonazo.

—Ya, eso también.

—Se tiende a...

—En el momento es lo positivo que tienes.

(16-18 años, chicos, Valladolid)

—Hay gente que fuma porque están mal, porque lo necesitan. Porque es su manera de decir, me libro de todos los problemas que tengo. O sea, cuando tú tienes un mal día... Yo por lo menos que fumo tabaco, yo cuando tengo un mal día, yo lo que hago es coger un cigarro porque me relaja. La gente... hay gente que coge los porros, hay gente que coge ya otras cosas,... Pero es como que te resguardas en esa droga porque te lleva a un sitio donde tú no estás pensando en... en... Pfff, tengo ese problema. O tengo que pagar no sé qué, o tengo que... Le debo tanto a no sé quién... Tú no, tú estás en tu pompa y en ese momento tú no piensas en nada. Entonces te mantienes alejado.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Pero igual a lo mejor que hay familias desestructuradas que termina una con anorexia o con un trastorno de alimentación, sí que puede ser salir fumando porros todos los días.

—Sí.

—Yo por ejemplo, no sé si veis el programa de Hermano Mayor.

—Sí.

—Yo por ejemplo, todos los problemas que había, que los jóvenes eran agresivos, bebían, fumaban todos los días, tal, eran familias que tú veías y eran todo problemas en la familia: la madre estaba todo el día bebiendo y fumando, la madre cada día traía uno a casa, el padre... ¿sabes?, como que... los jóvenes sí... que intentan, lo toman como diversión, pero también lo utilizan para evadirse de todo. Yo creo que ahí intentan combinar las dos cosas.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

5. DIFERENCIAS DE GÉNERO ANTE EL CONSUMO

5.1. IGUALES, PERO MUY DIFERENTES

A pesar de que lo común es la negación de diferencias entre chicos y chicas respecto a los consumos, lo cierto es que en el discurso abundan las referencias a elementos diferenciales entre ellos y ellas. De hecho está plagado de estereotipos, muy consolidados en general, sobre las diferencias entre hombres y mujeres, que se trasladan claramente a la manera de analizar y valorar los comportamientos de consumos de drogas por parte de unos y otras, y las formas de relacionarse con las sustancias.

En realidad, lo que trasciende en el conjunto de los discursos es la idea de que las chicas se han incorporado al mundo de los consumos, que es un espacio tradicionalmente masculino, y por ello es el consumo de las chicas el que suele contraponerse a lo que se reconoce como la forma normalizada de consumo. Es decir, si el consumo es (o ha venido siendo) "cosa de hombres", y las mujeres ahora consumen igual, es la manera femenina la que requiere explicación, y no la masculina.

—Moderadora: *¿Y las chicas...?*

—*Pues lo mismo.*

—*Igual.*

(16-18 años, chicos, Valladolid)

Además, en el fondo de los discursos también parece aflorar la idea de que el consumo de las mujeres es un consumo por asimilación o imitación (para parecerse a los chicos u ocupar los mismos espacios) y que, por tanto, no les corresponde del todo: las chicas consumen de forma impostada, en una dinámica en la que parece que no son las sustancias lo que interesa (no se buscan los efectos químicos, por ejemplo) sino lo que aportan (o adornan) como un complemento más para formar parte de los escenarios festivos.

De esta manera se insiste, sobre todo desde el discurso de los chicos, en que las chicas consumen para "posar", o para hacerse las fotos, o para que las vean...

Como puede apreciarse, una clasificación estereotipada de género, desde la que los chicos, a pesar de todo, son quienes más consumen, mientras que las chicas se entretienen más con la imagen (fotos). Como si los consumos fueran una parte más de las características diferenciales entre ellos y ellas.

—Yo la verdad... es que está claro que... que... Todo el mundo puede hacerlo y todo eso, pero que yo seguiría poniendo la mano en el fuego a que los chicos somos más dados a... que las chicas.

—Sí.

—A porcentaje de... de cantidad.

—Sí.

—Me da la sensación a mí, que a lo mejor estoy totalmente equivocado. Y no hablo con estadísticas, ni con... cifras exactas, pero...

—A mí también me da esa sensación...

—Sí

—Claro, por lo menos en mi entorno también pasa lo mismo, la verdad. El porcentaje de chicos es mayor.

—Es lo mismo que... Pff... esto ya es hablar por hablar, pero las fotos y todo este tipo de cosas. ¿Quién es más dado a hacerse fotos? A mí también me gusta tener fotos, y todo el mundo se hace fotos, pero ¿quién se suele hacer más fotos? Pues las chicas.

—Las chicas.

—¿Van las drogas con las fotos? Ojo, ¿eh?

—Jajaja [varias voces ríen].

(21-24 años, chicos, Valencia)

5.2. CARACTERÍSTICAS DIFERENTES, CONSUMOS DIFERENTES

Es evidente que, desde esta perspectiva, la imagen de unos y otras con las drogas resulta casi una caricatura de sexos, en la que se visualiza a varones que consumen para *alardear* de sus hazañas y que se exhiben ante chicas y ante otros chicos. Y a chicas que consumen por *postureo*, también para exhibirse y "ser el centro de atención". Aparentemente la diferencia sólo se manifiesta en el interés por las sustancias, de tal manera que —como se ha apuntado— para ellos se tratará más de alcanzar un estado de desinhibición, y para ellas poder mostrar (aparentar) una imagen de integración. Incluso, en algunos casos, el consumo de

las chicas se expresa claramente como algo inducido (“a las chicas se las emborracha”), como algo que queda fuera de su esencia y su propia voluntad.

Obviamente esta caricatura se basa en una exageración de tópicos y estereotipos de género, que pueden extrapolarse a cualquier otro escenario.

—*Un grupo de niños con los porros y... “¿illa, niña, qué haces?”
¿Sabes?*

—*A mí me da miedo, sinceramente [interrumpiendo].*

—*Sí los hay, pero no porque... [...]*

—*Eso no lo hace la droga. Eso lo hacen por en plan...*

—*De chulería.*

—*Ahí está, de chulería...*

—*Y están con los amigos y dicen: “Yo soy el más chulo”.*

—*Ahí está, eso no es culpa de la droga.*

—*No, ya, jeje.*

—*Yo cuando estoy ciega, por lo menos, no me pongo a vacilar a la gente, vamos. Vamos, al revés, yo voy a mi aire. Lo que pasa que en un niño eso es como somos un montón, pues van diciendo a ver quién se hace a más tías.*

—*Siempre pasa, siempre.*

—*Cuando estamos un grupo de niñas no decimos: “illo ven”. No...*

—*No.*

—*Estamos todavía: “Has visto ese, no sé qué...”. Pero es entre nosotras... No gritándole al otro y diciéndole... “Quillo ven, que a mi amiga le has gustado”. No, eso para nosotras... Ahora, si el otro se quiere acercar pues se acerca. Pero nosotras no somos de chillar como ellos. No somos tan corraleras.*

—*Somos de atraerlos pero calladas...*

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—*[LAS CHICAS] más postureo.*

—*Se cogen una copa y nosotros nos podemos beber tres sin decir nada, y ellas cada dos tragos que si una foto, y que si compran una botella y que se hacen una foto con la botella. ¿Tú a qué vas, a hacerte fotos o a beber?*

—*O sea, es que beben para que les vean los demás, no para... o sea... beben para que los demás les vean beber. [...]*

—Yo creo que a los tíos nos da más igual. Tú estás al móvil y yo por lo menos no saco fotos ni pollas. Yo como mucho pues me pongo a mirar las cosas, en plan más a las tías. Y cuando salgo de fiesta pues una, dos fotos, pero después miras con las tías que has estado de fiesta o una cosa así y a lo mejor han subido siete fotos. Y claro, ¿para qué sales? [...]

—No, lo que hacen es enseñar al mundo lo que están haciendo. Yo hago algo para pasármelo bien, pues me lo estoy pasando bien yo, pero no sé si chicas, chicos habrá, pero me imagino que son más chicas que sacan fotos en vez... Yo me lo estoy pasando bien en un sitio, pues ellas lo que hacen es estar en ese sitio para que los demás vean que se lo están pasando bien. No para ellas pasárselo bien, ellas o ellos pasárselo bien, sino para que el resto del mundo vea: "Hostias, se lo está pasando bien", para que tú estés viendo esto y ahora me digas: "Joé qué fiesta se está pegando éste."

—Moderadora: Sí, pero si de repente tienen que subir una foto de ellas bebiendo, qué es lo que están demostrando.

—Que a lo mejor quieren ser...

—El centro de atención.

—Sí, o más aceptadas socialmente porque a lo mejor eso lo ves como que es alguien más... no sé, que se lo pasan mejor o algo así. Entonces como que quieren dar a ver que son gente que son felices todo el rato y que... o sea, que viven más para enseñar que para sí mismas.

—Moderadora: ¿Y harían lo mismo fumándose un porro?

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Fumas como un porro y... estoy fumándome un porro en mi casa y estoy tan tranquilo, no... Y luego, una chica se fuma un porro y ha subido igual cincuenta mil fumándose el porro.

(16-18 años, chicos, Valladolid)

Entre las características diferenciales se sitúan varios tópicos también comunes desde lo estrictamente físico: "los chicos aguantan más", "las chicas terminan peor", "las chicas tienen menos tolerancia"...

—Moderadora: *¿Y las chicas...?*
 —*Pues lo mismo.*
 —*Igual.*
 —*Normalmente peor.*
 —*Sí, terminan peor.*
 —*Sí, terminan siempre peor las chicas [...]*
 —*O sea, no sé, pero normalmente se emborrachan más rápido. Tengo un grupo de amigas, vamos, que ellas se pillan una botella para cuatro y nosotros nos pillamos una botella para cada uno o para cada dos. Ellas acaban fatal y nosotros acabamos pues normal la noche.*
 —*Será que tienen menos tolerancia al alcohol.*
 —*Ya, no sé si será por eso. Yo es lo que veo, entonces yo lo pongo como ejemplo.*

(16-18 años, chicos, Valladolid)

Diferencias que a su vez implican necesidades y formas diferentes de actuar, especialmente en lo que respecta al *control*, en un ámbito de consumo que — como ya se ha visto— se contextualiza claramente como festivo y que se entiende como espacio para *desfasar* y *descontrolar*. Es decir, el descontrol que se espera en el contexto festivo se espera sólo de los chicos. El consumo masculino sería entonces intrínsecamente "desatado" y "descontrolado"; y eso se considera "normal" y exento de juicio, frente al consumo de las chicas que es y "debe ser" mucho más controlado, por la cantidad de implicaciones que supone para ellas y, como veremos, las repercusiones que conlleva, por ejemplo, en términos de imagen (quiebra del estereotipo de mujeres responsables, discretas, con control y medida, etc.).

—*Yo pienso que los niños los toman más que las niñas. Y es más... se descontrolan más y esas cosas.*
 —*Si es cierto que los hombres se desatan más.*
 —*Sí.*
 —*Sí.*
 —*Ya, pero son diferentes a... O sea, no que seamos diferentes, sino que cuando ellos beben o...*
 —*Actúan muchas veces al contrario de lo que hacemos nosotras.*
 —*Sí.*
 —*...se descontrolan. Que hay casos de mujeres también, que hay mujeres que...*

—Sí.

—...descontrolan, pero es más frecuente en hombres.

—Sí.

—El tío siempre es en una fiesta quien se pone... En plan, si el tío se pone todo borracho no pasa nada, porque es un tío. Las tías si se ponen todo borrachas le pueden hacer veinte mil cosas...

—Eso sí.

—Es la diferencia entre un tío y una tía en una fiesta... Que el tío puede desfasarse porque nadie le va a decir: "Pff... Mira..."

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Las estrategias de control, sobre todo para ellas, se refieren a la vigilancia del consumo (cantidades, sustancias...), pero también a la alerta ante los riesgos sociales y, sobre todo, al control social. Parece que en el caso de las chicas la exposición de la propia imagen determina en buena medida la manera de afrontar y exhibir consumos que pueden implicar estigmatización. De hecho, ellas mismas se atribuyen como colectivo ese control: son las propias chicas las primeras que valoran, juzgan o critican a otras chicas que consumen (se entiende que de forma descontrolada o no totalmente controlada). Por ello existen muchas referencias a la limitación de ciertos consumos en entornos o círculos conocidos y cotidianos, donde funciona el "qué dirán"; el descontrol de las chicas se puede producir, pero en otros contextos lejanos o ajenos a ese entorno cotidiano.

Por el contrario, y puesto que no existen esas limitaciones de imagen para los varones, ellos pueden comportarse sin condicionamientos en cualquier situación. Lo que redundaría en un refuerzo de la imagen masculina como más proactiva, que asume más riesgos, que es más valiente y "echada para adelante". Los chicos no estarían sometidos a ese control social en la experimentación y, por tanto, pueden probar con menos miedos (o con otro tipo de miedos) y pueden actuar en todos los sentidos (por supuesto que también en el inicio de contactos sexuales) bajo la cobertura de las sustancias.

Para ellos haber consumido representa, por tanto, una justificación o excusa para comportamientos que pueden no resultar siempre adecuados; para ellas haber consumido es, en sí mismo, un comportamiento inadecuado cuando conlleva otro tipo de consecuencias (sobre todo *perder el control...*).

—Claro, y lo que sea, y venga, ancha es Castilla, y las chicas son muy de: "Esa que está haciendo, seguro que no sé qué...". Siempre han sido muy de...

—Claro, de cotillear.

—...hablar por detrás, ¿sabes?

—Sí, son un...

—Entonces, eso también sería una barrera que les echa muy para atrás yo creo.

—[...]

—Se van dos chicas de las que tú dices, a Ibiza... Verás como no sería el mismo rollo.

—Vamos, no las conoce nadie, tal...

—Eso es lo que yo te digo. Esa es la diferencia. Esa es la diferencia.

—Exacto.

—Claro, deberían ir allí sabiendo a lo que van. Pero aquí en la playa no, no... Que si tal, que si cual... Y les come la cabeza el...

—El qué dirán.

—[...]

—Pero es que yo también lo veo mucho como lo de las chicas, ¿no? O sea, vuelta un poco al tema. A mí me dices "Estoy con mi grupo de clase" y me dices: "Tío, el fin de semana en la cena de clase, éste fue al baño y tal y cual". Pues... pues que haga lo que quiera, ¿sabes?

—Qué vas a decir.

—Es que a lo mejor otra chica...

—Qué necesidad había, ¿no? Imagino.

—Y si lo dice otra chica. Y ya por la diferencia de... de géneros pues empiezan a criticarlo...

—A lo mejor no te habla, o te deja de hablar, o... No sé, o a crear distancia, ¿sabes?

—A los chicos les da igual.

—Moderador: ¿Entre ellas? ¿O con chicos?

—Con... con esa persona.

—Yo a lo que me refería es que... Digo, pues, a lo mejor imagínate que subimos a clase, y veo que a uno se le va, a mí me da igual.

—...pero yo creo que es la chica...

—Y a lo mejor se lo dices a ella, pero no nos lo cuenta todo, ¿sabes?

—Claro, pero es que yo creo que si van dos chicas es como que si una no ve bien... Yo, imaginaos que no lo veo bien y me lo cuentan. A mí personalmente, me daría igual, la verdad, porque cada uno hace con su vida lo que quiera... Soy una chica, y no lo veo bien, y

me dicen: "Es que ya se ha drogado, ya se ha drogado." Y voy a mi amiga y le digo: "Tía, sabes que ésta se ha empezado a drogar." Y...

—Claro.

—...y al final la diferencia también entre eso...

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Son más echados para delante.

—Sí.

—Moderador: ¿Más echados para delante?

—Sí.

—Sí.

—Moderador: Pero, ¿qué significa más echados para delante?

—A ver, no sé, yo a lo mejor si veo, mmm... Si estoy en una fiesta en una discoteca, yo estoy feliz con mis amigas, ¿sabes? Que no me influye estar delante de todos. Y ellos como que están deseando ver a alguien... y se te pegan, ¿sabes? No te hablan, se te pegan. Es como, ¿qué haces?, ¿sabes?...

—Y si tú estás receptiva siguen, y no se van.

—Claro, y las mujeres a lo mejor no somos así, a lo mejor nos cruzamos y nos chocamos o lo que sea... Bueno, y hablamos, no sé, ¿sabes?...

—Vamos a nuestro aire. Y no vamos buscando.

—Que no a... como si fuéramos animales. Vamos a tiro hecho, ¿sabes?

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Por supuesto que la aceptación de este tipo de argumentos implica la asunción por parte de unos y otras de todo el conjunto de estereotipos que tienden a resultar benévolos con los chicos y mucho más penalizadores con las mujeres, y que se generalizan en base a lo que consideran que son diferencias intrínsecas entre el ser masculino y el femenino. Finalmente, el comportamiento de ellos se asume que es como es, simple y homogéneo sin más, y que no merece juicio ni crítica. Por el contrario, el comportamiento de ellas se valora y juzga muy contundentemente, se penaliza, desde presupuestos que las propias mujeres asumen como machistas, pero que aceptan.

—Es que por lo general somos... somos muy simples, sinceramente.

—Y las chicas...

—Es que a mí me daría igual... O sea...

—Claro

—[...]

—Si me viene bien, pues sí, claro que sí.

—No, pero sí, joe, nosotros somos mucho más simples en ese aspecto, no...

—Por eso... por eso creemos... que sí que se puede generalizar, ¿no?

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Sí, más inteligente, pero por otras maneras más retorcida y más entre ellas.

—[...]

—Sí, que luego tienen mucha maldad, pero a la hora de hacer una cosa, como él dice...

—Tu amiga es la mejor amiga del mundo, pero al día siguiente es la que te clava la puñalada.

—Efectivamente.

—En los tíos, bah, el coche, el fútbol, mira las tías, ya está. Somos más simplones, somos más sencillos. Yo creo, ahora que no hay mujeres delante, somos menos malos.

—Pero eso no ocurre sólo entre las adolescentes, porque yo todo lo que tengo en mi departamento son jefas y se machacan entre ellas. Se muerden, se comen, si pueden... yo qué sé.

—Se pisan.

—Porque yo he tenido jefes y no sé, pero entre ellas son malísimas.

(Grupo padres, Madrid)

—Y que yo veo que los tíos se desfasan más y es por eso. Porque es un tío, y quién les va a decir algo, quién les va a hacer algo. Son ellos los que hacen las cosas... [...]

—Pero tú ahora mismo estás siendo machista. Jeje.

—Jajaja.

—Hombre, sí, un poco.

—Pero bueno, tú me has entendido, hija...

—No ya... [...]

—No, pero es verdad, a una tía la emborrachas y al día siguiente le... le enseñas la nota que estaba ahí tirada, vomitando, ahí todo borracha...

- Qué mal...*
- ...fumando porros... Qué golfa, qué eso...*
- Sí, sí, sí.*
- Es verdad.*
- El tío sí se puede fumar porros, sí se puede emborrachar...*
- ...y puede estar en un bar. La tía, no.*
- Sí, sí.*
- Ahí son machistas ellos. No nosotras.*
- Sí, bueno, jejeje.*
- Eso sí es verdad.*

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Resulta extremadamente relevante que todos esos juicios (que aceptan tanto ellos como ellas) se manifiestan mucho más en el discurso de las mujeres, como si fueran las chicas quienes los tienen realmente presentes (porque están expuestas) mientras que el discurso de los varones los relega a un segundo plano, o en todo caso los atribuye a las propias mujeres.

Ellas mismas reconocen este discurso como machista y para justificarlo recurren a la situación tradicional de las mujeres respecto a los consumos, y se hace referencia a los posibles cambios frente a otras generaciones (por ejemplo sus propias madres). Pero en base a estas dinámicas tradicionales se sigue aludiendo a los mismos tópicos en el comportamiento propio y actual, y se acepta que las mujeres están, de alguna manera, en otro plano (de mayor vulnerabilidad y debilidad) cuando usan sustancias y que, por tanto, requieren más cuidados y atención por parte de sus iguales, e incluso de las familias.

En definitiva eso que se identifica como el imaginario *tradicional* tiene un claro reflejo en las propias actitudes y expectativas frente a los consumos: se tiene claro que será juzgada de tal forma por el conjunto de la sociedad (sobre todo por su entorno); por otro lado, se asimila como propia la perspectiva del consumo en función de esos posibles riesgos según el género y, finalmente, las expectativas en torno al consumo tienen que ver con el sexo de la persona que consume.

- [CHICA] Yo no me refiero ya entre nosotros, entre nosotros está igual de visto. Pero, por ejemplo, yo qué sé, la generación de mi madre, por ejemplo, sí que lo consideraría...*
- [CHICA] Sí, eso sí.*
- [CHICO] Eso es verdad.*
- [CHICA] La sociedad en general. Si tú te encuentras, no a*

nosotros, porque si me encuentro a un chico o una chica drogado por la calle no voy a decir "Joé, qué mal la chica, qué bien el chico", pero en general está peor visto.

—[CHICA] Es horrible porque yo a él no le iría a decir qué te pasa, pero a ella sí. Y digo, joe, o sea, rozo la doble moral, que soy una persona de mierda pero... tal. Principalmente porque no sé cómo él reaccionaría, ¿no? En plan de... de no sé qué puede pasar, si puede reaccionar violento, y a ella sí que iría en plan de... "Tía, ¿estás bien?" No sé cómo explicarlo porque soy consciente de lo mal que suena, pero sí, creo que es eso.

—Moderadora: ¿Os suena mal lo que ella dice?

—[CHICO] O sea, no suena mal porque, porque... por cómo lo dice y está, evidentemente, está favoreciendo, favoreciendo entre comillas a uno y a otro no, pero es que yo también lo he hecho igual.

—[CHICA] Es que es así en la realidad.

(21-24 años, mixto, Madrid)

Obviamente la perspectiva de los y las jóvenes no surge de la nada, y se ve reflejada en los mismos argumentos en los discursos de padres y madres.

Desde la perspectiva de las familias, especialmente las madres, se alude a una diferencia intrínseca de género, de tal manera que los varones tienen menos límites ante el consumo, mientras que las mujeres ejercen mucho más control.

—Yo creo que ellos ponen menos límites que ellas, es mi opinión personal, ¿eh?...

—Yo también lo creo...

—Yo creo que ellos cuando van para delante son capaces de: "Bueno, pues soy capaz de llegar a lo que sea por después, por probar y yo contar". Y ellas sí suelen ser más comedidas a la hora de innovar, que habrá como todo. Pero mi opinión es esa. Ellos prueban cualquier cosa y ellos aunque lo acaben probando...

—[...]

—Pero que las niñas prueban, pero, se limitan.

—Claro.

—Sí, de yo consumo hasta aquí...

—También tiene que controlar.

—Eso ya también en el carácter y en la madurez de las personas.

- Claro, no es sólo controlar.
- Claro, pues eso es lo que ha dicho ella antes, que da igual que sea niño o niña...
- Está la que sea viciosa y a la que le guste todo...
- Eso ha pasado toda la vida.
- Es que depende del carácter, creo...

(Grupo madres, Sevilla)

El trasfondo es el mismo que venimos analizando: la condición femenina se percibe más vulnerable de cara a los consumos, y las chicas son —en realidad *deben ser*— mucho más comedidas y exigentes. Consideran, además, que dicha *condición femenina* estaría preparada y predispuesta para ejercer el control, puesto que las chicas tienen más personalidad y carácter, maduran antes y, por tanto, tienen más criterio, y cuentan antes con objetivos claros y perspectivas vitales ("son más ambiciosas..."). Pero estas características de las mujeres también son analizadas como riesgos añadidos de cara al consumo de sustancias (o cualquier otro comportamiento), puesto que si deciden consumir lo hacen con mayor convicción, y habiéndolo valorado antes ("saben lo que hacen, no les engañan..."); saben analizar las situaciones y, por tanto, tienen "mayor picardía" para aprovecharlas, pero eso también las hace más vulnerables. El equilibrio que se establece entre todas estas argumentaciones es muy inestable, de tal manera que las chicas se moverían en un escenario que pueden controlar pero que no les corresponde; que pueden manejar, pero en el que son más vulnerables... aparentes contradicciones que, en todo caso, implican un extrañamiento de las chicas ante el consumo, respecto al que siempre hay que encontrar justificaciones y explicaciones y que, finalmente, se acaba atribuyendo a ese tópico tan antiguo del "vicio", término que ya no es nada común (en términos negativos) respecto al consumo juvenil y festivo.

- A la hora de decidir qué es lo que tienen que tomar a mí me da más miedo de mi hija que de mi hijo.
- Y yo también, yo pienso igual...
- Las niñas no son iguales que los niños, eh.
- No por sexo, no por... que no sean más nobles.
- Por condición, no por sexo.
- Por condición.
- Son diferentes, porque las mujeres...
- Mi niña le da tres... le da tres vueltas a tu niño.
- Que yo entiendo por condición y carácter, no por sexo.

—Sí.
—No, no, por sexo no.
—Pues yo te digo a ti que sí por sexo, yo sigo pensándolo...
—Yo por otras cosas.
—Yo conozco niñas que son tela...
—Moderador: ¿Por condición de qué?
—No, no lo entiendo.
—Si, yo en este caso mi hija es como que va más adelantada, no es que...
—Claro.
—No es tan noble como el niño.
—Yo en mi casa igual, eh.
—Yo comparto igual. Yo estoy en la misma situación...
—...porque por supuesto, y en general, porque las mujeres son diferentes...
—En todo... en todo.
—Son más maduras.
—Sí, sí, sí, sí.
—Y son más vulnerables también a la hora de...
—Tienen más picardía, más...
—No todas...
—...tienen más ambiciones...
—...Todas.
—Sí, sí, yo estoy...

(Grupo madres, Sevilla)

—Las niñas lo que pasa... se hacen maduras, que se hacen antes que los niños, creo... Creo, porque yo no tengo niños...
—Sí, sí, es así.
—Saben poner... Saben cerrar las puertas y saben decir hasta aquí, y saben... Vamos, que saben que tienen que ser aceptadas siempre, pero llegan antes a la edad esa de decir: "Eh... No me importa mucho lo que tú me digas, yo prefiero ir por aquí." Les da un poquito más igual, creo, ¿eh? Porque yo nada más que tengo niñas, pero creo que va así. Que los niños al final tienen que tener... Pasar más tiempo para llegar a ese punto de decir... Para que maduren.
—Sí.

(Grupo madres, Sevilla)

También se refleja en los discursos cómo todos estos factores diferenciales suponen una mayor preocupación frente al consumo femenino que frente al masculino, aunque el de los chicos sea más frecuente y cotidiano, y sometido al supuesto control o presión grupal. Y que también preocupa mucho más el acceso de las chicas al espacio exterior ante los consumos de terceras personas, y no solamente los propios, por lo que, en general, los hijos tienen más libertad que las hijas.

—Yo, por ejemplo, en Instagram... No... no digo ni pío de las cosas que veo, y de muchos amigos suyos. Y hay un grupo de gente, sobre todo niños que sus quedadas para salir son en casa de uno para fumar cachimba, para fumar porros...

—Para beber.

—...y para beber en casa de alguien. Las niñas no son así, las niñas no quieren estar ellas solas juntas. Las niñas quieren salir a la calle, y quieren arreglarse...

—Sí.

—Es que eso es lo que hay.

(Grupo madres, Sevilla)

—Mi hijo es... sé que no fuma habitualmente, pero como la cachimba está tan socialmente bien vista pues es que los niños, hasta los que no fuman, hasta incluso los que no saben fumar... Porque... porque la forma de quedar ellos es: "Vamos a quedar en casa de alguien a fumarnos una cachimba." Entonces bueno, mi hijo que quizá al ser niño, no sé, lo cuenta como con más libertad, tan normal, que él va a fumar cachimba. Aunque a mí no me hace ninguna gracia.

(Grupo madres, Sevilla)

Desde el discurso de los padres se encuentra también el reflejo de las diferentes motivaciones y maneras de consumir entre hijos e hijas. El consumo de los varones tiene que ver con el liderazgo, la demostración de la virilidad, y cierta representación de la virilidad a través del consumo, y el de las mujeres es una "apropiación" de las formas masculinas (consumen por imitación de los chicos).

—Yo creo que es hasta liderazgo, buscar el ser líder. Si hay un muchacho que le estamos aplaudiendo... Estamos hablando de un grupo que... vamos a ponernos nosotros. Que además está

apoyado, que se ve respaldado por el resto, si este muchacho fuma, si este muchacho bebe, yo voy a intentar hacer lo mismo y más. Si él fuma un cigarro, yo me voy a fumar tres. Si él bebe un litro, yo voy a tratar de beber dos litros para tratar de ser más líder que éste.

—Pero yo eso lo veo más entre los tíos, que siempre hemos ido a machotes.

—Pero no, las chicas ahora...

—Eso siempre ha existido, ¿no?

—Sí, sí, el líder de la manada.

—Y ahí seguimos. Yo me voy a un bar con los colegas y ellos se piden un botellín y yo me pido una Coca Cola. "¿Cuándo te vas a hacer un hombre?"; me dicen. O sea, que eso sigue existiendo.

"Pues yo soy igual de hombre que tú, pero me gusta la Coca Cola."

—Pero entre los tíos al final es la risa, no sé qué, pero entre las chicas...

(Grupo padres, Madrid)

Como parte de la condición propia de *hombres*, los consumos se justifican entre los chicos por su mayor tendencia y capacidad para asumir riesgos, aunque lo hagan de forma impulsiva e inconsciente, mientras que para las chicas se presupone esa naturaleza más inteligente y responsable ("más personalidad" como dicen las madres), capaz de controlar a pesar de su necesidad de ceder a los consumos para gustar. Sin embargo, ante la posibilidad de que consuman, y como veremos más adelante, la protección hacia las hijas es muy superior, puesto que —a pesar de que sean más maduras e inteligentes en teoría— se entiende que son más frágiles emocionalmente y, por tanto, más vulnerables ante las presiones.

—Hay una diferencia entre hombre y mujer muy clara, que es el asumir riesgos. El hombre asumimos más riesgos que la mujer. Por eso hay tanta diferencia en...

—Moderadora: ¿Riesgos de todo tipo, te refieres?

—Sí, y en cuestión de sustancias también. Es decir, nosotros somos más lanzados...

—Impulsivos

—Impulsivos, por decirlo de alguna manera. ¿Por qué en carreras, aunque haya mujeres, la Villota esta que desgraciadamente murió hace poco, no llegan? Porque nosotros arriesgamos más. En todo.

Y en las sustancias también. Y eso genera la diferencia clara entre hombre y mujer. Es decir, es mucho más fácil que un hombre llegue a meterse de todo que una mujer, desde mi punto de vista.

—Tienen más ventaja por ser chica. Y de alguna forma estoy de acuerdo con quienes decís: son más inteligentes. En ese sentido, ¿vale?, que no asumen tantos riesgos innecesarios.

—Le están dando la vuelta a la tortilla ahora.

—Que valoran mucho más las cosas que nosotros. [...] La mujer cuida más el detalle, tiene más pensamiento...

—Reflexivo.

—Más reflexivo. Es decir, más listas, como decíais.

—Una mujer de 15 años no es igual que un chaval de 15 años.

—Mucho más inteligente [...]

—La mujer es más inteligente.

—Yo creo que entre las chicas, las cosas, siempre y cuando le vas hablando y todo lo que le vas apuntando... Yo creo que piensan más que los chicos. Los chicos yo creo que están más empanados. Los chicos, les dices: "Toma, fúmate unas jaras", y directamente ni lo piensan. Hacen así, tacatá.

—Claro, es lo que digo, que las chicas son más inteligentes.

—Las chicas yo creo que cogen y pun, le pegan un par de botas. Que luego lo acaben haciendo o no, yo creo que ahí sí que le dan una vuelta de cabeza.

—Tú le dices a un amigo: "Toma", pun, y no sabe ni lo que es y coge y dice: "Pues trae."

—La mujer tiene más decisión propia que el hombre. El hombre es más porque como lo hacen los demás... [...]

—Yo creo que el chico a lo mejor no le da tanta vuelta de rosca y la chica sí lo suele pensar.

—[...]

—Es muy diferente un niño de una niña.

—Son más psicológicas. Son más... las veo como más frágiles. Son tus niñas.

(Grupo padres, Madrid)

Paradójicamente, aunque tampoco es novedoso al acercarse a los discursos sobre drogas y género, todo este entramado se entiende como "ventajoso y protector" para las chicas: si ellas tienen más problemas para consumir, asumir riesgos y

expresarse libremente; si están más controladas y penalizadas socialmente, tenderán a consumir menos; mientras que los chicos, como hombres, y como si de algo inevitable se tratara, por su falta de voluntad, están más abocados a consumir y es más comprensible también que sean mayores consumidores de cualquier tipo de sustancia. Por lo que el sentido de la preocupación también se focaliza de forma diferente entre chicas y chicos: de las chicas preocupa que consuman por lo que les pueda pasar, o que se expongan a los consumos de otras personas; de los chicos preocupa, sin más, que puedan consumir. Así, mientras el consumo de los hijos no entra dentro de lo sorprendente (es lo que se espera de ellos), el de las hijas se sitúa en el limbo de la invisibilización, desde la general negación de cualquier posibilidad de que suceda de forma voluntaria, intencional o consciente.

—Yo creo que tendría más miedo con un hijo que con una hija. En el alcohol no, pero en el resto de sustancias, sí...

—Sí, eso es verdad.

—Sí veo que tienen mayor riesgo, también como apuntabais antes, de que un...

—[...]

—Sí, pero son más asequibles para unos que para otros.

—Sí, pero yo lo que veo, cuando veo a chicas, dan más vueltas para probarlo.

—Los chicos somos más débiles.

—No sé, hay chicas que consumen mucho también. Pero yo creo que es más fácil que entre en el consumo un niño que una niña.

—Sí, y que acabe mal. O sea, porque llegue a dar más pasos que una niña.

—Bueno, que se haga adicto ya son palabras mayores. Pero los fines de semana, el botellón, ¿bebe igual un tío que una tía?

(Grupo padres, Madrid)

5.3. EMPATÍA Y CULPABILIDAD

Otra de las grandes diferencias que emergen de los discursos tiene que ver con los condicionantes —también de género— para asumir la responsabilidad de los comportamientos, incluidos los de consumo de sustancias.

Desde la convicción de que las chicas (hijas) son más inteligentes, prudentes y responsables, es evidente que también recae sobre ellas la necesidad de

empatizar con las preocupaciones y miedos de padres y madres. Ellas (las hijas) son capaces de entender las consecuencias de sus comportamientos y, por tanto, son más capaces de ponerse en el lugar de sus familias cuando manifiestan dichos miedos a los riesgos que pueden afrontar, e incluso que se les limite más la libertad de movimientos que a los iguales masculinos.

—Y además que luego te llevas hasta sorpresas, porque con mi hija me he llevado sorpresas. Le dices: "Mira, tal y cual" y te dice: "No, si yo fuera madre, yo no le dejaría." Digo: "Joé, ¿y me estás pidiendo que te deje...?"

—Sí, sí.

—Así son.

—Y yo porque yo sé que no me... Pero digo: "Ya, ya. Comprende mis miedos."

—Sí, claro que lo comprenden. Dicen: "Oye, no va a pasar nada." Claro, no va a pasar nada hasta que por desgracia a veces pasa.

—Ya, pero la respuesta esa de "No, no, si fuera yo madre no los dejaría." ¡Joder!

—Porque son muy listas, muy inteligentes. Entonces... que quedas como un idiota.

(Grupo padres, Madrid)

El correlato en el discurso de las hijas (las chicas) es muy contundente, y se manifiesta una gran diferencia entre chicos y chicas a la hora de asumir, frente a padres y madres, la responsabilidad de los consumos.

Por parte de las chicas emerge con mucha fuerza la idea —que no surge entre los chicos— de *culpabilidad*, de tal manera que dentro de los posibles juicios negativos que puede conllevar su consumo se incluye la *decepción* que se puede provocar a padres y madres. Este sentimiento de decepcionar es muy relevante en el discurso femenino, que coloca en un lugar preeminente esta posibilidad de defraudar las expectativas de su familia como un argumento más para tomar la decisión de consumir o no, pero sobre todo de evitar y ocultar algunos efectos del consumo.

Las chicas se muestran mucho más preocupadas por la evaluación de sus padres, por cómo sentaría a padres/madres si se dieran cuenta de que consumen (o han consumido), cosa que no manifiestan los chicos. Ellas asumen también este riesgo, el de "cargar con la culpa o el remordimiento" que, como otros, o se evita sorteando el consumo o se evita tratando de ocultar que se ha producido.

En último extremo, lo que importa es conseguir llegar a casa sin muestras o evidencias del consumo, para no decepcionar a padres y madres, más que evitar el problema de haber sobrepasado ese límite del que se habla a la hora de beber, por ejemplo.

—A mí me echa mucho para atrás ese tema a mis padres, lo de que... cómo les sentaría, tal... O sea, yo creo que les sentaría... Se sentirían decepcionados...

—Sí.

—...con su hija al ver que fuma porros, o... No sé... El alcohol es como más normal.

—A mí me importa muchísimo... Aunque luego no lo parezca, pero sí. Yo cuando tengo un cigarro en la mano pienso, yo en mi padre.

—Ya, yo pienso en la mía cuando me voy a...

—Sí.

—Moderador: Te importa, te da remordimientos, pero no dejas de hacerlo...

—Exacto.

—Sí.

—Bueno, en algunos casos sí, en otros no, por ejemplo, con el tabaco pues no, porque, sinceramente me da igual. Pero quiero decir, con los porros cuando me voy de fiesta y... y me... con una copa en la mano... "Ay, si me viera mi padre"...

—Claro.

—...pues sí que me importa, y mucho.

—Yo si es... En el momento que lo estoy haciendo sí que digo: "Tal, voy a controlarme", porque mis padres pienso que...

—A ver, yo sinceramente no porque...

—A ver, yo... yo pienso en mis padres pero lo sigo haciendo, ¿sabes? No os voy a mentir [...]

—Quiero decir, qué decepción. O sea, que yo a lo mejor me dé un coma etílico y... y mi madre tenga que venirme... O sea, que tenga que venir al hospital...

—Claro.

—O sea, a mí seguro que se me cae la cara de vergüenza, ¿sabes?

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Yo alguna vez sí que he llegado mal a casa, pero vamos, que era cuando tenía... o sea, cuando empezaba a salir, que tenía 15 años,

y era, pues eso, como bronca al día siguiente, y bueno, cuando llegaba a casa y así. Y a ver, luego en el fondo es más la decepción de por qué has hecho esto que el hecho de pensar, pues sí, efectivamente, por qué lo he hecho, pero vamos, que en el fondo yo creo que fueron dos veces y cuando tenía 15 años, o sea que...

(21-24 años, chicas, Valladolid)

Independientemente de las consecuencias del consumo en sí mismo, decepcionar a padres y madres implicaría una ruptura en la confianza, y un empeoramiento de la situación en casa, que puede suponer otras consecuencias para el futuro (por ejemplo, perder más libertad).

El equilibrio en el *statu quo* de la familia es, entonces, determinante para que todo siga funcionando y, por ello, las chicas consideran imprescindible que en sus familias no se visualice su consumo (si existe) y que "no se quiten la venda de los ojos", puesto que también suponen que sus padres y madres, en muchas ocasiones, hacen que no saben o que no ven, para no romper ese equilibrio.

—O sea, yo es que les... les decepciono... O sea, a mi madre se le cae... se le cae... se queda blanca...

—Sí, sí.

—...o sea, y la cosa sería, no me reñiría de echarme una bronca, me diría: "Me has decepcionado". Así sería, seguro.

—Sí, sí, y eso es peor.

—...y para mí eso es peor que echarme la bronca.

—Sí.

—Porque luego todo cambia, en plan en casa...

—Sí.

—Se pierde la confianza en casa.

—Claro.

—En mi casa no creo que me tratarían de la misma forma que me trataban antes...

—Yo también lo pienso.

—A ver, obviamente no me van a dejar ahí como un perro, pero... No sé, no habría tanta confianza ni... A la hora de salir... O sea, la cosa es que me tendrían más controlada.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Hombre, yo si lo he probado y mi madre no se entera... me da igual.

—A ver, yo lo he probado y... mis padres no lo han sabido, ¿sabes? Y si igual se me nota un poco, pues hasta que no se me pase no he ido a casa.

—Yo igual.

—Yo he probado uno...

—Hombre, yo ha habido veces en que cuando fumaba no se me notaba casi y me he plantado en casa tan pancha, como si nada. Y otras veces no he fumado, y claro, del frío o algo, yo andaba con los ojos rojos y todo que se ponía mi madre: "Tú has fumado porros, no sé qué...". Y yo: "Claro, justamente, no fallas."

—Jajaja [varias voces ríen]

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Mis padres con 15 o 16 años, nada de maquillaje, nada de ponerme tacones, nada de beber... y yo no sé, también me las ingeniaba para acabar maquillándome, poniéndome tacones y bebiendo hasta que no podía más, y si me tenía que ir a dormir a casa de una amiga para que no se enteraran, pues me iba a dormir a casa de una amiga, o sea que... que no... y yo juraría que mis padres jamás se han enterado de las veces que he llegado borracha a casa. O sea, yo ahora lo pienso y digo "¿Cómo es posible que no se hayan enterado de las que he preparado cuando llegaba a casa?" Pero es que estoy segura de que no se han enterado, porque, vamos, la relación es verdad que cuando ya llega un punto... yo no sé si es por la edad o por lo que sea, que cambia, tienes más confianza con ellos, tienes más libertades también, y jamás ha salido el tema de que me hayan pillado borracha, o sea que... es que yo creo que de verdad no lo han hecho. [...]

—Yo me he visto que he llegado mal a casa y no se han levantado, seguro que no se han enterado, entonces, me pasa como a ella, lo pienso y digo "No, no puede ser que llegando como he llegado no me hayan dicho todavía, joé." "Porque alguna vez llegaste buena", y nunca...

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Pero yo creo que realmente una cosa es que sepamos que hay un consumo así generalizado, y otra cosa es que lo veamos, o que

estemos todos los días con el... con el consumo. O no... Entonces, saber que está el consumo así, lo sabemos todos, chicos, chicas y todos. O sea, quiero decir... hasta los padres, aunque no lo quieran admitir porque es mi hijo y tal, y no sé qué... Porque no lo sabe. Quiero decir, que la gente no es tonta. O sea... se entera. Otra cosa es que lo estés viendo, o sea... Es lo que decíamos de una cosa es lo que... que puedan intuir de lo que se consume, y otra cosa es decirles: "No, es que yo ayer me metí dos rayas", ¿sabes?

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Con mi otra hermana que sí estaba un poco en esa edad, pues la solución era no salir "¿Por qué haces esto, por qué te has emborrachado?" Y mi hermana diciendo que pensaba que era Fanta, mis padres creyéndose de verdad que sí, que se pensaba que era Fanta, me lo preguntaban a mí: "¿Tú crees de verdad que...?" ¡Pero cómo vas a pensar que era Fanta, por favor, si la primera vez que le pegas un trago a eso sabe a... a rayas, o sea, que te quema!

(21-24 años, chicas, Valladolid)

De alguna manera, todos los condicionantes que se van expresando para el consumo —realmente el comportamiento general— de las mujeres hacen que las chicas muestren, al menos en el discurso, algunos conatos autocríticos respecto a los consumos festivos o "de fin de semana". Aunque no parece que tenga mucha repercusión en el consumo mismo, cuando reflexionan sobre el tema, expresan dudas o preguntas que cuestionan la capacidad de control real (o la posibilidad de adicción selectiva) en los consumos que se entienden como necesarios siempre que se sale o como parte de la fiesta y la diversión.

—[CHICA] Yo con esto me planteo que hasta qué punto somos conscientes de si somos adictos o no al... En plan, quiero decir, yo... No sé si por el hecho de beber todos los fines de semana soy adicta o no, porque igual soy adicta pero no soy lo suficientemente adicta como para considerarme alcohólica, no sé cómo lo explico. Por ejemplo, yo tengo una amiga que fuma porros y yo estoy segura de que ella se cree que no es adicta y yo desde fuera creo que es adicta y va a acabar mucho peor. En plan, es adicta a fumar porros y no lo deja, o sea, no es capaz de dejarlo. Y yo estoy segura de que ella piensa que mañana puede no fumarse un porro. Y pienso que va a acabar con drogas mucho peores. Entonces, no sé hasta qué punto somos adictos o no a las drogas.

—[CHICA] *Sí, que no concienciamos salir un sábado sin bebernos una cerveza...*

—[CHICA] *Justo.*

—[CHICA] *...una simple cerveza, ya no te estoy diciendo salir de fiesta y tomarte ocho copas por la noche en una discoteca, sino una simple cerveza o dos porque, no sé, pero raro es que sí que salgas y te tomes una sola aunque... siempre te vas a tomar más...*

—[CHICA] *Igual que el tabaco, que hay gente que se cree que no es fumadora y es...*

—[CHICA] *Yo creo que ahí entra un poco lo social, si todos tus amigos lo hacen, que si vamos a salir...*

—[CHICA] *Pero ya no lo hago por si voy a salir o...*

—[CHICA] *Pero como que es una cuestión social que se espera de ti. Que si sales un sábado...*

—[CHICA] *Ya, ¿pero eres adicta o no?*

—[CHICA] *Pues a lo mejor si un sábado no me lo voy a pasar bien si no bebo, a lo mejor sí, ¿sabes lo que te quiero decir? Yo a veces también me lo pregunto, en plan...*

—[CHICA] *Yo me lo he preguntado.*

—[CHICA] *...si no bebo, ¿me lo voy a pasar igual de bien que si bebo? En plan, hasta qué grado de adicción realmente tengo hacia eso, o dependencia decir, justo, en plan, o ya no una vez, en plan decir, bueno, esta noche no voy a beber, sino... vale, esta noche no voy a beber pero con esto ya me justifico para a la siguiente sí beber, no sé si me explico. Hasta qué punto soy capaz de dejar de beber toda mi vida, por ejemplo.*

(21-24 años, mixto, Madrid)

Sin embargo, en el discurso de los chicos no existen estos componentes, y menos el de culpabilidad, que o directamente se niega o evita, o se circunscribe a la posibilidad de causar problemas a quienes tienes alrededor, bien porque tengan que atenderles o porque su comportamiento pueda condicionar a otros.

—Y si no tienes cabeza puedes causar algún problema, ya no sólo a ti mismo sino al resto de gente que pueda estar contigo.

(16-18 años, chicos, Valladolid)

Este tipo de culpabilidad por consumir, muy diferente al de las chicas, se manifiesta especialmente en las consecuencias directas sobre el estado físico (especialmente el malestar o la resaca posteriores). Cualquier otra consecuencia se desvanece con

la experiencia y depende de cómo haya funcionado la noche: si las drogas ayudaron a que la noche fuera adecuada, todo lo demás no tiene importancia.

—Moderador: *Y alguna vez eh... ¿Os habéis sentido culpables por consumir? Si lo habéis hecho...*

—*Al día siguiente sí. Al día siguiente...*

—*Por la resaca.*

—*Al día siguiente dices... no volverá a ocurrir, tal... pero...*

—*La resaca es mortal. [...]*

—Moderador: *O sea, tiene que ver con vuestra sensación, no con nada más.*

—*Y... y el hecho de que, yo por ejemplo, no lo suelo hacer. Yo si alguna vez lo he hecho es como: "Tío, para qué, para qué, joder". Ahora...*

—*Claro. Me lo hubiera pasado igual de bien, a lo mejor.*

—*Aunque parezca raro, te puedes sentir un poco mal, pero...*

—*Yo la primera vez, la primera resaca... Yo recuerdo que me sentía muy mal, pensaba: "Esto no lo voy a volver a hacer nunca, yo alcohol y ya está". [...]*

—*Es que ese día siguiente en la bañera... duchándote y tal... Te miras en el espejo y dices: "Bah..."*

—*A qué punto hemos llegado... A qué punto hemos llegado, yo no quiero ser drogadicto...*

—*Jajaja [varias voces]*

—*A lo mejor estás incluso despeinado y dices: "¡Buah! Esto nunca más..."*

—*Hombre [interrumpiendo], a mí me da la sensación, más que, está claro que al día siguiente te quieres morir. Eh... Come lo que te pida el cuerpo y ya está, pero a mí sí me sabe más... Hay un... No sé, será como: "Pfff... Ayer, le dije esto a éste, ¿de verdad?" O, ayer... No sé, ¿sabes? Es ese tipo de cosas...*

—*Es depende de la noche, ¿no? También, ¿no? Porque...*

—*Porque te vienes muy arriba y dices: "Vale, vale, va... Controla." ¿Sabes? O sea, controla, que sí no...*

—*Depende de cómo haya ido la noche también...*

—*Claro.*

—*...porque si es una noche diez, al día siguiente lo comentas con tus colegas la jugada: "Qué guay, tío. Ayer, qué bien..."*

—*También depende de cómo acabes.*

(21-24 años, chicos, Valencia)

5.4. LA MADUREZ COMO LÍMITE

Ni que decir tiene que todo el discurso sobre los riesgos y modelos de consumo se asume como un tránsito delimitado por la edad (o lo que es lo mismo, la legitimidad). La edad, que conlleva madurez y que supone la asunción de responsabilidades, es el referente básico para el análisis de los consumos festivos que, como ya se ha explicado, se fundamentan en la necesidad de escenificar espacios y tiempos donde la responsabilidad no es el parámetro de actuación (a pesar de que a ellas se les exija abanderar el rol del control/responsabilidad, también en esos contextos).

Desde el punto de vista de la maduración, la responsabilidad implica varias cosas diferentes. Por supuesto la necesidad de control, pero también el otorgamiento de mayor importancia a la imagen personal, a lo que te puedan decir otras personas, y el qué dirán. Desde este punto de vista, la madurez no implicaría tanto la ampliación de la autonomía y la seguridad en una o uno mismo, sino la necesidad de cuidado de la imagen personal. Este tipo de responsabilidad, por madurez, supone proteger más la visualización de los consumos, especialmente la prudencia en las redes sociales que funcionan habitualmente como altavoz y espejo de los consumos (y del resto de la vida)

—Una chica de 14 años, igual lo que he dicho antes, no tiene tanta cabeza como una chica de 18 que ya está más centrada y le importa más lo que digan, ¿sabes? Y se esconde un poco más.

—O también en las redes sociales sí que es verdad que... Por ejemplo, la gente que... Shhh, si ves algo de porros, o gente fumando, o sea, en internet, es de la gente de los parques y tal. Alguien de nuestro... O sea, de nuestro colegio ahí pijillo, el típico de la carpetita no sube nada a Instagram con los porros. El que lo sube es la gente que va al parque que se hace sus...

—Sí.

—Es por eso que socialmente lo tenemos así visto.

(16-18 años, chicas, Valencia)

También la madurez implica menos necesidad de actuación, o lo que es lo mismo, menos necesidad de alardear, mostrarse... que es lo que se atribuye a los y las menores, a quienes son "más pequeños".

—Es que fuman, y claro, ya se creen algo superior, y eso yo creo que también te a... te afecta a ti también, ¿sabes? A tu forma de

ser, de comportarte y eso. Depende de la persona también, pero... No sé... Desde que empezaron a fumar y eso están como... como más chulitos.

—Sí, las personas cambian cuando hacen eso.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Y, por supuesto, todo el escenario de consumo desde una posición de madurez, cuando se supone que se asumen responsabilidades, rompe la legitimidad de los consumos normalizados (festivos) y es lo que deriva en la posibilidad de *enganche*.

—Ahí yo, por ejemplo, sí que tengo amigos que estudian... Shhh, me refiero, están allí en la carrera, en todo, ¿sabes? Son aplicados, pero luego sí que es verdad, pues que cuando les apetece pues fuman.

—Claro.

—...fuman marihuana, y... Me refiero, que yo no los veo, que lo hacen por... por quedar bien ni por ser guays, que es lo que estamos hablando, ¿sabes?

—Sí, sí, sí.

—Por eso yo lo veo más problema...

—...porque no lo hacen por ser guays... sino porque realmente...

—Les gusta y se están enganchando.

—Lo necesitan.

—...exacto, es como...

—Es por motivación.

—..."Vamos a pillar esta semana tanto, tía, no sé qué...". O sea, me refiero, lo hacen súper natural.

—Claro, pero se empieza por...

—...y entonces es como: "Ostras, éstos ya no lo dejan." Esos ya lo ven como algo normal." Eso yo, lo veo ahí preocupante, pero bueno.

(16-18 años, chicas, Valencia)

6. INFLUENCIA DEL GRUPO Y PRESIÓN GRUPAL

Aunque está implícito en muchos de los argumentos ya señalados, vale la pena analizar de forma independiente el discurso sobre la importancia y dinámicas del grupo en los consumos de drogas, que es recurrente en el análisis de las percepciones y usos de sustancias.

Las dinámicas grupales, y el componente relacional, se expresan generalmente tanto desde el referente de la *influencia* como de ese concepto tan manejado de la *presión grupal* que resulta también muy contundente cuando se plantea desde una mirada de género. Y lo es tanto en lo que implica la comprensión y justificación del papel del grupo de forma diferente según el sexo, como en la interpretación de cuáles son las dinámicas de grupo que pueden resultar más relevantes cuando se trata de chicos o de chicas.

El punto de partida, y dando por sentado el hecho de que se habla —tal como ya se ha explicado anteriormente— de consumos de drogas *legítimos* en tanto que *normalizados* en contextos de ocio y/o festivos, es la alusión y aceptación de que tanto la experimentación como el uso más o menos habitual se producen y justifican en el seno del grupo de iguales.

La experimentación con los amigos o amigas representa un acto colectivo que da seguridad ante una *primera vez* que, obviamente, tiene un componente de incertidumbre y, posiblemente, de respeto a lo prohibido. Probar en compañía supone una protección colectiva, tanto para validar la experimentación y evitar una posible reprobación, como para poder contrarrestar posibles efectos negativos desconocidos.

Pero si probar o iniciarse grupalmente es el contexto idóneo para la experimentación, también el grupo es el contexto (y la coartada) para el mantenimiento más o menos habitual del consumo una vez conocidas las sustancias. Como ya sabemos, consumir en grupo no se percibe como algo (tan) negativo, a diferencia de lo patológico que se puede llegar a considerar el consumo individual o en soledad.

—Es que en mi caso, fue porque... O sea, quedamos... O sea, me acuerdo, es hace ya años, y dijimos: "Tal, vamos a probar el cigarro." Y es que fue a la vez. Me refiero, fue a la vez cuando probamos el cigarro y luego ya más adelante... la marihuana, probamos todas a la vez la marihuana... Entonces no sé, no es como... Que no fue como en tu caso, que una empezó a fumar por su cuenta. No, no... A la vez...

—Claro, nosotros igual, en plan de fiesta... que está ahí todo el mundo con cigarros... Pues empezó a probarlo una y ya lo probamos todas, ¿sabes?

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Lo normal es que siempre empiezas acompañado, ¿no? Porque...

—Sí.

—Sí, claro.

—Por lo menos yo, ¿sabes?

—Sí, yo creo que todos.

—Lo haces como todo, acompañado, entonces como que no es lo mismo, ¿sabes? Como que te proteges con el otro.

—Sí.

—Claro. [...]

—Todo el mundo empieza fuera de casa con los amigos o en una situación así.

—Ya no empezar. Yo si salgo de fiesta, si no pillan mis amigos yo no pillo solo. O sea, tengo que ir al mínimo con alguien.

—Claro.

—Claro, eso es verdad. Quedas como mal.

—Si tú pillas sólo para ti veras queda como muy ahí...

—Te hace sentir como la oveja negra.

(21-24 años, chicos, Valencia)

El concepto de "presión grupal" ha sido analizado en numerosas investigaciones sobre drogas. En Rodríguez et al. (2008) se estudió cómo el riesgo contextual es uno de los referentes fundamentales que opera en la evaluación daños-beneficios cuando se afronta el consumo de sustancias. Este tipo de riesgo, más allá de los que puedan considerarse objetivos, se analiza de forma subjetiva, y su balance valorativo tiene que ver con la propia percepción de lo que se puede *ganar* o *perder* según los condicionantes y la cultura que son propios del entorno. Desde este

punto de vista, los consumos deben responder claramente a lo que se *espera* en el contexto, o mejor dicho, a lo que cada persona considera que se espera de ella en dicho contexto. Evidentemente, esa representación de lo que se entiende como *presión* se aleja radicalmente del concepto de coacción o imposición ejercidas por alguien en concreto, o por un grupo.

De hecho, la presión grupal subjetiva alude más bien al sentido de pertenencia, a la integración y aceptación de la cultura grupal o del contexto, y de alguna manera a la imitación colectiva de actitudes y comportamientos. Y este tipo de presión funciona tanto para facilitar el consumo como para disuadir de él: "si estás en un grupo y nadie consume... quedas como el raro..."

Y, como es natural, la posibilidad del consumo también se amplifica si existe cercanía a las sustancias, en definitiva, si el contexto grupal acerca a la oportunidad.

—Pues si tú estás en un grupo y nadie consume.... Si tú consumes, quedas un poco como...

—El raro...El raro.

—Y al revés siempre, también

—También [...]

—Yo me voy a mojar. Yo nunca, por lo general... no me drogo, pero hace dos Noche Viejas, yo terminé de currar súper cabreado con mi jefe, que tal, que cual, y a mí siempre que me ofrecían decía: "Que no, que no...". Y esa noche llegó mi colega y dice: "Joe, ¿no la quieres?". Y dije: "Pues mira hoy no te voy a decir que no". ¿Sabes lo que te quiero decir? Pero porque me lo ofreció él, sí no yo igual no lo hubiera buscado.

—Claro.

—Pero presión, presión no te hizo.

—Vale, presión, presión...

—Al final no hay una presión real de: "¡Eh! ¡Va! Si no, no vas con nosotros."

—Pero también porque quise...

—No, estás hasta las dos de la mañana te lo estás pasando de puta madre, pues yo también. [...]

—Es que yo si digo que no, va a ser que no. Pero a lo mejor a alguien si le insistes un poco, cae.

—Al final cae, por eso te digo.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Si tienes un grupo de amigos que fuman, pues vas a acabar... O sea... imitarían a su grupo de amigos. No tienen por qué imitar a un grupo de chicos que van por la calle. O sea, no creo que vayan por la calle y vean a un grupo de chicos y digan "Hostia, los voy a imitar."

(16-18 años, chicos, Valladolid)

Desde la mirada de género, lo que resulta bastante novedoso es la diferente percepción respecto a cómo se considera que responden hombres y mujeres a la influencia grupal, así como las diferencias sobre la manera de funcionar que se atribuyen a los grupos de chicos y a los de chicas.

Los argumentos se sustentan claramente en los estereotipos sobre la *esencia* diferencial entre hombres y mujeres, en sus formas de ser y actuar, las expectativas, etc., pero también a los estereotipos sobre cómo cada género afronta e interpreta las relaciones interpersonales. Y como la justificación de los estereotipos resulta muchas veces compleja, lo que resulta es un complicado ir y venir por los prejuicios para establecer un difícil equilibrio argumentativo.

En principio, los estereotipos condicionan una idea de las chicas, como hemos visto, más capaces de controlar, con más criterio y personalidad, frente a una idea de chicos que son, "por naturaleza, más gregarios y simples". Sin embargo, cuando se alude a la influencia grupal, lo que se apunta inicialmente, fundamentalmente desde la visión de los varones, es que los chicos son más independientes en los consumos y que las chicas siguen más el referente grupal. En todo caso, que los chicos siempre van por delante, y ellas *imitan* o se adaptan al comportamiento masculino.

Frente a los estereotipos de chicas con personalidad/control y chicos gregarios/simples, respecto a la presión grupal ellos dan la vuelta al argumento: empiezan consumiendo ellos y ellas imitan.

—Moderadora: ¿Y en un grupo así... mixto, que os parece más probable: que sea una chica la primera en consumir?

—Yo creo que un chico antes.

—Sí.

—Moderadora: ¿Y por qué?

—No sé.

—Vamos más por libre. Las tías van más entre amigas, y nosotros llegas y... puedes hacer lo que te dé la gana.

—Moderadora: *¿Cuando dices entre amigas quieres decir que lo tendrían que hacer todas?*

—Claro.

—Claro.

—*Porque tú vas y... por ejemplo a tu amigo... "Oye, que me he fumado tal", y el otro dice: "Vale, pues muy bien." Pero claro, entonces ya pues... yo creo que esperan entre ellas y cuando lo ven, lo hacen juntas todas a la vez.*

(16-18 años, chicos, Valladolid)

Sin embargo, lo que dicen ellas es que los chicos realmente están más condicionados por el grupo, y que son más influenciados. También que es en los grupos de chicos donde realmente existe una mayor presión, imitación o incitación al consumo, pero que a los varones les resulta mucho más difícil que a ellas reconocer explícitamente esa influencia.

—*Hombre, [los chicos] no te van a admitir que se sienten influenciados... Pienso yo...*

—Exacto.

—*Yo creo que tampoco.*

—No.

—*Porque es como que se quitan peso. [...]*

—*O sea, dirán la verdad pero no del todo.*

—*Bueno, pero yo sí que creo que tienen que decir que... Se ve un poco, ¿no? O sea, ellos se juntarán con sus amigos para fumar y yo creo que igual sí que lo dicen.*

(16-18 años, chicas, Valencia)

La clave que ellas manejan respecto a los chicos es que en los grupos de varones funciona la necesidad de *demostración*, de tal manera que para ellos es fundamental ratificar la identidad masculina, o lo que se pueda entender como *hombría*, desde el punto de vista de *no ser menos* que otros. Esto supondría para ellos, según la mirada de las chicas, asumir mucha más presión del entorno (sobre todo de los otros chicos) que, a su vez, se refuerza por el hecho de que entre los varones es mucho más difícil la comunicación interpersonal y la confianza en los demás (incluidos los amigos) como para poder distanciarse del comportamiento esperado colectivamente.

—*Porque como que los chicos quedan más... en plan, para fumar. E igual, se hacen más los chulos y si el otro no fuma... ya no es*

tanto del grupo, ¿sabes?

—Es eso...

—Como que van más a la suya.

—Sí.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Si te haces un socio o un amiguito que siempre que salís os hacéis, pues al final: "Eh, va sí", "No, no quiero...", "Ah, no me seas marica." Y al final acabas...

—Al final acaba cayendo.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Yo tampoco he fumado nunca, de hecho también hace dos años iba con un grupo de amigos, eran todos chicos y yo era la única chica. Y todos fumaban y me ofrecían y tal, pero yo siempre he dicho que no, porque no me llama la atención ni nada. Pero tampoco es que me hayan influenciado ni me hayan obligado ni nada.

—Es que...

—Eso también va en la personalidad de las personas.

—Claro.

—Sí.

—Sí.

—Totalmente.

—Yo creo que los chicos son... O sea, es como más... No que te obliguen, pero de chico a chico me refiero... Es como: "Bah, tú, eh..."

—Es que es como si uno lo prueba, yo también.

—Claro.

—...¿que no te atreves?...

—Sí.

—...pero en cambio, a lo mejor, lo que tú dices. De un chico a una chica, pues vale, pues mira, pues que no fume. Y de un chico a una chica pues lo que tú dices, yo en mi grupo de amigas, cuando salimos... O sea, alguna la hemos probado y tal... Pero luego está la típica de... "Que yo es que ni lo pruebo... O sea, ni lo pruebo."

—Que no... Claro.

—Sí, sí.

—Y ahí está, y la queremos igual, y todo.

—Exacto.

—Pero los chicos creo que...

—Este que no ha fumado...

—...bueno, yo creo que poquito a poco, fuera, ¿sabes?

—Sí.

—Sí.

—Porque a lo mejor tienen miedo a...

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Yo creo que a los chicos les afecta más que a las chicas. A las chicas, no sé, también se dejan influenciar por sus amigas, las que no lo ven bien y tal, pero en cambio, con los chicos yo creo que es diferente. Si un chico fuma porros y su amigo no, y se lo dice... No sé, pero... Como a mis amigas, pues no tanto. Algunas sí, pero la mayoría no.

—Moderador: ¿A qué te refieres que les afecta más? ¿Qué les afecta más, la sustancia, o la presión, o qué?

—No, pues... O sea, les incita a... a fumar más a los chicos que a las chicas.

—Sí. [...]

—Y encima, yo pienso que los chicos más, porque en plan... Shhh, los chicos tienden a "Tal, eres un maricón, no sé qué..."

—Sí.

—Vamos a fumar, no sé qué... Y luego las chicas es como... "Pff... nos da más igual", ¿sabes?

—Claro.

—A lo mejor, a ver, si es así un poco más tímida, y... Yo qué sé, y te dejas más influenciar, pues a lo mejor no. Pero yo pienso que nos suele dar igual, pienso. No lo sé.

—Los chicos como que no sé...

—Son muy pasotas a veces...

—Es que como lo hacen todos, pues... dices: "Bueno, pues yo también." No voy a pretender que no me digan maricón por no fumarme un porro, ¿sabes?

—Claro.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Desde la perspectiva de las chicas, parecería plantearse una aparente contradicción entre el hecho de suponer a los chicos menos personalidad, que les

haría más gregarios y más dependientes de la demostración, junto al reconocimiento de que actúan de una forma más individual (más por su cuenta), para presumir, aparentar o destacar.

Ellas no niegan la influencia a la que pueden estar sometidas; de hecho, lo que consideran diferente es que los varones no son capaces de aceptar esa presión, desde la creencia de que les cuestionaría en su masculinidad.

También que entre las mujeres puede ser menos común el consumo individual pero que, si se produce (si una amiga consume) tiene cabida en el grupo: las chicas, en general, tenderán más fácilmente a aceptar y experimentar el consumo según se haga en el grupo, pero pueden aceptar con más naturalidad un comportamiento diferente sin que ello cuestione a las personas, o suponga una obligación para el resto.

Y eso es lo que entienden que no puede pasar en un grupo de chicos: todos tenderán a hacer las cosas que se supone que *son de chicos* (y además componen el imaginario de lo que deben hacer los chicos, desde una concepción muy estereotipada de la masculinidad).

—Los que están en el local y eso... Y, yo qué sé... Y luego uno empieza a fumar y son las ocho de la mañana: "Va, tío, una caladita, no sé qué, no sé cuántos..." Y, pues empiezan así, y claro, no te das cuenta y dices: "Pues una, pero es que este no me ha obligado. He fumado porque yo quiero." Porque tampoco le obligan, pero te ves influenciado.

—Claro, es como: "Bah, no le voy a decir que no, no le voy a decir que no." O sea...

—Claro, y es una, total... Pero claro, lógicamente ellos dicen: "A mí nadie me está obligando." Pienso yo.

—Claro.

—Claro.

—Pero realmente te dejas influenciar. Que las chicas también, claro...

—Claro.

—Depende...

—Exacto.

—Pero, que lo veo más en los chicos de... de mi entorno.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Por eso, es mucho más fácil reconocer en el discurso de ellas la aceptación sin tapujos de la presión grupal, o la presión de las parejas, cosa que no existe en el discurso de los chicos sobre sí mismos.

Presión que ellas consideran menor para las chicas que para los chicos; a la que reconocen responder en parte, pero desde un ejercicio individual de voluntad (decidir si quieres o no...), y que es mucho más notoria cuanto menor es la edad de las personas (por supuesto, *los y las más pequeños son mucho más influenciables...*).

—En... un grupo, en el grupo de mis amigas, por ejemplo, empezó a fumar una, y luego empezaron a fumar todas, y yo también lo probé todo. Es que...

—Claro, a ver...

—Pero yo pienso que...

—No tanto.

—Sí.

—...no te obligan pero... Te influye, porque tú las ves, y dices: "Pues estoy aquí yo, que soy la única que no, y no sé..."

—Yo también tengo una amiga que tiene un novio, y su novio fuma, y ella... Su novio le da y ella fuma y, es más, cuando ella empezó hace poco, y ahora cuando baja a veces con nosotras nos dice: "Tal, me apetece". Y eso, porque ella ya quiere.

—Porque ya ha cogido el vicio.

—Claro.

—Hombre, es que eso es lo que me pasó a mí en parte.

—Un... Yo no fumaba y una vez, bajé por la tarde con una amiga que sí, y un amigo que también, y me dijo mi amigo: "Tal, pruébalo, no sé qué. Ya verás cómo te tranquiliza, tal." Y yo: "No, no, no, no." Pero ¿qué pasa?, que luego eso se me quedó ahí el runrún runrún. Y al día siguiente mi amiga, se está fumando un cigarro, y claro, y yo le pedía caladas. Ella no me daba, hasta que como yo fui muy pesada me dio una. Qué pasa, que luego te venden en el chino, en el kebab, en todas partes. Entonces tú lo puedes conseguir donde quieras. Y yo fui tonta y empecé a fumar por mi cuenta, y mira, así me he quedado... Pero... pero nadie me obligó ni nada... Fui, fue por voluntad propia.

—[...] Y es como que si tú vas con un grupo de todos tus amigos que están bebiendo o fumando porros... Al final vas a acabar

haciendo lo mismo, porque no vas a estar mirando. Al final te dejas influir por las personas... y acabas fumando y bebiendo.

—Sí, bueno, cada vez que nos vamos haciendo mayores, menos.

Pero con catorce años...

—Uhm, con catorce años que aún no tienes la cabeza [interrumpiendo]

—Sí.

—...ahí centrada.

—Ya.

—Y a lo mejor hay grupos que por no beber, o no fumar, o yo qué sé, a lo mejor te desplazan. No sé si es lo que queréis decir, pero...

—Sí.

—No sé, que la sociedad, o sea, que si todo el mundo bebe, pues venga va, pues yo también. Entonces claro, cada vez es... O sea, la edad empieza antes, vamos...

—Sí.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Es muy interesante, no obstante, la contextualización de la presión o influencia grupal en lo que se entiende como *presión* del contexto general hacia el consumo, sobre todo de alcohol. De hecho, se entiende que el grupo también respondería colectivamente a esa influencia más general, ante la que lo necesario es ser capaz de *resistir a la presión*, a partir de los recursos personales de que se disponga.

Por eso, y en general, se entiende que la edad aumenta ese tipo de recursos para responder a la posible influencia del entorno, o a lo que se percibe como *dejarse engañar* o debilidad para manifestarse de forma diferente y resistir. Pero no sólo: es necesario tener *personalidad* para asumir la responsabilidad de las consecuencias, no sucumbir a engaños (que, para las chicas, se relatan como "engaños de ellos") o la presión grupal. Y esa personalidad sirve tanto para resistir (decir "no") como para consumir, pero por *voluntad* propia.

Por otra parte, frente a la idea de personalidad se baraja el estereotipo de debilidad que, frente a la posición concreta y consciente de quienes hablan, se traslada a muchas chicas jóvenes de manera genérica: resistir o decidir se interpreta como una manera de *ser especial*, ser capaz y diferente.

—Tú dices: "Si la niña está fumando es porque la han metido allí, o porque ha sido tonta, o por algo." Porque las niñas de mi barrio son muy tontas...

—Moderador: ¿Sí?

—Muy tontas, la verdad. Sí tú le dices a una niña: "Illa, venga, prueba." "No, no, illa, venga prueba que eres tonta, ¿qué vas a ser la más rara del grupo?" Ya empiezas así, así, así, con las amigas, pues lo primero que hace es cogerlo.

—Pero, eso es la debilidad de la niña.

—Sí, pero eso... Por ejemplo, a ver, cuando yo salía con mi ex, del grupo de mi ex eran todos tíos menos yo. Y todos fumaban porros, todos fumaban tabaco, todos bebían menos yo. Y a mí me decían: "¿Tú por qué no bebes, tú por qué no fumas?" Y yo siempre decía que no. Entonces eso influye también la...

—La personalidad.

—...la voluntad de uno, que tú tengas de decir: "Que yo no quiero." Entonces, ya te digo. Yo alcohol he empezado a beber, yo qué sé, ¿seis meses? Y fumar cachimba, y ya está. Porque no me gusta, y porque yo sé decir que no. Y yo he estado dos años, casi tres años con mi pareja. Y he pasado fines de semana enteros con él, y él fumando porros. Pero claro, yo sabía decirle que no.

—Eso depende de la persona.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Yo por ejemplo no bebo, y siempre me dicen: "Pruébalo, que no es tan malo", o nunca, tampoco fumo ni porros ni nada. "Pruébalo, que no es tan malo, no sé qué." A mí es que tengo las decisiones muy firmes: si no fumo, no fumo; y si no bebo, tampoco. Sí que lo he probado, pero no me ha gustado, digo beber, fumar no, pero no me ha gustado nada. Y quiero saber vuestra opinión.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Yo soy un tío, yo te digo a ti: "Fuma." Y a lo mejor todas tus amigas están fumado menos tú. Y yo como soy el tío, y soy el más macho del parque te digo: "Y tú cómo no vas a fumar, qué haces que no fumas..."

—Yo he empezado a fumar sola en mi casa. De esto que tenía curiosidad y me he comprado un cigarro suelto...

—Eso no tiene nada que ver...

—Y no... O sea, no estaba con una presión social, por así decirlo, o lo que...

—Es que eso también es como por... por chulería...

—Es que depende. Hay gente que tiene voz... En plan, que sabes decir no. Yo no quiero, no quiero probar eso, y hay otra gente que le insisten, le insisten, y se hacen un poquito las tontas y se lo van colando...

—Yo antes me juntaba con gente que fumaba porros. Yo nunca lo he probado ni he probado el tabaco. Soy especial, jajajaja...

—Jejeje.

—Jajaja.

—Yo tampoco fumo.

—...y me junté con gente así, y mi madre ya pensaba que de esa gente ya me iban a manipular y me iban a hacer que yo fumara porros... Entonces yo le dije a mi madre: "Si yo soy lista, nunca voy a... nunca voy a decir que sí si me ofrecen porros porque no. Si a mí no me gusta, no me gusta."

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Lo cierto es que todo este discurso se reproduce como una explicación que siempre parece valer para otras personas. Es decir, como un discurso aprendido para justificar una supuesta influencia o presión que no se reconoce para una o uno mismo.

Si el consumo se justifica (para otros) en la necesidad de integración o inclusión, el correlato es que sólo es necesario para quienes no tienen las cosas claras, y por eso, todo este discurso —también estereotipado y conocido— se reproduce en tercera persona. Las decisiones y acciones propias son personales, y responden a criterios personales, no dependientes de los demás.

—Sí, o sea, yo por ejemplo fumo y no fumo porros, pero siempre he fumado, ¿sabes?, y siempre ha sido como... "No me lo puedo creer que fumes y que no fumes..." "Bueno, pues no me gusta y ya está", ¿sabes? Es así. Pero que yo creo que sí te presionan, sobre todo gente más pequeña. Y con alcohol.

—Yo creo que también muchas veces la presión es un poco.... Como... no es intrínseca la palabra, pero es un poco como... como que se ven raritos si no lo hacen.

—Sí, para sentirse iguales.

—No solamente el pruébalo, sino que está todo el mundo haciéndolo, yo...

—Para sentirse integrado.

—Sí, eso es, y eso pasa yo creo que un poco en general a todos hasta que llega un momento en que tienes más o menos las decisiones más claras.

—Yo también creo que afecta un poco a la personalidad, no la personalidad sino la autoestima o la confianza que tenga uno en sí mismo, porque si tú tienes la suficiente confianza de decir "No, me da igual lo que pienses si no lo hago." Realmente no lo vas a hacer. Pero si piensas, o no confías lo suficiente en ti o en cómo eres y dices "Buh, es que si no bebo, éste a lo mejor va a preferir ir con tal o con cual", lo vas a hacer por eso, por el simple hecho de quiero estar con éste y si estoy con éste me siento mejor que si estoy sola.

—Yo creo que también depende un poco... lo que pasa es que, bueno, es verdad que cuando eres más pequeño las personalidades están menos formadas, o generalmente menos formadas, ¿no? Entonces yo creo que igual pues eso, si tú no tienes una personalidad muy formada, pues al final si todo el mundo toma una copa tú dices "Pues aunque no me guste, me la tomo, ¿sabes? Aunque sea dame algo que sea... lo que me pueda tragar mejor."

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Pero lo que yo me vengo a referir es que cuando tú no fumas o bebes tú estás como más excluida del grupo... O sea...

—Porque te ven como rara.

—Además, no te sientes aceptada.

—No, porque estáis bebiendo, estáis fumando. Vosotros estáis haciendo algo. Estáis hablando de vuestros temas, que yo no entiendo. Y es que yo estoy allí de nada, porque ni fumo, ni bebo, ni hablo." [...]

—A mí, a mí me han ofrecido todo. Yo por ejemplo he probado el alcohol porque ellos querían. "Vamos a ver, aquí que pasa, ¿todos vais a beber menos yo? Pues yo también quiero beber a ver lo que pasa." [...] Ahora, por ejemplo, cuando yo estaba en el ins... instituto, en la ESO, me dijeron: "Fuma." Todas mis amigas: "Fuma, fuma, fuma." Y yo dije que no. Y me dijeron: "Pues tú eres tonta." Y dije yo: "Yo no soy tonta, la tonta eres tú que estás fumando." Vamos a ver, si yo no quiero, no quiero.

—Y, ¿qué diferencia le ves a probar el alcohol porque todos lo probaban que al tabaco?

—Porque vamos a ver, yo el alcohol lo puedo controlar, que a lo mejor fumar también. Pero el fumar te adicta pero el alcohol no...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Estos componentes son los que encuadran los argumentos sobre las decisiones propias, tanto las de consumo como las de no consumo. Estas últimas, muy claramente, desde la sensación de no encajar en un entorno de consumo. Con una excepción en el caso de las chicas: "si no consumes formas parte del grupo" y asumes la función de cuidadora.

—Las del barrio, por así decirlo, eh... fumaban. Y pues ya llegaba un momento que tú salías con ellas y te cansabas de estar así mientras ellas estaban así con el cieguito y se reían durante quince minutos sobre que una se había tropezado, ¿sabes? Y una pues ya se cansa... Como que no encajo si... si yo no voy a fumar porros, si yo no voy a tal, que es su onda por así decirlo, ¿yo para qué voy a estar mmm... toda la tarde con ellas cuando ellas están súper ciegas?

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Hombre, eso... eso sí, porque, por ejemplo, en mi grupo de amigos... Mmm... mi amiga es la única que ni bebe ni fuma. Es la única, y somos por lo menos veinte personas. Y la única del grupo, y ella no se siente excluida ni nada, al revés. Ella es la que nos ayuda cuando nosotros bebemos. O sea, ella es la que siempre está: "La policía, la policía... O esto, o lo otro..." Y ella, como está fresca, ella es la que está más pendiente de las cosas. Y ella no se siente excluida, pero nosotros también ayudamos a que ella no se sienta así...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

También en general se entiende que la presión es diferente según los contextos y los grupos de referencia. Por tanto, en cada grupo se establecerán las pautas que orientan hacia unos modelos de comportamiento u otros, y en cada grupo se definirá el tipo de presión, la facilidad o dificultad para consumir o no hacerlo. Pero además, cada persona puede formar parte (y de hecho forma parte) de diferentes grupos, para diferentes objetivos y en diferentes contextos. Y en cada

uno de ellos se reconoce tener diferentes referencias, e incluso diferentes alientes o argumentos relativos al consumo de sustancias.

Y, a pesar del grupo, de lo que se habla en primera persona es de la educación y la experiencia, que son la forja de esa *personalidad*, que refieren sobre todo las mujeres y sobre las mujeres, y que es la clave para interpretar los límites de la normalidad (de la norma colectiva) que define el grupo, y para responder a la presión grupal o del contexto.

En último extremo se entiende que es la persona quien decide, y quien tiene que demostrar capacidad y control para resistir la presión del consumo y la curiosidad, pero también para decidir, en su caso, si quiere o no consumir. Y, por tanto, frente al grupo es la personalidad, de forma individual, la que responde: "depende de ti... de tu educación."

—[CHICA] O sea, la globalización ha hecho un cambio de la hostia. Nosotros no vimos móviles, ¿hasta qué?, ¿14 o 15? Y ellos ya los tienen. O sea, es algo que no podemos parar. Entonces, quiero pensar que por muy pequeños que sean las decisiones no las van a tomar por presión social, ¿me explico?

—[CHICA] Sí, pero yo creo que muchas veces sí, o sea... Yo por ejemplo, el sábado, en el típico ámbito de que todos mis amigos fumaban y yo nunca he fumado, y siempre es "Venga, pruébalo." Te incitan, o sea, quieras que no...

—[CHICA] Sí, pero eso es una cuestión personal tuya, o sea, no... La presión social depende de ti.

—[CHICA] Sí, pero que, sobre todo eso, si te lo dicen, a lo mejor, con 17 años o 18, pues puede que tengas más cabeza, pero si a lo mejor te lo dicen, pues eso, a tu hermana de 10, o una persona que tiene 12...

—[CHICA] Ya...

—[CHICA] En todos sus ámbitos fuman, es que yo soy el pringao... Claro, es que yo creo que muchos piensan eso, pero no sé.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—[CHICA] O sea, yo me he sentido mucho más presionada, me he visto con mucha más facilidad de aceptar fumarme un porro o meterme equis cosas que no me he metido, pero me he visto más fácil en un entorno que con otro tipo de personas. Por ejemplo, en

la universidad sí que he sentido que me costaría muchísimo menos tomar esa decisión por la forma en que te lo plantean y la manera que tienen de explicarte lo que es, a lo mejor, fumarte un porro, a que si a lo mejor lo hago con mi grupo de amigos del colegio de toda la vida que no lo han hecho nunca. Y yo sí que pienso que hay un porcentaje muy alto de presión social, no porque no puedas tener tu propia autonomía, pero sí de la forma que te lo... O sea, igual que una persona te puede decir que un porro te puede dejar loco para toda tu vida por fumar porros equis tiempo, creo que hay otro tipo de personas que te pueden hacer ver un mundo maravilloso de la marihuana, que existen diferentes tipos de plantaciones, y etc., entonces, sí que creo que... que depende de con qué persona hables puedes... sentirte presionado. [...] Yo porque vengo de un colegio concertado y mi grupo... mi grupo de amigos, nadie, o sea, no se ha planteado ni siquiera fumar porros, en plan, la verdad. Y en mi grupo de la universidad ahora por la tarde... o sea, me cambié de turno, y en la tarde con la gente que iba sí que fumaba porros a todas horas. O sea, yo me veía condicionada en ese sentido, o sea, era supernormal y superfácil en mi entorno fumarse un porro porque todo el mundo lo fumaba. Tenemos un huerto en la universidad, y era una forma así como un poco hippy de tratar esas cosas... entonces era como una manera de que... lo trataban de forma, ah, sí, la marihuana, no sé qué. Eso es lo que sentía yo.

—[CHICO] Yo más que presión... o sea, es verdad que hay presión social, es evidente, porque depende de los ámbitos en que te muevas hay presión sobre unas cosas o sobre otras, pero tú tienes una educación que te han dado profesores o te han dado tus padres, y sabes perfectamente diferenciar...

—[CHICA] Claro, por eso digo que eso depende ya de ti.

—[CHICO] Claro, por eso digo, que depende de cada persona, pero no puedes culpar siempre a la presión social en plan de no, es que mis amigos fuman porros y yo también tengo que fumar porros. Ya, pero tienes también dos dedos de frente...

(21-24 años, mixto, Madrid)

—Entonces a mí me influye el ambiente en el que tú estés, la... el control que tú tengas...

—[...] no creo que alguien diga: "Voy a probar tal... Eh... un porro en el instituto.", ¿sabes? Yo creo que es más eso, de decir, estar cuando sales, pues dices: "Oye, pues vamos a probar el porrillo.", ¿sabes? En plan cuando sales de fiesta...

—Pero yo me refiero al entorno en el que tú fumabas.

—Sí, sí, eso sí.

—Hombre, eso sí influye pero...

—Porque si tú los conoces en... en el instituto, y después sales con ellos fuera, o...

—No siempre.

—[...] Yo tengo mucha... muchísimas gente que fuma.

—Yo pienso que va a ser la influencia de... yo qué sé, curiosidad, puede ser curiosidad de... De decir, qué... qué se sa... qué se siente.

—Sí.

—Mi amiga empezó a decir eso: "¿Qué es eso? ¿Qué se siente al fumar porros?.. Y desde entonces ya fuma porros todos los días. Desde entonces.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

La diferente influencia grupal es muy relevante desde la perspectiva de quienes no consumen, cuando se interpreta también la existencia de presión para no consumir. En grupos que no beben, fuman... lo normal es que se *mire mal* a quien lo hace.

El problema se plantea en el caso de que alguno de los grupos a los que se pertenece sí tenga una tendencia al consumo, puesto que se puede dar el caso de que una persona fume o beba con las amistades de uno de sus grupos y no lo haga cuando está con otros. Pero esta situación puede ser insostenible: o no consumes nunca o acabarás cediendo; o tendrás que decidir si mantienes la relación con todos los grupos o seleccionar uno de ellos, sobre todo cuando sales de fiesta.

—Yo, por ejemplo, en mi entorno no tengo mucha presión de que no... De no, no...

—Sí. También es verdad. Yo pienso que es en los dos sentidos totalmente.

—Sí, sí.

—De... "Me han liado."

—Sí, y si no es el grupo social, pero yo sé que mi novia no... No le haría nada de gracia que me metiera nada, ni que fumara porros, ni que fume tabaco.

—Y haría el efecto contrario. En vez de...

—De presión social.

—Ya, hace... hace esa presión.

—Exacto.

—La hace, la hace.

—Sí.

—O sea, tienes esa presión social de saber todo lo que estás haciendo y dices: "Mira es que a mí esto..." Te sientes como... ¿sabes?

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Si por ejemplo en tu grupo de amigos fuman todos menos tú, una de dos, o te da palo probarlo o no... vamos, que lo vas a acabar probando seguramente, fijo. Ya simplemente por el "no me voy a quedar yo solo, yo también quiero", ¿sabes?

(16-18 años, chicos, Valladolid)

—Bueno, pues marginado no, pero en el momento que veo que se deteriora la cosa ya igual pues me voy. Pero vamos, también salgo con gente que no bebe. Por ejemplo, mi novia y amigas de mi novia y amigos que no beben, pues también salgo con ellos. Y cuando salgo con gente que bebe pues no bebo, o cuando salgo con ellos no es para ir a una fiesta

—Moderadora: Y cuando dices cuando se empieza a deteriorar la cosa, ¿a qué te refieres?

—Cuando empieza la gente por el suelo y vomitando. También porque la gente... hay algunas personas que borrachas se ponen un poco pesadas en vez de graciosas.

(16-18 años, chicos, Valladolid)

Es también muy interesante, a este respecto, cómo la configuración de las dinámicas de los grupos convergen con las dinámicas de consumo. Y cómo se puede mantener relación con diferentes grupos para diferentes objetivos, de tal manera que algunos objetivos —como ya hemos visto— coinciden también mucho más con motivos que favorecen los consumos.

En principio no se encuentran grandes diferencias entre chicos y chicas en esta diversidad de ambientes y amistades, aunque sí las haya —como también se ha analizado anteriormente— en las formas de afrontar los consumos y las motivaciones.

Y, a pesar de ello, sigue siendo mucho más esperable que los chicos estén en grupos de consumo pero, sobre todo, que las chicas no lo hagan, en base a dos cuestiones: evitar conflictos y problemas (por ejemplo, con la policía, pero también con la familia) y evitar el *juicio*. Para las chicas, la posibilidad de ser enjuiciadas (y se refieren a que se les vea notoriamente bajo los efectos de alguna sustancia, no tanto al hecho de consumir en sí mismo) está siempre presente, y está presente en sus valoraciones y argumentos. Entre los chicos, no; y, de hecho, ellos no son capaces de responder en el debate sobre esta cuestión, que posiblemente les resulta muy ajena. Para ellos, el grupo también funciona de escudo protector ante problemas que puedan surgir; para ellas, el grupo puede proteger, pero también juzgar.

—Yo ese perfil lo veo igual... O sea, igual que nosotros, ¿sabes? O sea...

—Sí, sí, lo mismo.

—Sí, pero creo que encontraría el mismo grupo de chicos, en realidad no... [...] Que parece que sí que es verdad como que hay dos grupos, ¿no? O sea, bueno, dentro de que se pueden separar muchos grupos... pero sí que es verdad que el grupito que... que ocasionalmente lo puede hacer, y el grupito que no, y es que no. ¿Sabes?, porque yo, por ejemplo, con los que veraneo no es lo mismo que con los que voy aquí en Valencia, son rollos diferentes.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Yo a lo mejor bajo una tarde, y hay ocho amigos y tres amigas. Y hay... Y a lo mejor me quedo yo con una amiga y todos los chicos y, y todos están fumando, y... Y estamos con ellos igual.

—Sí, depende.

—Que no me importa quedar con ellos si fuman, pero que tampoco quedo exclusivamente si sé que ellos van a estar fumando...

—Claro.

—...emporraos... y pegándose las risas...

—...no me apetece y a lo mejor prefiero, no sé... por ahí pues no voy a ir tampoco. Pero no por nada, sino porque no me apetece.

—Claro, claro, es normal.

—Claro.

—Que para estar mirando...

—Claro.

—A ver, que en verdad, si son tus amigos...

—Claro, es que es eso.

—...no te va a importar, pero no sé... El hecho de que estar ahí... de estar ahí por la calle o en un parque y que pueda pasar la policía o algo, y ya tengas tú algo que ver...

—Uhm, que te metan ahí...

—...por el hecho de estar ahí.

—...en el mismo saco.

—También, exacto.

—No, sí, aparte, están en la disco... Estás en la discomóvil y eso, y van tus amigos a fumar aparte, ¿para qué me voy a ir yo si estoy bien aquí? Shhh, los que se quieren ir lejos a fumar que se vayan. Y si alguna chica se quiere ir a fumar, también. Pero se van ellos, y ya cuando están así un poco pues se vienen, se vuelven otra vez.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—En algún caso sí porque, como ya había dicho antes, yo tengo los amigos de clase, que son los responsables, y los amigos del barrio y tal. Que son como los que fuman todos y tal. Y cuando alguna vez voy con los del barrio, shhh, mis amigos de clase es en plan: "Shhh, no vayas con ellos, que acabarás como ellos, en la droga, no sé qué, no sé cuánto...". Y yo: "No, no."

—O critican al otro grupo...

—Sí.

—Y entonces, y luego tú ya dices: "Bueno, pues no voy a decir nada, no sé."

—Jajaja, es verdad.

—Sí [riendo].

—Hay veces, que te influyen.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—[CHICO] En plan, yo creo que es por el entorno, que estás con tus amigos que te están haciendo como tu casa, sabes que te van a proteger, estás fuera de tu entorno de casa que es el que te da miedo, no por llegar colocado a tu casa porque tus padres seguro que te pillan. Si llegas colocado con los amigos, aunque seas el único, aunque seas el único que se coloca, tus amigos te protegen, o te llevan a cualquier puesto que te atiendan, o te llevan al piso

y ellos vuelven, pero... Yo creo que influye mucho eso. Que estás como muy protegido con los amigos ahí, y los amigos pues, si son amigos, callan y te protegen.

—[CHICA] Claro, y también está el no juzgar también a los amigos, lo de... pasarlo bien por eso. Pregunto.

—[SILENCIO]

—[CHICO] No sé, no sabría decir ahí. No sé, no sabría... me has pillado en lo de juzgar.

—[CHICA] O sea, me refiero, si te colocas con tus amigos, no pasa nada.

(21-24 años, mixto, Madrid)

La importancia del grupo está también muy presente en el discurso de padres y madres, en parte como una excusa justificativa de lo que termina siendo una claudicación respecto a la propia capacidad de influencia frente a las dinámicas externas. Padres y madres se reconocen preocupados por los ambientes que frecuentan sus hijos e hijas, asumiendo que esos ambientes pueden resultar *malas influencias*.

Y reconocen en su experiencia propia esa presión del grupo, a modo de etiquetaje negativo cuando decidían no consumir.

—Sí, pero la preocupación de tus padres si saben que estás con gente que sí que fuma porros, evidentemente tiene que existir, ¿no? Porque yo sí sé que mis hijos están con gente sana, yo estoy tan feliz.

—Claro, quién no....

—Yo sí sé que mis hijos están jugando en un patio de fútbol y yo estoy tan feliz...

—Claro.

—Pero si sé que están en una botellona, que evidentemente tú pues coger el coche también a las cuatro de la mañana... y darte un paseíto... Entonces ves que hay niños que a las cuatro de la mañana están sanos. Están dentro de una botellona y están riéndose, charlando...

—Sí.

—Pero tú no sabes cuando tu hijo...

—Pero hay otros casos que están tirados en el suelo.

(Grupo madres, Sevilla)

—Pues yo... pues yo he estado con gente que ha fumado porros...
—Yo también.
—...y yo no lo he hecho en mi vida. Y no me han hecho sentir desplazada...
—...a ver si ibas a ir para monja. Sí, pero te desplazan, te desplazan.
—Yo tampoco me he sentido desplazada, yo tenía a mi gente de todos los colores.

(Grupo madres, Sevilla)

Las madres analizan las diferencias entre hijos e hijas desde la convicción de que algunos consumos femeninos (siempre hablando de sustancias legales o normalizadas) se producen por presión, y no por convicción o deseo. Pero también desde la idea de que las chicas son más maduras (independientemente de la edad, incluso) para responder en contra de la presión del grupo, especialmente cuando se trata de sustancias ilegales.

—La chica siempre ha sido un poquillo más... diferente. Más, como eso, con las modas, con lo que hace mi amiga, lo que hace otra.

(Grupo madres, Sevilla)

—Yo de todas formas noto una diferencia de edad grandísima entre 20 años y 16. [...]
—Es que un niño con 15 o 16 años se está formando...
—Ya, claro.
—...entonces, es muchísimo más influenciable a la hora de lo que hacen los demás...
—Sí.
—Claro.
—Con 20 años, y si tu hija además está trabajando,... es madura, estudia...
—No, tiene las ideas más claras.
—Claro.
—Es más madura...
—Claro, claro.
—Eso es que no tiene la necesidad de gustarle a nadie, ni de caer bien porque hago lo que hacen todos.
—Claro.
—Sí, sí, sí, sí, sí.

- Porque a esa edad...
- De la madurez de la persona.
- Es la personalidad que también tiene.
- Sí, la personalidad...

(Grupo madres, Sevilla)

Consideran que las chicas son menos proclives al engaño o a la influencia, frente a la idea de los padres que no conciben que sus hijas consuman si no es porque les engañan o les presionan. Creen que las chicas "beben porque se lo ofrecen y no porque quieren", y porque están más sometidas a la presión; es decir, las hijas (que no los hijos) son completamente vulnerables a los peligros externos, contra su propia voluntad o capacidad.

Es curioso que, desde esa idea, piensen que deben ser ellos, sus padres, quienes les inicien en el consumo.

—Vamos a ver, no te digo que tu padre no lo haya hecho de joven, porque lo ha hecho, ¿me entiendes? Pero que sé lo malo que es porque lo he hecho pero porque yo he querido hacerlo, pero no porque me lo ofrecieran. Nunca me han ofrecido nada. Luego, es que una lista... pero todo a cada cual peor. Entonces, es un problema muchas veces ahora el tema de la bebida. El tema de la bebida, pues claro, no saben su nivel, cuánto puede beber y tal, y entonces, claro, si estás en un grupo pues como a lo mejor hemos hecho todos: "Venga, otra ronda, venga, otra ronda." Pero claro, esto de los chupitos, o esos alcoholes o esos comas étlicos que hay ahora...

—Yo este verano pasado he tenido muy mala experiencia con la mía. La mía, la de 15 años, no ha bebido nunca y ni cerveza. O sea, yo siempre cerveza y tal. Yo he considerado... mis padres han bebido alcohol, yo no tengo por qué beber alcohol, pero bueno, que se lo he ofrecido a veces como tú has dicho: "Oye, pruébala a ver si te gusta." Pero a mí me han llamado de la zona de Matadero, eso está por el Paseo de las Acacias y toda esa zona, que ahí se monta... Claro, yo nunca había estado por la zona y es... Me llamó y... bueno, yo iba a recoger a mi hija y me llamó una de sus amigas. No me cogía el teléfono y tal. Imagínate aquello. Y fue de tomarse dos Desperados de estos. Pero vamos a ver, si la cría tiene 15 años, ¿cómo compráis esto? Claro, se lo tomó, nunca

había bebido alcohol... imagínate. O sea, ver a tu hija tirada, devolviendo, con la policía. Bueno, se montó... Yo dije: "¡Madre mía!" Una experiencia horrible. Yo digo: "Joé, ahora es cuando comprendo a tus padres cuando venías con el pedo de haberte tomado cuatro cervezas", o sea... Pero yo dije: "Pero madre mía, llevarla al hospital" y todo, un lavado de estómago y todo. Pero yo dije: "Pero fíjate..." Claro, los otros padres... aparecieron más padres, "¿que quién vende esto?" "No, el chino de aquí al lado." Digo: "O sea, que podéis tomar todo lo que queráis."

(Grupo padres, Madrid)

—Pero también te digo una cosa, o sea, le tienes que hacer ver... le dices: "Yo confío en ti, yo sé cómo eres, pero tú me tienes que entender que a lo mejor las preocupaciones no vienen por ti, sino son por terceros."

—Efectivamente.

—Lo que más me da hoy en día, que es lo que se está oyendo un montón, que si salen de juerga y tal, que beban, no beban y tal, pero es lo que está pasando ahora con la mierda ésta de la burundanga y las sustancias éstas que tal, que te las echan y que inconscientemente a lo mejor se lo beben y tal y las descentran. Eso ya...

—Son palabras mayores.

(Grupo padres, Madrid)

—Pero luego también hay una cosa entre... vamos, no sé si coincidiréis conmigo, en los adolescentes, a mi hija le ha pasado, ¿no? A mi hija la he educado siempre en el deporte, o sea en la vida sana, es una niña que la encanta bailar, la encanta cantar, la encanta la gimnasia. Y mi hija, por el mero hecho de decir una palabra de dos letras, que dice, o sea, que se llama no, no, la palabra no, yo no quiero esto y demás, o sea, en un grupo de unos determinados muchachos que entran todos a... Exclusión, exclusión, excluida, o sea, la no te llamo, ya no quedo contigo, hay un... Bueno, yo por lo que he visto desde los 14 hasta los 17 que tiene ahora, pues está lo que es el muchacho líder de una manada que empieza con el tabaquito, empieza... bueno, pues con el botellón, la cerveza, acaba mal y demás, hay que llevarle a casa...

Y mi hija, pues de verdad, yo igual que aquí dice también un compañero, si lo quieres probar, que tú quieras, o sea, que salga de ti el decir lo quiero probar porque yo quiero. Una cosa es que tú quieras y otra cosa es que te impongan. Y bueno, pues por el mero hecho de decir que no en un grupo de muchachos de 10 a 12, entre chicos y chicas, pues queda excluida y ya hasta una cosa conlleva a la otra.

(Grupo padres, Madrid)

7. VISIBILIDAD DE LOS CONSUMOS E IMAGEN PROYECTADA

Entre las claves de género en los discursos sobre los consumos de sustancias resulta también muy expresiva la que se refiere al compromiso de la imagen pública y la imagen personal. Es una cuestión que se ha visto que subyace a muchos de los argumentos analizados, y que distingue claramente lo masculino y lo femenino, fundamentalmente en la medida en que resulta determinante en relación con los estereotipos de género y las implicaciones para cada sexo. Especialmente para las mujeres.

7.1. EXHIBICIÓN FRENTE A OCULTACIÓN

Un primer aspecto diferencial se articula claramente a partir de los referentes de visibilización y comunicación. A pesar de que para los chicos sea un tema del que no es necesario hablar, sobre el que no es relevante reflexionar, se da por hecho que hablar con naturalidad de todo tipo de drogas es mucho más fácil para ellos, que *les cuesta menos*, mientras que —siempre con excepciones a la regla— a las chicas les resultaría más complicado, porque no está tan naturalizado entre ellas.

—Nosotros hemos empezado a hablar muy rápidamente, y muy sueltamente de drogas como... pastillas, cristal, coca y eso. Yo creo que... a ellas les costará un poco más de sacarlo, y eso.

—Depende de las chicas que haya.

—También... también es verdad.

—Depende de las chicas que haya te puede pasar lo mismo.

(21-24 años, chicos, Valencia)

En realidad, al asumir este hecho, los chicos consideran que es con ellos con quien no lo hablan tanto, aunque sea un tema que pueden hablar entre ellas igual que de sexo u otras cuestiones de las que no es habitual que se hable entre chicos y chicas.

—Yo creo que las chicas lo tienen más callado. Puede ser.

—Igual lo hacen igual, pero no...

—Es que a lo mejor hablan entre ellas.
 —Claro.
 —Igual que nosotros hablamos entre nosotros. Y no se lo decimos a ellas...
 —Ellas piensan igual. O sea, es que...
 —Que ellas hablan de pajas entre ellas, y nosotros de pajas entre nosotros.
 —Jaja.
 —Sí, sí, sí [riendo]
 —Yo creo que es un tema de esos que... Pues sí, pajas que nosotros no hablamos tanto con las chicas y ellas sabrán cómo hacerlo...
 —Bueno, a lo mejor, en mi grupo de chicas sí que no está tan normalizado, ¿eh?
 —Es que también depende del rollo de las chicas... Si es una chica clásica de reggetón y música comercial, pues no...
 —Claro.
 —Pero a la que le gusta un poquitín la fiesta un poco más... Al final es la música, ¿eh? Al final es la música la que tiene la culpa, joder.
 —No, pero sí que es verdad... No sé, a nivel de chicas yo creo que, yo por ejemplo, mi grupo no se ha normalizado tanto.
 —Ya, el mío tampoco.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Unas y otros asumen que a los chicos les importa menos la imagen (*el qué dirán*), y es así porque, como hemos visto, el juicio hacia ellas es extremadamente más penalizador que hacia ellos. Para ellos cualquier imagen de consumo puede resultar favorecedora, e incluso reforzar su identidad sexual/de género en torno a cierta concepción de la masculinidad (es lo que se espera de ellos), mientras que para ellas implica un deterioro de lo que se espera de una mujer.

Las chicas, por tanto, están y deben estar preocupadas por la imagen que proyectan (sobre todo cuando puedan excederse en el consumo). Especialmente hacia quienes no consumen, pero no sólo; especialmente en el grupo de pares, pero sobre todo entre los chicos (mala impresión).

—Yo sé de un grupo de gente, en plan mixto, de mi pueblo. En plan las niñas, un día se vinieron con la... Mis amigas, se fueron con mis amigas a fumar porros. Y su grupo de niños, de hecho a día de hoy tampoco saben nada de que ellas han fumado, pero porque

ellas dicen que los... las van a mirar como si fueran lo peor... Ellos no fuman, entonces, ellas dicen: "Si yo fumo me van... no me van a querer." Porque ellos no fuman...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Es porque les da más igual, y entonces lo muestran y lo dicen, y tal...

—Y siguen igual.

—Claro.

—Ya, yo creo que a los chicos les da menos importancia a lo que opine la gente...

—Claro.

—Y lo dicen... Además lo dicen...

—Yo creo que para sentirse importantes, como de: "Eh, tío, fumo"

—[...]

—Yo muchas veces me escondo de los profesores, aunque mis padres lo sepan. Porque no me gusta que me vean... "Ay, esta alumna fuma", y que tengan una mala impresión... No voy a dar una mala imagen.

—...una mala impresión. Sí.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—La diferencia entre los chicos y las chicas es que nosotros siempre hemos sido como mucho más desinhibidos. No nos importa tanto el qué dirán...

—Yo creo que a los hombres les da igual.

—Sí, sí, claro.

—Si un amigo se mete, pues no sé...

—Claro, depende, si se pasan.

—Claro.

—Se está pasando uno y le dices: "Oye, tío, contrólate."

—Claro, si se pasa uno primero le dices: "Oye, tío, controla."

—Sí.

—Se le dice, se le dice.

—...pero si no...

—Pero si no... Pff

—Pues tío, pues vale.

(21-24 años, chicos, Valencia)

El consumo femenino está peor visto y está mucho más sometido a valoración de lo que lo está el masculino. Ellas lo sienten así, y lo aceptan como condicionante. Reconocen que les importa la imagen que proyectan, y lo hacen en la misma medida en que reproducen esa dinámica sancionadora: ellas también juzgan a las mujeres que consumen y no controlan. Y por eso pueden llegar a esconder algunos consumos, o buscar espacios de mayor intimidad para consumir, en claro contraste con la exhibición masculina.

—A mí sí me importa lo que digan.

—Claro, a mí también.

—A mí claro que me importa lo que piensen, ¿sabes?

—A mí depende de la persona.

—Pero a mí claro que no me importa que ellas sepan que fumo...

—Claro, a mí también.

—...pero, quiero decir, en mi pueblo...

—Los vecinos, en clase, los profesores y todo eso, pues sí que me importa más, porque es gente que suelo ver a menudo que me quiere y que les quiero... Pues no sé...

—Claro, depende también de la persona...

—A ver, a mí me da igual sinceramente lo que piensen de mí. O sea, si quiere pensar bien, pues vale, pero... O mal. Pero, shhh, también, o sea, hay que dar una imagen como persona, tampoco es aquí: "Venga." Pues...

—Yo es que cuando me encuentro con una vecina lo escondo.

—Yo igual.

—Yo cuando voy con un amigo, por ejemplo, un amigo que fuma, sí que le digo: "Tal, que ahí hay no sé quién." Y sí... Me importa también.

—Moderador: ...me decíais antes que está peor vista una mujer que consume...

—Pero por ellas mismas, eh.

—Sí, sí.

—Claro.

—Por ellas mismas.

—...yo creo que a las chicas nos importa más la opinión de la gente que a los chicos...

—Exacto.

—A los chicos al... alguien le dice: "Eres feo" o "estás gordo" y, pff... le da igual.

—Tampoco eso es así.
 —Claro, depende...
 —A ver, pero como que en general...
 —Pero es verdad que nos sienta peor.
 —Claro... [...]

—Cada una, en plan: "Uy, tal, a ver qué van a decir de mí." Y Los chicos son como más pasotas...
 —Exacto.
 —...en ese tema, en otros no, pero...
 —Sí. Que les da igual más todo.
 —Sí. Entonces es como, no es como que esté mejor visto, o... o... Yo qué sé, no sé,... A ver, depende...
 —A ver, yo lo veo igual, ¿sabes? [solapado, interrumpiendo]
 —...yo también.
 —Pero que a mí... A las chicas yo creo que les importa más lo que digan.
 —Sí.
 —Sí.
 —Eh... O sea, ellas mismas.
 —Sí.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Me gusta más pues sí, alguna amiga tiene una casa libre y tal, y si no pues...
 —O en un parque.
 —...en alguna callecita, o en un parque que no pase mucha gente, de noche y tal...
 —Claro.
 —Por... yo creo que es por miedo a que se enteren... A ver, que si tu... si tus padres lo saben no creo que pase nada, pero en mi caso, mi padre por ejemplo no lo sabe...
 —O por el qué dirán, no sé...
 —Pero en plan: "Ay, esta chica, para qué fuma."
 —Claro.
 —También es verdad que como las... O sea... En general hay más chicas... Hay más chicos que chicas que fuman porros. Entonces... cuando una chica por ejemplo está en un grupo de chicas y chicos que, por ejemplo, no fuman porros... Como que le da más apuro

decir que ha fumado. Entonces, como que no lo dice aunque haya confianza y esté con un grupo de chicas y chicos que alguna vez han consumido pero por el qué dirán, como no fuman, pues no lo dices.

—Moderador: Pero, ¿el qué dirán quién?

—Tu grupo... Porque igual lo ven, o sea... es que tengo un grupo que sí que fuma mucho y luego hay otro que son súper responsables todos... Entonces cuando estoy con el grupo de los que son así más responsables, como que me tira más para atrás decirle que el viernes me fui con otra amiga a fumar... pues no sé... No... me apetece cualquier cosa.

—A mí me pasa lo mismo...

—A mí también.

—...o sea, yo por ejemplo con el grupo de... del colegio, son, o sea, son eso: más responsables, son más... Y, shhh, y... Y, pues yo qué sé, si a lo mejor no es que me calle por esconderlo, pero a lo mejor...

—Exacto. No lo digo.

—...voy a mi pueblo que fuman más y eso... Oye, pues mira, pues una calada, ¿no? Pero, tampoco es que lo esconda pero realmente sí que lo estoy escondiendo. No sé por qué pero...

—Exacto.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Los chicos, por su parte, y aun aceptando que les importa menos lo que se piense de ellos, también reconocen que hablar de tema es adecuado en el entorno íntimo de chicos, y no *a los cuatro vientos*; pero que se evita como conversación con las chicas, ante las que también se ocultan de alguna manera, porque también les importa o porque puede suponerles algún tipo de conflicto (especialmente con las parejas, en algunas circunstancias que puedan no entender los motivos del consumo).

Obviamente, lo que compromete el consumo desde la imagen es claramente diferente para ellos y para ellas. Para ellos parece implicar, en su caso, una reprobación comportamental mientras que para ellas se compromete su imagen globalmente. Y ellos certifican este hecho: aunque hablan de una igualdad en el consumo, reconocen que prefieren que una chica que les gusta no consuma.

—Hay ciertos temas, que cuando estás con mujeres, pues evitas. Yo, a lo mejor... cuando quedo con mis colegas, hablamos de

mujeres y dices barbaridades que después, pff... No haces ni loco, ¿sabes?

—O, a lo mejor, nos da igual hasta un punto. O sea, a mí me puede dar igual que lo haga o que no, pero ostias, tampoco quiero que si lo hiciera lo supiera todo el mundo, o...

—Moderador: Entonces no os da igual, jejeje...

—Tienes razón. Tienes razón. Con mi círculo íntimo me podría dar más igual, pero cara al exterior, pues, eh... tampoco voy contando mi vida por ahí.

—Claro.

—¿Sabes? O sea,...

—Claro, eso sí que es verdad...

—Sí, es algo ilegal, no es tampoco...

—Claro.

—No nada bien visto.

—Está normalizado, pero no está tampoco...

—No está normalizado.

—Pero una cosa es que esté normalizado, que asumamos que mucha gente lo hace... que sea muy frecuente. Y otra cosa es que la gente vaya contándolo por ahí.

—Claro.

—Es que no voy por ahí diciendo que me drogo. O sea, es que si lo hiciera no voy a ir por ahí diciendo: "Eh, ¡pues madre mía el fin de semana cómo me puse!" Pues no lo digo y entonces, a lo mejor, la gente no se lo espera, ¿no? Pero...

—Es que también queda algo como más entre colegas, ¿no? Y entonces... más entre colegas de... a nivel de... de, del sexo masculino, ¿sabes? En plan de.... somos a lo mejor colegas nosotros y a lo mejor lo pones por el... Estamos en un grupo con... con todas las amigas, pero siempre tienes el grupo de WhatsApp típico de... con los colegas. Y ahí dices: "Ya, bueno, este finde tal." Y ahí ya dicen: "Sí, no, tal..." O... "este finde no me viene bien." Y, entonces, se queda un poco más ahí...

—Que no tendría por qué ser sólo... no tiene por qué ser sólo chicos o chicas, a lo mejor es grupo de de que se... de los que se meten y grupo de los que no... ¿sabes? De los de WhatsApp... Que pueden... puede ser mixto sin ningún problema, pero se queda más dentro de ese grupo de los que sí que lo aceptan...

—Claro.

—Moderador: *Cuando salís en grupos mixtos... ¿estos temas se tratan con naturalidad?*

—No.

—No.

—No.

—No.

—No, no se tratan.

—No se tratan.

—Depende... depende del grup...

—En mi caso no se tratan.

—Claro.

—En mi caso hay dos grupos de chicas, unos con las... con las que son amigas nuestras del colegio de toda la vida, y con ellas no. Porque en seguida estarían juzgando. Y con las que vamos normalmente sí, no hay problema, la verdad. Son uno más.

—Yo en mi grupo, las chicas... hay días que vienen y días que no. Entonces, los días que vienen una de las chicas es mi novia, entonces tampoco... Tampoco es plan...

—Si se enterara ella, las otras novias ya empezarán a criticarnos, a... Entonces, lo mantenemos en... entre nosotros y ya está.

—No tenemos la necesidad, como tampoco es que... No sé, es que yo no veo que todos...

—No, si es verdad. A mí también me pasa lo mismo, también. [...]

—Moderador: *Lo que no entiendo... Si decís que... que vosotros veis igual el consumo de un chico, de una chica, os da igual, lo interpretáis igual, no sé qué... ¿Por qué luego si salís en grupos mixtos no se habla con naturalidad?*

—Es un tema...

—Porque claro... Nosotros sí que lo vemos igual, las que no lo ven igual son ellas.

—Claro.

—Entonces, claro, para generar ahí una discrepancia, pues al final acabas...

—Para evitar un conflicto.

—Claro.

—Evitar... evitar el conflicto. Tampoco queremos ahí...

—Claro.

—No queremos tener a alguien con cara de... perro toda la noche... porque te estás metiendo, ¿sabes?

—Claro. No sé...

—Evitas el conflicto y ya está.

(21-24 años, chicos, Valencia)

El debate sobre la importancia de la visibilidad se traslada a si existe una relación entre el compromiso de la imagen y el consumo. Es decir, la duda sobre si consumen igual chicos y chicas aunque las mujeres lo oculten, o si, como parece aceptarse, las chicas tienden a consumir menos. En cualquier caso parece claro que no es tan visible o común el consumo femenino, y que el hecho de que las chicas no alardeen públicamente se interpreta también como esa prueba de madurez y personalidad a las que se alude en relación con la presión grupal.

—Y ¿tú crees que fuman más los chicos que las chicas? Porros.

—Yo de gente que conozco casi todos son chicos, pero también conozco a chicas, ¿sabes?, que... Lo que pasa es que cuando hablan de ello siempre da la casualidad de que son los chicos los que dicen "Bwah, ¿queréis que os coja? ¿queréis que tal?" "No, es que a no sé quién le ha dado un amarillo en el instituto." Da la casualidad de que son los chicos, pero claro, también conozco a chicas que...

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Es que una niña fumando porros no es normal verlo. Porque yo si cada vez que voy por la calle siempre veo niños. Más que niñas, la verdad. Que sí, que a lo mejor hay niñas fumando porros, pero tú dices: "Bueno."

—No te las ves por la calle.

—Yo, por ejemplo, en mi calle se ve más niños que niñas.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Yo es que la verdad veo más niños fumando porros que a niñas. A lo mejor porque las niñas somos... somos más maduras... O... no lo sé.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Padres y madres comparten esa idea de los consumos ocultos de las chicas frente al consumo público y exhibicionista de los chicos. Considerando, además, que la

forma de presentar el no consumo por parte de las mujeres forma parte de una estrategia controlada, y especialmente hacia la familia.

—Grupos de chicas, las verás con las botellas, con las bolsitas, pero como medio escondidas, en rincones oscuros ahí, el típico vasito, vasito o la botella de Font Vella, que ahora es típico llevar botellas de estas de agua ya con la mezcla hecha, que no detectes si es vodka o es tal, a no ser que lo huelas. Pues alguna con descaro dice: "Pruébalo, pruéballo." ¿Somos aquí detectores de tal, o qué? Entonces van como a escondidas. El cubatita para irse a la discoteca. Para irse un poquito ya con ambiente [...]

—Ellas dicen: "No, es la primera vez." Pues nosotros lo cantamos: "Mira, si ya hemos pillado unas cuantas veces" [...]

—Los que manejan ahí son los tíos.

—Sí, tú fíjate si somos gilipollas que las chicas dicen: "Es la primera vez" y nosotros: "No, si ya hemos parado seis o siete veces." O sea, en ese lado somos más gilipollas.

(Grupo padres, Madrid)

7.2. LOS COMPONENTES DE LA IMAGEN PROYECTADA

Los juicios derivados de los riesgos y la percepción de las consecuencias diferenciales según el género mantienen, todavía en la actualidad, la idea de que es menos común y esperable que una mujer consuma (incluso las sustancias más normalizadas), y de que la imagen que proyecta una mujer consumidora es menos tolerable que la de un varón en la misma situación.

Aunque en las conversaciones se reconoce este hecho como algo del pasado, también se manifiesta su vigencia en el momento actual ratificando los estereotipos en la experiencia propia y en las vivencias personales. La normalización del consumo se refiere mucho más a los chicos, mientras que cuando se habla de las chicas se percibe más bien de forma excepcional, incluso llamativa en ocasiones, y siempre con un componente negativo desde el punto de vista de la imagen.

—Yo creo que esto viene como ya desde atrás, pero que nos sigue influyendo hasta ahora, porque tú siempre veías... yo cuando veo a un hombre o una señora así mayor ya abuelitos y veo a la mujer

fumar me quedo... se me hace muy raro, y en cambio cuando veo al hombre es como... que es algo más normal, y tú ves al hombre y siempre está tomando algo de alcohol y a lo mejor cuando son más mayores están tomando un refresco, un café, un mosto. Entonces, como que esto nos viene de atrás, yo el hecho de que siempre el hombre ha sido el que más ha fumado, pero porque a lo mejor ellos eran los que se juntaban en los bares, más ha fumado, más ha bebido, y eso como que nos sigue afectando ahora de que... la mujer, el hombre es el que... pues eso, el que más... tiene más capacidad para beber, le afecta más tarde el alcohol, es el que más bebe, más... pero es eso, yo creo que es todo mucho más... viene de atrás, de lo que nos viene ya de lejos de incluso cosas que no hemos conocido.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Tú vas a un bar con un hombre y pedís una botella de agua y una caña y seguramente que la botella de agua te la pongan a ti. Pero vamos, 99% de segura.

—A mí me ha pasado.

—Yo creo que es eso. Como que aunque no queramos y lo intentemos cambiar, que la igualdad y todo eso, como que nuestra sociedad todavía ve que el alcohol, las drogas, el tabaco, siempre está más relacionado, más hacia el hombre, que hacia la mujer.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—[CHICA] es verdad que está peor visto que una chica se drogue a que un chico se drogue.

—[CHICA] Es totalmente cultural. No se puede negar. Por supuesto que está mal, pero es que es totalmente cultural y es así.

—[CHICA] Sí.

—Moderadora: ¿Eso lo sentís?

—[CHICA] Sí.

—[CHICA] Sí.

—Moderadora: O sea, cuando tú dices que no, vosotras habéis dicho que sí.

—[CHICA] Está peor visto, es más raro que una chica se drogue o

se tome algo a que un chico lo haga.

—[CHICA] Pero porque se espera de ti que no lo hagas.

—[CHICO] Claro.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—A una cualquiera no, pero a una que yo conociera, por ejemplo a una novia de mi colega que es la típica... Una que no te lo esperas, ¿sabes?, y pues te sorprende.

—Y dices: "¡Ostia!"...

—Claro.

—Me sorprendería la primera, pero diría: "Pues eso, se está metiendo pero porque... lo ha hecho alguna vez", ¿sabes? Pero así de buenas a primeras yo...

—Yo pensaría lo mismo con algún chico, quiero decir... O sea que... independientemente de que sea chico o chica... si es una persona que no me la espero pues me sorprendería igualmente. Pero...

—Exacto.

—Claro.

—Si mi amigo de toda la vida, tal, no sé qué, que nunca ha roto un plato, no sé qué... Y lo veo y digo: "Ostia, tal... Pues no me lo esperaba, pero bueno."

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Yo creo que la gente ve más normal que los chicos consuman droga

—Sí. [...]

—No sé, yo veo a más chicos consumir que a chicas, por ejemplo. Yo tengo más amigos que amigas.

—Claro, sí.

—Yo igual, yo también pienso que los chicos...

—Fuman más.

—...seguro más.

—Yo tengo más amigos que consumen también que chicas.

—Yo hablo de porros.

—Yo también.

—Yo, de porros, tengo más amigos que fuman, que amigas. De tabaco yo creo que por igual.

—Pero, por ejemplo, de alcohol... Yo, por ejemplo, de alcohol no. De alcohol tengo más amigas...

- Sí.
- Es que no tiene importancia.
- Pero es más normal, porque es más común en chicos que en chicas... Yo lo veo.
- Yo creo que también.
- Sí.
- ...que consuman marihuana... chicos que chicas.
- Claro.
- Conozco más chicos que chicas.
- Ya te digo... que fumen marihuana. Entonces es como más normal...
- Sí.
- ...y ves a... y ve a una chica, y dios... Vamos...
- Sí.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Lo que es importante es la consideración sobre cuáles son los motivos de esta diferente imagen entre hombres y mujeres, dado que el trasfondo del discurso apunta a la incompatibilidad de los consumos con la expectativa de rol femenino. O, dicho de otra manera, el discurso apunta a que el consumo de drogas "no es cosa de mujeres" y por eso está mal visto.

Los calificativos de una chica consumidora son suficientemente contundentes ("chunga, dispuesta a todo, golfa, viciosa, guarra..."), y se entiende que una mujer que consume demuestra una predisposición (valorada como negativa) a *otro tipo de cosas* (a las que, por supuesto, tampoco debe mostrarse predispuesta). Es decir, una mujer que consume lo hace para romper muchos más límites que los que supone el consumo en sí mismo, por lo que el consumo femenino se entiende sí está vinculado necesariamente a otras búsquedas, entre las que se alude especialmente a las sexuales.

Desde esta perspectiva lo que se argumenta es que la imagen de la mujer cambia cuando consume, y que este cambio le afecta de forma global. Por tanto, las chicas que deciden consumir asumen también que serán vistas como "fáciles" o "dispuestas a todo" (lo que es claramente negativo y peyorativo), aunque en ocasiones también puede implicar un componente positivo, asociado a una cierta capacidad para ratificarse en una decisión propia ("tiene un par de ovarios").

Sea como fuere, hay que insistir en que es la imagen global de la mujer la que se pone en juego, trascendiendo el momento o la situación concreta de consumos,

para instalarse como etiqueta de la persona en su conjunto. Dinámica muy diferente a la que se produce en el caso de los varones, para los que se abre el espacio de lo anecdótico, puntual o coyuntural, sobre todo ante un posible exceso.

—Moderador: *Pero qué es lo que dice, por ejemplo, la imagen de una mujer fumando, qué es lo que dice mal de ella... Es lo que no entiendo yo... ¿qué se interpreta que hay de malo en eso? En diferencia con un chico, me refiero.*

—*Que es una chungá.*

—Moderador: *¿Una chungá?, pero qué significa... Porqué...*

—*El que lo está haciendo por algo.*

—*Una chungá porque fíjate, que se cree...*

—*Que es una golfa y que si ésa fuma porros tendrá amistades y que tienes que tener cuidado con esa chavala.*

—*Y que está dispuesta a todo... Que está dispuesta a todo.*

—*Yo pienso, fíjate, que una mujer que fume porros delante de todos los tíos, tiene dos... tiene dos ovarios... La verdad...*

—Moderador: *¿Qué está dispuesta a todo? ¿Sí?*

—*Tiene una predisposición.*

—Moderador: *Pero, por... ¿Por consumir drogas tienes predisposición a otras cosas como...?*

—*No, esa es la pena, sino que la gente piensa que tienes predisposición.*

—*La apariencia lo es...*

—Moderador: *O sea, una mujer que consume drogas tiene apariencia de estar dispuesta a todo, ¿en qué ámbitos?*

—*O sea, cuando una chica se droga, eh... Como estaban diciendo que tiene la visión ésa de que es golfa, de que... entonces me refiero que tienen la predisposición a que ha hecho cosas externas a lo que es otra... fuera del tabaco...*

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—*Una chica que fuma porros tiene una peor imagen que un tío...*

—Moderador: *¿Sí?*

—*Sí.*

—*Sí, eso está muy mal visto.*

—*Pero eso por la gente que piensa así, pero... Mmm... Yo os... Yo puedo presentaros a cualquier tía que fuma porros, y como la veis a lo mejor os pregunta... Vamos, yo qué sé, os presento a una tía,*

¿vale? Muy formal, muy bien puesta, y no os dicen que fuma porros y os la presentan. Y al día... En plan, y ustedes habláis súper bien de ella porque no sabéis que fuma porros, y a lo mejor al día siguiente la veis en un parque fumando porros, y es la misma tía... Y yo sé de gente que lo criticaría. Y sin embargo ella no cambia, una persona no cambia por mucho un morado.

—O, por ejemplo, una tía va fatal, ea, fotos... O un tío va fatal, y es lo más normal.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

A pesar de que ellos suelen incidir en lo exagerado de la preocupación femenina por la imagen que proyectan, también reconocen verse afectados e influidos por ese juicio. Y reconocen que no les gusta que consuma una chica con la que quieran tener una relación, hasta el punto de disuadirles. Bien sea por lo que suponen que el consumo dice de ella, por lo que puedan pensar otras personas, por la suposición de que no sabrá comportarse como debe...

—Moderador: Y, ¿si es una persona que os guste?

—[SILENCIO]

—A mí me daría igual.

—A mí me molaría que no se metiera...

—A mí también.

—Claro.

—A mí me echaría para atrás.

—Claro, es que echa para atrás.

—A mí me echaría un poco para atrás.

—Uhm. No es lo mejor...

—Porque una cosa es... pues ya estando con ella... Pues alguna vez me hace gracia y tal, pero si tú te refieres a alguna chica que te apetezca... que te esté empezando a gustar, a mí no me gustaría.

—A mí tampoco.

—No.

—Claro...

—Tampoco a lo mejor diría: "Ya no quiero nada con ella." Pero que me echaría un poco para atrás, sí.

—Depende un poco de cómo sea el consumo.

—A mí no me importaría.

—Depende del nivel de consumo.

—Porque tampoco puedes decir: "Buah, lo dejo fatal, no voy a estar con ella, y tal..." Y luego tú lo... Y luego tú lo haces, ¿sabes?

—Ya. Claro...

—Porque luego ella puede pensar igual.

—Sí, sí...

—Por eso te digo, depende del nivel consumo: si se va a pasar, que cada vez que salga con ella... la va a liar...

—Es que no me gustaría entonces...

—Eso me va a tirar para atrás.

—Claro, es eso.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Ellas deben gustar, y sienten una gran presión (de la sociedad) para que mantengan la imagen esperada para gustar. Y creen que eso no es lo que transmite una mujer, por ejemplo, borracha. El resultado es que las mujeres se perciben como débiles, sobre-expuestas, y permanente y severamente juzgadas.

—Yo veo igual de mal el que un hombre fume un porro que... que una mujer fume un porro, ¿sabes?

—Pero los niños eso no lo ven así. En una fiesta ven a una niña fumando porros y no es lo mismo que dos niños.

—Ya.

—[...]

—Por ejemplo, los que no fuman porros, y ven a una chavala que fuma porros, y dirá: "Mira la golfa." Siempre piensan eso: "Mira, ahí va una golfa. Esa tiene que ser una guarra."

—Sí [varias voces]

—Que yo he estado con amigos, que muchas veces he dicho "Pues puedes ser tú si estás fumando porros." Y ninguna... y ninguna niña pensaría lo mismo que estás tú pensando de ella. Porque los niños tienen un concepto diferente a nosotras.

—Moderador: Pues eso que decís es duro, ¿no?

—Sí.

—Sí, siempre las niñas caemos en...

—Somos débiles...

—Siempre nos están criticando por algo.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Yo creo que es presión social también, sobre la mujer. O sea, siempre... siempre son más exigentes con el físico de las mujeres,

entonces yo creo que eso nos hace a nosotras que seamos... vamos a arreglarnos para gustar, para... o sea, yo creo que al final todo eso también acaba influyendo. Y en los hombres no tanto. Y creo que igualmente está peor visto ver a una mujer borracha y tirada por el suelo, que ver a un hombre borracho y tirado por el suelo, o sea...

—Con 15.

—Con 15 años, con 16 o con 40, da igual la edad, entonces... Creo que siempre va a haber diferencias entre hombres y mujeres pero por toda la sociedad que lo envuelve también.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

Ante esta situación las chicas expresan con gran contundencia su preocupación por ese componente de imagen que conlleva el consumo de drogas. En primer lugar porque consideran que es menos habitual el consumo entre chicas, al menos en público; pero también por la absoluta convicción del juicio al que están sometidas, y que ellas mismas asumen y comparten.

El juicio parte también de ellas mismas, del control social interiorizado, que es mucho más potente que el que pueda recibirse del entorno, aunque consideran también evidente que los chicos juzgan y valoran negativamente su posible consumo.

Pero lo cierto es que esa dinámica de censura y autocensura incide sobre todo, y desde su punto de vista, en la ocultación. Y que esa ocultación, para evitar la notoriedad, redundante en el mantenimiento del prejuicio y de los estereotipos, tanto más contundentes cuanto mayor sea la frecuencia de los posibles consumos.

—No es común que una chica fume. O sí, sabes...

—Claro, no está tan bien visto.

—Pero está mal visto que fume una chica...

—Obviamente el trato va a ser el mismo. Pero... no sé...

—A ver, tampoco te llama la atención que dices: "Uy, madre mía, una chica que se está drogando"...

—Claro.

—No.

—Pero lo ves, o sea... como que tampoco le das importancia. Que es una chica pues vale, ves a un chico, pues vale también. Pero que lo normal, que es lo que ves, es más chicos que chicas.

—Sí.

—No es que preocupe más, es que es más... No es tan habitual verlo. Entonces...

—Pero eso no significa que haya machismo.

—A ver, exacto, no te llama la atención.

—...que haya una chica fumando un porro y un chico, y digas: "Jolín, la chica." Y con el chico, pues, pase desapercibido...

—Qué machote, no.

—Claro, o sea, es lo mismo.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Como se ha visto, aceptan y no niegan, de forma crítica pero sumisa, que esa manera de juzgarse a ellas mismas es, en ocasiones, mucho más severa y superior a la importancia que pueden otorgar los chicos al consumo femenino: creen que ellas dan más importancia a la imagen que proyectan hacia los chicos que lo que les importa realmente a ellos.

—Moderadora: Y los chicos de vuestra edad cuando teníais 15 años, ¿qué pensáis que esperaban de vosotras? O sea, me refiero en relación con... pues eso, con beber, fumar... digo, hablabais de la presión pero... o sea, ¿qué pensáis vosotras que esperaban...?

—Yo creo que ellos pensaban menos de lo que nosotras pensábamos que pensaban ellos.

—Sí.

—Decías "Jo, a ver cómo me..." intentabas ligar con alguien, o tú ibas a decir "Pues me gusta éste, o que me vea guapa, o..."

(21-24 años, chicas, Valladolid)

Las chicas, además, manifiestan de forma permanente la preocupación de sus padres y madres por la imagen que proyectan. Consideran que a sus familias les preocupa que consuman, pero sobre todo el tipo de personas con las que se relacionan (que ya hemos visto que padres y madres asocian entre sí). Como ya se ha señalado, para las chicas la respuesta a esa preocupación familiar se traduce en la culpabilización por la posibilidad de *defraudar las expectativas*, por lo que, también en el ámbito íntimo y familiar, la estrategia es doble: o evitar el consumo o evitar que sea visible, siempre desde el punto de vista del posible deterioro de la imagen y por *el qué dirán*.

—Cuando empecé a salir con esta gente, mi madre me dijo: "Ten cuidado, ten cuidado." Mi padre lo primero que me dijo fue...

Primero me empezó a decir: "Mmm... es que si te ven juntándote con esta gente van a pensar que tú también lo..."

—Y quien te ve te compare.

—Exactamente. Es decir, te van a comparar. Que pasa, mi padre me dijo: "Mira Isa, si... Que si la comparan a la niña sabemos que no va a fumar. Porque la niña es muy lista, y si la niña no quiere, no va a querer. Y... y te tiene que dar igual si fuma, o no fuma. Porque malas personas hay un montón, y a lo mejor por fumar, ¿qué pasa, tienen que ser malas personas? No, a lo mejor son más buenos que un... que uno que no fume porros. ¿Qué pasa, que porque fume porros y están felices? Pues ya está, tu hija está contenta porque disfruta. No está fumando porros, pero está disfrutando. Y es lo que importa, la amistad, los que están ahí. Si lo... si los amigos están ahí es lo único que importa. Ya está." Y yo pienso igual, da igual si fuma porros como que no. Porque ¿qué pasa?, ¿porque tu novio fume porros da mala imagen? No. Porque a lo mejor yo no fumo porros y puedo ser mala persona más que esa persona que fuma porros. Hombre...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Como es evidente que las chicas consumen también, la diferencia con los chicos es que ellas se plantean la necesidad de mantener un cierto equilibrio para determinar cómo se tantean o se traspasan los límites de lo *bien* o *mal* visto. Equilibrios entre la preocupación por la imagen proyectada y el autocontrol, la vergüenza y la presión grupal.

—Yo creo que con 15 años es como que intentas hacerlo, pero claro, a cada uno nos afecta de una manera, entonces traspasas el límite de lo que está bien visto, y entonces ya no sientes el problema de sentir vergüenza o lo que sea, pero luego, a su vez, el fin de semana siguiente sigues teniendo la misma presión social de tu grupo de que hay que beber y un poco es otra vez el círculo vicioso ese.

—Puedes decir que si no bebo tanto no va a pasar esto, pero entonces puedo beber hasta el punto de que no me vuelva a pasar.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

Por otro lado, en este contexto en el que la imagen del consumo no es equiparable entre sexos, la igualación del consumo entre ellos y ellas se entiende como un

proceso en el que las chicas imitan o han ido imitando el comportamiento de los chicos. Una vez más, el consumo de drogas percibido y ratificado como cosa de hombres, que las mujeres adoptan por imitación sin que les corresponda realmente.

Por eso también se maneja la idea de las chicas que son más modernas, que no son tan tradicionales ni se preocupan tanto por el qué dirán, se comportan más "como ellos".

—A lo mejor si alguno del grupo lo hace... y a lo mejor se llega a criticar

—Uhm, el mío igual.

—Es verdad.

—Pero como la gran mayoría son novias y demás, sí que se critica y tal.

—Pero, pero en el grupo de chicos sí que lo está normalizado. De hecho... dos grupos de chicas totalmente opuestos que son así como más modernas, más tal, que se meten de todo y después las... las novias de los amigos, las que se van a escuchar las dos...

—Ya, sí.

—Te voy a decir que eso es generalizar, y no está bien, ¿sabes? Y... y a lo mejor ahí cada uno conoce un caso y es todo lo contrario, pero a lo mejor te vas a la facultad de Derecho, y a la facultad de Bellas Artes, y preguntas en cada sitio...

—Esa es la típica chica de... de las salas de Ruzafa, de todo esto. Que son un poco más modernas, más... Que no... no tienen ese... No están en ese perfil de si me drogo me van a empezar a criticar mis amigas. No, se van a drogar igual que yo, porque venimos a pasárnoslo bien y ya está, y nos da igual, ¿sabes?

—Sí que es verdad.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Si los patrones de consumo se van equiparando se entiende que es porque las mujeres asumen hábitos de hombres, pudiendo incluso *pasarse de frenada* superando el consumo de ellos.

—[CHICO] Yo creo que en cierto punto se está como normalizando un poco.

—[CHICA] Sí. Yo pienso que antes igual sí, pero ahora mismo... hay mucha... yo creo que lo veo de la misma forma. O sea, yo lo veo

por mi entorno; es más, yo conozco a más chicas que se drogan que chicos. Y lo veo en plan supernormal. En plan no se me hace nada raro que sea chica o chico. Es más, es que es lo que digo, tengo un grupo de amigas que todas fuman porros y es bastante... y se drogan y van a festivales, y se drogan y son mis amigas las que tal. Más que chicos.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—Antes también estaba mal visto eso, y ahora ¿cuántas mujeres van a los bares, más mujeres que hombres borrachos? La verdad, que a las mujeres nos encanta beber, más que a los hombres. Y fumar también. O sea, yo soy la primera...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

La referencia del consumo sigue siendo la masculina y, por tanto, las chicas lo afrontan desde la curiosidad al ver a los chicos ("cómo será") y, según apuntan los discursos, por influencia de ellos, fundamentalmente por los novios. Y aunque se igualen los niveles de consumo, lo que no cambia es que se sigue juzgando diferente, en base a esa diferenciación cultural y a los estereotipos que se manejan.

—...que los tíos fuman... pero que las tías no nos escapamos de ninguno.

—Hay tías y tías, la verdad. Hay tías que tú dices... Por ejemplo, yo te pregunto: "¿A ti qué te ha dado el porro?, ¿a qué sabe el porro?" Pues yo la verdad siempre he tenido mucha curiosidad. Yo veo a todo el mundo fumando porros y digo: "Algo tiene que tener especial. Porque no lo entiendo." Todo... todo el mundo dice: "Yo qué sé, tiene un sabor diferente, es que es diferente"...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—[CHICA] Porque a mí a lo mejor ahora me lo dices y te digo que no, pero se lo dices a mi hermana que tiene 15 años, la insistes cuatro o cinco veces, se lo dice su novio, y al final va a caer.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—A nosotras se nos penaliza, o sea, nosotras tenemos libertad para consumir lo que sea, pero si una mujer por ejemplo está borracha y la hacen algo o hace algo, o está tirada en la calle o lo

que sea, está mal visto. Pero un hombre que se emborracha es como que tiene la justificación, haga lo que haga, de que es que estaba borracho. Entonces, en ese sentido yo creo que no se nos mira igual cuando un hombre y una mujer consumen lo que sea.

—Yo es que sigo pensando que no tenemos... tenemos las mismas... ¿Sabes?, que no se ve mal, que tú te pides una caña y no te van a ver mal por beberte una caña si eres mujer y que el hombre se pida el agua. Pero que, inconscientemente, como que la mujer se le ve menos relacionado... es que no sé cómo explicarlo.

—Sí, que se le ve menos relacionado con el consumo.

—Sí, que no es raro, ni se ve raro, ni... ni es nada que no sea normal, pero sigue siendo... la relación sigue siendo como más del hombre que de la mujer, inconscientemente.

—Como una idealización.

—Sí, algo que está normalizado ya en la sociedad.

—Pero yo creo que en verdad el consumo luego se consume... o sea, vamos, tabaco fuman mujeres también y yo creo que el tema de alcohol también se bebe... vamos.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

El mismo hilo argumental de los y las jóvenes es el que manejan padres y madres. Desde las familias se alude también muy claramente al consumo de drogas como algo ajeno a las mujeres (sus hijas, pero no sólo). Por eso, las chicas que se acercan a las drogas lo hacen de forma equivocada, por imitación y por lo que interpretan como un cierto tipo de competitividad: son mujeres que quieren *parecerse* y *superar* a los hombres, que se comportan de forma más viciosa y más extrema en todo y que acaban consumiendo más que ellos.

Es curiosa la mención a la "competitividad" en este contexto, que (sobre todo entre las madres) se plantea como si el consumo de drogas fuera una carrera a ver quién puede más. Pero fundamentalmente porque también este concepto tiene componentes diferentes según se trate de chicos o chicas. Si la competitividad tiene que ver con el carácter, y si las mujeres tienen más carácter (como afirman, más personalidad, sobre todo a estas edades) puede ser que, contradictoriamente con otros argumentos que esgrimen, el espíritu competitivo les haga consumir más.

En realidad, a lo que desde esta perspectiva parecen referirse es a la idea de que si los chicos *compiten* entre ellos igualándose de forma compulsiva y gregaria, las chicas lo hacen más desde un plano individual, de reafirmación frente a los chicos

y frente a lo que se espera de ellas como mujeres. Sea por competitividad o por mera imitación (la equiparación femenina se da por imitación): los chicos beben, fuman... porque quieren; las chicas para imitar a los chicos, y para integrarse en un espacio que es masculino.

—La competitividad... No sé, vuelvo siempre digo lo mismo... Está en el carácter de cada uno...

—Sí.

—Independientemente del sexo... Yo conozco niños competitivos, que eso, que van a... van a full, y niñas que son más pasotas en todos los sentidos, y lo llevarán...

—Sí, pero yo te digo que la mujer competitiva y el hombre competitivo... es mucho más competitiva a la hora de comparar en el sexo...

—[...]

—Porque antiguamente sí todavía podías decir los hombres son los que fuman, los hombres... Pero ¿ahora?, ¡ja!, ahora es así. Así, o así ya... Ya las mujeres creo que van para arriba echando la pata a los hombres. Tienes mucha suerte si no conoces a ninguna mujer. Yo por desgracia a muchísimas criaturas, muchísimas niñas, muchísimas... Drogadas muchísimas.

—El porro además es...

—Y ya no el porro, es la cocaína, la cerveza...

—Es todo, todo, todo.

—Yo las he visto...

(Grupo madres, Sevilla)

—Las mujeres, en general, pueden llegar a ser más viciosas y más todo...

—Totalmente.

—Moderador: ¿Eso por qué?

—Pues no lo sé... Pues por... por... creo que sí. Jajaja, no te lo sé decir. Cómo te digo. Las mujeres, creo que somos más... La que llegue a ser viciosa o la que llegue a... a... ser competitiva... en todos los aspectos puede echarle la patada al hombre.

(Grupo madres, Sevilla)

—Yo lo que veo ahora es que la sociedad está cambiando de unas maneras bestiales, y a veces se considera el tema de la igualdad

en un tema que no... Somos iguales, tenemos que ser iguales. Entonces, para ser igual que él, tengo que fumar y tengo que beber y tengo que ponerme pedo los fines de semana. Los tíos, llega el fin de semana: "Menudo pedo me he cogido, no sé qué." Pues eso una chica antes es que no se veía y ahora es constante. Se junta el grupo de amigas y es que se ponen ciegas tanto o más que los tíos...

—Como más inocentes. Como para no quedarse fuera de la onda, cuando van al ambiente. Pero van con los machotes, con los chavales, como: "Mira, que yo también..." pero como más modositas.

—Normalmente el chico bebe porque quiere. Lo tiene asimilado. Sale a beber, sale a ponerse.

(Grupo padres, Madrid)

Todo este imaginario, cargado de claves sexistas sobre la posición diferencial de chicos y chicas ante las drogas, conlleva la reafirmación de un inagotable espectro de argumentos relativos a las condiciones, motivos y consecuencias de los consumos.

Por una parte, facilita —lo que incluso llega a considerarse *positivo*— el acceso de las chicas a los espacios y las sustancias: las mujeres *sirven de cebo* para los varones, y tienen todas las facilidades para entrar en discotecas o locales, bien porque no pagan entrada, bien porque no les comprueban la edad...; las chicas no compran, les invitan, etc.

—Y yo ver a una chica... O sea, que es de mi colegio, que va a segundo de la ESO, y decir "Pero chica, ¿qué haces aquí?" "No, no, si es que no he venido ni con carnet, o sea... Yo lo único que he hecho ha sido bajar un poco más la camiseta, y he entrado." Y, de hecho, las chicas entramos gratis muchas veces...

—Sí [varias voces casi al unísono] [...]

—Sí, o en packs y eso... En packs te regalan, a lo mejor... A todas las chicas les regalamos un mojito...

—Claro, eso también te engancha. Y en los chicos, pues tienen que pagar no sé qué... Ya, shhh, pues de que tus amigos vean que a lo mejor, que a ti te han regalado eso... Pues también voy a consumir...

—Sí.

—Entonces es como todo el rato...

—Te critican.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Las chicas no pillan...

—Sí.

—A ellas les invitan...

—Ya, claro.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Por otra parte, la imagen que se proyecta, se asocia también a ciertos deterioros o cambios físicos que reflejan los consumos; lo que para ellas es señal de alarma.

—Yo antes sí que fumaba en plan porros a menudo, casi todas las semanas. Pero empecé a ver que no me molaba el rollo porque... porque mis amigas, no sé, empezaron a adelgazar, los estudios, tal... Que como que se le veía más físicamente peor. Y dije: "Bueno, ya." Y ya pues no fumaba tanto. Alguna vez sí, de fiesta, pero nada, tonterías... Porque prefiero centrarme en los estudios y centrarme en una salud buena que por estar tranquila o contenta, como se suele decir, al fumar porros, pues prefiero no.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Además, los consumos se relacionan con ciertos estereotipos o perfiles sociales, de tal manera que consumir o no proyecta una imagen acorde o distorsionada de *clase*; hay perfiles a los que no se asocia con el consumo, y consumos que se relacionan con la imitación de cierto estatus social.

Por supuesto que esta relación del consumo con el estatus social tiene que ver con la consideración de la influencia del ambiente, la educación y el entorno familiar; y es evidente que estas ideas conllevan también una distinción clasista de determinados consumos: barriobajeros, de gente con problemas, familias desestructuradas...

—Yo, la verdad, ahí no estoy contigo porque, por lo menos en mi pueblo, de las niñas más pijas que hay, que tú dices: "Es imposible... que esa niña fume eso." Lo fuma. En plan, ya es tal moda. Pero esas niñas ven a las que son más de calle fumando, y les entra curiosidad a esas niñas de qué es lo que están fumando. Vamos, una vez se acercó una chavala... Vamos, se acercó a una amiga mía... Y esa chavala... O sea, se estaba fumando un porro.

Y vino una chavala y le dijo que qué se sentía al fumar porros. O sea, ya por curiosidad quería probarlo...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Yo he visto a pocas tías fumar porros que sean las típicas niñas que, como quien dice, no le falta de nada. Las he visto pocas, ¿por qué?, porque lo tienen todo.

—Ya.

—En plan, no... No quieren buscar un escape, porque en su vida están bien. ¿Me entiendes? Entonces las niñas que tienen problemas, que buscan un escape, una salida, algo... algo que les quite de sus marrones...

—Sí, sí, sí.

—Que buscan la droga, ¿por qué?, porque están en otro mundo. Entonces es lo que, por así decirlo, lo que le salva.

—[...]

—Pues yo me puedo quedar en la casita de mi pueblo y tú ves a un... a niños. Que son niños realmente de 17 o 18 años. Niños, que tú los ves y están en el servicio metiéndose rayas. Y tú te quedas en plan: "¿En serio? Que tienes 17 años chaval. Qué vas a esperar cuando tengas 40." Pero ya no es el ambiente, es que son... Yo qué sé, son niños que cre... Si creces en la calle... mmm... eso para ti no va a ser nada malo. Porque, yo por ejemplo, al lado mía hay un barrio que, por así decirte, es como Bachillera. Hay un niño de 8 años y ve normal que se haga un porro. Ven normal que alguien se haga una raya delante del niño. O sea, y eso lo ves en los niños. Y es día tras día... Y no es eso, a parte también es la vida que tú lles. Como te hayas criado, en la manera en la que sean tus padres contigo...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Yo conozco a un grupo de chicas, que eran súper buenas niñas, súper buenas niñas. Qué pasa que son, después de los porros y todo eso, ahora son unas... Como decirlo, unas barriobajeras, que se pasan el día bebiendo... "Es que primo no sé qué, es que no sé qué... Venga tía, hazte un porro, no sé qué..." En fin, que no...

—Que pierden la educación.

—Sí...

—Nos imaginamos, en plan, a los chicos, en plan, los típicos chicos... Eso, lo que he dicho antes, los típicos chicos de barrio...

—Sí.

—Sí.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Finalmente, y como conclusión, se pueden apuntar algunas de las innumerables expresiones de las diferencias en la imagen que proyectan chicos y chicas a través de los consumos, especialmente de los consumos más excesivos o descontrolados.

Los chicos resultan "divertidos", "fiesteros"; las chicas, "facilonas". La imagen, o el recuerdo, de un chico borracho se asocia a una noche divertida, en la que se deben haber cumplido expectativas y se entiende que sabrá defenderse y valerse por sí mismo; la imagen de una chica borracha preocupa, da pena, se considera desvalida en una mala noche y provoca necesidad de ayuda.

—Hombre, yo creo que una niña no juzgaría a otra niña que, por ejemplo le estuviera vomitando...

—Depende.

—Al revés, yo por lo menos la ayudaría.

—Claro, yo siento lo mismo.

—Una niña... Vamos, si fuera un niño también, ¿no? Pero al ser una niña más porque al ser una niña digo, para que venga aquí cualquier tonto y le haga aquí alguna cosa...

—Claro.

—Y si está vomitando, la ayudo. Ahora, a un niño también le ayudaría, ¿no? Pero no tengo ese... eso de decir: "Lo dejo solo, lo van a violar." Yo sé que el niño...

—Se sabe defender.

—Se lo habrá pasado muy bien... Pff...

—Yo veo a un niño borracho, pfff... vomitando en la feria, y es como para mí lo más normal, en plan de...

—Uno más.

—Uno más. Después veo a una tía, y además que... A lo mejor con el novio que también van borrachos los dos puestos, y ya me da pena. Y ya voy con la cosa de... "Pfff, vaya tía, cómo está, mira lo que le va a pasar..." O yo qué sé, ¿sabes? Que me quedo más con el cargo de conciencia. A lo mejor no le ayudo porque no soy tan echada para delante para esas cosas, ¿sabes?, que me da más corte. Pero veo a un hombre y no me resulta tan... ¿sabes?, que

no... Tampoco lo estoy juzgando, pero no... no lo veo... No lo veo igual, ¿sabes?

—Es diferente.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Yo conozco a una chica, tiene 25 años y ella te suele decir muy fácil, pero muy fácil: "Mira, que estoy colocada, que ahora no me hables." Eso...

—¡Hala!

—¡Madre mía!

—Sí, sí, pero así, tal cual: "Ahora no estoy colocada..." Y mi...

—Pues a mí mi hija me dice: "Estoy colocada"... Le meto una hostia...

—Yo primero le digo: "Acuéstate"... Pero una vez que se levante [interrumpiendo], ya verás.

(Grupo madres, Sevilla)

—Claro, yo por ejemplo, en las fiestas del barrio digo: "No, no, tú tienes tu hora de llegar a casa y tal, y tú te tienes que comprender en esas horas y tal." Que a lo mejor un día puedes llegar y decirle: "Bueno, pues tal." Pero yo lo que no comprendo es, como decía este hombre, que es que tengas que parar a una chica borracha, a las cinco de la mañana, con 15 años o 14 años.

(Grupo padres, Madrid)

Los chicos borrachos resultan molestos, pesados, se acercan demasiado; las chicas borrachas, no. Los chicos borrachos resultan violentos; las chicas borrachas resultan emocionales, lloronas... dóciles y no agresivas.

—Estoy acostumbrada a como que los tíos ciegos se te acerquen. Pero no estoy acostumbrada a que las tías ciegas se acerquen a los tíos...

—Claro, nunca.

—No me cuadra, que luego a lo mejor las hay...

—Las hay, las hay...

—Pero que son más... animales, por así decirlo.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—[CHICO] Es que yo, aun siendo chico, si veo una chica a lo mejor intento ayudarla más que a un chico por el tema de que se ponga

violento, o sea, es que tú le dices "Oye, ¿estás bien?" o "¿Te puedo ayudar en algo?" y aun así, está mal que lo diga, pero aun así si una chica se le puede enfrentar más, a un chico también se le puede enfrentar en plan tomando sustancias, yo creo que la cabeza no te va, y una chica siempre, entre comillas, te puede defender algo mejor, son más pacíficas en ese sentido, en plan... no te va a saltar con un puñetazo, no te va a con... Bueno, con una voz te puede saltar, con una voz a lo mejor sí, pero es más difícil, y un chico en cambio yo creo que sí va colocado, una mala voz, un puñetazo te puede... es decir, se sienten más fuertes y... con cualquiera, tanto chica como chico, yo creo que sería más peligroso ir a ayudar a un chico es mucho más peligroso que a una chica.

—[CHICA] Si tú como chico piensas eso, nosotras como chicas pensar en hacerlo en chicos...

—[CHICO] Por eso.

—[CHICA] O sea, yo tampoco, yo pienso como tú en ese sentido.

—[CHICA] Es que sé que suena fatal decirlo, pero no me saldría jamás, jamás en mi vida, de hecho cruzaría de acera. O sea, si veo un chico que va fatal en mi dirección digo, bueno, es que me quito de en medio, no sea que se cruce el cable y...

—[CHICA] Y pienso que no son tanto prejuicios, sino que es experiencia, en parte. En plan, tú sales a una discoteca, y lo que sueles ver es eso, o sea, ya no es tanto el bueno, pues igual, no sé qué, bueno, aparte de que sale muchísimo en las noticias y tal, tú vas a una discoteca y es muy raro ver, pero los chicos se pelean muchísimo, beben y la mayoría muchas veces se ponen agresivos, en plan... por eso es tanto la experiencia más, yo creo. A una chica la puedes ver más llorando, o estar, a lo mejor que se siente mal, que no sabe qué hacer, que se quiere ir...

—[CHICA] Eso también es, por lo que hablamos, cultural, porque se espera de ellos que sean agresivos y de nosotras ser dóciles y llorar, ¿sabes lo que te quiero decir? Que por supuesto que hay excepciones, pero yo creo que está construido de esa manera para que lo pensemos así.

—[CHICO] Y es que estoy totalmente de acuerdo. Que suena mal, pero es que, es que yo lo he hecho, yo lo he hecho, de que estoy en un metro y he visto a un chico mal y he dicho "Bueno, pues que se

las apañe", pero es una chica que no se puede parar y estás pendiente de...

—[CHICA] O sea, si dos personas, por ejemplo, un chico y una chica, beben, piensas, lo que ha dicho, que el chico se ponga violento, y la chica termine en la pared llorando, sentada, porque "Madre mía, qué deprimida estoy, que no sé qué..." Y que el chico se ponga agresivo y violento sin motivo ninguno. Que también hay que ver las reacciones de las chicas, porque yo he visto amigas mías que en vez de ponerse a llorar, o estar llorando, de repente a los cinco minutos se están dando hostias a la pared y querer matar a alguien, ¿sabes?, así porque sí. Pero que me refiero que lo primero que te esperas es que el chico sea el violento siempre, y no te esperas ver a un chico ahí tirado, llorando porque está muy pedo, ¿sabes? Que yo creo que lo primero que piensan las chicas es en todo lo deprimidas y todo no sé qué y terminan llorando.

—Moderadora: ¿Y por qué lloran las chicas cuando beben?

—[CHICA] Pues porque sí, es que es así y ya está.

—Moderadora: ¿Qué cuentan?

—[CHICA] Es que es lo primero que se les viene a la cabeza, o sea...

—[CHICO] Es que cuesta a veces... por lo menos a mí, me cuesta decir tanto de que se espera de una chica que llore...

—[CHICA] Ya. Pero no que llore, siempre es el sexo débil. Siempre se espera que sea el sexo débil. Es que es verdad.

—[CHICO] Es que suena muy mal. No sé si a los compañeros también, pero como me cuesta un poco hablar del tema de... pues sí, de los chicos se espera que sean agresivos, pero de las chicas se espera que sean dóciles y lloren. Y cuesta hablar, porque es que a veces lamentablemente es verdad. Muchas veces lo que... pues lo que ha dicho ella, hay a lo mejor chicas que de pronto beben y están dando hostias a las paredes, pero te choca más eso que un chico. Yo veo a un chico dando hostias a la pared y digo "Mira, está borracho" y a una chica es como... "Pero ésta ¿qué está haciendo?" Es que lamentablemente no sé por qué, pero es que no esperas eso, y ya...

—[CHICA] Pero es que yo lo concibo como algo normal que el chico sea el agresivo y la chica se ponga a llorar.

—[CHICO] Sí.

—[CHICA] Entonces ya, en el momento que pasa al revés, piensas "Madre mía, ¿y a ésta qué le pasa?", ¿sabes?

—[CHICO] Sí, sí, sí, sí.

—[CHICA] Y primero a lo mejor está llorando, o al revés.

—Moderadora: ¿Y si llora el chico?

—[CHICA] Claro, lo ves raro, ¿qué está pasando?

—[Hablan a la vez]

—[CHICA] Porque como no está visto, en el momento en que llora el chico es en plan de... dios...

(21-24 años, mixto, Madrid)

Por su parte, las chicas manifiestan un muy superior sentimiento de vergüenza o ridículo ante experiencias de borracheras o desfases. Si ellos disfrutaban rememorando, las chicas sufren y experimentan el conflicto entre lo que quieren hacer y cómo las van a juzgar. Muestran un gran sentimiento de auto-responsabilización respecto a sus actos, tanto si los recuerdan como —incluso más— si no, lo que no se aprecia en los discursos masculinos.

—Yo también como lo que veo, lo veía, eso, a los 15 años, en el círculo en el que yo me movía, que un chico se cogiera un pedo y eran todos los tíos como "Buah, tío, ¡pedazo pedo te cogiste, no sé qué!" Y las chicas a lo mejor se emborrachaban más y llegaba y decía "Jo, qué vergüenza, no sé qué, seguro que he hecho el ridículo", como que... los hombres es como... el guay es el que más hace... el que más se emborracha, más que hace lo ilegal, y la chica como que al final es como... ¡ay!, como un poco la imagen que decíamos antes, que intentas dar de tal, la pierdes, ya esa imagen no la tienes, porque se cogió un pedo, porque se cayó, porque la vieron... como que a la hora de eso, también lo vemos muy diferente.

—Sí, porque a los 15 años si una chica se coge un pedo y el chico se coge el pedo, en cambio, bueno, no me estoy explicando bien, pero si la chica se coge el pedo, también los chicos luego la tienen como... "¡Ah, es la facilona, es la que..." y se empiezan a meter con la mujer. En cambio, el hombre, si se emborracha, no le dicen nada; es más, le elogian, le dicen lo que ha dicho ella antes... que sí... [...]

—Cuando has pasado un límite, o sea, cuando dices, una cosa es decir "Bueno, me he cogido un punto, y estoy genial y me lo estoy

pasando genial”, a decir “Pues bueno, he llegado fatal, una vomitona, o no sé qué”, entonces ya ahí yo creo que es...

—Es una lucha interna entre lo que yo quiero hacer y lo que van a decir de mí.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Yo creo que en ese momento tampoco lo ves, ¿sabes?, porque lo que hablamos de hacer el ridículo y todo eso es cuando llegas al momento de que a lo mejor no te acuerdas de lo que has hecho, te lo cuentan y te dicen “Te has caído, o has vomitado, has hecho...” entonces tú no eres consciente de lo que has hecho, y tú vas a salir el sábado siguiente y tú no vas a decir “Jo, qué vergüenza” cuando te lo cuentan, pero tú no eres consciente de realmente lo que hiciste, entonces tú vas a volver a beber porque lo que ha pasado el sábado pasado para ti no ha existido.

—Yo creo que sí que eres consciente, o sea, si te cuentan que te has liado con 30; o sea, si te cuentan cosas que sabes que no son mentira, aunque no te acuerdes, eres consciente. O sea, sientes la vergüenza, dices “Jolín, ya me vale.” Lo que pasa es que, no sé por qué lo sabes.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

8. EDUCACIÓN DESDE LA FAMILIA: ESTRATEGIAS DIFERENCIALES Y ROLES ASUMIDOS

8.1. MENSAJES, PRESENCIAS Y AUSENCIAS:

De qué hablamos cuando hablamos de drogas (en casa)

La presencia de las drogas en nuestra sociedad, la necesidad de abordar su consumo desde la responsabilidad y el control, el establecimiento y la asunción de los límites, y la concienciación en torno a los riesgos que entraña su consumo, es algo que, al menos desde la teoría, acepta sin dudar el discurso general de las y los jóvenes. Pues bien, a pesar de todo ello, de la evidente importancia de tales cuestiones, la misma generalidad de jóvenes tiende a asumir que tales cuestiones no se abordan en familia. Pese a que ésta sigue siendo la institución mejor valorada, que encarna los valores prioritarios, que representa el núcleo duro en el que se dicen y aprenden las cosas más importantes, y sobre la que se edifica la educación, entre los y las jóvenes se sobreentiende que temas como el consumo de drogas es mejor abordarlos fuera de la familia. Por la presunta incomodidad que se presupone a las posibles conversaciones que generaría, por lo que se entiende es un mayor desconocimiento de sus padres y madres en relación a la realidad de sus consumos, pero también porque se percibe que madres y padres se desentienden del asunto, y en ocasiones prefieren "mirar a otro lado" por temor a no saber afrontar o gestionar adecuadamente la realidad.

Por todo ello, en términos generales, se señala que sobre drogas se aprende lejos del seno familiar, se habla con las amigas y amigos y entre pares, y que es la sociedad en general (con las plataformas y altavoces que suponen internet, las redes sociales y los medios de comunicación) quien educa en relación a este tema. A colegios e institutos tampoco se atribuye presencia destacable en este aspecto.

—Moderador: *Y, ¿en vuestras casas, con vuestros padres habláis de estos temas?*

—No.

—Con mis padres, no. Imposible...

—No

—Eso... Ya sólo con sacar el tema me pone nervioso.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Yo creo que no son tanto los padres. Yo por ejemplo, en mi caso, mis padres tampoco es que me hayan echado la charlita típica...

—A mí tampoco.

—Son experiencias que a ti te marcan, ¿sabes? Como... mmm... Pues entonces le tengo respeto. Como... vale, lo probé, pero fue... Ya está. Que también hay experiencias, y veo a la gente, ¿sabes? A mí eso me hace pensar que tengo dos dedos de frente, y decir: "Pues si he visto a ésta que lo ha pasado fatal por la... Por la droga que sea. Pues yo no voy a hacer lo mismo porque me puede pasar lo mismo." Pero que no son tanto los padres.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Yo creo que... que más que inculcar los padres... No es que... es más la sociedad lo que te inculca a tú saber lo que está mal y lo que... o sea, que tu padre es el que te va... te va a guiar un poco en... en esta vida. Pero es la sociedad la que nos ha dicho más o menos que la droga está... está mal y tal.

—Yo no he tenido un mensaje de mi padre, textual de: "Ostia, no... no hagas esto o no hagas lo otro", porque...

—Yo tampoco.

—Yo tampoco.

—Yo tampoco.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—[CHICA] Yo creo que muchas veces las familias ya se desentienden, que es como un tema tabú en la familia, y que ya lo trata más el colegio que... que la familia.

(21-24 años, mixto, Madrid)

De los padres y madres se puede intuir algún tipo de experiencia respecto a consumos (con alcohol mayoritariamente, y en algunos casos con cannabis), pero los argumentos generales de chicas y chicos inciden en la inexperiencia de sus progenitores respecto a este tema y, sobre todo, en el desconocimiento de la realidad presente de los consumos, de las diferentes sustancias, y de la posible

relación de adolescentes y jóvenes con ellas (más concretamente, de sus propias hijas e hijos).

En relación a esta cuestión, los y las jóvenes sienten cierta legitimidad asentada en lo que interpretan es una brecha generacional respecto al mundo adulto que representan sus madres y padres. Por ello, la idea de hablar con adultos del tema resulta incómoda, porque creen que "no entenderán", porque suponen que tenderán a demonizar la relación jóvenes-drogas, porque sienten que les situaría bajo constante sospecha y, en última instancia, porque no lo consideran necesario, ya que el *statu quo* les posiciona en una situación cómoda en la que se obvian los consumos de drogas para no alterar la tranquilidad familiar. En este sentido, sí se habla del consumo de alcohol, su presencia, su control y su abuso; incluso se toleran episodios de consumo abusivo, toda vez que es una sustancia culturalmente enraizada y normalizada. También porque tiende a servir de coartada para el resto de consumos, y justificación de la labor educativa y de control en el seno familiar respecto a estos temas: hablar de "consumos" en familia será hablar de alcohol.

—No es un tema que saque con mis padres...

—Y no es lo típico que hables con tu padre en general...

—Tampoco.

—¿Sabes? Le puedes contar lo que has tenido a tu padre, porque yo sí que se lo cuento... Algún domingo.

—De alcohol

—Claro, de alcohol...

—Sí. Y ya está.

—Pero le dices de alcohol. Y omites todo lo demás...

—Yo por lo menos omito todo lo demás.

—Si hay algo lo omito.

—Y entonces a lo mejor llegas a las diez de la mañana o la hora que llegues y al día siguiente te pregunta tu padre, y dice: "Buah, pa, ayer, pff... ni te cuento."

—Claro.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Lejos de inquietarse por la consolidación de tal brecha en la comunicación en relación a los consumos de drogas, no pocos adultos la reconocen como tal. Por un lado, en base a la teórica despreocupación que genera afirmar que son conocedores de los hábitos, debilidades y fortalezas de sus hijos e hijas (sobre lo que se profundizará más adelante), entre los cuales no estarían los consumos de

riesgo: si los consumos no están presentes en la familia (y si no se habla de ellos, no están presentes), hablar de ellos se entiende como un ejercicio innecesario, cuando no un posible generador de problemas (cual *efecto llamada*).

Por otro lado, desde el discurso que domina los consumos de alcohol, que una vez más tiende a encarnar toda posibilidad de hablar de consumos de sustancias en el seno de la familia. Discurso que asume la autorregulación de las conductas en base a las experiencias negativas y positivas que se van teniendo en el proceso de maduración, por las que toda persona pasa, y que sólo acarrearán problemas a medio y largo plazo a aquéllas con déficits sociales y de personalidad (siempre más allá de los márgenes de una "normalidad" que sólo representarán espacios de marginalidad muy alejados de su imaginario). Desde esta perspectiva (que casi siempre obvia consumos de sustancias ilegales), muchos padres y madres parecen esperar que, de ser necesario, sus hijas e hijos les hablarán sobre su relación con determinados consumos, a partir de un clima de confianza que puede resultar utópico cuando se quiere conseguir a partir de la estrategia de "ponerse a su nivel", precisamente en un contexto familiar en el que prima la mencionada y asumida brecha y desconfianza en relación a estas cuestiones.

—En mi caso hablan más ellos conmigo, pero con una cervecita, y me gusta que me cuenten todo...

—A mí también me cuentan.

—Yo me pongo un poco como a su nivel...

—Sí.

—Y yo también.

—Pero como para... que me cuenten cosas, me río, les gasto bromas... Que a veces a lo mejor incluso me paso con las bromas pero luego, por otro lado, eh... sé que lo puedo hacer perfectamente, vamos, porque creo que son niños muy sanos los dos y... y muy buenos. O sea, que son muy sanotes y eso, entonces me da a mí también pie como a darles confianza a que me...

(Grupo madres, Sevilla)

—Es que un niño de 17 o 18 años sabe lo que es bueno y lo que es malo...

—Normal.

—Claro.

(Grupo madres, Sevilla)

El posicionamiento de padres y madres que asume con mayor rotundidad y aparente despreocupación esa brecha e incomunicación con hijas e hijos en

relación a estos temas, lo hace desde el reconocimiento explícito de su escasa información y conocimiento de la realidad de los consumos presentes; de tal manera que reconocen que son sus hijos e hijas quienes les informan sobre sustancias, consumos, riesgos, y que además es el conocimiento que tienen sus hijas e hijos al respecto (obtenido por su cuenta) el que procura que estén menos expuestas y expuestos a determinados riesgos.

La asunción de esta posición de debilidad, en términos de información y formación, no invalida su rol como referente esencial y primario de la educación de sus hijos e hijas, que en relación a otros asuntos ejercen con talante distinto, y que cuando de drogas se trata sitúan más en la labor conjunta de la tribu en que se constituye la sociedad.

Mientras tanto, algunas madres (en este caso, los ejemplos los brindan las madres) acuden a internet para informarse, y como plataforma para poder conectar con sus hijas e hijos. Además, algunas y algunos optan por delegar su labor educativa respecto a las drogas y su consumo en asociaciones de profesionales.

—Yo me he apuntado a una asociación que había en mi barrio, que ahí ha aprendido mi hija. Y ahora he metido a mi hijo. Ha aprendido el tipo de drogas, de pastillas, de todo... Sabe cosas que vamos, que yo no tenía ni idea. Y ella es la que me informa a mí. Porque en la asociación precisamente es para eso. Para... para mmm... Para decirle todo lo que hay allí en la calle, los efectos de todo lo que hay ahí, y en lo que no deben de caer. Entonces mi hija está, en ese... en ese aspecto... La verdad, súper preparadas, porque saben más que yo. [...] no ha hecho falta explicarles nada. A través de la asociación ellos te informaban de todo mejor que yo. Yo no usaba técnicas de casa. Yo usaba técnicas a través de ella... Y vamos, y ella es la que me explica a mí. Vamos, que estoy informada de todo.

(Grupo madres, Sevilla)

—Afortunadamente al conocer más ellos están ya menos expuestos a "voy a ver esto a ver qué pasa, porque como ya sé lo que pasa, porque lo he visto, porque me lo han hablado..."

—Claro.

—Exactamente, exactamente.

(Grupo madres, Sevilla)

—Pues yo vídeos... Yo les he enseñado vídeos por internet de Ámsterdam. Yo me he informado de todo y les he enseñado los vídeos de Ámsterdam. Cómo se fuma allí, cómo se trata todo el tema...

(Grupo madres, Sevilla)

Por su parte, buena parte de las y los jóvenes asumen esa posición de debilidad de sus progenitores y progenitoras, de quienes no esperan excesiva información ni experiencia respecto a las diversas sustancias, de igual forma que generalmente no esperan que se acerquen a ellos y ellas para hablar del tema. Esta circunstancia por la que las conversaciones sobre la presencia y el consumo de drogas tiende a pasar de puntillas por la familia, es observada por las hijas e hijos desde la indiferencia, la resignación y, también, desde el alivio. Y, en cualquier caso, enfrentadas y enfrentados a la necesidad, en términos preventivos, de que algunas de esas conversaciones tuvieran lugar, los y las jóvenes plantean la necesidad previa de que las personas adultas estén mejor formadas al respecto, para que las conversaciones no tengan el trasfondo único de la prohibición sin fundamento ni conocimiento de la realidad.

—[CHICO] Yo pienso también que hay bastante ignorancia por parte de los padres sobre las drogas. O sea, lo que han dicho de que se les deben dar charlas... nuestros padres ahora mismo no saben las drogas que están a la orden del día. Sólo saben de tabaco, porros, cocaína y tal, pero hay infinidad de drogas.

—[CHICA] Tampoco pueden ser expertos en todos los campos.

—[CHICO] Bueno, pues si quieres educar a tu hijo y que no caiga en ciertas cosas, te debes informar.

—[CHICA] Sí, bueno.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—[CHICO] En la familia es como un tema tabú y se desentienden generalmente.

—[CHICA] Yo creo que muchas veces esas charlas de las que hablamos, en vez de darse también a los niños...

—[CHICO] A los padres.

—[CHICA] Sí, yo creo que hay que hacerlos y concienciarles de que son ellos los que tienen que hacerlo, que lo que dice el padre va a misa, y lo que dice el profesor se lo pasan por el forro de... las narices.

—[CHICA] Pero muchas veces lo que dicen los padres también se lo pasan por el forro...

(21-24 años, mixto, Madrid)

La percepción general de las y los jóvenes incide en ese desconocimiento por parte de sus progenitores, y muchas veces confirman que acuden a ellas y ellos como fuente primaria para recabar información sobre la realidad de las presencia de consumos y situaciones de riesgo. En este contexto, en el que parece que poco se habla de drogas en el seno de la familia, chicas y chicos explican cómo perciben que sus padres y madres tratan de intuir cuáles son sus hábitos y cuál es su grado de exposición a determinados riesgos, tanteando e intentando averiguar las características del entorno en que se mueven (amistades, lugares frecuentados...), muchas veces sin mayor fuente de información que lo que quieran contarles ellos y ellas.

—Yo con mi madre... Bueno, con mi madre igual también, pero sobre todo... A ver, me hace preguntas, para ver cómo se mueve la sociedad, pero... Es muy curiosa, la señora, jejeje.

—Claro.

—¡Vosotros qué hacéis!

—Y si éste... ¿fulanito?

—Guau, sí, sí, yo creo que he visto algo, tal...

(21-24 años, chicos, Valencia)

Al explicitar el tipo de conversaciones sobre drogas que tienen en casa, cuando éstas se producen, el acuerdo generalizado señala que el mensaje recibido es unitario y adquiere escasos matices: "la droga es mala, no hay que probarla", "ten cuidado, no trae más que problemas", "todo son riesgos", "nada bueno puede traer", "puede destruir a la familia", "hay que decir que no"... Mensaje que muchos y muchas jóvenes consideran que las personas adultas exageran para generar un clima de miedo y temor a los consumos. El extremo más preocupante se produce cuando estos mensajes se dicen y escuchan de manera mecánica, sin mayor conversación ni reflexión, y desde la convicción (por parte de las y los jóvenes) de que se quedan en la superficie del asunto, pues sus padres y madres no tienen un conocimiento real sobre las sustancias, ni visualizan cuáles son y pueden ser las auténticas dimensiones de los consumos. Es entonces cuando se reconoce que se atiende poco a advertencias que les resuenan a eslóganes.

—[CHICO] Yo, en mi caso, nunca se ha hablado de ese tema. Casi nunca, ¿sabes? Y cuando salgo de fiesta pues me dicen tal, o cual,

pero... ¿sabes? No se meten directamente a hablar contigo de este tema.

—Moderadora: ¿Tal y cual qué quiere decir?

—[CHICO] Te dicen: "Ten cuidado con lo que tomas", cosas superficiales, que no se sientan a hablar contigo y a decirte "Oye, esta droga tal, esta otra..." ¿sabes? Deberían dar más información. Yo no sé si es que les da vergüenza, si es que... no sé.

—[CHICA] Yo creo que es algo que como que queda feo hablar.

—[CHICA] Sí.

—[CHICO] Sí.

—[CHICA] Igual que sí que tienes charlas con tus padres de... oye...

—[CHICO] Como el tema del sexo.

—[CHICA] Sí, pero como que la droga se obvia hasta que es un problema.

—[CHICA] Sí.

—[CHICO] Sí.

—[CHICA] Yo creo que ahí está el quid del asunto.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—Moderador: ¿Qué tipo de mensajes habéis escuchado en casa con estos temas, con vuestros padres?

—Que las drogas son malas.

—Las drogas arruinan.

—Yo, sinceramente, me dio el mensaje cuando era más pequeño, cuando te llega la primera multa de porros a casa. Ahí se lía unas: "Que vas a conseguir", que si "vas a destruir tu familia". Porque ella... hacen un mundo de ello. Vas a fumar porros y ya se piensan que ya te estás metiendo en todas las esquinas lo que sea, ¿sabes? Y... exagerando un poco, lo hacen más exagerado pero para que tú te conciencies por así decirlo.

—Depende de la... del contacto que tengan ellos con tu... con tu sociedad, con tu... con el momento actual.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Moderadora: ¿Y en vuestras casas, en vuestra familia, de este tema habéis hablado alguna vez? ¿Qué os han dicho?

—Muchas veces

—Dicen: "No bebas y no fumes." Y yo: "Vale, adiós." Bueno, cuando se acuerdan me lo dicen.

—Mis padres saben que me voy y no me han dicho nada en plan... que no llegue a gatas a casa y ya está.

—A mí mi madre me dice eso, que... que me controle y ya está.

(16-18 años, chicos, Valladolid)

Desde padres y madres se asume abanderar ese tipo de mensajes, y se hace desde el convencimiento de que es lo que deben decir, la intuición de que es lo único que pueden decir, y la certeza de que las figuras paterna y materna deben mostrar un discurso unitario y monolítico, pues ello refuerza la autoridad e institucionaliza, familiarmente, lo que resulta aceptable y lo que no. Más allá de ese "drogas no" parecen no existir argumentos, ni se pretende profundizar, ni entrar en debate o reflexión. Se asume, desde la teoría, la ley de la "tolerancia cero", como marco de actuación en relación a los consumos; y bajo ese paraguas no caben muchos más debates ni negociaciones.

Tampoco parece probable que ninguna persona se muestre especialmente abierta a la conversación sobre un asunto que no parece permitir discusión.

En este sentido, la única excepción resulta el alcohol, cuyo consumo se asume con normalidad, incluso con pasajes en los que se traspasan los límites. Respecto al alcohol no funciona el "no", y por ello las conversaciones sobre su consumo son mucho más naturales en el seno de la familia, mientras se pasa de puntillas o en silencio por el resto de sustancias.

—Moderador: ¿Los mensajes son unitarios? ¿O hay un tipo de mensajes que... los del padre son del padre, o los de la madre son de la madre...?

—Ahí me callo.

—No.

—Son unitarios.

—En mi casa es igual.

—En mi casa son unánimes.

—En la mía también.

—Nosotros sabemos lo que es bueno, y lo que es malo.

—Y pensamos igual, también.

—Yo, por lo menos, en mi casa... Lo mío es tolerancia cero. Con el alcohol soy permisiva, porque por lo menos es verdad que en mi entorno socialmente está bien visto...

—Sí.

(Grupo madres, Sevilla)

Desde la convicción de que el único mensaje a transmitir es el de "droga no", la "tolerancia cero" determina la imposibilidad de poder regular o negociar ningún límite, pues el límite de lo tolerable es el no consumo. Dejando a un lado el alcohol y el tabaco, con el resto de sustancias el mero consumo experimental ya se interpreta problemático, probablemente con la excepción del cannabis en grupos crecientes de la población. Desde la negación del propio consumo experimental no se planean otros límites, además porque existe un amplio desconocimiento sobre cómo detectar si se han traspasado (más allá de evidencias físicas inmediatas), y se asume en buena medida que sería complicado saber cómo actuar en tal circunstancia, que no se plantea. Por ello, el discurso del límite de los consumos es tan rotundo y tan evasivo al mismo tiempo, cuando no se poseen muchas más armas para manejar otra concepción del límite. A partir de esta situación, se asume que resulta tranquilizante el dicho popular que señala que "ojos que no ven, corazón que no siente..."; pero no resultará fácil que un padre o una madre considere y reconozca que hay algo que debe ver (y no ve).

—Es que los límites son todo.

—Bueno, y un poquito de libertad, también...

—Eso llevas razón, yo creo que los límites son muy importantes...

—Moderador: ¿Cuáles son los límites?

—Pues depende de cada familia, no lo sé...

—En mi casa hay tolerancia cero.

—Moderador: O sea, simplemente probar la sustancia está prohibido.

—Cero, vamos.

—Prohibido.

—Yo también, yo también.

—Vamos, por favor...

—Yo me entero, y como...

—Cero, yo también, cero.

—Moderador: Pero... si vuestra hija o vuestro hijo ha consumido, ¿qué sucede? Si ha pasado ese límite.

—Buff...

—Si ya ha pasado el límite, y yo me entero a posteriori, yo imagino que... que habría un conflicto grande. Porque yo soy muy tremenda, e imagino que se liaría, por lo pronto, se liaría grande. Pues no sé, imagino que eso...

—Pero habría que buscar una solución...

—Pero consumir qué, un tipo de droga más dura que el alcohol o el tabaco... [...]

—Drogas más duras, o sea sustancias...

—Claro, cocaína y ese tipo de...

—Es que sinceramente desconozco... desconozco eh... las consecuencias... mmm... una vez que te fumas un porro, una vez que te me... que te metas una raya... Yo desconozco las consecuencias que vienen después. No sé cómo actúa esas... Supongo que... que las personas actuarán de distinta forma. No lo sé...

—Hombre, si le gustan, repiten y si no te gusta, no...

—No, no me refiero a eso.... Si mi hijo llega... y se ha metido una raya de cocaína, yo no sé...

—¿Cómo lo sabes tú?, ¿no?

—Exactamente. Yo no sé cuáles son...

—Bueno, la mayoría... la mayoría tiene efectos secundarios que son generalizados. Con la cocaína te pone por las nubes, súper activo, con las pupilas dilatadas...

—Que no lo sé, no lo sé.

—Con el porro te pones todo lo contrario,...

—Los ojos muy colorados.

—Si yo no me entero. Si yo no me entero...

—Tú vas por la tarde, y viene a tu casa a las doce de la noche no te enteras de nada...

—Claro.

—Ni tú, ni yo, ni nadie, quiero decir, o sea que es que...

—Si yo no me entero, no pasa nada, pero ojos que no ven, corazón que no siente, vamos...

(Grupo madres, Sevilla)

Este discurso adulto sobre los límites, al tiempo que procura un terreno de juego claro y generalizado, un marco de actuación bien delimitado, y justifica la autoridad en relación al tema ("no hay que tomar drogas", "las drogas son malas"... y no hay más debate), resulta tremendamente exigente en lo personal cuando sí se traspasan esos límites.

En primer lugar porque inevitablemente entra en la categoría de lo inesperado e inimaginable, desde el momento en que la frontera entre "lo que hay que hacer" y "lo que no hay que hacer" es clara y notoria, tanto socialmente como en el seno de la familia.

En segundo lugar porque siendo su responsabilidad como padres y madres el transmitir esos mensajes tan claros y directos, aparentemente sin matices, que

una hija o un hijo consume alguna sustancia ilegal se puede interpretar como que ha tenido lugar una brecha en la comunicación, o que "algo se ha hecho mal" en el seno de la familia. Fuera del marco de actuación que supone el no consumo, la confianza en la propia labor educativa se debilita, precisamente porque casi nadie se ha preparado para caminar por un territorio que se niega. Es entonces cuando se habla de buscar "solución" a un "problema", muchas veces sin tener excesivamente claro cuál es el problema (o si lo hay), o qué tipo de consumo y hábito genera más o menos riesgo.

—Pero vamos a ver, si los niños pasan los límites... Los niños, quiero decir los hijos en general. Creo que es mucho más importante cuando lo ha pasado, lo ha pasado hayas hecho tú o lo haya hecho en toda tu vida y tu educación. Tú realmente has intentado hacer lo mejor posible, que es lo que intentamos todos con lo nuestro, porque queremos lo mejor para ellos. Pero si ya ha pasado el límite, algo no hemos hecho bien...

—Claro.

—Tanto ellos como nosotros...

—Claro.

—Y lo que hay que buscar es una solución a ese problema, porque ya existe el problema. O sea, que ni conflicto ni te encierro. Te encierro ¿cuánto? Un mes, quince días...

(Grupo madres, Sevilla)

Dentro de ese claro mensaje en el que se constituye el "no a la droga", padres y madres hacen especial hincapié (así lo señalan sus hijas e hijos) en el hecho de "saber decir que no"; cuestión que no sólo subraya la única respuesta aceptable (no se imaginan que la respuesta pueda ser "sí"), sino que también asume que la tentación existe y existirá, pero que vendrá de terceras personas. Es decir, que serán malas influencias las que tentarán a sus hijas e hijos, que por propia iniciativa no se cree que puedan acercarse al consumo de drogas, pero que pueden tener momentos de debilidad si no están preparadas o preparados para resistir a la teórica presión. Así, otorgar las armas necesarias para enfrentar tal circunstancia (en forma de valores y personalidad) se constituirá en objetivo primordial de padres y madres, fundamentalmente durante la adolescencia (tanto, que más adelante no se considera en tanta medida). Y tal cuestión parece constituirse en piedra angular de lo que entienden como educación en relación a las drogas, pues que un hijo o una hija experimente con sustancias ilegales como consecuencia de sucumbir a la presión grupal, a las malas influencias, o como acto de imitación de conductas, es algo que preocupa y ocupa. El hecho de que,

teniendo esas habilidades, a pesar de todo, decidan consumir, es algo que difícilmente se asume.

—Yo, por ejemplo, o sea, mis padres, siempre me han dicho eso de... ya no de no... no lo pruebes, mi madre siempre me ha dicho eso de: "Tienes que saber decir que no." Porque es verdad que ahora no tanto, ¿no?, cuando ya tienes casi 18 y tal... Pero cuando eres más...más pequeño, sí que eres... O sea, depende de la persona, pero sí que eres más influenciable.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Cuando las y los jóvenes ya no son adolescentes y tienen más edad, los mensajes de padres y madres adquieren nuevos matices, desde la asunción de que puede ser más probable la cercanía respecto a las sustancias, y de que existen riesgos que no sólo tienen que ver con los efectos directos del consumo. Por ello se llega a adoptar cierta actitud que persigue la reducción de daños, pensando en evitar las cosas que suponen peligros cuando se relacionan con los consumos: conducir, meterse en peleas, etc. Es decir, que si se va a consumir, al menos que se evite coger el coche, o que se tenga cuidado para no involucrarse en situaciones de violencia, por ejemplo (desde un imaginario de los peligros en ocasiones muy diferenciado por el género, siendo la violencia un peligro asociado al universo masculino, por ejemplo). Bien es cierto que buena parte de esos argumentos parten de los discursos en torno al consumo de alcohol, y que el resto de consumos aparentemente siguen quedando lejos de las expectativas de padres y madres respecto a sus hijas e hijos.

—No lo hagas cuando cojas el coche.

—Qué pesadilla, jaja.

—Sí, eso por ejemplo lo tienen muy claro. Sí, los padres... Mis padres me dicen todos los días: "No tal... Y si lo dejas allí y ya volverás otro día..." ¡Qué vas a dejarlo allí!

—Te lo dan escrito como cuando tienes el hijo, ¿no? Porque a todos nos dicen lo mismo.

—Sí, todos.

—Sí.

—No, pero es eso, cuando eres más pequeño eso que te dicen: "No lo hagas" o lo de "Tú no fumaras, ¿no?" O algo de eso... o después ya cambia...

—Claro...

—No voy a poder evitarlo, así que mejor no hagas esto si lo haces.

(21-24 años, chicos, Valencia)

8.2. CAPACIDAD DE ACTUACIÓN Y EJEMPLARIDAD DE PADRES Y MADRES

Adolescentes y jóvenes entienden el interés y la preocupación de sus padres y madres por su posible consumo de drogas, pero también señalan la futilidad o intrascendencia de algunas de sus pretensiones de control. En épocas tempranas, cuando cuentan con menor autonomía y capacidad de actuación, y cuando no se cuenta con la madurez suficiente para enfrentarse a determinadas situaciones, sí se puede reconocer estar expuestos y expuestas a la influencia y el control de sus progenitores. Claro que esto lo puede señalar una persona con poco más de veinte años, con un recorrido vital corto pero cierto; pero también un o una adolescente, recién ingresado o ingresada socialmente en la categoría "joven", y que, aun así, reclama un grado de autonomía respecto a su padre y madre que le aleje de sus años de infancia. En cualquier caso, se asume que según crecen los hijos e hijas la ascendencia e influencia de los padres y madres sobre ellos y ellas disminuye exponencialmente, y deriva en cierta resignación de los adultos ante lo que sus hijos e hijas puedan encontrar en los grupos y contextos en los que socialicen, y en un alto grado de asunción de que las y los jóvenes harán lo que consideren (en función de las influencias que encuentren lejos de casa). En ese momento, se acepta que el trabajo educativo ya se ha tenido que hacer en casa, y que al atravesar el umbral del hogar, poco más se puede hacer.

—Antes mucho más... Cuando tenía.... Cuando era más chaval pues sí. Ahora ya con 22 años ya saben que...

—Claro.

—O ya lo sabes o...

—O te va bien.

—O no eres nuevo, ¿sabes? Ya tienes unos años...

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Hombre, los padres tienen que estar pendientes del niño, pero cuando el niño sale por la puerta... El padre no puede hacer nada de... que mi hijo no beba, o como tengo una hija que no beba, si el niño va a salir por la puerta va a hacer lo que quiera. Va a dar igual lo que haga el padre.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Además, los y las jóvenes juegan con lo que entienden es la asunción por parte de sus padres y madres en relación a su incapacidad de actuación y control cuando sus hijas e hijos están lejos de casa, y con que aparentemente no muestren

inquietud ni esperen que se produzcan consumos de sustancias ilegales por su parte; en base a que se entiende que el trabajo educativo está hecho (en casa), y porque consideran que "conocen" a sus hijos e hijas, y saben que no actuarán de determinadas maneras ni adoptarán determinados riesgos (más adelante en este capítulo se desarrollará este argumento, desde la perspectiva de padres y madres). Partiendo de estas premisas, sólo cuando efectivamente se han traspasado los límites (y el padre y la madre se han enterado), será cuando los progenitores se preocupen realmente, poniendo su empeño en que la situación no se repita.

—[CHICA] Sí, pero que es verdad que nuestros padres no nos van a... no se van a imaginar que vamos a salir y nos vamos a tomar una pastilla.

—[CHICA] Claro, pues eso. Hay mucho consumo pero no es algo...

—[CHICA] Se van a pensar que vamos a salir y a lo mejor nos vamos a beber 3, 4 o 5 copas o vamos a fumar.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—Moderadora: ¿Y creéis que es algo que les preocupa [a los padres]?

—Pues claro.

—Sí.

—Sí.

—Según cómo veas al hijo también. Porque si le ves que es uno que te va a llegar todos los días mamado, pues te preocupas. Pero si ves que tiene cabeza... a ver, te preocupas pero no tanto. O sea, sabes que va a beber pero con cabeza

—Moderadora: ¿O sea, que depende de cómo os vean?

—Depende de la confianza que tengan tus padres en ti o en la persona. Si confían en que no la vas a liar, pues obviamente están más relajados. Pero si saben que día que sales, día que te mamas, o día que... vuelves emporradísimo a casa, pues obviamente no van a tener la confianza en ti y se van a preocupar mucho más.

(16-18 años, chicos, Valladolid)

En cualquier caso, las consideraciones paternas y maternas sobre los consumos y sobre el establecimiento de límites tienen que ver de nuevo, también lo señalan adolescentes y jóvenes, con el tipo de sustancias. Y en tal diferenciación es el alcohol la sustancia que marca una posición bien distinta al resto, desde el

momento en que se da por hecho su consumo, tanto desde jóvenes como desde adultos. La naturalización de las experiencias iniciáticas, pero también de los hábitos de consumo lúdico y habitual (de fin de semana), disipa la preocupación por su consumo, y aumenta la tolerancia en relación a los momentos en los que se traspasan los límites.

Los mensajes adultos serán bien distintos respecto al resto de sustancias, sobre las que no tienen certezas ni sospechas de que sus hijas o hijos consuman.

—Yo con mis padres saben que, si me voy de fiesta, voy a beber. Pero yo pienso que confían en mí y que yo no me voy a... voy a llegar... No voy a acabar en el hospital, ¿sabes?... [...]

—O sea, a mí no me dice nada, porque yo creo que sabe que voy a beber. Entonces, no me dice eso, pero me dice: "No fumes nada." O sea, a mi madre le preocupa mucho más que fume porros que me ponga ciega de alcohol. O sea, siempre me lo recuerda.

—Porque sabe que no voy a fumar porros de hecho, o sea, a ver... Si salgo, saben que bebo... voy a beber...

—Exacto, por eso.

—Claro.

—Pero los porros sí que le echan mucho para atrás.

—A mis padres también. [...]

—Vamos, mi madre me ve con un cubata y pues no pasa nada. Pero si me ve con un cigarro o con un porro pues entonces... O sea, a mi madre se le cae el mundo...

—Claro, le impacta más.

—Exacto.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—No sé, pues los padres siempre son los de "ten cuidado", los de "decid no", "la droga es mala", "con la droga te puede pasar algo"...

—Sí, eso todos al principio. Ahí decides tú qué hacer.

—Yo qué sé, yo voy a... Por lo menos, en mi caso, ¿no? Yo siempre les digo a mis padres que cuando vean la calle, cuando salgan a la calle y se sienten en un parque con niños de nuestra edad, que hablen. En plan, ellos siempre han visto muy mal... Ellos ven muy mal los porros. Illo, ¿los porros?, ¿un porro? Por favor, eso no se lo pongas tú en boca de mis padres. Y yo salgo desde los 12 años y bebo, y fumo tabaco en mi casa cada vez que yo quiera. Y no soy

mayor de edad, o sea... ¿Me entiendes? Pero siempre me han dicho: "Mientras seas consciente y sepas lo que haces."

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Junto a la amplia percepción, por parte de los y las jóvenes, de padres y madres como personas bastante desconectadas de la realidad de los consumos de drogas, otras voces señalan que los adultos "también fueron jóvenes", usando el tipo de atribuciones que alimentan los simbolismos en torno a los consumos de drogas como "cosa de jóvenes" (con todo lo que ello supone a la hora de consolidar las representaciones sociales). Así, asumen que en esa juventud tuvieron contacto con sustancias ilegales (sean o no las mismas que se consumen en el presente). A partir de esa intuición, se interpreta que dicho consumo "pasado" se oculta con pretensión de ejemplaridad, para que ello no invalide el discurso adulto en contra de los consumos (cómo pretender transmitir que no hay que probar las drogas cuando se han probado, y ello no ha resultado un problema a largo plazo), y para no trivializar los consumos, empezando por los experimentales. Situación, por tanto, cercana a un pacto de silencio que no incomode a adultos ni a jóvenes (se dan por supuestas cosas que no se preguntan ni se comentan, para evitar conflictos y para no romper la armonía familiar), y que da idea de la manera en que hay discursos familiarmente institucionalizados.

En esta perspectiva, eso sí, se tiende a diferenciar claramente entre las sustancias que simbolizan los consumos de drogas presentes (la cocaína, las drogas de diseño) en contraposición a los que pudieron protagonizar las generaciones de padres y madres (alcohol, cannabis), por mucho que alcohol y cannabis sean, con mucha diferencia, las sustancias más consumidas y normalizadas en la actualidad.

—Yo cuando me enteré que ellos habían estudiado Bellas Artes, empecé a hilar...

—Y ellos no me habían dicho nada, pero he empezado a darme cuenta de que... Claro... es imposible que hayan estudiado Bellas Artes, todo entera la carrera y no haberse metido nada.

—Yo vi una foto de Alcalá de un amigo suyo, de su edad, tal... Todo el día fumando porros con su hijo, y dije: "Claro."

—Ahora ya cuadran las cosas.

—Y te das cuenta de la gente, que pues cuando tiene una edad se ha dedicado a unas cosas, y que cuando tienen otra edad ha decidido que ya no es el momento.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—En mi caso personal, yo no sé cómo se hablarán entre ellos de las drogas y tal, la verdad es que, pues yo tonto tampoco me considero. Ellos me dicen que no, que no... no han hecho esas cosas y demás, pero claro... ¿Qué me van a decir a mí? Pero también estoy seguro de que, repitiendo lo de la Ruta del Bakalao en su momento, que fue cuando más en apogeo estaba y todo eso, pues lo que sí me han dicho es que sí salían de fiesta por ahí, pero ya está. A ver, vale, tú me dices que ya está... pero habría que verte ahora,... con 20 años, ¿sabes? O sea, en el momento. Yo me imagino que lo habrán consumido y que no me lo dirán, y lo verán normal, a lo mejor. Tampoco es algo que le vayas a decir a tu hijo: "No, no, yo me drogaba, tal..." O sea, pues... entiendo que hay cosas cambien... entre ellos y entre nosotros.

—Sí, porque también... Igual que nosotros...

—Porque a lo mejor has llegado en algún momento que has podido consumir y,... y también es una tontería, porque dices: "Ostia, lo he hecho, a lo mejor, una vez cada equis." Y, a lo mejor,... o sea, cuando tuviéramos nosotros unos hijos, también le diríamos que no, porque es en plan... Aparte de que no quieres que lo haga dices: "Pff, es que también..." ¿No?

—Sí.

—Es algo que no te fías al 100%.

—Claro.

—O sea, yo creo que a los... A la gente pequeña no le puedes decir que eso está bien porque entonces se confían...

(21-24 años, chicos, Valencia)

Las personas adultas asumen esa necesidad de ejemplaridad, que cuando establece el listón en consumos experimentales, o en no traspasar los límites en sustancias tan normalizadas como el alcohol (y, crecientemente, el cannabis) puede pasar por ocultar u obviar las propias experiencias. Se entiende que "el mal ejemplo en casa, cala", y que contra ello no pueden luchar las estrategias preventivas, ya vengan de entornos educativos formales, contextos educativos informales, medios de comunicación, u otros agentes sociales, que siempre son situados en segundo plano respecto a la familia en cuanto a educación en valores se refiere. El planteamiento de la ejemplaridad se inserta entre las y los jóvenes, que lo adoptan como mínimo exigible a la labor educativa de sus padres y madres, y también descarga peso en relación a consumos aceptados, como el tabaco o el alcohol.

—Mi hija la mayor, de vez en cuando los fines de semana trabaja en el mercado, y es que allí se ve de todo. Polvitos blancos por todos los lados. Por todos lados. Y ella me viene y me lo cuenta y... Y eso yo creo que eso aún más le hace abrir los ojos y lo hablamos en casa. Y yo creo que la chica es como que: "Si mi madre y mi hermana es... lo rechazan, yo lo rechazo." Y es que no quiere saber nada del tema, no... No... porque mi chica ve a su hermana mayor y a su madre que mmm... las tiene... bueno porque las tiene... las tiene como sus referentes, ¿no? Entonces la chica no... Que es donde yo podría tener más miedo...

(Grupo madres, Sevilla)

—Te ven a ti también y piensas: "Bueno, tú antes también te metías."

—Si tú le dices que no lo haga, lo va a hacer.

—Lo que tienes que intentar hacer yo creo es que no te vea hacerlo, porque los niños hacen lo que hacen sus padres... Y son como son sus padres.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—[CHICA] Sí, sí, espera, espera. Porque el colegio te refuerza lo que te dan en casa. Tú no puedes implantar en una clase... Es decir, si tu madre fuma tabaco, y está genial, y maravilloso, y tu primo, tu padre y tu hermana te dicen "Oye, fuma tabaco", por mucho que yo te diga que el tabaco está fatal, lo vas a seguir pensando.

—[CHICA] Claro, pero por eso digo...

—[CHICA] ¿Es una cosa del colegio de que necesitamos más charlas, tal, no sé qué? No, necesitamos una base en casa y en familias, que no sea un tema tabú. Sí que el colegio puede reforzarlo con charlas, tal, no sé qué, pues por supuesto que sí, pero yo me fío mucho más de lo que me dice mi madre a lo que me dice una tía que veo ahora el viernes por la tarde.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—O también es por lo que ven un niño, porque ha estado con gente que fuma, sus padres fuman durante toda la vida, vamos... Pues, al final el niño, pues dice: "Pues nada, yo también."

—Claro, eso pasa, por ejemplo... en mi casa somos siete... somos cinco hermanos y mis padres. Y de los siete, fuman mis cuatro hermanas y mi madre. Y yo, pues empecé a fumar cuando estaba en segundo de la ESO. Es en plan que lo ves en casa, muy a menudo, todos los días, no sé qué, no sé cuántos...

—Sí, como que es normal.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Al hablar de ejemplaridad, no sólo se refieren al hecho concreto de consumir o no (algo respecto a lo que muchas personas adultas se pueden sentir alejadas, y que por tanto no identificaría una estrategia educativa concreta), sino también a procurar un ambiente familiar adecuado, comunicativo, estable, sin conflictos de importancia. Un clima que minimice las posibilidades de consumir por motivos de evasión de los problemas. Esta circunstancia es destacada por los y las jóvenes, que en cualquier caso atribuyen la última palabra al individuo, y a sus valores y personalidad.

—Creo que va a consumir antes, una persona este tipo de drogas que en casa está mal, o con sus padres, o los estudios, tal... Que una persona que le va bien en casa, que puede hablar con sus padres...

—¿Para evadirse te refieres?

—Sí.

—O sea, que va bien con los estudios y tal...

—A mí eso en principio me da igual, cuando estoy estudiando mucho pues quiero irme de fiesta ya, la verdad.

—Sí.

—No, quiero decir a los porros...

—Que va a fumar antes una persona que tiene más problemas... digamos... Que una que, pues oye, que no se puede quejar.

—Bueno, a ver, también es depende de la persona, porque tú puedes tener muchos problemas, y aun así decir que no.

—Ya, ya.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Una de mi clase, o sea, se le murió la madre y tenía muchos problemas con su padre, con su hermano no se llevaba bien, y se metió a... a las drogas. O sea, de hecho se toma pastillas, y todo. O sea, ha llegado a lo máximo que hay. Entonces pienso que te...

como que te intentas por otra salida, en plan, olvidarte de lo que tienes en casa...

—Sí.

—Que en verdad luego te perjudica más, porque te trae más problemas a casa.

—Claro, no, sí, sí.

—Porque tus padres...

—Claro, y eso los padres no lo ven.

—Bueno, depende de los padres, pero los...

—Es que eso los padres no lo ven.

—Los padres lo que quieren evitar que fume, o sea, que no fumes, que no bebas...

—Que luego, también está la familia perfecta que está la bala perdida, pero... que no sé.

(16-18 años, chicas, Valencia)

Pese a que los argumentos de padres y madres se edifican sobre la ejemplaridad como estrategia esencial (y casi única) de su labor preventiva, también señalan que, en ocasiones, la ejemplaridad no es suficiente, pues ha de competir con agentes e influencias externas, que pueden socavar la labor familiar; sobre todo en épocas vitales en las que los y las jóvenes son muy influenciables, y sus procesos de socialización adoptan referentes distintos a los de sus padres y madres. Entonces, muchas personas adultas reconocen que no saben cómo actuar, y que quedan desarmadas ante tales influencias, que se mueven en terrenos que desconocen, y respecto a los que sienten que no tienen información ni capacidad de actuación. Este contexto es el que más preocupa a madres y padres.

—Cada relación es diferente. Nosotras siempre intentamos ser el referente de nuestras hijas. Entonces claro, eso también influye mucho. Si... si tú sabes que... no sé... Que tu madre no se droga... No se queda tirada en la calle, no sé qué,... En su mente eso está aunque lo haga,... aunque le pase alguna vez. Aunque...

—Sí, claro...

—Hombre, si lo normal de una madre es que esté borracha y esté tirada, es que el hijo no tenga control y esté exactamente igual...

—Pero ahí está el referente, ¿no?

—Lo anormal es que el niño salga que estudie, que sea responsable... Eso es lo anormal. Que está después la excepción, sí es verdad.

—Ya. Claro, que es lo que estamos hablando, que en la mayoría es así. Que después los hay que... que... que viven tanto eso, que huyen de eso y es todo lo contrario.

—Sí. [...]

—Pero es que yo por ejemplo, en mi caso. Yo en mi caso no sé ni fumar, yo en mi vida he fumado. Y el padre lo mismo. Yo no sé, yo si tuviera que concursar, no sé, el premio de fumar... Es que no tengo ni idea de fumarme un cigarro... Sin embargo, mi hija, pues fuma cachimba con las amigas. Y yo en mi casa, como le dice el padre: "Pero, ¿tú nos has visto alguna vez fumar?"

—Es lo que se lleva, es que eso... Es que es lo que se lleva y hacen todas.

—Pues tenemos una lucha el padre y yo con ellas. Llévate las boquillas, es lo que le digo, llévate las boquillas. No vayas a chupar por dios, no chupes de nadie, por favor... Sin embargo, el referente nuestro es que no pruebes...

—Pues por eso te digo, que siempre te vale tu referente, pero que siempre, entre comillas, no puedes estar ahí de referente... Aunque tú no seas fumador, o no seas bebedor lo que digas... Una vez que salgas por la puerta yo tampoco puedo decir no va a fumar cachimba, no... Claro, yo se lo digo, pero...

(Grupo madres, Sevilla)

Como se apunta, con el consumo de alcohol el principio de ejemplaridad queda en suspenso, o se aplica en sentido contrario: a ojos de los y las jóvenes, padres y madres, que beben y han bebido alcohol de jóvenes, son el ejemplo de que determinado consumo no parece implicar riesgos en el medio y largo plazo; incluso desde el reconocimiento de que, en alguna ocasión, se han traspasado los límites ("quién no se ha emborrachado alguna vez..."). La "normalización" social del consumo de alcohol provoca que a las personas adultas, aparentemente, no les preocupe el hecho de no resultar ejemplarizantes (en sentido positivo) como figuras educativas en relación al alcohol. Y la asunción de que es un "mal de muchos" disipa cualquier atisbo de culpabilidad o responsabilidad en la perpetuación de hábitos que, en ocasiones, sí resultan peligrosos.

—Personalmente, de riesgos que vea en mis hijas: el riesgo del alcohol, porque...

—Están empezado antes, macho, ahora es tremendo.

—Y es distinto.

—Sí.

—*Está muy socializado el tomarse... yo el primero, ¿eh? Que me voy con mis hijas... no debo de beber, pero me tomo algo para salir un poquito de la rutina, no sé qué, con ellas, y participo. O sea, aun siendo menor, yo me tomo una cerveza con mi hija de vez en cuando. Todo esto lo vemos hasta bien. Pero yo soy consciente de que tiene un riesgo. Eso es el riesgo que yo veo. Yo, como tengo bastante relación con ellas, pues veo que en drogas por ahora se han mantenido alejadas. De otro tipo de drogas, porque el alcohol podemos considerarlo una droga, ¿no?, desde mi punto de vista, pero una droga socialmente aceptada, ¿vale? Y de hecho socializa...*

(Grupo padres, Madrid)

Por otro lado, respecto al alcohol se maneja otro tipo de ejemplaridad, uno que difícilmente se encontrará con otro tipo de sustancias, y es el que implica "enseñar" a consumir. Así, algunos padres explican con bastante naturalidad pasajes en los que dieron a probar alcohol a sus hijas e hijos, en base al argumento de que, si van a consumir igualmente (y se asume que se hará), que lo hagan bajo su vigilancia y recomendación, y con sustancias de calidad contrastada (por las personas adultas). El planteamiento incide en la necesidad de cuidar el momento y la edad de la hija o el hijo, pero en un sociedad con un consumo de alcohol tan arraigado y culturalmente enraizado, no son pocos los ejemplos de contextos en los que esas fronteras de lo tolerable se pueden traspasar (celebraciones, fiestas populares, etc., en las que la situación de aparente excepcionalidad puede llegar a justificar, argumentalmente, el atrevimiento de dar a probar alcohol a menores de edad). También conviene señalar que no todos los padres ni las madres están de acuerdo con estas actitudes, y que incluso algunos/as jóvenes se sienten descolocados/as ante ello.

—*Yo mismo he comprado alcohol para ellas, porque se lo van a comprar igual. Y además me lo decía: "En el chino nos lo venden todos los días que queramos." "Entonces, para que compréis un alcohol mierda, prefiero yo saber qué es. Oye, os lo mezcláis ahí en mi coche, tal y cual, y luego os lo lleváis." Es decir, he tenido que llegar a hacer eso...*

—*¿Con qué edad, con qué edad?*

—*Con 16 años. Vamos a ver, que lo va a hacer igual, si es que lo va a hacer igual. El problema es que si eres partícipe un poco y por lo*

menos dices: "Coño, pues le compro yo la bebida como dios manda", pero es que si no...

—Eso, eso... Suenan raro, ¿eh?, suenan raro.

—No, suenan raro, y a mí me sonó muy raro, pero vamos, también me ha contado las borracheras de amigas suyas, lo del alcohol que se han comprado, las botellitas de éstas... o sea...

(Grupo padres, Madrid)

—Yo he dicho que mi hija no bebe. Pero si mi hija un día se toma una copa, se la toma conmigo perfectamente...

—Claro...

—Vamos a ver... un día una, como lo puedo hacer yo...

—Exactamente.

(Grupo madres, Sevilla)

—Con 12 fue mi primera fiesta que yo salía. Y era Navidades, y yo era mi primera fiesta que me pegaría cuando yo era chica, pff, pues fijate. Y mi padre lo primero que hizo fue darme un cubata con 12 años, y me dijo: "Bebe delante mía, que yo te vea beber." O sea, mi padre me enseñó a beber. Porque me dijo: "Prefiero que te dé un chungo aquí que fuera en la calle."

—Eso es lo que también me dice el mío.

—Me dijo: "Te voy a enseñar a beber en mi casa antes que cuando salieras fuera."

—Yo lo que creo es que al fin y al cabo eso es mejor.

—Mira, el tabaco por ejemplo, yo fumo desde los 12 años y mis padres lo saben los dos. Y no les gusta, y mi padre me sol... me sol... me soltó el paquete de tabaco comprado por él. Me dijo: "Toma. Antes de que lo compres por ahí y te den cualquier cosa te lo compro yo." O sea, en... Yo prefiero que mi padre me dé un tabaco o una botella de alcohol antes de que me la dé cualquiera. O comprarla incluso yo misma. Porque viene de mis padres... Yo qué sé, es confianza, es mi padre.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Los padres cada día son como más... Bueno, pues: "Prefiero comprarle yo alcohol a que lo pillen por ahí." Y, a lo mejor, a ver, piensas: "Vale, pues a lo mejor lo están haciendo bien porque..."

Pues yo qué sé, porque... por no... no beben de otra parte que no saben ni de dónde están bebiendo." Pero, como que también le das más libertad y, a lo mejor, eso que dicen, que en vez de cogerte la mano te cogen el brazo. Entonces no sé.

—Ya.

—Sí, porque a lo mejor los padres se centran más en: "Sí, yo lo que quiero es confianza con mis hijos." Pero el tema no está ahí. El tema no es la confianza, si no que están vendiendo ya alcohol... Entonces, en vez de centrarse en eso, se centra en lo otro.

(16-18 años, chicas, Valencia)

—Si la bebida, el alcohol, la cervecita, que todo el mundo toma cervezas, la copita de vino, la copa... Que normalmente todos los padres... Yo, por lo menos, tomo cerveza, tomo vino, y tomo copas. Bueno, pues si los niños empiezan a crecer, a lo mejor es que ellos también, socialmente tienen que darse cuenta de que se puede beber una cerveza, con una...

—Si mi hija se tiene que tomar una copa, se la va a tomar conmigo...

—Que es el ejemplo.

—Otra cosa es que la... la tumbes. Eso es diferente.

—No, pero me refiero que, el ejemplo también que vean, que sus padres, que existe esa costumbre social de la bebida, pero no hasta que te tumbes. Si no que también una cerveza, una copita...

—Con moderación, ¿no? Con moderación.

—Claro.

(Grupo madres, Sevilla)

—¿Qué quieres fumar? Pues no vas a fumar a escondidas, ahora vas a fumar delante de mí y te vas a fumar un puro conmigo. Y ya verás tú como un chaval de 15 años fumándose un puro termina verde.

—Sí, un puro para que se maree.

—Ahora vas a fumar y vas a ver lo que es el tabaco.

—Pero sí que es verdad que tienen que ver lo que es.

—Que enseñarles lo que es.

(Grupo padres, Madrid)

Otro tipo de ejemplaridad tiene que ver con la que se proyecta sobre otras personas, haciendo hincapié en la huella que dejan determinados consumos, centrando la atención en las consecuencias más negativas de los mismos, y en la manera en que se reflejan y te señalan (físicamente, socialmente) los efectos de algunas sustancias. En este sentido, tomar el mal ejemplo como ejemplo, con la pretensión de generar el imaginario más negativo posible en torno al consumo de sustancias (generalmente ilegales, pero también legales). Y este ejercicio de ejemplificar el lado más negativo de los consumos a través de la manera en que te señalan y delatan ante el resto de personas (principalmente a partir de características físicas), camina por el alambre del riesgo que supone pasar por alto toda circunstancia en las que los consumos no "se notan" (algo inconcebible para algunas personas adultas), momento en que padres y madres parecen bajar la guardia, asumiendo que no conocen la realidad del consumo de algunas sustancias, sus efectos y consecuencias.

—Y si yo voy por la calle y veo que yo veo a uno... Que muchas veces en la cara se nota, que toma drogas... Shhh, yo se lo digo directamente, para que vean que eso...

—Claro.

—Como efectos...

—Vamos, yo no sé si se toma... Si se fuma un porro... No sé, porque yo no soy experta, ni lo soy... ni soy fumadora, ni he bebido nunca, ni... Incluso en la feria, por... por vez primera, que acabo de cumplir 34, con 33 probé el rebujito. Jaja... Y soy sevillana. Que no he probado el alcohol, ni sé los efectos. Pero yo creo que tú lo notas, que cuando un niño tiene un vicio de un porro es como una droga...

—Igual que el alcohol, que eso se tiene que notar...

(Grupo madres, Sevilla)

Al hilo de este tipo de ejemplificaciones del lado más negativo de los consumos de drogas, algunos padres apuntan lo complicado de moverse en el filo entre efectivamente mostrar el perfil más siniestro y arriesgado de los consumos, y no transmitir miedos e inseguridades a sus hijos e hijas, algo que se puede interpretar como peligroso por contraproducente.

—Todos los miedos nuestros se los transmites.

—Todos los miedos. Pero no puedes salir con miedo, o sea, tú tienes que salir a disfrutar.

—Exacto.

—Con una responsabilidad y tal. ¿Que por desgracia algún día puede pasar? Pues ojalá no pase, pero nadie está libre de que le pase a cualquiera, ni un chico ni una chica. Pues en una bronca te llevas un botellazo o cualquier cosa y...

—Claro, claro.

(Grupo padres, Madrid)

En el lado opuesto, otros padres consideran que el miedo mantiene alerta, y que transmitirlo es una manera de concienciar (¿y cuanto más miedo tengan más concienciados estarán?). Que algunas consecuencias del consumo asusten resultará algo beneficioso desde esta perspectiva, y en base a ello se reclaman estrategias preventivas que potencien ese lado más negativo, y de la manera más cruda y directa posible. Obviando además los lados positivos o más amables de los consumos, que desde las posiciones más extremas de este discurso, ni siquiera existirán.

—Entonces dices: ¿qué hacemos los padres? Yo intento transmitirla unos miedos que sé que la van a venir bien para que coja precauciones. Nosotros estamos siempre predisuestos a, si viene tarde, pues que se coja un taxi. Y esos miedos, en ese sentido, pueden ser beneficiosos. Siempre todo en su justa medida, porque también decías tú: "No nos podemos..."

—Lo que pasa es que buscar siempre el punto medio... ahí...

—Exactamente, pero es difícil.

—A veces un miedo excesivo tampoco es bueno.

—Pero es que, hablando de la burundanga decías tú: "Es que preferimos pensar que no nos vaya a pasar a nosotros." Es que si asumiéramos todos los miedos de la sociedad, no podríamos...

—No saldríamos de casa [...]

—Es decir, de alguna manera yo sí que veo como una medida, que lo intento implantar, el transmitirla miedos para que coja el taxi. O sea, con finalidad.

—Más que miedo son los riesgos, ¿no? Ver riesgos. Vienes a deshora, vienes tú sola, una calle que no está transitada, otra que puede estar más transitada. Frente a algún peligro y demás, poder...

—De acuerdo, pero si solamente te llega: ese riesgo está, pues no coges determinaciones. El miedo te hace coger determinaciones.

—Sí.

—Y el conocimiento del riesgo, no. Pues sí, ha visto la tele y tal, pero no lo asimila.

—Te mantiene alerta.

(Grupo padres, Madrid)

Las posiciones totalizadoras contra las drogas, que únicamente reconocen y señalan los riesgos y niegan las diferentes aristas que pueden tener los consumos, arrastran el peligro que conlleva negar unos beneficios que los y las jóvenes pueden descubrir por su cuenta, alejándose de ese imaginario más demonizador de los consumos. Además, desde el estereotipo social de la juventud como época de rebeldía y contestación a la autoridad paterna y materna (que los propios padres y madres manejan, más incluso que sus hijos e hijas), los miedos, las prohibiciones y la ocultación y la negación de realidades en torno a los consumos y las drogas, pueden generar un terreno abonado para que, al contrario de lo pretendido (y siempre según tal estereotipo, que socialmente resulta operativo) atraiga el consumo.

—[CHICA] Yo también creo que la forma también un poco de tratarla con miedo, lo hacen de una forma que por prohibir todo tienes más ganas de hacerlo.

—[CHICA] Sí.

—[CHICA] Que la forma que tratas muchas veces... No sé cuál es la forma correcta de hacerlo, pero cuando en el colegio en parte y las familias... y al final tienes hasta ganas de hacerlo, por la forma que... como si fuese con miedo, con... En plan... no queriéndote explicar bien, oye, pues tal, o mira, pues... un poco exagerado, pero... "Prueba un cigarro, a ver si te gusta", o sea, en plan... no soltarte el rollo. En vez de... nunca te hablan de ello, y entonces, al final, lo acabas haciendo porque... pues eso, por saber cómo es... en plan, ¿será tanto esto?

(21-24 años, mixto, Madrid)

8.3. EL TRATO CON LOS PADRES Y LAS MADRES:

Roles encarnados y diferencias de género

No resulta común encontrar a padres o madres que acepten la posibilidad de que sus hijas e hijos puedan tener episodios experimentales y puntuales o, incluso, una relación más o menos habitual con sustancias ilegales. Que esta expectativa

tenga que ver más o menos con lo que algunos de esos padres o madres denominan "no querer ver", y con la pretensión, más bien implícita, de no romper la armonía familiar, es algo que siempre sobrevuela los discursos, que en este punto se tornan un tanto contradictorios e inseguros.

Pero existen dos argumentos que sostienen, desde la perspectiva de tales padres y madres, dichas expectativas. Por un lado, y como ya se apuntó, la convicción de que el consumo de drogas "se nota" (en el físico, en los hábitos, en el carácter, etc.); por otro lado, que "conocen" a sus hijas e hijos, de tal modo que sabrían perfectamente si consumen o no, sin necesidad de preguntar o entrar en mayores pesquisas. Dos argumentos que, juntos, se constituyen en el auténtico parapeto que les posiciona en un lugar alejado de la aparente preocupación, y que no ponen en duda ni que en el seno familiar se haya generado el almacén de valores que contrarreste el atractivo y la tentación de determinados consumos, ni que se puedan adquirir hábitos de consumo de drogas que no puedan ser detectados. En base a ello, y muchas veces explicitando que han tenido "suerte" (de que sus hijas e hijos no hayan "caído" en determinados consumos), se puede afirmar lo innecesario de prohibir nada, porque no ven a sus hijos e hijas capaces de consumir, y también por la intuición de que algunas prohibiciones generan mayor deseo de contravenir la norma.

—Es que si realmente queremos, las madres podemos tener una venda en los ojos. Que cuando salen a la calle, como...

—Como que no lo sabemos.

—...que en cualquier momento les puede pasar algo.

—Por supuesto, claro, mis hijas las primeras. Porque cuando venga una tarde, y cuando venga otra, yo voy a saber...

—Hombre, claro.

—Tú conoces a tus hijos.

—Yo conozco a mis hijas, vamos.

—Hombre, por supuesto.

—Hombre, la forma... la forma de relacionarte...

—Cada uno conoce a sus hijos, y sabe cómo viene...

(Grupo madres, Sevilla)

—Yo creo que los padres tienen que... que saber, ¿no? Porque yo tengo una hija de 18 y otra de 14, y yo cuando entran por la puerta...

—Tú sabes cómo entra.

—Yo sé cómo entra.

- Claro que sí.
- Hombre, es que es así.
- Yo conozco a mis hijos.

(Grupo madres, Sevilla)

—Todos conocemos a nuestros hijos, hijos e hijas... Sabemos hasta dónde pueden llegar o... o intuimos hasta dónde pueden llegar...

—Sí, sí, sí, sí.

—Yo más bien intuyo hasta dónde pueden llegar .

—Hombre, intuimos todos, pero te quiero decir que...

—Es verdad que nunca sabemos lo que hacen cuando salen, pero sí in... intuimos muchas cosas como padres que somos...

(Grupo madres, Sevilla)

—A mi hija, por ejemplo, yo nunca le he prohibido nada, porque además la conozco, sé cómo es, tal y cual...

—Creemos todos que sabemos cómo son, macho, pero al final...

—Bueno, sí, he tenido la suerte... y entonces más o menos...

(Grupo padres, Madrid)

A pesar de que los discursos de padres y madres suelen ser muy similares (también por la necesidad de mostrar una misma cara frente a sus hijas e hijos), lo cierto es que existen determinadas circunstancias asociadas a la maternidad que sitúan a las mujeres en una posición algo distinta, al menos a la hora de vivir su rol. Y es que en no pocas ocasiones se percibe entre las mujeres la responsabilidad (incluso el peso) de ser "buenas madres"; algo que, al menos desde la representación grupal, no ocurre tanto en el caso de los hombres. La maternidad atenta y responsable, y la presunción de que las madres casi siempre entablan una relación más profunda y especial con sus hijas e hijos, propiciarían esa teórica capacidad para averiguar si sus hijos e hijas están expuestos a determinados riesgos. Ello, desde la asunción de dicho rol ("una madre siempre se da cuenta"), puede derivar en auténtica presión, bajo esa expectativa de ser "buenas madres".

—Sí, una madre se da cuenta.

—Si no te das cuenta qué haces...

—Te toca...

—Te toca entre comillas...

(Grupo madres, Sevilla)

El peso de la responsabilidad sobre los hombros maternos puede llegar a ser excesivo, así como esa presunta infalibilidad en relación al conocimiento de sus hijas e hijos, y su capacidad educativa para capear las más diversas circunstancias familiares. Es por ello que algunas madres reconocen llegar al punto de necesitar "tener la venda en los ojos", para evitar visualizar circunstancias que no saben enfrentar. Entonces se confía ciegamente (pues la "venda" no permite otra cosa) en la labor educativa realizada en casa, y en que sus hijas e hijos hayan asimilado el sistema de valores que les permita afrontar de forma autónoma las situaciones de riesgo asociadas a determinados consumos.

—A veces es que también... Muchas veces queremos tener una venda en los ojos... Cuando los niños empiezan a beber...

—Sí.

(Grupo madres, Sevilla)

Ese "no querer ver", más o menos explícito, sobrevuela siempre la frontera de situaciones en las que la percepción del riesgo es más evidente que en otras. Por ejemplo, cuando el hijo o la hija se rodea de personas que consumen habitualmente alguna sustancia, y comparte con esas personas muchos hábitos, tiempo, ocio, etc. Los argumentos adultos aparentemente más seguros de su capacidad para educar, controlar y poner límites, aseguran que incluso en circunstancias ambientales que implican riesgos, sus hijas e hijos se sabrán comportar adecuadamente: porque tienen las armas necesarias para enfrentarse a los riesgos (en forma de valores, personalidad y capacidad de autonomía frente al grupo), y porque ello provoca que sepan qué hacer ante determinadas circunstancias, y que aprendan de sus errores y de sus experiencia. Esto es algo que no parece presuponerse, o no de la misma manera, de los hijos e hijas del resto de padres y madres (¿no recibieron los mismos mensajes en relación las drogas ni la misma y adecuada educación al respecto?).

—Yo sé, por ejemplo, sé que mi hijo tiene amigos que fuman. Vamos, mis hijos ni fuman ni beben, son niños muy sanotes. Pero... mmm... es la realidad. O sea, yo sé que... Pero que no son niños de quedarse en casa, ni de ir con... salir para todos los lad...

—Pero yo te digo que comúnmente...

—Que tienen todo tipo de amigos...

—...de fumar porros, de...

—...y dentro de eso son niños super...

—Y está muy bien, mientras ellos sepan dónde tienen que estar y lo que tienen que hacer, ¿no?

—Exacto. Yo hablo muy claro de las repercusiones que tiene...

—Es que es bueno que salgan.

—Claro.

—Que sea clarísimo.

(Grupo madres, Sevilla)

—Si toma alguna copa se la toma alguna vez conmigo: "Toma." Le echo un poquito así... "Toma, toma la copa, y te la tomas conmigo, y estamos juntas las dos con un grupo de amigos y te tomas la copa." Pero ella sin embargo sale por ahí con las amigas y no se toma ni una copa ni nada de nada de nada.

(Grupo madres, Sevilla)

Pese a que el punto de partida general plantea esa situación ideal por la que padres y madres "conocen" a sus hijos e hijas, están seguros y seguras de haber transmitido los valores y las recomendaciones adecuadas, y tienen una visión certera de sus hábitos, gustos, recorridos y percepciones (en este caso en relación a los consumos de drogas), lo cierto es que algunas personas observan puntos ciegos en estos argumentos. Y es que, pese a que muchos adultos/as dibujan un escenario de plena confianza y comunicación con sus hijos e hijas, terreno prácticamente vedado a la mentira y el ocultamiento, no pocas personas recuerdan que, por buena relación que se tenga, siempre existirá una brecha generacional y una clara diferenciación vertical. Así, la comunicación estará condicionada por los roles asumidos, los momentos de crecimiento, cambio y experimentación, las percepciones en torno a las expectativas ajenas ("qué pensará de mí si consumo") y su consecuencias ("qué pasará si se entera de que consumo"); y también por el simple hecho de que hay cuestiones que se pueden considerar como "de jóvenes", algo que puede otorgar lo que se entiende que es una legitimidad para ocultar información, cuando no mentir.

Por ello muchas personas adultas asumen que un nivel óptimo de confianza con sus hijas e hijos no implica que no oculten cosas ("te contarán el cincuenta por ciento de las cosas"), y nieguen hábitos o, al menos, consumos experimentales. Y se asume tal circunstancia desde la convicción de que "es lo que toca", y no tienen más remedio que quitarse (temporalmente) la venda de los ojos cuando se recuerdan a ellas y ellos mismos mostrando a sus padres y madres una cara que no se correspondía exactamente con la realidad ("si yo hacía que mi madre no notara algunas cosas, por qué no me lo van a hacer a mí").

En cualquier caso, esta circunstancia, lejos de ser vivida desde la angustia o preocupación, se acepta como parte del proceso de crecimiento y de las

dinámicas familiares "normales", y se inserta en la anteriormente mencionada situación de *statu quo* por la que ambas partes pretenden mantener el equilibrio y la tranquilidad familiar. También, ciertamente, porque el imaginario adulto en relación a los posibles consumos que pueden ser ocultados por parte de sus hijos e hijas, tiende a alejarse de las sustancias que consideran más "duras" o peligrosas, dentro de las que se atribuyen a los y las jóvenes (cocaína, drogas de síntesis).

—Tienes que llegar a un clima de confianza.

—Sí.

—Al cien por cien no te van a contar.

—No.

—Te contarán el cincuenta, pero por lo menos...

—Hay más comunicación que antes, eso sí.

—Ya.

(Grupo padres, Madrid)

—Mi hija, que es un poco más pequeña, pues... sé que fuma, porque cuando llega por la noche huele a tabaco. Y es que eso es así por mucho que ella me diga que no, que no, que no, que no fuma. No fumará mucho, pero sí. Pero es que además sé que todas sus amigas fuman. Que es algo... Que es que socialmente ahora en la juventud es como bien visto... Que quieren ser mayores, no sé si a lo mejor cuando sean un poco más mayores... [...] Bueno, quizás mi hija no me miente y me dice la verdad. Porque ella dice que ella no fuma, que no ha fumado en la vida...

—Sí, sí, claro.

(Grupo madres, Sevilla)

—Yo también les engañaba ahí, tenía... Pero vamos, que hoy en día a mí no me engañarían porque... Que yo he estado en la calle [riendo] y sé de lo que estamos hablando. Y se nota... [...]

—Yo como madre también he sido hija, y es verdad que a mí mis padres la libertad que yo le doy de expresarse... de expresarme que yo le doy a mis hijos. Pero... pero también yo les mentía, porque yo fumaba y no le decía a mis padres que yo lo hacía.

(Grupo madres, Sevilla)

Por otro lado, aunque exista confianza con la labor educativa en el seno de la familia, se reconoce que, lejos del hogar familiar, resulta imposible controlar los

hábitos de sus hijos e hijas, que establecerán de forma autónoma la mayoría de sus límites, y estarán expuestos a otras muchas influencias. Aunque no resulta común, se llega a escuchar que “no se pone la mano en el fuego” por sus hijos e hijas, en una perspectiva que enfrenta la seguridad con la propia labor educativa con la resignación a que esa labor resulte baldía, como consecuencia de otros muchos factores (partiendo de la base de que nadie considera factor de riesgo su propia labor educativa, por omisión o por fallo en la estrategia).

—El peligro depende de los límites que... que ellos se pongan, que tú le pongas y que ellos sean capaces de llevar a cabo. Tú les puedes poner muchos límites, pero una vez que sales por la puerta...

(Grupo madres, Sevilla)

—Yo tengo dos hijos: uno tiene 19 y la niña tiene 16. Y, sinceramente, una vez que salen de casa, salen muy poco, no pongo la mano en el fuego por ninguno de los dos...

—Jajaja, ni nadie.

—Eso no lo puede saber nadie.

—Una vez que salen de mi casa, yo no pongo la mano en el fuego por ninguno de ellos.

—Hombre ya...

(Grupo madres, Sevilla)

Ante ese escenario que les sitúa con escasa capacidad de acción e influencia sobre sus hijos e hijas fuera de casa, una de las estrategias que se reconoce explícitamente pasa por conocer sus amistades y círculo social, para, a partir de ahí, tratar de aconsejar, dirigir, o en casos extremos llegar a prohibir, aquellas relaciones que se consideren tóxicas. Todo desde la perspectiva que asume que existirán factores ambientales y malas influencias que pueden hacer inútil la labor educativa en el seno de la familia.

—Hombre, yo veo fundamental las... las amistades que tengan los niños... O sea, por dónde te mueves...

—Hombre, claro.

—Que tienes que traerlos para casa, jajaja.

—Claro.

—Totalmente.

—Es que eso todos, vamos, todos.

—Ahí estoy totalmente de acuerdo.

- Todos... Todos...*
- Ahí estoy totalmente de acuerdo.*
- Yo también.*
- Y saber quiénes son.*
- Claro, es que lo principal... las amistades es todo, vamos.*

(Grupo madres, Sevilla)

Además de todo ello, la frontera de la mayoría de edad se señala como el umbral a partir del cual los hijos e hijas parece que pueden hacer lo que quieran, de tal forma que antes de los 18 años aparentemente no se espera que caigan en determinados hábitos, y una vez cumplidos se extiende entre padres y madres la resignación en torno a las posibilidades de influir y controlar los actos de jóvenes que aún siguen siendo dependientes. Paradójicamente, percibir esa menor influencia sobre los y las jóvenes provoca que algunos adultos señalen la necesidad de, entonces, "estar más pendiente", cuando teóricamente son hijas e hijos con más experiencia, más maduras y maduros, más independientes. La perspectiva complementaria es la que puede resultar más preocupante, preventivamente hablando: estar menos pendientes de los y las adolescentes porque se considera que aún se conserva autoridad y capacidad de influencia y control sobre ellas y ellos.

—*Que es como dices, que es una niña pues que le gusta... Es muy madura, es muy responsable, es súper buena estudiante, súper amiga de sus amigas, súper buena hija, súper cariñosa, súper buena... Pero igual que tiene carácter para llevar para delante su vida, también ella decide... si quiere o no quiere beber alcohol. Y yo, ahora que tiene 18 años yo no puedo decirle a mi hija haz lo que tienes... Porque es que no la he educado tampoco así. Prefiero sentarme, hablar con ella y... y bueno, contarle qué es lo que ha pasado. Y enseñarle: "En internet, puedes ver... todo lo que ha pasado." Y decirle personas que han muerto, niñas de que han abusado... tatatá...*

- Y las secuelas.*
- Yo hablo muchísimo más con ella...*
- Y a partir de entonces, pues estar más pendiente de ella.*

(Grupo madres, Sevilla)

Padres y madres asumen que, desde el momento en que los y las jóvenes están lejos de su influencia, pueden llegar a traspasar los límites. Pero es el alcohol la

sustancia que sirve esencialmente para ejemplificar tal circunstancia, de tal manera que no resulta incómoda ni desasosegante, y remite a escenarios reconocibles y manejables, por tratarse de una sustancia generalizada, de consumo normalizado, que todo el mundo ha probado (o puede haber probado sin ningún tipo de estigmatización), y que, desde la teoría, se señala lo suficientemente peligrosa como para que sirva de ejemplo (otra cosa es que realmente se asuma ese peligro). Es decir, que el imaginario colectivo sobre traspasar los límites, asociado a sus hijos e hijas, queda circunscrito, generalmente, al alcohol.

En tal caso, en relación a puntuales consumos abusivos de alcohol por parte de sus hijos e hijas, existen dos actitudes distintas a la luz de lo escuchado en los grupos. Una que hace más hincapié en la lección que supone emborracharse en exceso y sufrir las malas consecuencias del alcohol (algo que supuestamente contribuirá a que no se vuelvan a traspasar los límites en el futuro, para no repetir las malas experiencias). Otra que centra más su perspectiva en la inocencia, ingenuidad e inexperiencia de los y las jóvenes consumidores, que habrían sucumbido a malas influencias, presión grupal, o a su simple curiosidad adolescente. Posturas que en los grupos realizados parecen ser manejadas de forma particular por hombres (la primera) y mujeres (la segunda).

—A mi hija le dio un coma etílico con 13 años... Y yo de eso me enteré... Me enteré pensando de mi hija, preocupada, como tenía uno más mayor que estaba muy de fiesta, y una más pequeña que estaba todavía con las niñas en el parque, pues la de en medio se escabulló, se fue a una "botellona"...

—Qué susto...

—Y tal como fue a la botellona, ella también inocente...

—Pero, ¿con 13? Era muy chica...

—Se tomó... Se tomó dos vodkas así: raza, raza y raza. En cinco segundos...

—Evidentemente cualquier madre que ve a tu hija...

—Pfff... Qué susto.

(Grupo madres, Sevilla)

—Tiene su libertad entre paréntesis. ¿Te ha sentado mal?, pues tú ya sabes lo que tienes. Es una experiencia, ya se queda... Hay experiencias que mejor no pasarlas, pero...

—Claro, tienes que tener un tira y afloja. Dices: "No puedes cerrar el grifo porque como cierras el grifo se te escapan." Dicen: "Bueno,

tú no me dejas, pues ya no te cuento nada y ya haré yo lo que me dé la gana." Entonces, eso es lo malo. Claro, tú ya lo has pasado, pero si ellos no lo han pasado dices: "Joé, que lo prueben un día, pues ya..."

—Ya lo ha experimentado.

(Grupo padres, Madrid)

Las malas experiencias, las situaciones concretas en las que alguna hija o algún hijo traspasó de forma muy evidente y preocupante los límites (comas etílicos, por ejemplo), muy especialmente en relación a menores de edad, sitúan a padres y madres en posiciones incómodas, en las que también aprenden lecciones y llegan a cambiar su perspectiva de la situación. Entonces se puede ver truncada, en menor o mayor grado, la propia confianza en sus hijas o hijos y en los lazos de comunicación que les une con ellos y ellas, comenzando un nuevo escenario en el que probablemente se presta más atención a determinadas señales, y se ponen en cuarentena convicciones y expectativas.

—Yo es que antes ponía la mano en el fuego por mis hijas. Ahora es que, macho, se me quitan las ganas. Digo: "¿Y si lo está haciendo?" Yo sé que odian el tabaco. En casa nunca se fuma, sé que está muy mal visto. Pero a lo mejor en su día se han fumado un porro. Yo no sé. Ya no pongo la mano en el fuego. Y tienen sus horarios, les gusta mucho estar en su casa, le gusta mucho su teléfono y tal. Pero que ya, esa confianza que les has dado... Te sientes totalmente diciendo: "Joé, ¿así es como lo agradeces, no? ¿Te doy confianza y me lo pagas de esta manera?", pero bueno

—Pero tampoco le puedes decir: "Oye, no."

—No, ni no, ni ya no te quiero por hacer eso. No. Además ella era la primera que a la mañana siguiente lloraba como una madalena diciendo: "Es que os he fallado."

—Claro, tú lo intentas: ¿y por qué lo has hecho, y tal y cual?

(Grupo padres, Madrid)

8.4. ROLES FAMILIARES Y GÉNERO

El discurso general de padres y madres incide en la necesidad de que los mensajes en relación a las drogas que transmiten a sus hijas e hijos sean unitarios, sólidos y sin dobles interpretaciones. A pesar de ello, la conversación destapa diferencias asociadas al género, que en este caso componen lo que generalmente se espera

de la madre y del padre. Diferencias en las que buena parte de mujeres y hombres se reconocen, y reconocen a su pareja; y que manejan gran parte de adolescentes y jóvenes al hablar de sus propias familias. Fundamentalmente en lo que tiene que ver con la autoridad, que suele ser proyectada sobre los padres (los hombres) que, generalmente, cumplirían con el estereotipo de la figura severa. Por su parte, se plantea un estereotipo de madre más dialogante y paciente, pero también más insistente, pendiente y "pesada" (frente a padres aparentemente más despreocupados). Respondan o no a tales estereotipos, lo cierto es que los referentes de los roles materno y paterno giran en torno a tales características, y en relación a los mismos se compararán las actitudes concretas de los hombres y las mujeres con hijos y/o hijas.

—Yo creo que... Es... Es más pesada mi madre con esos temas que...

—Claro. Más pesada mi madre, pero en cambio mi padre es más... más duro.

—Más severo.

—Por lo menos más severo de lo que es.

(21-24, chicos, Valencia)

Que los referentes de la paternidad y la maternidad estén compuestos por expectativas tan claras, directamente relacionadas también con los estereotipos de "lo masculino" y "lo femenino", provoca determinados lazos entre padres/madres e hijos/hijas a los que parece complicado substraerse o, cuando menos, obviar. Por ello se menciona en ocasiones cómo la madre suele ser el referente adulto de las hijas, mientras el padre lo suele ser de los hijos. Modelos de comportamiento y expectativas a la hora de entablar relaciones según género (por ejemplo: padre más protector con la hija y más severo con el hijo; madre más cariñosa con el hijo y más dialogante con la hija), que ayudan a la "normalización" y perpetuación de determinados roles y atribuciones asociadas al género, que en algunos casos pueden estar en la base de determinadas desigualdades o discriminaciones¹.

—Yo creo que los referentes son importantes...

—Claro.

—Porque es como cuando dices: "Cuando seas mayor, cada vez te pareces más a tus padres". Es verdad, los referentes de las niñas somos las madres...

1. Estas cuestiones se desarrollan ampliamente, también a partir de un abordaje cualitativo, en *¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia* (Rodríguez y Meñas, 2015).

—Claro.

—Exactamente.

—Y los referentes de los niños son los padres. Nos guste o no nos guste...

—Moderador: Pero bueno, ¿el referente de un niño no puede ser una madre, y el de una niña el padre?

—La complicidad que yo tengo con mis hijas, no la tengo con mi hijo.

—Pues yo no.

(Grupo madres, Sevilla)

A la hora de enfrentar determinadas situaciones con sus hijos e hijas, sobre todo cuando implican conflictos, desencuentros y reprimendas (en este caso asociadas a posibles consumos), padres y madres manejan esos estereotipos de género para desempeñar roles que les ayuden en su labor educativa, formativa y de control. Es lo que algunas personas, usando un símil cinematográfico y novelesco, denominan desempeñar los papeles de "poli bueno y poli malo". Toda vez que el "poli bueno" sería el dialogante y comprensivo, y el "poli malo" el autoritario y severo, está claro cuál sería el reparto de funciones entre madre y padre, en relación a sus hijos e hijas. Situación que de nuevo contribuye a perpetuar las representaciones sociales en torno a la figura paterna y materna, y que en ocasiones despierta también algún tipo de recelo entre los miembros de la pareja.

En el caso de lo escuchado en los grupos, porque algunas madres no encajan (o no quieren encajar) en ese molde preconcebido para la mujeres; y porque a veces se reconoce que, en ocasiones, el "poli bueno" se relaja en sus funciones y el resultado final es que la contraparte acaban siendo (siguiendo con el símil cinematográfico) "el malo de la película".

—Muchas veces se hace también en la pareja de poli bueno y de poli malo...

—Sí, hay muchos sitios que es verdad que... porque se ha puesto de acuerdo, ¿no?, que siempre está a lo mejor el... el poli bueno y el poli malo. El de yo te permito un poco más para que me cuentes, pero... Luego me viene el otro, me da igual padre que madre, o sea...

—Sí.

—Yo no relaciono con el sexo. Voy y... y yo soy el que te riño o yo soy la que te riñe, pero él te permite...

—Pero también si uno coge el rol del poli malo, el otro se relaja. Es como también un... Yo es que eso lo hago con mi marido.
—Que hay muchas parejas que lo toman así...
—Yo, en mi casa lo hacemos así.
—Y yo creo que... que es tan válida una como la otra. [...]
—Tú sabes cómo va a funcionar mejor, si vamos los dos de guays, si vamos los dos de...

(Grupo madres, Sevilla)

Las y los jóvenes reconocen ese mensaje unitario y monolítico de sus padres y madres en relación a las drogas, si bien también señalan que las conversaciones al respecto suelen ser ligeras, sin excesiva reflexión ni debate, centradas en la prohibición, en una visión de los consumos que excluye cualquier posibilidad de beneficios, y que tienden a centrarse en sustancias legales que no preocupan tanto, como el alcohol. Y pese a que el mensaje es el mismo y la aparente preocupación también, desde adolescentes y jóvenes se señalan diferencias a la hora de relacionarse con madres o con padres en torno a estos temas. Por un lado, por el grado de confianza que se entabla con unas y otros, que generalmente parece ser mayor con las madres, frente a esa figura autoritaria del padre. Por otro lado, porque madres y padres parecen expresarse y reaccionar de forma distinta, generando lazos distintos; de nuevo, atendiendo a los mencionados estereotipos de mujeres comprensivas y dialogantes, frente a hombres severos. Roles y estereotipos que pueden no cumplirse en todos los casos, pero que copan las generalizaciones y alimentan las representaciones sociales, respecto a las cuales se valoran las circunstancias particulares de cada familia.

—Moderador: ¿Padre y madre tienen el mismo discurso, dicen las mismas cosas...?
—Sí.
—A ver... Yo creo que no, porque si te dijeran lo mismo te daría igual contárselo a uno que a otro.
—Moderador: ¿Entonces qué diferencia hay?
—O en mi caso sí que piensan igual.
—A ver, pensar igual van a pensar igual pero, por ejemplo, mi padre tiene más carácter y sé que me va a decir menos que mi madre... Mi madre se va a callar más....
—A ver, yo pienso que piensan igual, sólo que a lo mejor reaccionan...
—Claro, sí, sí, piensan igual. Tienen diferentes reacciones...

—Que es lo que tú quieres decir.

—Sí. Entonces a lo mejor, por la reacción prefiero decírselo a mi madre.

—Claro.

—Por ejemplo, mi hermano tiene más confianza con mi padre que con mi madre. No sé por qué...

—Claro, no sé, es depende... [...]

—Es depende del cómo ellos, o sea, te respondan. O sea, si tú se lo cuentas y tu padre a lo mejor: "Pues tal, no sé qué...", súper exagerado... Pero tu madre te lo intenta... No sé, como... Es más amiga...

—Claro.

—Pues entonces, pues a lo mejor dices: "Se lo voy a contar." Pero mi padre, pues, para que me eche la bronca para qué se lo voy a contar. [...]

—No, lo que pasa es que yo tengo más confianza con mi madre que con mi padre.

—Sí, bueno, yo también.

—Piensan lo mismo, pero no sé, es diferente.

—Piensan lo mismo pero no es lo mismo que le cuentas una cosa a tu madre que se la cuentas a tu padre.

—Moderador: ¿Pero por qué no?

—Porque eh... no sé, yo por ejemplo tengo más confianza con mi madre para contarle:...

—Porque somos chicas.

—Moderador: Pero, ¿eso tiene que ver con que sea mujer o con qué?

—No.

—No, eso tiene que ver con que... cómo es tu...

—Cómo son tus padres.

—Claro.

—Cómo es la relación con tus padres.

—O sea, mi madre es más como yo que sé que a lo mejor se lo voy a decir, lo va a entender, y me va a a...

—Tenemos el mismo carácter.

—Claro. Y mi padre se va a poner a chillar, entonces ya no se lo voy a decir.

—Claro, yo por ejemplo, yo tengo muchísima más confianza con mi madre, y yo pues eso, he hablado de estos temas con mi

madre. Y con mi padre, o sea, tengo confianza pero no tanto para hablar con él. Pero, por ejemplo, mi mejor amiga tiene mucha más confianza con su padre...

—Es depende de la persona. Shhh, igual se lo cuento a mi madre y me entiende más, y se lo cuento a mi padre y me riñe. O a lo mejor es al revés se lo cuento a mi padre y me entiende...

—También depende de qué cosa.

—Ya y depende del tema.

—Moderador: De drogas, por ejemplo, de los riesgos, qué implica, si les preocupan lo mismo...

—Lo mismo le preocupa. O sea, a los dos.

—A los dos.

—Claro, le preocupas tú. Le preocupa tu salud...

(16-18 años, chicas, Valencia)

Las jóvenes observan sus relaciones familiares, especialmente con sus padres, a partir de lo que entienden es un cambio en la posición social de las mujeres, que tendría reflejo en el tipo de conversaciones que tienen lugar en relación a los consumos. Así, observan a sus propias madres, y cómo cuentan la manera en que establecían sus lazos con sus padres (los abuelos de las adolescentes y jóvenes), a partir de cuyas historias se imaginan que en el pasado no había necesidad de que determinadas conversaciones tuvieran lugar: porque de una mujer no se esperaban determinados consumos ni actitudes (mucho menos si consideran los consumos de sustancias ilegales), y porque la autoridad del padre ni se discutía, ni se ponía a prueba.

Ante tal panorama, existe un discurso entre las mujeres jóvenes que señala cómo ellas se posicionan en un lugar distinto al que tuvieron sus madres respecto a sus padres. En primer lugar, porque consideran que gozan de mayor libertad, interpretando la misma como un ejercicio de igualación respecto a los hijos varones (que no tendrán la exclusividad de la rebeldía, ni monopolizarán el imaginario en torno a los consumos). En segundo lugar, porque interpretan, en ocasiones, que el padre se puede sentir descolocado o desconcertado en un papel que a nivel de representaciones sociales sigue estando igual de estereotipado (figura de autoridad), pero que en la operatividad de la familia parece haber perdido parte del halo de severidad. En la práctica, algunas chicas explican que antes las mujeres "sabían" lo que tenían que hacer y lo que no tenían que hacer (consumir drogas, por ejemplo), y que la claridad de la frontera entre los buenos hábitos y los malos era tan clara que no era necesario hablar el tema en familia, y menos con el padre.

Curiosamente, en el presente, padres y madres parece que siguen conservando la expectativa de que sus hijas no consuman, al tiempo que en las familias no se suelen reconocer debates sobre lo adecuado o no de determinados consumos, que siguen valorándose en función de esa frontera entre lo que está bien (no consumir) y lo que está mal (consumir). Ello conduce a pensar que, una vez más, sustancias legales y aceptadas, como el alcohol (en algunos casos puede ocurrir también con la marihuana, que se acerca en el imaginario colectivo a las sustancias legales), son las que provocan el cambio en los argumentos (ya no escandaliza tanto como antes que una chica beba alcohol). También indica cómo la menor diferencia en hábitos y patrones de comportamiento entre mujeres y hombres, para determinado discurso general, tiene que ver con la imitación de conductas masculinas por parte de las mujeres (emborracharse, por ejemplo), más que con la propia capacidad de elección y con la igualdad de oportunidades.

—Mi madre siempre me lo decía, se ponía: "Nunca me hacía falta decirme no bebas, o no fumes..." Es que ella sabía que eso estaba mal...

—Hoy en día... pues por ejemplo nosotras. Vamos a un bar, y quién nos dice que no bebamos. Pues vaya, está alguien al lado mía y quién me va a decir tú que no me pida una copa... Al revés... pero nos la pedimos, ¿sabes? Antiguamente la mujer tenía, ella misma tenía inculcado de que eso estaba mal. Pero ya está, yo creo que hoy en día la mujer tiene tanta libertad como el hombre. Entonces ahora nos da igual.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

A pesar de que se señala esa teórica igualación de los hábitos respecto a los chicos, las jóvenes reconocen que el trato respecto a sus hermanos no es el mismo, y que existen diferencias en la manera en que madres y padres abordan los consumos de drogas respecto a hijas e hijos. Principalmente, porque creen que las hijas preocupan más que los hijos, en base a su teórica mayor debilidad, que generaría riesgos colaterales a los consumos. Percepción de los riesgos asociados a las drogas que generalmente no tiene que ver con el consumo directo de las adolescentes y jóvenes, sino con las consecuencias del consumo de otras personas (chicos), que pueden generar situaciones de violencia (agresiones sexuales, atracos...) con consecuencias negativas para sus hijas. Es decir, de nuevo un imaginario en torno a las mujeres que obvia la posibilidad de que consuman (o de que lo hagan voluntariamente, sin ser "engañadas"), y que hace hincapié en su vulnerabilidad. Mientras la desconfianza de las madres y padres en relación a sus hijas deriva de lo que puedan hacer otras personas, en relación

a los hijos parece preocupar más lo visible (que se metan en peleas, que sean multados o detenidos...) que un teórico consumo, que en cualquier caso sigue pareciendo invisible.

—[CHICA] *Pues yo creo que... o sea, mis padres están en el no, mi hija no. Seguro. O sea, como que, hasta que no es un problema y no son adictos... como que no, yo creo que está totalmente fuera de lugar...*

—[CHICO] *Yo creo que les preocupa más el tema de peleas o cosas de esas.*

—[CHICA] *Vamos, a mi madre yo creo que le preocupa más que la tenga que llamar desde una comisaría a que me drogue.*

—[CHICO] *Claro.*

—[CHICA] *Fijo.*

—Moderadora: *De una comisaría, por ejemplo, ¿por?*

—[CHICA] *Pues porque me han violado, me han robado, he tenido que acompañar a un amigo al hospital porque está en un coma, o sea, que... creo que hay ocho mil movidas que le preocuparían mucho más que... que si me meto una raya.*

—[CHICA] *Sí.*

(21-24 años, mixto, Madrid)

—*Yo por ejemplo, o sea, yo con mi madre, no... O sea, no... no es que piense mal de mí, sino que... No es que desconfíe de mí, sino que desconfía de los demás.*

—*Claro.*

—*O sea, desconfía de lo que... los demás beban y a mí me pueda perjudicar.*

—*Sí, sí.*

—*A mí siempre me dice: "No bebas de nadie."*

—*No bebas del vaso de nadie.*

—*Ten cuidado de lo que te echan, pero eso normal, ¿sabes?, como que...*

(16-18 años, chicas, Valencia)

—*Me encanta la calle, a mí me encanta salir a la calle. No puedo estar un día sin pisar la calle. Entonces sí mi madre me dio la típica charla de: "Hija, echa cuenta con los porros, echa cuenta con la*

droga. Porque te pueden meter algo en un vaso. Te puede pasar esto, te pueden pasar mil cosas, la policía te puede multar."

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Cuando he empezado a salir con 18... de discotecas, digo, lo típico: "No te vuelvas sola, vuélvete con alguien, ten cuidado con la copa..." Pero mis padres a mí nunca me han dicho: "No fumes. No bebas." Me han dicho que es malo, pero no me han dicho no fumes, no bebas.

—A mí tampoco.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

El hecho de que de una mujer no se esperen determinados consumos, y se espere responsabilidad, control, y mesura, contribuye a dar forma (Rodríguez y Megías, 2015), a lo que las representaciones sociales entienden por "lo femenino", en contraposición a "lo masculino".

Estas cuestiones dan lugar, también en este punto, a estereotipos machistas asociados a los consumos que calan desde la propia familia (se reconocen mensajes de padres y madres en relación a lo "golfas" que son las chicas que se emborrachan, o lo mal visto que está que una mujer consuma drogas) y contribuyen a perpetuar discriminaciones de género, como que se juzguen de manera diferente los consumos de hombres y mujeres, o que ciertos consumos determinen la manera en que será observada una mujer.

—Cuando una chica va borracha por la calle mi padre es el primero que dice: "Mira esa golfa, no sé qué..." Y mi madre es la primera que dice: "Pero es que le pasa a una tía que le pasa a un tío." Dice: "A un tío lo ves así y no le dices nada. Y te ríes en su cara." Y dice, pero mi padre a una tía la ve y le dice: "Es que hay que ver vaya golfa, no sé qué..." Y mi madre y yo somos las primeras que le llamamos, porque es que sí no... Y afortunadamente he sacado la mentalidad de mi madre. Pero bueno...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—A mí, hombre, me mató mucho cuando mi madre me dijo que eso no estaba bien visto en una tía. Fue lo primero que me dijo mi madre: "La droga y fumar no está bien en una tía." Y ya me quedé mirándola como diciendo: "No, es que no esté bien, es que nunca

os habéis parado... Nunca habéis visto a una tía tan tal. O sea, no estáis acostumbrados a una mujer así. El día que os acostumbréis, pues ya lo veréis normal."

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Como de las chicas no se espera que consuman, tampoco parece necesario advertir sobre los consumos (más allá de que ir bebida te puede situar en una posición de mayor vulnerabilidad), algo que sí se hace respecto a los hijos. De las chicas se espera que sean más responsables que los chicos, y ellas mismas parecen asumir tal papel.

—A mí, por ejemplo, yo tengo un hermano mayor, y a mi hermano sí le dieron la típica charla de que lo... la del tabaco, porque si es cierto que mi hermano... Creo que tabaco, tabaco no llegó a fumar, pero cuando le dio por la cachimba, mi padre le tenía miedo a la cachimba cuando mi hermano empezó a fumar. Y es verdad que la cachimba no es que sea una cosa... Pero es que a mis padres les daba miedo la cachimba y se sentaron con mi hermano y le dieron una charla que no veas... Y... y a mí no, a mí nunca me han dicho: "No, es que no puedes hacer esto." No, nunca me han dicho, ni me han dado la charla...

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Yo cuando empecé a fumar tabaco, sí me dijeron: "Ten cuidadito porque por ahí se empieza..." O sea, que son un poco exagerados: "Por ahí se empieza, y después tal..." Y cuando sabía que mis amigas fumaban porros ya, también me dijeron en plan: "Nena, ten cuidadito, porque sois muy influenciables, tal..." Pero sí tengo el caso de, por ejemplo, mi hermano que tiene un año más que yo y él si ya... Él sí fumaba porros más frecuentemente, él ya sí ahí, sí le dieron más... que fueron más pesados con el tema de... con el tema de las drogas.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Moderador: ¿Por qué se habla más con los hijos que con las hijas?

—Shhh, porque un niño tiene tanto peligro que...

—Como que somos más responsables, por así decirlo, como que ya tienes...

—A ver, yo personalmente soy más responsable que mi hermano, mi hermano es más cabra loca por así decirlo.

—Hombre, las niñas maduramos antes, ¿eh?

—Sí.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

Sin embargo, pese a ese reparto de roles según género (chicas más responsables, chicos más despreocupados y alocados), las chicas señalan cómo los padres (los hombres, fundamentalmente) se muestran mucho más protectores con ellas, mientras son bastante más permisivos con los chicos, a quienes observan menos expuestos a riesgos, y más capaces de resolver aquéllos que se presenten. Incluso se refieren situaciones por las que la mera compañía de un hombre (por "protección") mitigaría la preocupación respecto a las hijas. Todo ello, una vez más, pasando por alto los riesgos y efectos directos del propio consumo de drogas (del que pueden realizar sus hijos e hijas).

—Mi madre es como más: "Ten cuidadito, no sé qué..." Mi padre es más como: "No", ¿sabes? Pero mi madre... Shhh, depende de la personalidad de cada uno, también mi madre es más... más suave.

—Yo pienso que los padres son más en plan... más duros con las niñas, pero porque son hombres, y saben lo que en plan... Como ellos mismos han probado lo que es estar ciego y ver a una tía borracha. Y ellos lo han visto, y lo han vivido...

—Sí.

—Entonces por eso te dicen: "Para que a mi hija la miren igual que yo he mirado en mi época a alguna tía." Y yo creo que por eso los padres son luego más los que te dicen siempre..."Ten cuidado, no, no te... En plan, tápate... no se te vea mucho las tetas..."

—Y la madre no, la madre le parece siempre...

—Qué guapa, hija, jajaja.

—La madre siempre es más suelta, pero yo creo que es por eso, porque los padres son más duros. [...]

—O sea, eso me pasa a mí, mi padre es muy, muy cerrado de mente y es muy, muy controlador. Me quiere... me quiere tener controlada a mi 24/7. Y... y mi madre no, le da igual a la hora que yo salga, a la hora que yo entre. Pero mi padre es que me quiere tener controlada siempre. Si he estado en un sitio qué he bebido, si he fumado...

—Qué barbaridad.

—Y eso con mi hermano no lo hacía. Y es algo que a mí me da coraje. O sea, yo en... Cuando... cuando mi hermano salía con 9 o 10 años a... a la plaza de mi barrio, y mi terraza no salía para la plaza, y salía con 9 o 10 años y salía sin mis padres. Y yo tenía 12 y 13 años y yo estaba aquí con mis amigas, y mi padre estaba a quinientos metros... Porque no me quería dejar sola.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Y yo creo que se preocupan más de... de las chicas que de los chicos. Mi madre por ejemplo.

—Moderador: Y ¿en qué se nota?

—Pues que a mí no me deja hacer nada, y a mi hermano le deja hacer todo. O bueno, o a mí me deja hacer, pero a mí como que me advierte más las cosas. Me dice: "Tal, esto..."

—Sí, ten más cuidado con esto.

—Como que vaya con más cuidado, que por ejemplo que a mi hermano que a lo mejor se va de fiesta y le dice: "Pues no hagas esto, o no hagas lo otro." Pero a mí me dice: "No hagas esto, no hagas lo otro..." No hagas no sé qué, no hagas no sé cuántos... O sea, me ha dicho mi madre que lógicamente, yo pienso que es así... Es porque nosotras, no es que seamos más débiles, pero como que, no sé.

—Ya, yo igual salgo de mi casa, y me acompaña... con un chico y me siento más protegida... que si voy yo sola, ¿sabes?

—Tenemos más peligro normalmente.

—No, eso sí.

—En plan, voy con un chico, que voy mejor.

—Pues yo voy sola y voy mejor.

—Que no tengo miedo.

—A ver, yo voy con un chico que es un amigo mío y me acompaña.

—Ya.

—Yo, o sea, yo... O sea, mi madre, mi hermano... Vamos, o sea, viene con nosotros y le dice... Es que no le dice nada, o sea, "Álvaro ten cuidado, no bebas mucho." Pero yo... eh... "Marta, no bebas tanto, no sé qué... Cuidado con... con lo que te ponen en la copa."

—Yo qué sé, por ejemplo, ahora me voy a Mallorca, que acabo el curso, y... Me van a poner un seguro, porque... Y a mi hermano

pues no le dijeron nada, o sea... Es como "Cuidado", y ya está, porque es lo que te tiene que decir, pero...

—Pero es que yo creo que a las chicas nos dicen una cosa, y a los chicos otra. [...]

—Que a los chicos supongo que también les dirán cosas con la bebida, que no se pasen, que beban pero que no se pasen.

—Y ya. Y con las drogas y todo eso. Sí, pues como todos.

—Pero... Yo creo que a las chicas más por el tema de los chicos. Por...

—Por lo que te puedan hacer.

—Por lo que puedan hacerte...

(16-18 años, chicas, Valencia)

Esta circunstancia provoca que se reconozca que, por lo general, las hermanas suelen tener menos libertad que los hermanos, en términos de horarios, posibilidad de salir, control, necesidad de ir acompañadas, etc. Diferenciación que parece ser justificada por no pocos jóvenes, en base a la diferente exposición a riesgos.

—Yo lo que sí que he visto, por lo menos en mi casa, que a mi hermano le daban más libertad y a mí como que... tú tienes hora, tú tal, y mi hermano llegaba con 15 años y estaba hasta... y yo le decía "¡Pero bueno!"

—Moderadora: ¿Pero y por qué? ¿Eso por qué?

—Porque a lo mejor es el hecho de que sea chico, de que a lo mejor a mí me pueden violar o me pueden hacer cualquier cosa, y él como es un chico, a lo mejor le pegan, pero bueno, le pegan. Al día siguiente está bien. No sé.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Mi hermana mayor siempre se ha quejado de que le daban menos libertad que a mí.

—Pero también es por miedo, es que por desgracia, no debería ser así, pero es que lo entiendo. O sea, es que a ver, no vamos a ser hipócritas. Si el día de mañana vamos a tener un niño y una niña, y a lo mejor la educación se la vas a dar igual, pero las libertades...

—Sí.

—Tienes más miedo con la niña.

—A mí me daría más miedo. Yo pasaría mucho más miedo... con una niña que con un niño.

—Con mi hermana, por ejemplo, le han dado siempre... Yo eso sí que me acuerdo, le han dado siempre la misma libertad que a mí, lo único que... ella salía de la discoteca a las seis de la mañana, a las siete, a la hora que fuera, y llamaba a mis padres e iban a por ella.

—A mí en la vida me han venido, o sea...

—Yo me buscaba... Yo me buscaba la vida.

—Es eso, sí, sí, sí. Y lo entiendo, y me da rabia, a lo mejor...

—Sí, es verdad.

—No es el caso porque soy hijo único pero lo veo, y lo entiendo y lo veo pues... lo comprendo.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Los estereotipos en torno a la masculinidad y la feminidad, y los riesgos que teóricamente se asocian a cada uno de los géneros, están fuertemente asentados y son compartidos y reproducidos por el discurso mayoritario (chicos y chicas); de tal manera que buena parte de las chicas (sobre todo las más jóvenes) asumen esa posición de debilidad, y entienden la sobreprotección paterna. Además de asumir que los padres (también las madres) se preocupan por ellas porque es "normal", están expuestas a diversas circunstancias de riesgo que no dependen de su propio comportamiento, y que no pueden "controlar", entre las chicas suele resultar común expresar un aparente respeto por la experiencia vital que representa el rol adulto. Es decir, que si sus padres y madres se preocupan y les advierten es "por algo", porque fueron jóvenes y pasaron por esas circunstancias (a pesar de que se suele afirmar que la situación respecto a las drogas era distinta, y de que la experiencia de padres y madres con las sustancias, si existió, no ha provocado aparentes problemas a medio y largo plazo). Por ello llegan a justificar las actitudes sobreprotectoras y temerosas de sus padres y madres, incluso al mismo tiempo que reconocen no tenerlas muy en cuenta en el corto plazo, en las dinámicas concretas de diversión, donde quien consume alguna sustancia sigue haciéndolo sin tanto miedo como muestra el discurso teórico.

—O sea, cuando mi madre me advierte, pienso: "Buah, si no le he hecho caso..."

—Que cuando lo advierte es por algo. [...]

—Cuando te lo dicen es por algo. Y los padres siempre tienen...

—No lo van a decir para joder.

—Ya.

—Claro, y además es que, luego siempre acaban teniendo razón.

—Uhm.
—Sí, siempre tienen razón.
—Siempre.
—Nunca les haces caso y luego siempre tienen razón.
—Claro, siempre tienen razón pero porque ellos también lo han vivido.
—Claro, lo han vivido.
—Exacto.
—Y para que no cometas el mismo error que ellos...
—A mí siempre me dicen: "Que yo también he tenido tu edad." Y digo: "Ay... pues quiero saber."
(16-18 años, chicas, Valencia)

—No lo dicen por eso, pero nuestros padres han bebido el mismo alcohol que nosotros, y han visto lo mismo que nosotros. Incluso, a lo mejor cosas peores, ¿no? Pero, en plan, en ese sentido entiendo a mi padre, por el sentido de que yo qué sé... Que una tía es más de... y si le va a pasar algo a la niña y si esto... Porque es niña, y porque es niña y ya está, y por ese simple hecho hay que tener más cuidado...
—Sí, sí, yo...
—O sea, yo eso lo entiendo.
(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Y también pienso que... que los padres es normal que estén preocupados, porque realmente luego no saben sus hijos qué hacen. Bueno, la gran mayoría, habrá algunos que tengan la suficiente confianza con sus padres como para contárselo. Pero, shhh, como que no... no hay tanto control como antes, por ejemplo. Y lo veo en mí y en mis primos pequeños. O sea, sus amigos están de botellón, y a lo mejor pues lo estoy viendo, ¿sabes? Y tengo 18 años, pero bueno, que cada uno...
(16-18 años, chicas, Valencia)

Las madres también reconocen su tendencia a la sobreprotección, argumentada por esa teórica debilidad femenina, frente a una fuerza masculina que iría de la mano de los aparentes riesgos que acechan a sus hijas, asociados a los consumos (como se mencionó, los efectos de las sustancias sobre los hombres, que pueden resultar peligrosos para las mujeres, o el hecho de que el propio consumo las sitúe

en una posición de indefensión ante determinadas agresiones masculinas). Paradójicamente, debilidad femenina que argumentan desde la posición de madre protectora, capaz de hacer cualquier cosa por sus hijas e hijos, desde un discurso que resulta cualquier cosa menos débil. Como en tantas otras ocasiones, en esa diferenciación entre la debilidad y la fortaleza, que tanto nutre los imaginarios de lo femenino y lo masculino, la fuerza física ocupa el lugar central (no en vano está en la base de la percepción de los teóricos riesgos a los que se enfrentan las mujeres, que no se podrían defender ante eventuales ataques de hombres), y no se consideran tanto conceptos como la fortaleza de carácter o la personalidad, que sí pueden asociarse a las mujeres, más aún si son madres.

—Es que normalmente las niñas están más protegidas por las madres. Normalmente...

—Normalmente.

—Porque tenemos más miedo de que les puedan hacer algo...

—Porque tú vas a una discoteca y ves a las niñas pobrecitas como si fuera mi hija...

—Claro.

—Sin embargo a los hombres... A los... no a los niños pequeños, pero, a los... a los niños cuando crecen... y los ves hombres. Porque yo a mi hijo muchas veces incluso voy por la calle y yo me siento protegida. Y mi hijo es mi hijo, y yo soy la madre. Pero es un hombre, entonces...

—Claro.

(Grupo madres, Sevilla)

—Sí, que los niños de hoy en día lo saben. Que las madres queramos ahora sobreprotegerlos...

(Grupo madres, Sevilla)

La actitud de los padres tiende a ser diferente, pese a que parten también de la aparente necesidad de proteger a sus hijos y, sobre todo, a sus hijas, como respuesta al contexto social hostil en el que entienden que están creciendo, en el que los consumos de drogas representarían uno de los riesgos. Y es diferente porque, tras exponer la necesidad de estar pendientes de ellas y ellos, desgranar los riesgos a los que están expuestos los y las jóvenes, y explicar el lado más negativo de los consumos y sus consecuencias, en buena medida intentan mostrar altas dosis de indiferencia como reflejo de fortaleza y despreocupación. Entonces esgrimen argumentos de género, en el sentido de que son las madres quienes se preocupan más, en exceso, en base a una naturaleza femenina que

teóricamente conduciría a exagerar los riesgos, a sufrir y preocuparse en exceso, y a una sobreprotección de sus hijas e hijos que, desde esa perspectiva de aparente "fuerza" masculina, estaría más allá de lo necesario. Estereotipos de género que se manejan habitualmente entre las personas adultas, y que resultan operativos a los hombres por cuanto permiten, en ocasiones, desentenderse de algunas ocupaciones y preocupaciones (que serán "cosa de madres"). Por otro lado, aquellos hombres que ciertamente vivan con preocupación los riesgos a los que pueden estar expuestas sus hijas e hijos, pueden encontrarse incómodos y constreñidos en el corsé que marca la masculinidad despreocupada.

—Las madres en eso también le dais más vueltas. Es horrible, cada vez que salen mis hijas, mi mujer me da la coña hasta que llegan. Es horrible

—Moderadora: ¿Y qué dice?, ¿qué dicen las madres?

—¿Las madres? Pues: "Llámala, y dónde está, ya se ha retrasado diez minutos." Digo: "Hija, da un pequeño margen." Claro, yo soy más flexible, que pensaba que era lo bueno, la confianza, la comunicación, hablar con ella... Pero si vas a llegar diez minutos tarde pues, oye, manda un mensaje de que voy a llegar diez minutos tarde. Pero pasan de todo. Van a su rollo. Y antes mandan el WhatsApp a veinte amigas que te lo mandan a ti para decirte: "Oye, que llego diez minutos tarde." Y considero que mis hijas son buenas hijas, buenas estudiantes, respetuosas, que han tenido sus fallos como he podido tener yo. Pero la que... no la que sufre más, pero la que está ahí machacando y además te está machacando a ti es el run run que tienes al lado.

(Grupo padres, Madrid)

—Yo creo que la madre, la mujer y tal, le da tantas vueltas, ven más el peligro y todo eso. Los hombres, a lo mejor... más machistas, no machistas y tal, pero en este caso yo creo que la madre está todo el rato pensando: "Joé, es que soy mujer también y es que le puede pasar esto, o la pueden hacer no sé qué." Siempre están dándole vueltas a eso. Digo: "Entonces no la dejes salir, porque..."

—¿Qué vas a hacer?, ¿encerrarla en casa?

(Grupo padres, Madrid)

Asumir el estereotipo del hombre fuerte y despreocupado conduce a que la relación entre padres e hijos se establezca de forma bien distinta a la que tienen

con sus hijas. Precisamente porque la relación entre hombres, en base a ese rol, presupone dureza (y menos cariño, menos protección, más independencia, más indiferencia), los padres se muestran con los hijos más severos en la reprimenda y en el conflicto, pero también más permisivos: porque se entiende que aguantarán mejor determinados consumos, y porque dan por hecho que están menos expuestos a riesgos que las hijas. Todo ello deriva en que, al menos desde los argumentos, se muestren menos preocupados con sus hijos que con sus hijas, a pesar de que, en el imaginario colectivo, la expectativa de consumo de sustancias sea superior entre los chicos que entre las chicas. Además, desde esa diferenciación de género, algunos padres reconocen que no son capaces de mostrar con sus hijas la actitud que tenían sus padres con ellos, aunque consideren que tal actitud era la acertada, y sobre la que se basan sus valores y principios.

—Te pongo mi propio ejemplo con mi padre, con las borracheras. Fue buenísimo. La primera borrachera. Estábamos en el chalé en el campo y yo tenía mi habitación abajo y mis padres la tenían también abajo, y arriba había también más habitaciones. Venía tan borracho que no quería que me escucharan. Entonces me subí por la escalera, una escalera de madera. Hice pin, pin, pin, pin y hasta que llegué arriba. Y cuando llegué arriba...

—Todo para abajo

—Todo para abajo. Y horrible. Estaba fatal. Y entonces se levantó... mi madre primero y luego mi padre. Y yo: "Que estoy muy malo, ayudadme, que estoy muy malo." Y mi madre era a ayudarme. Y mi padre dijo: "Chis, fuera, que sepa lo que está haciendo." Dice: "Yo no te voy a ayudar, si quieres beber pues éstas son las consecuencias, pero a mí no te voy a pegar ninguna ayuda." Dices: "Jo-der. Me dio una lección mi padre de narices." Pero no soy capaz de hacérselo a mi hija, te lo digo en serio

—Moderadora: Pero digo: ¿si fuera tu hijo?

—Claro, si fuera mi hija... no, o sea, yo lo que quiero es hablar un poco más con ella y que lo vea, y a lo mejor si se quiere tomar algo que lo tome conmigo

—No, pero que tengas un chico, te está comentando ella, ¿seríamos más permisivos?

—Seguro.

—Sí.

—Sí, y las horas igual. Con mi hermano...

—Moderadora: *¿Más permisivos o estaríais menos preocupados?*

—Menos preocupados.

—Sí.

(Grupo padres, Madrid)

En cualquier caso, los y las jóvenes observan una actitud sobreprotectora por parte de sus padres y madres, que unida a no querer ver u obviar algunas situaciones puede derivar en los que las y los adolescentes y jóvenes consideran que puede ser un exceso de confianza, cuando no ingenuidad. Así, muchos y muchas jóvenes afirman que sus padres y madres creerán (o querrán creer) casi cualquier cosa que les cuenten, en un terreno abonado para la mentira o el engaño para aquellas personas que así lo pretendan.

—[CHICO] *yo creo que a tu padre le dices, vamos, yo en mi caso, mil veces he llegado a casa con algún problema, y lo que le diga a mis padres es lo que ellos se piensan. Antes de que venga el vecino y me haya visto, si yo les digo a mis padres que no, que equis, aunque el vecino que me ha visto por la mañana, mis padres me creen a mí.*

—Moderadora: *Confían en ti absolutamente.*

—[CHICA] *Es como una sobreprotección de los hijos.*

(21-24 años, mixto, Madrid)

—Moderador: *Pero, las cosas que os cuentan sobre las drogas, tienen más que ver con "cuidado que no te echen nada en la copa, cuidado con la vuelta a casa y tal..." Más que con vuestra propia... con vuestro propio consumo.*

—Claro, porque realmente se supone que no lo saben.

—No lo saben.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

En el extremo contrario, esa actitud sobreprotectora puede generar, en algunas personas jóvenes, cierta necesidad de que exista ese control, interpretado como vínculo afectivo, y que se situaría entre la responsabilidad, la inseguridad, la empatía con la preocupación paterna o materna, y la dependencia (denominada así con sus propias palabras). Por eso, algunas jóvenes reconocen que estar conectadas (telefónicamente) con sus padres y madres es algo que se ha constituido en un hábito. En unas ocasiones, siendo directamente la persona joven quien se autoimpone la necesidad de informar de que todo va bien (sin duda porque perciben en sus madres y padres la necesidad de recibir esa información),

generando unos lazos que a medio plazo será complicado eliminar. En otras ocasiones, cuando son las personas adultas quienes dan pie a ese hábito, si se rompe esa cadena de comunicación se experimenta entre las hijas e hijos una sensación de extrañeza y preocupación, que conduce a intentar mantener el vínculo (si no llaman ellos para preguntar si estoy bien, llamo yo). Sean estas situaciones más comunes o más minoritarias, lo cierto es que tienden a formar parte del universo asociado a lo femenino, y a la responsabilidad que se presupone de las mujeres (que son quienes ejemplifican estos casos en los grupos).

—Yo salgo y si salgo de fiesta, a lo mejor salgo a las diez, ¿no? Pues a las diez me despido de ellos. Yo salgo, y a la que vas a las dos de la mañana le mando un audio a mi madre. Le digo: "Mamá, que estoy bien." Y ya está. Y luego no le vuelvo a hablar hasta las cinco de la mañana. Y le digo... le vuelvo a decir otra vez: "Mamá, que estoy bien." Y ya está. Y ya hasta que no llegue a mi casa, sea la hora que sea, yo ya no le hablo.

—Claro.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Pero eso si es verdad que yo lo hablé con mi madre, y es que eso te puede, te puede provocar como un... Como una dependencia, porque a mi... Claro, porque yo desde que llevo saliendo, pues yo qué sé, desde los 14 o 16 años... Desde que yo llevo saliendo me he acostumbrado a que mis padres me llaman a una cierta hora. O sea, yo sé que a partir de entre las nueve y media y las diez, mi padre me va a llamar. Entonces, a esa hora, yo ya estoy pendiente del móvil. Qué pasa, que si llega una hora y no me llama mi padre, lo llamo yo para que él sepa que estoy bien... Y me dice mi madre: "Pero es que eso es malo para ti." Dice: "Porque tú tienes que aprender a estar sola." Dice: "Porque es que papá ya con 18 años que vas a cumplir, no puedes tener... no puede estar tu padre ahí a cañón."

(16-18 años, chicas, Sevilla)

De los padres y madres se espera, por tanto, esa actitud sobreprotectora, mucho más en relación a temas que suelen formar parte de los contenidos que generan alarma social. Y de la mano de esa actitud de quienes son sus progenitores, adolescentes y jóvenes también parecen entender la necesidad de que existan determinadas dosis de autoridad de las personas adultas respecto a sus hijos e hijas, que marquen los límites y las normas adecuadas para cada edad. Con

independencia de que en cada familia concreta la autoridad sea más o menos operativa, más o menos necesaria, y de que después cada hija o hijo tenga sus estrategias para sortear determinadas normas o controles paternos y maternos, que la figura del padre (sobre todo) y la madre implica una expectativa de autoridad, es algo que reconoce el discurso general; que además lo considera imprescindible para reducir al mínimo las posibilidades de que una persona joven crezca con valores y hábitos equivocados, entre los que situarían los consumos ("incontrolados") de drogas. En este sentido se atribuye responsabilidad a los padres y madres en relación a determinados consumos de sus hijas e hijos, y la omisión de su labor de "control" será señalada como desatención de sus responsabilidades como educadores y educadoras.

—Siempre han puesto, han intentado que fuesen las cosas acorde a mi edad, no que con 15 años ya tuviese la libertad de hacer lo que me diese la gana para que cuando llegase a esta edad no sea capaz de disfrutar lo que me toca ahora, que cada cosa tiene su ritmo. Porque cuando tienes una edad, con 15 años, quieres ser como ahora, cuando tienes 21, quieres hacer lo mismo, llegar a las mismas horas, beber lo mismo, tal, o hacer lo que te dé la gana, y es que si no te ponen las limitaciones, al final no vas a vivir las cosas en cada momento en cada... cuando te tocan.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Hay niños y niños, pero también yo qué sé... Pienso que los padres muchas veces no están como deben de estar con el niño...

—...si el niño hace lo que le da la gana... Vale, sí, puede hacer lo que le da la gana, pero yo qué sé, un poco de...

—Tiene que tener algunas normas.

—Tío, que es tu hijo... Exacto. Yo qué sé, digo yo. Yo creo que es que no sé... Yo lo veo súper fuerte.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

9. DISTINTOS RIESGOS, DISTINTAS ACTITUDES, DISTINTOS MIEDOS

Como resultado de todo lo visto hasta el momento es evidente que la percepción de los riesgos de consumir drogas es muy distinto según se trate de chicos o chicas. A lo largo del texto se han analizado las diferencias en las percepciones sobre los consumos, las diferencias de roles y expectativas, las consecuencias en relación con la imagen que proyectan los chicos y las chicas, y las diferencias en el tratamiento familiar. Desde la mirada de los riesgos explícitos en los discursos existe también una disociación básica de género: el riesgo máximo relacionado con las drogas es, para una chica, la violación; para un chico, ser objeto de robos, peleas..., en general adoptar o verse inmerso en situaciones de violencia física.

—[CHICA] Si, pregunta directa, te pregunto a ti, ¿qué es lo peor que te puede pasar si te drogas? Es que jamás me dirías que me violen, ¿verdad?

—[CHICO] Ya, pero es que yo creo que es visión del padre, en plan...

—[CHICA] Es que yo... No, pero te hablo de nosotros, o sea, te pregunto...

—[CHICO] No, no, entre jóvenes, por supuesto, ahora la mentalidad ha cambiado mucho, que a lo mejor si te drogan es para violarte, también debería ver las personas, debería ver el ambiente, pero no creo que sea para violar...

—[CHICA] No, no te digo eso, digo que, una situación de que yo te diga, lo peor que te puede pasar, y tú me digas...

—[CHICO] Pues que te roben.

—[CHICA] ...que me roben, que me abran la cabeza contra un puto bordillo y no pueda volver a mi casa. Para mí, lo peor que se me pasa por la cabeza es que me violen.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—[CHICA] Yo los padres no lo sé porque no soy madre, pero yo creo que no se ve igual el tema de drogas en el sexo femenino que en el masculino. Voy despacio porque el tema es muy chungo...

Vamos a ver, creo que siempre, hagas lo que hagas en cosas de alcohol, drogas,irme una noche de fiesta, siempre, hasta viajar sola, está el miedo a que te vaya a pasar algo sexualmente. Y yo no sé vosotros, pero no creo que tengan ese miedo de me pueden violar.

—Moderadora: *¿Pero eso por padres o por parte de vosotras?*

—[CHICA] *No, no, hablo de nosotras. Entonces, yo si una amiga me está diciendo "Tía, ayer me puse hasta las cejas", lo primero que pienso es "Dios mío, como la hayan violado, como la haya pasado algo." Y si me lo está contando un amigo mío y digo "Ya ha perdido la cartera, no sabe cómo volver a casa, tal, no sé qué." Por supuesto que sé que es una conciencia completamente patriarcal y soci... pero me parece superfuerte, en plan de que hasta aquí llega todo esto, y que probablemente no haya pasado, que estás con tus amigos, tal, no sé qué, siempre...*

—[CHICO] *Yo llamo a mi padre y lo primero es que... lo último que va a pensarse es que me he drogado. Me habré pegado, o me han pegado, o me han robado, lo último. Pero es verdad que el consejo que le pueden... el miedo que tenga un padre, no tengo hermanas, pero es verdad que yo tengo amigas más que les dicen sus padres, todos los consejos que dan es para que no esté sola y que no le pase nada mientras está sola. Y todo el miedo que tiene el padre de cuando su hija sale por la noche o llega tarde a casa es de que no le hagan algo relacionado con... sexualmente, ya sea una agresión, abuso o lo que sea. Pero que no sea con algo sexual. En cambio, los chicos yo creo que es más para que no te busques un problema, que no te peguen, para que no te roben y tal, pero nunca... Y a mí, no creo que a ningún chico o le hayan dicho que tenga miedo el padre de que no se drogue o que no le metan algo en la copa porque le van a violar. Un chico imposible, imposible. Hay de todo, pero a las mujeres, casi todas las que tienen hijas, casi segurísimo que casi siempre va por eso. Para que no les pase nada en ese sentido.*

—[CHICA] *¡Qué movida!, ¿no? ¿Te imaginas que nos educasen al revés? En vez de prevención, de no lo hagas.*

—[CHICA] *Ya.*

(21-24 años, mixto, Madrid)

—[CHICO] Yo temo más por la chica que por el chico.
—[CHICA] Sí, eso es verdad.
—[CHICA] Yo también.
—[CHICA] Yo creo que todos, o sea...
—[CHICO] Vas a ayudar antes a la chica siempre.
—[CHICA] Pero volvemos entonces a lo mismo que ha dicho ella, por el miedo a que la puedan violar o no sé qué. En un chico tú no tienes ese miedo de esa finalidad de decir...
—[CHICA] Que le van a violar o no le van a violar. [...]
—[CHICO] Que una chica esté drogada, pues vale, muy mal por ella, pero el chico también muy mal. Nadie va a decir "Pues el chico bueno, el chico sabrá tal. La chica, madre mía, es que como es chica cómo se puede drogar", o sea, no. Yo creo que lo que nos da es miedo por decir "Joé, esta chica, lo que le puede pasar", ¿me entiendes?

(21-24 años, mixto, Madrid)

Para las chicas, de hecho, el riesgo existe independientemente de que ellas consuman o no. Estar en escenarios de consumos implica asumir su vulnerabilidad, fundamentalmente sexual, tanto si ella misma ha consumido, puesto que pierde capacidad de reacción, como si son otros (chicos) los que "se aprovechan" de ella o la agreden.

—Yo creo que los tíos se drogan más por el simple hecho que no tienen el peligro que no tiene una tía. Una tía al salir tiene que pensar en, si lleva falda, ten cuidado con el ciego de que no se te vaya a ir la falda, de que no se te vaya a subir, de que no te la vayan a levantar, de ir al servicio y que no dejes el cubata fuera porque te pueden echar algo... Si entras al servicio de que tu amiga te aguante la puerta, nunca ir sola al servicio, pff... Las tías al salir siempre tenemos más...

—La vuelta a casa.

—Ahí está, la vuelta a casa. Nunca ir solas de vuelta a casa de una fiesta a las tantas de la mañana...

—Y menos si has bebido.

—Yo me he encontrado a muchos hombres borrachos y... que sí que estaban ciegos de droga, y yendo solos por la calle...

—Sí.

—Yendo así sí a mí me da miedo ir un poco más con el puntillo. Ir sola, es decir, es que me pasa algo y no me entero ni yo, ¿sabes?

—El niño es distinto, a un niño no... El niño no piensa: "Voy a salir por beber sólo de mi casa y me van a violar"...

—Claro, no, por eso.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—Yo creo también, como los compañeros, veo más riesgos en una mujer. Veo que una mujer tiene el riesgo sexual que en un hombre no existe. Y por mucho que nos empeñemos, o sea, por mucho que cambie la sociedad, no veo yo ahora a seis mujeres violándome. Pero sí que, en ese sentido, nos determina. A mí no me resulta imposible pensar que tengo un hijo y claramente no viviría con ese miedo. Que ese miedo coacciona mis acciones o lo que yo le transmita a mi hija, que no se lo transmitiría a un hijo porque no habría necesidad [...]

—Cuando mi hija tenía 11, 12 años, que es la edad que tiene ahora mi hijo, me pasaba el día en la ventana mirando. Yo con el niño no. El niño sé que está jugando al fútbol, está con los amigos, y no me preocupa tanto

—Dice: "¿Y por qué?" Yo contestaría el porqué...

—¿Por qué eso? Para mí es el miedo al tema sexual más que nada

—Sí, no porque seamos machistas o no, que es la típica... [...]

—Yo no he tenido hijos, pero nosotros somos dos hermanos y yo tengo dos hijas, y mis padres no tenían el miedo que tengo yo con ellas.

—Un trauma en una niña, de tipo sexual, va a suponer que lo arrastre el resto de su vida, y en un niño no voy a tener ese trauma. Si yo tuviera un hijo, ese riesgo no existe.

(Grupo padres, Madrid)

—Tú... que hagas lo que quieras pero vamos a pasarlo bien. Pero la verdad no es que me haga falta. Pero cuando ya se pasan, se ponen pesados, se vuelven violentos y todo eso. Que ya no razonan, porque ya no razonan allí. Ahí, algo has hecho mal.

(21-24 años, chicos, Valencia)

Para ellas es evidente que asumir la existencia de riesgos diferenciales implica buscar espacios de protección y seguridad. Esto se consigue mediante la

cobertura del grupo, las amistades, y la consciencia de que no pueden *desfasar* en cualquier ambiente. De alguna manera, esta consciencia *obliga* a poner en marcha todas las herramientas de control (autocontrol y control del entorno) a las que nos hemos referido a lo largo del informe. Y el despliegue también de todo el conjunto de capacidades supuestamente diferenciales que se asocian a las mujeres (responsabilidad, personalidad...). Las chicas son conscientes de esos *otros riesgos* a los que ellas están sometidas, y su perspectiva se orienta en función de esas otras consecuencias.

—Sí, por ejemplo yo en el entorno en el que me muevo las chicas no están... Hasta normalmente que no encuentran un sitio cómodo no se atreven a darlo todo por miedo a... Tampoco voy aquí a dejarme caer, que a saber dónde me despierto mañana, ¿sabes? Yo conozco chicas que van con miedo... Cosa que yo digo: "Sí, sí." Vamos, y van controlando, y no quieren dar de más por si acaso mañana... En plan no, tú tran... Y yo tranquilamente me he quedado dormido en bancos y ya me he despertado y... ya he empezado a andar, y sabes que bien. Tú vives tranquilo.

—Sí que es verdad que...

—Y luego hay chicas que luego igual se frenan y dicen: "No, no, esto a que me están"... Shhh, hay un... el bulo de que las chicas sólo se meten droga para...

—Y para... Cualquier droga para... es... se la echan a las chicas para luego...

—Y hay muchas chicas que luego tienen eso ahí, un tabú o... les echa para atrás, de decir: "Ostras, no, no."

—Hombre [interrumpiendo], de lo que tú acabas de decir... Una cosa es que se droguen o que no, y tal, pero es que... O sea, si una chica descontrola los resultados pues...

—Claro.

—...es verdad que pueden ser mucho peores...

—Sí, sí, eso es verdad. Eso es verdad...

—Yo en mi entorno las chicas van, y que se van con pies de plomo pensando: "Ostia, que no... que tengo que volver a casa en taxi."

—Es una pena muy grande...

—Ya.

—...pero es así.

—Entonces ahí no... Igual no se atreven a... a ir a tope.

(21-24 años, chicos, Valencia)

—Yo creo que [las chicas] sí que buscarían la relación de drogas y posibles eh... ¿Sabes? Cuando te drogas ya dejas de estar al cien por cien, y es más probable que te... que abusen de ti.

—Y cuando bebes.

—Esas... Shhh, yo creo que no lo acabarían de relacionar... O sea, ¿sabes? Es una regla, es como lo de pincharse y tal, ponen el tope en... O sea, eso es... Yo creo que las chicas... tienen claro que las drogas, por lo menos, o lo que sea... Tienen claro que las drogas se usan para... para drogar a las mujeres y ya... Y a partir de ahí no sabes...

(21-24 años, chicos, Valencia)

A la luz de esta percepción de los riesgos, que comparten claramente padres y madres, parece evidente que el foco de los riesgos relativos a las drogas no está tanto en las sustancias, en el consumo en sí mismo, como en las consecuencias inmediatas relacionadas con la *perversión* del ambiente. Así, los riesgos de los que se habla no tienen que ver con los efectos de las sustancias en sí mismas, sino en las consecuencias que, en el caso de las hijas, son las sexuales. Fundamentalmente las que tienen que ver con las agresiones y abusos, pero también (aunque se explicitan menos) las relativas a la desinhibición.

Obviamente, la perspectiva de los padres se centra también, y mucho más en el caso de las hijas, en su vulnerabilidad y su incapacidad para defenderse; en la inferioridad de condiciones en que se sitúan en esos escenarios (como se ha visto, considerados poco adecuados para mujeres) y en los que, muy probablemente, serán engañadas para consumir. Si las hijas consumen lo harán sin ser conscientes ("les ponen algo en las bebidas sin que se enteren"), y sus actos serán absolutamente involuntarios. Argumentos que no se reconocen en los discursos sobre los hijos varones.

Los riesgos para ellas son fundamentalmente externos y, por ello también, padres y madres consideran fundamental el tipo de compañías de sus hijas, y la seguridad de que no estarán solas.

—Yo creo que lo que más le preocupa a los padres cuando salimos es de que la droga, como ha dicho ella antes, que se puede conseguir en donde sea... Entonces es fácil de que alguien llegue y tu copa, y sin tú darte cuenta y que con tantísima gente te haga: "¡Chas!" Y le tenga a mi lado toda la noche, y yo no me doy cuenta. Porque entre tanta gente tú qué vas a notar que una persona te

está mirando, entre quinientas personas... Es el miedo que tienen ellos. Yo salgo, y a lo mejor hemos llegado a las nueve de la mañana y mi madre ni si quiera ha dormido. Y me dice: "Pero tú ves normal ahora con los borrachos, con... con todos los drogatas..."

—[...]

—Mi padre la última vez que salí, hará dos semanas, tres semanas o dos semanas, y me dijo que... Dijo: "Me da igual la hora que me llames, pero si te vienes al barrio o te vienes con las niñas, o te recojo yo... Pero sola nunca." Dice él: "Es que me da igual que me llames a las cinco de la mañana. Aunque te tengas que venir sola." Dice: "Pero no te vengas sola." Y es que es también el miedo que se le... se le mete también a la familia...

—Sí.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—[CHICA] El alcohol. O sea, mi padre por ejemplo, pues cuando sales de fiesta, pues te dice lo típico de... cuidado con la copa no te vayan a meter algo. Pero como que son tus padres los que no conciencian de que pueda ser por ti mismo el que lo has probado, y no que te lo hayan echado en la copa.

—[CHICA] Pues eso es lo que te digo

—[CHICA] Claro, justo, que si tú llegas y te metes algo, y vas puestísimo o lo que sea, vas a tus padres y les dices "Oye, que me han metido algo en la copa." Y tus padres dicen "Joder, pues ten cuidado con la copa", en vez de concienciar que a lo mejor has podido ser tú el que lo has probado mismamente, ¿sabes?

(21-24 años, mixto, Madrid)

—...Yo vi un día una en Chipiona... No sé si estaba borracha, o había fumado algo, no lo sé. Que estaba de niño en niño. Y esa niña no tenía... no tenía control, la llevaban para allá de... Y yo me acordé de mi hija, y cuando llegué a mi casa digo: "Cielo, mira he visto esto." Venía llorando yo. Digo: "Yo no quiero que a ti te pase esto, yo quiero que tú controles, que cuando vayas a la discoteca con el vaso de Coca-Cola, no vaya a ser que te echen la... el líquido."

—Qué miedo [...]

—Sí, pero perdona, eso no es que lo tomen conscientemente.

—No.

—Pues eso...

—No, que se lo eche alguien.

—Y yo el miedo también lo tengo mucho más con mi hija que con mi hijo. Porque yo sé que es más usual, se dan más casos de que haya... que le echen en la bebida a las chavalas para poder abusar de ellas que en un chaval, porque un chaval que le echen gotas de droga para hacer luego abusos sexuales o lo que... o lo que tengan en mente... Mmm... es más raro los casos que se dan, pero...

(Grupo madres, Sevilla)

—Aunque ellas sean más precavidas luego corren más riesgos también, que el chico

—Nunca puedes bajar la guardia [...]

—Sí, yo creo que tienen más riesgos, a que les pasen más cosas

—Porque es tu niña.

—No, no.

—Porque son nuestras niñas.

—Moderadora: ¿A qué te refieres?

—A que es mi niña no. Yo por ejemplo no veo en la tele que cinco niñas han violado a un tío, por ponerte un ejemplo.

—No, pero lo que tienes que hacer es eso, es racionalizar un poco, no sé quién lo ha dicho, con ellas. Mira todo lo que hay. No te voy a decir que no salgas, que no bebas, que no vayas a este sitio, que tal y cual. Pero mira los terceros que te pueden inmiscuir a ti.

(Grupo padres, Madrid)

El discurso, una vez más, se vuelve extremadamente duro e injusto para las mujeres: las chicas deben estar permanentemente alerta. Puesto que saben que están expuestas a que se aprovechen de ellas, es responsabilidad suya evitarlo. Si son responsables no deberían emborracharse ni perder el control; ni exponerse en espacios de riesgo... y si les pasa algo, en el fondo, es porque "ellas se lo han buscado". Para los chicos no existe responsabilización de este tipo, sobre todo cuando se refiere a consecuencias externas; pero para las chicas sí, y ellas mismas asumen también esta carga desde la vergüenza e incluso desde la culpabilización.

—Yo creo que tampoco tienes... o sea, tampoco corres el mismo peligro de que te pase algo si eres una mujer o un hombre. O sea, en el momento que pierdes un poco tus facultades y eres una

mujer y estás sola por la calle, desde luego que... vamos, 100% estoy segura de que alguien... o sea, algún hombre se te va a acercar fijo.

—O sea, tienes más riesgo.

—Claro. Tienes más riesgo de que te pase algo a ti y encima tú es que estabas borracha, entonces... no haberte puesto así, ¿no? En cambio, si hay un chico, a lo mejor, que está tirado en el suelo porque se ha cogido el pedo de su vida y es como que, bueno, ahí está tirado. Y ya está.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Es lo que me da coraje, que tú puedes ir tan libremente por la calle sin... O sea, habiéndose fumado lo que quieras o habiéndose drogado, y nosotras no. Nosotras como que tenemos que tener esa responsabilidad de pensar... Eh... en las consecuencias, ¿sabes?, o lo que vamos a hacer después. [...]

—Sí, por ejemplo, mi amiga cuando sale dice: "Voy a consumir ya", o sea, "Me voy a fumar el porro ya, porque después me tengo que volver en autobús y... y me voy a encontrar con mi madre en mi casa", ¿sabes? Entonces... Es el único caso que tengo, entonces no sé...

—En eso siempre pensamos nada más en salir, nos droguemos o no. En plan, beban no beban, te drogues o no te drogues. Ahora, cuando sales y ya lo haces, en plan, ahí eres más consciente, ¿no?, de eso.

—Sí, hay que estar con cuidado, de que no te...

—Ahí está.

—Eh... no te pases con esto porque nunca sabes lo que puede pasar después.

—[...]

—[...]

—A la tía la ven vomitando o lo que sea, y en vez de ayudarla lo que van a hacer es meterle mano...

—Exacto. Eso sí.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

—[CHICO] Pero tal y como están las cosas no me extraña que lo piensen, o sea, que el mayor miedo de un padre sea ése porque

tal como están las cosas yo también lo tendría y... pero es que están las cosas así ahora mismo.

(21-24 años, mixto, Madrid)

Las mujeres deben hacerse cargo de la naturaleza del varón ("golfo")¹ y asumir lo que implica sin que parezca que deban ser ellos quienes cambien su manera de actuar (también estereotipada, obviamente). Y si la naturaleza es así, lo necesario también es que exista un hombre protector, ya que si una chica va acompañada de un novio, el problema desaparece.

—Yo se lo digo muchas veces a mi hija "Vamos a ver, tu padre... es un golfo, un golfo toda su vida. Pues sí, yo sacaba a las mujeres, nos íbamos por ahí de cachondeo y tal y cual. Pero ¿qué pasa? Cuando no teníamos ni coche, que íbamos en autobús o en metro, luego toda la pandilla acompañábamos a cada chica a su casa."

—Éramos unos señores.

—Claro, exactamente.

—¿Ahora? Ahora no, ahora no.

—A tomar por saco.

—Ser un poquito galán, ¿no? El tema de la galantería, todo eso...

—Ahora eso se está... es que lo están destrozando.

—Hemos avanzado mucho en muchas cosas y en otras hemos retrocedido. Además eso es verdad. Yo lo corroboro. Salen un grupo de muchachos y demás y mi hija viene, viene a una... en deshoras, porque evidentemente yo la he educado de una manera. Y aparte que además yo también computo riesgos y demás. Y es verdad. Antes estábamos el grupo, efectivamente, pues unas muchachas tenían que ir a su casa y demás, todos cogíamos, acompañábamos, veíamos cómo entraba a la puerta de su portal. Cuando había entrado a la puerta de su portal y había cogido el ascensor, cogíamos y nos íbamos. Y ahora todo eso se ha perdido [...]

—Creo que hemos evolucionado en algunas cosas para muy bien, muy bien, muy bien y en otras hemos retrocedido.

—No éramos una perita en dulce. O sea, que yo cuando era joven e iba con una chica, yo iba a ver qué podía hacer con la chica.

1. Desde una connotación masculina del término (pícaro, canalla...), muy alejada de la femenina (promiscua, fácil...).

Vamos, nos ha jorobado.

—Sí, pero con una educación y una galantería. Y una picardía.

—Exactamente.

(Grupo padres, Madrid)

—Yo por ejemplo, ahora tengo novio. Entonces ya me da igual, porque sé que mi novio me va a acompañar a todos los lados. Pero aho... cuando antes estaba soltera digo: "Sandra, escúchame, no te descontrolas, porque si no te descontrolas, después no sabes lo que te va a pasar después." Porque si tú vas... Yo soy de las que se me sube el alcohol muy rápido, porque no estoy acostumbrada a beber.

(16-18 años, chicas, Sevilla)

En general todas estas valoraciones y juicios se refieren y proyectan hacia otras personas y resultan tremendamente teóricas y estereotipadas, lo que no les resta potencia discursiva y construcción de un imaginario que filtra los consumos.

Por eso también, cuando se piensa en una o uno mismo, se incorporan elementos personales (y no sólo externos) entre las motivaciones y decisiones respecto a las drogas. Para uno o una misma sí se reconocen, como es natural, argumentos que no se vinculan a la presión social, pero que tampoco se desarrollan discursivamente.

—[CHICO] Yo me voy de fiesta y veo a una chica que está pero drogada, me refiero que no sabe ni dónde está, que no se puede mantener en pie, y digo "Ojalá la acompañen a su casa y la dejen en su casa y la recoja su padre."

—[CHICA] Pero eso es lo que dices tú hacia ella, no se lo dice ella misma.

—[CHICO] No, claro, claro.

—[CHICA] Si, tú como ella te has drogado porque has querido no creo que estés pensando en...

—[CHICA] ¿Si te drogas porque quieres y te violan es tu culpa?

—[CHICA] No, no estoy diciendo que... No estoy metiéndome para nada en eso. Digo que si me drogo no estoy pensando en si me van a violar. Digo que me estoy drogando porque... es que me parecería totalmente fuera de...

—[CHICO] Es evidente.

—[CHICA] ...raciocinio que me esté drogando pensando en que me van a violar, porque es que entonces no me drogo. Estoy controlándome a mí misma.

—[CHICO] Es evidente, pero lo que me refiero es que lamentablemente lo que la sociedad ve es "Joder, esta chica, qué peligro, lo que le puede pasar estando así."

(21-24 años, mixto, Madrid)

En definitiva, no parece que los principales miedos asociados a los consumos tengan que ver con los efectos de las sustancias. Sobre todo en el caso de los chicos, que no parece que se sientan sometidos a esos riesgos externos tan contundentes.

—[CHICO] Sí, pero tienen miedo a que le echen alguna cosa, bueno, porque desconocen todo el tipo de drogas que hay y los efectos que pueden producir, pero tienen el miedo, sobre todo con el sexo femenino, de que le echen algo porque las puedan violar, no tienen miedo de que le echen alguna droga tipo cocaína, M, o lo que fuese, tienen miedo por conseguir violarla, no por... A un chico yo creo que ya ni se les pasa por la cabeza lo de que le echen la cosa en la copa.

(21-24 años, mixto, Madrid)

De hecho, la percepción de los riesgos, desde la perspectiva de la personalidad y la voluntariedad, se disocia y elimina entre quienes deciden consumir (sean chicos o chicas). En el caso de que adopte esa decisión será porque no se quiere ni pensar en lo que pueda ocurrir ("si lo pienso no lo haría") que, por lo demás, es coherente con las expectativas conocidas para el espacio festivo. En los tiempos y espacios de fiesta, lo que se espera es precisamente el descontrol, por lo que las sustancias son un elemento más, parte de dicho contexto, que no implica mayor problema o preocupación, salvo que te pillen.

—[CHICA] Es que si yo ahora mismo me imagino que me voy de fiesta y metiéndome yo sola una pastilla de lo que sea, mi mayor miedo no es si me van a violar, sinceramente, mi mayor miedo es personalmente cómo me va a sentar esa droga. Igual una persona que le apetece...

—[CHICA] Es tu decisión, o sea, tú vas a...

—[CHICA] ...y no piensas me pueden violar, me pueden tal, o sea,

ya es tu miedo de cómo voy a reaccionar a lo que me estoy tomando.

—[CHICA] Claro ... por el consumo propio.

—[CHICA] Yo hablo igual, por el consumo propio.

—[CHICA] Ah, pues yo por el consumo propio no estoy pendiente, porque si no, principalmente no me drogaria. Si voy a drogarme pensando que por drogarme me van a violar...

—[CHICA] No, no, no es eso. Es el peor de los casos que te puede pasar si tú decides voluntariamente tomarte una pastilla.

—[CHICA] Ya, pero es que entonces, de verdad, lo pienso igual. En plan, si tengo que plantearme esas cosas... No me drogo.

(21-24 años, mixto, Madrid)

—Yo creo que nada negativo respecto a las drogas. O sea, nada. Cero problemas con el alcohol, y si me emborracho, me emborraché, y mejor, porque seguro que me lo voy a pasar mejor. Y si nos fumamos un porro, pues mejor también. O sea, absolutamente... nada negativo. Siempre... pues eso, pensar qué me voy a poner, dónde voy a ir, con quién voy a salir y cuándo vamos a empezar a comprar el alcohol, cuanto antes quedemos, si quedamos a las cinco de la tarde y empezamos a las seis de la tarde, estupendamente. O sea, no hay una... Aunque seas consciente y aunque haya en los colegios, pues te den campañas de prevención y demás, pues no eres consciente realmente hasta que a lo mejor tienes algún caso ya cercano de alguien que le haya dado un coma etílico, o alguien que le haya dado un amarillo, o cosas así que dices... Y en este caso, yo creo, que aun así piensas que es que se pasó muchísimo, es que a mí no me va a pasar.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

—Yo por ejemplo recuerdo la única parte negativa era que te pillasen. Entonces, si tenías un coma etílico te tocaba ir al hospital y tus padres se enteraban, entonces, lo malo no era que te hicieran un lavado o lo que sea, sino que te han pillado y vas a estar castigado y todo eso. Entonces, en ese sentido sí que opino como tú, que vamos, es que no teníamos tampoco la idea de que te está afectando o que te va a afectar de verdad, o sea, que es algo negativo para ti, para tu cuerpo [...]

—Sí, yo creo que cuando salía, las veces que salía, lo que pensaba era a ver cómo hacerlo para que mis padres no me pillen cuando me tenga que ir a casa, porque no es como ahora que vuelves cuando te da la gana, sino que a las 10 o las 11 tenías que estar en casa, y era como... vale, a ver a qué hora lo dejo para que se me vaya pasando, para que cuando me vengán a buscar mis padres o llegue a casa no me noten que he bebido, o que he bebido mucho, ¿sabes?, que tus padres van a saber que has tomado algo fijo, pero como siempre pensando en el... vale, porque tú eres consciente de que está mal, pero igualmente lo vas a hacer evitando recibir la bronca de después.

(21-24 años, chicas, Valladolid)

10. CONCLUSIONES

Es muy probable que quienes lean estas páginas compartan la sensación de *déjà vu* ante la mayoría de los argumentos que conforman los discursos sobre los consumos de drogas juveniles. Y si la consolidación de dichos discursos puede resultar sorprendente, no lo es menos el hecho de que existan pocas diferencias entre las visiones compartidas por los y las jóvenes y las de las personas adultas, encarnadas en este estudio por padres y madres que, muy posiblemente, hablaban casi de la misma forma cuando tenían las edades que sus hijos e hijas tienen en la actualidad.

Parece claro que hablar de consumos de drogas juveniles se enmarca en una cotidianeidad nada ajena, que cuenta con un espacio muy reconocible que facilita los discursos: hablar de drogas remite a hablar de ocio. Por eso todo el discurso asume el consumo de drogas como parte de un cierto tipo de ocio, muy común y compartido, que es el ocio de las salidas nocturnas de fin de semana en el que, ya hace décadas, determinadas sustancias están incorporadas de forma normalizada, como una parte constitutiva de la *fiesta*.

Por otra parte, también resulta llamativo el hecho de que los discursos reproduzcan miméticamente esas ideas consolidadas ya casi como estereotipos, que parecen resultar funcionales para el análisis de una realidad que *debería* mostrar algunas aristas negativas que no se reconocen en la experiencia personal y directa, salvo en casos y situaciones excepcionales. Quizá por eso, también, se mantenga la sensación de que los discursos reproducen una mirada muy estereotipada —en parte aprendida— que, en la mayoría de las ocasiones, se desplaza hacia terceras personas a modo de relato completamente racionalizado al respecto.

Un repaso a los principales argumentos, siempre desde la perspectiva de esos consumos *normalizados* de fiesta, nos sigue remitiendo a las ideas de legitimidad: los consumos son *legítimos* cuando están circunscritos al contexto festivo, donde se espera *descontrol*, *desfase* y *relativización de las responsabilidades* cotidianas; cuando los protagonizan quienes están legitimados para formar parte de ese contexto (personas jóvenes), y cuando no se convierten en una *necesidad* que excede los límites temporales, espaciales y etarios de dicho contexto. Sobrepasar

y romper esos límites marca la frontera necesaria frente a las drogas, o lo que es lo mismo, la alarma que permite conceptualizar el espacio problemático que las drogas también *deben* tener.

Mientras tanto, lo que se traslada es una clara despreocupación frente a los consumos de drogas, siempre que se produzcan en momentos y lugares de fiesta; fundamentalmente consumos de alcohol y de cannabis aunque, en algunas situaciones, se pueden considerar otros tipos de drogas ilegales que puedan ser funcionales. Estas sustancias formarían parte del *attrezzo* festivo, casi como cualquier otro elemento del decorado (la ropa, la música, los locales...) y, se dice, contribuirían a la consecución o amplificación del principal objetivo: la diversión. Las sustancias ayudan a divertirse más, porque ayudan a desinhibirse, a desfasar, a facilitar las relaciones interpersonales y, muy fundamentalmente, facilitan los encuentros y las relaciones sexuales.

Sin embargo, dicho todo esto que nos sirve de contexto general, parece también claro que el discurso es compacto siempre que se visualice en masculino. Profundizar en la cuestión de género es el objetivo de este informe, y resultan también muy notorias las enormes diferencias que se manifiestan en las maneras de afrontar la relación con las sustancias entre hombres y mujeres, como correlato de las diferencias a las que se alude en innumerables aspectos relacionados con los espacios sociales según el género.

Parece claro el hecho nada desdeñable de que el nulo cuestionamiento de los consumos juveniles festivos se refiere con claridad a los consumos masculinos, puesto que —como hemos visto— si se trata de consumos de mujeres sí que hace falta incorporar explicaciones o, al menos, justificaciones o matices, que responden a la expectativa de rol de género. Chicos y chicas consumen igual, pero las condiciones son muy diferentes.

Así, se dice, las chicas consumen "casi como los chicos e incluso, a veces, más que ellos". El comportamiento de ellas se compara con el estándar, que es el masculino, y se analiza desde una perspectiva que remite a las necesidades y motivaciones típicamente masculinas. Por eso el discurso está plagado de referencias abstractas sobre cómo las chicas se incorporan, también en esta cuestión, a un ámbito o espacio que no les corresponde, porque "es de hombres" y, por tanto, lo hacen apropiándose en cierta manera del espacio masculino pero de forma impostada. Las chicas, desde esta perspectiva, beben pero no porque tengan la misma necesidad que los chicos sino, por ejemplo, para hacerse fotos o por *postureo*; si lo hacen para desinhibirse pueden pasarse de frenada y perder el control, cosa que es muy diferente para ellas que para ellos; si beben es porque las engañan, o para imitar a los chicos, o por complacer a un posible novio...

Y, bajo este paraguas del espacio ajeno, se proyectan sobre los consumos de sustancias (insistimos, en los consumos más normalizados de alcohol, tabaco o cannabis) todos los posibles estereotipos relacionados con el género que, probablemente no reflejan exactamente los comportamientos reales, pero que argumentan las diferentes maneras de afrontarlos.

Estos estereotipos son, en general, ideas comunes sobre las diferencias entre lo masculino y lo femenino que resultan muy expresivos cuando se asocian a los consumos de sustancias.

En primer lugar, de las chicas se espera siempre que sean responsables y se les atribuye mayor madurez y personalidad que a los chicos: exactamente las características personales que se identifican como necesarias para controlar (y/o evitar) el consumo de drogas. Por tanto, de las chicas se espera que o no consuman o que sean lo suficientemente comedidas, mientras que de los chicos se espera que se comporten de forma simple, gregaria y descontrolada. Como hemos visto, los chicos que descontrolan pueden comportarse de forma inadecuada; para las chicas es inadecuado el descontrol en sí mismo, independientemente de los comportamientos en que pueda derivar.

En segundo lugar, ser mujer también se asocia con la debilidad y la necesidad de protección, frente a la fortaleza que se atribuye a los varones. Ante los consumos, las chicas aguantarán menos, acabarán peor y necesitarán que se las cuide o proteja; por tanto, es mucho más difícil que las chicas puedan *consumir bien*, sea lo que sea eso.

Además, si el espacio de los varones es tradicionalmente el espacio público, para las mujeres se reserva el espacio de lo privado. Es en el ámbito privado donde las chicas pueden exhibirse o materializar sus necesidades, mientras que para los chicos la exhibición pública, el alardeo, es práctica *necesaria* de su identidad. Esta distinción entre lo público y lo privado se refiere a múltiples aspectos, por ejemplo a la organización grupal, a las relaciones personales y sexuales, etc. Para las chicas, los comportamientos de consumo pueden ser grupales, pero íntimos; entre los chicos, los consumos también se arropan grupalmente pero se exhiben públicamente. De los chicos se espera la iniciativa sexual abierta y notoria, mientras que de las chicas se espera o bien la pasividad o bien la iniciativa prudente y selectiva...

Tanto unos como otras son conscientes de que sus comportamientos pueden ser muy similares en la práctica; pero también son muy conscientes, sobre todo ellas, de que las consecuencias a que se exponen son muy diferentes. Y lo son fundamentalmente porque los consumos de las mujeres están sometidos a un

juicio muy severo, mientras que los comportamientos similares de los varones no lo están, o al menos no tanto ni de la misma manera: ellos hacen lo que se supone que deben hacer —aunque se considere erróneo— que es simplemente dejarse llevar, de forma homogénea y acrítica; mientras que ellas, en las mismas circunstancias, se entiende que están vulnerando su esencia, además de posicionarse voluntariamente en situaciones de riesgo mucho más penalizadoras.

Por tanto, para las mujeres, además de los riesgos comunes que puedan asociarse a los consumos de sustancias existe uno muy específico y muy potente que es el riesgo de deterioro de la propia imagen. Imagen que se concibe de forma global en el caso de las mujeres, frente a la imagen anecdótica, puntual e intrascendente que puede resultar de un exceso masculino. La imagen proyectada por una mujer que se excede con las sustancias afecta al conjunto de su identidad, como mujer "descontrolada", "poco femenina" o que "busca lo que no debe"; mientras que un chico en las mismas condiciones puede ser considerado "molesto", "pesado", pero situado en su rol, y tan sólo en ese momento.

La consecuencia de esa dinámica de sanción social global (muy interiorizada por las propias mujeres) resulta también en una muy superior culpabilización y responsabilización de los consumos femeninos. De alguna manera, se dice, "si te saltas las reglas es tu responsabilidad lo que te ocurra", y específicamente las chicas manifiestan este hecho afirmando una cierta empatía con el control familiar (que es muy superior hacia ellas) y expresando recurrentemente un sentimiento relativo a la posibilidad cierta de *defraudar* la confianza de sus padres y madres si les ocurre algo, o si sus familias se enteran de que han consumido. La estrategia es evidente: mejor ocultar y ocultarse, lo que ratifica (y también legitima) esa diferente posición derivada de las expectativas diferenciales de género.

Añadidos a los riesgos comunes y al riesgo de la imagen, también hemos encontrado expresiones claras de lo que se entiende como peligro y miedo para unos y para otras. En ambos casos esos peligros no tienen que ver específicamente con los efectos propios de las sustancias (que, como se ha dicho, no preocupan demasiado), sino con derivas asociadas con los contextos de fiesta a dinámicas en las que las sustancias están presentes, sea por consumo propio o de otras personas. Para los chicos, el principal peligro es verse inmersos en peleas, robos, etc., mientras que para las chicas el principal peligro —y miedo— es el sexual, expresamente la violación o cualquier tipo de abuso o agresión.

Todos estos componentes son operativos también en los discursos de padres y madres, y se articulan en relación con la educación desde la familia.

Una primera conclusión es la inexistencia de diálogo respecto a las drogas en el seno familiar, por parte de unos padres y madres que comparten muchos de los argumentos explicitados (incluida la comprensión y no problematización de los consumos festivos) y de unos hijos e hijas que niegan a sus progenitores la capacidad para transmitirles nada interesante al respecto. Entre la negación y la ocultación es clara la referencia, tanto por parte de las hijas como por parte de los padres y madres (ellas lo muestran de forma explícita, mientras en ellos es una actitud más velada), a la necesidad de mantener la venda en los ojos, de hacer como que no se ve...

Otro de los aspectos relevantes —segunda conclusión— es la diferencia en la articulación de roles también entre progenitores, con la madre dialogante y comprensiva, que también se culpabiliza de cualquier posible *fracaso* educativo, frente al padre autoritario que pone límites, como mucho.

En tercer lugar es evidente el diferente trato a hijos y a hijas en relación con las salidas nocturnas y los consumos de drogas. Es obvia la mayor necesidad percibida de control y protección hacia las hijas, que sigue implicando una —teórica— menor libertad, siempre y cuando no exista una figura masculina (novio) que la proteja en las salidas, o una cobertura total de acompañamiento hasta la vuelta a casa.

Aunque todos estos componentes, especialmente la múltiple penalización y estigmatización de los consumos femeninos, han sido analizados por diferentes autoras, no deja de ser relevante y expresivo que no haya generado análisis operativos globales en las políticas de prevención, más allá de algunas experiencias específicas. Ciertamente los argumentos diferenciales y las consecuencias y condicionantes según el género exceden el campo específico de las drogas, pero nutren también este ámbito de forma muy clara. Y es inevitable pensar que coloca en una posición difícil tanto a los chicos como a las chicas: a los chicos en la medida en que los estereotipos les inducen una exagerada simplicidad (incluso idiotez) que aunque pueda ser ventajosa en algún sentido, tampoco les ayuda mucho en su desarrollo; a las chicas porque la teórica protección tradicional de mantenerlas ajenas al espacio público obviamente tampoco puede seguir funcionando ni, de hecho, funciona, además de conllevar una penalización inadecuada e injusta ante comportamientos comunes y normalizados para los chicos. En realidad parece que nos encontramos en una situación en la que la perspectiva de los estereotipos, que funciona, está siendo superada mientras tanto por las actuaciones y comportamientos reales, generando una disonancia que habrá que tener también en cuenta para el análisis de los efectos a medio y largo plazo.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

Aguilar Gil, I. *et al.* (1995). *El educador social y las drogodependencias*. Madrid: Grupo Interdisciplinar sobre Drogas (GID).

Aróstegui, E. *et al.* (2016). *Perspectiva de género en la intervención en drogodependencias*. Bilbao: Universidad de Deusto.

Aróstegui, E. y González de Audikana, J.M. (2016). *Perspectiva de género en la intervención en drogodependencias*. Bilbao: Universidad de Deusto.

Badinter, E. (1992). *XY La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial (1993).

Ballesteros, J.C.; Babín Vich, F.A.; Rodríguez Felipe, M.A. y Megías Valenzuela, E. (2009). *Ocio (y riesgos) de los jóvenes madrileños*. Madrid: FAD.

De Beauvoir, S. (1949). *El segundo sexo*. Madrid: Editorial Cátedra (1996).

Benería, L. (1987). "¿Patriarcado o sistema económico? Una discusión sobre dualismos metodológicos", en Amorós, C. *et al.* (1987). *Mujeres, ciencia y práctica política*. Madrid: Debate: 39-54.

Bonino Méndez, L. (1995). "Los micromachismos en la vida conyugal", en Corsi, J. *Violencia masculina en la pareja*. Buenos Aires: Paidós.

Bonino Méndez, L. (2002). "Los varones ante el problema de la igualdad con las mujeres", en Lomas, C. (ed.). *¿Todos los hombres son iguales? Identidad masculina y cambios sociales*. Barcelona: Paidós.

Butler, J. (1990). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós (1994).

Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós

Cantos, R. (2016). *Hombres, mujeres y drogodependencias. Explicación social de las diferencias de género en el consumo problemático de drogas*. Madrid: Fundación Atenea.

Cañedo, M. (coord.). (2017). *Sudar material. Cuerpos, afectos, juventud y drogas*. Madrid: Centro Reina Sofía de Adolescencia y Juventud, FAD.

Castaños, M. et al. (2007). *Intervención en drogodependencias con enfoque de género*. Madrid: Instituto de la Mujer. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Chodorow, N.J. (1994). *Femininities, Masculinities, Sexualities: Freud and Beyond*. Lexington: University Press of Kentucky.

Connell, R. (1987). *Gender and Power*. Stanford, CA: Stanford University Press.

Connell, R. (1995). *Masculinities*. Berkeley and Los Angeles, CA: University of California Press.

Connell, R. (2015). "Hombres, masculinidades y violencia de género", en Sierra Salvador, C. (coord.). *Vida, muerte y resistencia en Ciudad Juárez: una aproximación desde la violencia, el género y la cultura*. México: El Colef: 261-280. Disponible en: <https://libreria.colef.mx/detalle.aspx?id=7443>

Crenshaw, K. (1989). "Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics". *The University of Chicago Legal Forum*, 140: 139-167.

Fausto-Sterling, A. (2001). *Cuerpos sexuados. La política del género y la construcción de la sexualidad*. Santa Cruz de Tenerife: Editorial Melusina (2006).

Fernández de Vega, A. (2015, 2016 y 2017). *Selección de artículos sobre planificación con perspectiva de género y adicciones*. Disponible en: <http://anafernandezdevega.es/tag/adicciones>

García Calvente, M. del M. et al. (2015). *Guía de indicadores para medir las desigualdades de género en salud y sus determinantes*. Sevilla: Escuela Andaluza de Salud Pública.

Hernando, A. et al. (2000). *La construcción de la subjetividad femenina*. Madrid: Asociación Cultural Al Mudayna.

Jiménez Sánchez, A. y Martínez Redondo, P. (2009). *Educación de las masculinidades en el siglo XXI*. Salamanca: ASECEDI.

Lamas, M. (comp.) (1996). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Bonilla Artigas / PUEG (2015).

Lasheras Lozano, L. et al. (2004). *Género y salud*. Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer.

De Lauretis, T. (1989). *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. London: MacMillan Press.

Likadi Formación y Empleo, S.L. (2015). *Manual práctico para la identificación de las desigualdades de género*. Instituto Andaluz de la Mujer, Consejería de Igualdad, Salud y Políticas Sociales, Junta de Andalucía (edición propia).

Maquieira, V. y Beltrán Pedreira, E. (eds.) (2001). *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.

Martínez Redondo, P. (2008). *Perspectiva de género aplicada a las drogodependencias*. Pamplona: ASECEDI.

Martínez Redondo, P. (2009a). *Extrañándonos de lo "normal". Reflexiones feministas para la intervención con mujeres drogodependientes*. Madrid: Horas y horas la editorial.

Martínez Redondo, P. (2009b). *Investigación sobre la intervención en drogodependencias y malos tratos a mujeres en las redes de atención*. Madrid: UNAD y Plan Nacional sobre Drogas.

Martínez Redondo, P. (2010). Capítulo 5: "La perspectiva de género en la intervención en el ámbito de las drogodependencias", en VV.AA. *Juventud, alcohol y cocaína. Guía para la intervención*. Madrid: Cruz Roja Española y Cruz Roja Juventud.

Martínez Redondo, P. (2019). "Uso de drogas, adicciones y violencia desde perspectiva de género", en *Género y Adicciones, INFONOVA. Revista profesional y académica sobre adicciones. Asociación Dianova España*, nº 35.

Del Moral, B. (Farapi, S.L.) (2008). "Marco teórico" en *Cómo introducir la perspectiva de género en los proyectos de drogodependencias. I Jornada de la Comisión de Género del Gobierno Vasco*.

Megías, E. (dir.) (2000). *La percepción social de los problemas de drogas en España*. Madrid: FAD.

Megías, E. (dir.) (2004). *La percepción social de los problemas de drogas en España*. Madrid: FAD.

Megías, E. et al. (2006). *Jóvenes, valores, drogas*. Madrid: FAD.

Megías, E. (dir.) (2014). *La percepción social de los problemas de drogas en España*. Madrid: FAD.

Megías, I. (2008). *Las drogas ilegales entre los jóvenes de Castilla-La Mancha: discursos desde los consumos de cannabis y cocaína*. Toledo: Observatorio de Drogodependencias de Castilla-La Mancha/FISCAM.

Megías, I. y Ballesteros, J.C. (2013). *Mismas drogas, distintos riesgos. Un ensayo de tipología de jóvenes consumidores*. Madrid: FAD.

Megías, I. y Rodríguez, E. (2015). *Análisis de las tendencias de cambio en la representación social del cannabis en jóvenes y adultos jóvenes*. Madrid: Centro Reina Sofía de Adolescencia y Juventud, FAD.

Moriano, J.A.; Lloret, D. y Morell, R. (2017). *Análisis de factores y perfiles de adolescentes españoles y su relación con el consumo de cannabis y otras drogas*. Madrid: FAD.

Observatorio Español de las Drogas y las Adicciones (OEDA) (2018). *Informe 2017*. Madrid: Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas.

Observatorio Español de las Drogas y las Adicciones (OEDA). *Encuesta sobre alcohol y drogas en España (EDADES)*. Madrid: Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas.

Observatorio Español de las Drogas y las Adicciones (OEDA). *Encuesta sobre uso de drogas en Enseñanzas Secundarias en España (ESTUDES)*. Madrid: Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas.

Observatorio Noctámbul@s. *Informes 2013-2018*.

Disponibles en: <https://www.drogasgenero.info/noctambulas/>

Pecharromás, B. (2016). "¿Por qué hombres y mujeres se diferencian en el consumo de drogas?" en Aróstegui, E. et al.: *Perspectiva de género en la intervención en drogodependencias*. Bilbao: Universidad de Deusto.

Rekalde, A. y Vilches, C. (2005). *Drogas de ocio y perspectiva de género en la CAPV*. Vitoria-Gasteiz: Observatorio Vasco de Drogodependencias.

Rich, A. (1979). *On Lies, Secrets and Silence*. Nueva York: WW Norton & Company.

Rodríguez, E.; Ballesteros, J.C.; Megías, I. y Rodríguez, M.A. (2008). *La lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad*. Madrid: FAD.

Rodríguez, E. y Megías, I. (2015). *¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia*. Madrid: Centro Reina Sofía de Adolescencia y Juventud, FAD.

Romo Avilés, N. (2005). "Género y uso de drogas: la invisibilidad de las mujeres". *Monografías Humanitas*, 5: 65-83.

Romo Avilés, N. (2007). *Riesgo y legalidad. Factores socio-culturales que facilitan el uso de drogas entre las mujeres adolescentes*. Madrid: Instituto de la Mujer.

Romo Avilés, N. (2015). *Género y vulnerabilidad en el consumo de alcohol en menores*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social.

Romo Avilés, N.; Marcos Marcos, J.; Gil García, E.; Marquina Márquez, A. y Tarragona Camacho, A. (2015). "Bebiendo como chicos: consumo compartido de alcohol y rupturas de género en poblaciones adolescentes". *Revista Española de Drogodependencias*, 40 (1): 13-28.

Rubin, G. (1975). "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo". *Nueva Antropología*, VIII (30): 95-145.

Sabo, D. (2000). *Comprender la salud de los hombres. Un enfoque relacional y sensible al género*. Organización Panamericana de la Salud.

Scott, J.W. et al. (1987). "El concepto de género", en Lamas, M. (comp.) (1996). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Bonilla Artigas/PUEG (2015).

SENDA (2016). *Hombres con consumo problemático de drogas. Tratamiento con perspectiva de género*. Santiago de Chile: Área Técnica en Tratamiento y Rehabilitación. División Programática Servicio Nacional para la Prevención y Rehabilitación del Consumo de Drogas y Alcohol (SENDA). Ministerio del Interior y Seguridad Pública. Gobierno de Chile.

Simón Rodríguez, E. (1999). *Democracia vital. Hombres y mujeres hacia la plena ciudadanía*. Madrid: Editorial Narcea.

VVAA - Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDD) (2005). *Tratamiento del abuso de sustancias y atención para la mujer: estudios monográficos y experiencia adquirida*. Nueva York: Naciones Unidas.

Welzer-Lang, D. (2002). "La crisis de las masculinidades: entre cuestionamientos feministas y críticas al heterosexismo". Ponencia del *Congreso Internacional: Los hombres ante el nuevo orden social*. Vitoria-Gasteiz: EMAKUNDE-Instituto Vasco de la Mujer: 51-77.

Wong, Y.J.; Ho, M.H.R.; Wang, S.Y. y Miller, I.S. (2017). "Meta-analyses of the relationship between conformity to masculine norms and mental health-related outcomes". *Journal of Counseling Psychology*, Vol 64(1), Jan 2017: 80-93.

DISTINTAS MIRADAS Y ACTITUDES, DISTINTOS RIESGOS.

ELLAS Y ELLOS FRENTE A LOS CONSUMOS DE DROGAS

Centro
Reina Sofía
sobre adolescencia
y juventud

fad

En colaboración con:

 **Santander** *Telefonica*

